MORGANE
MONCOMBLE

Un verano para recordar



CHIC

Morgane Moncomble

Un verano para recordar

Las estaciones 4

Traducción de
Claudia Casanova



A todas mis Jasmines, Nolias, Camelias y Lilys.
A todas las mujeres de mi vida, mis amigas
del alma, que me inspiran cada día.
Gracias. Os quiero.

Playlist

«happier», Olivia Rodrigo
«Gone», ROSÉ
«Bigger Than The Whole Sky», Taylor Swift
«Love Die Young», Eric Nam
«We Can’t Be Friends (Wait For Your Love)», Ariana Grande
«Memories», Conan Gray
«I Miss You, I’m Sorry», Gracie Abrams
«Still Love You», Sofia Carson
«Set Me Free», Joshua Bassett
«Love Me Again», V
«Love Of My Life», Harry Styles
«In My Head», Peter Manos
«Euphoria», BTS
«Until I Found You», Stephen Sanchez
«I Know It Won’t Work», Gracie Abrams
«Broken Strings», James Morrison (con Nelly Furtado)
«When I Was Your Man», Bruno Mars
«So Good», Halsey
«No Goodbyes», Dua Lipa
«Things I Wish I Said», Sabrina Carpenter
«Never Forget You», Zara Larsson
«Same Place», Jade LeMac
«Turn Back Time», Daniel Schulz
«Somewhere Only We Know», Keane
«emily», Jeremy Zucker
«august», Taylor Swift

Antes

Jasmine

Gordes, Francia

Mi madre piensa que el primer amor dura para siempre. Mi padre opina que existe para servirnos de lección. En lo que a mí respecta, tengo quince años y todavía no me he enamorado nunca. Pero, si he de fiarme de Ed Sheeran, a quien escucho sin parar, parece algo doloroso, más que nada. En otras palabras, no estoy segura de que me interese.

De todos modos, estoy demasiado ocupada para tener novio. Entre semana reparto mi tiempo entre los estudios y la pintura sobre cerámica. Los fines de semana, me dedico a pasear por el campo, recoger flores que luego pongo a secar entre las páginas de un libro, tejer gorros de lana para mi conejo Marco…*

«¿Quién tiene tiempo para el amor?».

—Toma —dice mi madre mientras me da una moneda de un euro —. ¿Podrías ir a comprar una baguette poco hecha, por favor?

Asiento mientras me pongo mi jersey con estampado de setas, lo que me vale una mirada de lástima por parte de mis padres.

—Al final voy a terminar por prenderle fuego —murmura mi madre.

Retrocedo con la prenda entre los brazos, con gesto protector.

—¿Estás loca? ¡Lo he tejido yo!

—Lo sé —suspira—. Salta a la vista, cariño. Fíjate, está lleno de bolitas.

Bajo la mirada, molesta, pero no me da tiempo a defenderme: ya ha desaparecido en el salón. Estoy acostumbrada a los comentarios de mis padres cuando voy a salir de casa; me afectan mucho menos que antes.

En el instituto es igual.

«Es rara».

«Está en las nubes».

«¡Mira qué ropa lleva!».

«No me extraña que no le guste a nadie…».

Clémence se mete en peleas a menudo con tal de defenderme. Por mi parte, no les presto ninguna atención. ¿Por qué debería disculparme por ser como soy, si eso me hace feliz?

—¡Date prisa, que van a cerrar! —grita mi padre para que espabile.

Doy un portazo y me monto en mi bici favorita, con el cesto de mimbre y la pintura verde desconchada. El claxon no funciona bien, pero no soy capaz de tirarla. Todavía no he ahorrado lo suficiente para comprarme otra.

Voy a todos lados en bici. Me gusta el dolor persistente en los gemelos, la brisa que se me enreda en el pelo y el silbido del viento por encima de la música de mis auriculares.

Son las 12.25 y Le Fournil de Mamie Jeanne va a cerrar en breve. Es la única panadería que le gusta a mi padre —yo lo llamo el rey de los tiquismiquis—. El verano no ha hecho más que empezar en Gordes y ya hace un calor abrasador en el sur de Francia. Zigzagueo entre los transeúntes sobre los adoquines y me meto por las callejuelas estrechas y poco concurridas, arrullada por el murmullo del agua de las fuentes. El olor de la lavanda se mezcla con el que emana del mercado provenzal cercano. Detengo la mirada unos segundos en los quesos, en la fruta fresca y en las tentadoras aceitunas antes de volver a concentrarme en el camino cuando casi atropello a un yayo.

—¡Perdón, perdón! —me disculpo después de que me grite—. ¡Que tenga buen día!

Saludo a algunos vecinos conocidos mientras pedaleo por delante de la iglesia, cuyas campanas resuenan con fuerza.

Son las 12.30. Mierda, llego tarde.

Me planto a toda prisa frente a la panadería, que parece seguir abierta. Dejo mi bici tirada y entro corriendo, sin aliento.

—Has llegado por poco —me reprende con amabilidad la panadera—. ¿Qué quieres, cariño?

El cliente anterior pasa por delante de mí sin que le preste atención y sale a la calle.

—Una baguette poco hecha, por favor.

—Lo siento, acabo de vender la última…

Suelto un gruñido de decepción antes de dar las gracias a la dependienta. Al salir, me fijo en que el chico que se ha llevado la baguette que debería haber comprado yo sigue allí. No le veo la cara, que se esconde tras su móvil, pero lo reconozco al instante.

Andréa Moretti.

No suelo interesarme por mis compañeros de clase, pero me resulta imposible ignorar su existencia. He oído muchos adjetivos para describirlo, sobre todo en boca de otros alumnos, y a veces de profesores: «imán para los problemas», «el último de la clase» —supongo que ser disléxico no ayuda—, «el que siempre empieza las peleas»…

A poca gente le cae bien y, sin embargo, a mí me intriga.

—¿Te vas a comer todo eso?

Recorre mi silueta con sus ojos azules, que guardan una expresión de sorpresa, como si dudara de que me estuviera dirigiendo a él. No es especialmente guapo, pero tiene ese aire de chico malo que lo hace atractivo.

—¿Arrietty? —balbucea, como si me reconociera.

—Me llamo Jasmine. Jasmine Pham.

Sacude la cabeza para recomponerse y carraspea. Ya se ha guardado el teléfono en el bolsillo del vaquero, pero yo sigo atenta a la baguette aún caliente que lleva bajo el brazo. Mi tesoro.

—Lo sé. Hemos pasado un año entero en la misma clase, no soy idiota.

Parece que se ha puesto a la defensiva, y eso me sorprende. Le pregunto entonces por qué me llama Arrietty.

—Me recuerdas a ella —explica mientras se encoge de hombros —. Ya sabes, el personaje de Ghibli. También tiene catorce años, y vive en una casa de campo rodeada de flores y plantas. Es un poco como te imagino fuera del instituto…

«Es la primera vez que lo oigo hablar tanto».

Me resisto a la tentación de decirle que tengo quince. Ya no soy una cría; estamos a punto de empezar el instituto después del verano.

—¿Lo dices porque soy asiática? Soy vietnamita, no japonesa. — Andréa abre la boca sin saber qué contestar. Parece tan indignado como incómodo, y eso me divierte. Parece… distinto de como lo pinta la gente—. Tranquilo, estoy de broma. Me gusta Arrietty, aunque prefiero La princesa Mononoke.

—Claro —murmura para sí, con la comisura de los labios ligeramente curvada hacia arriba.

Supongo que mis gustos no resultan muy sorprendentes, dado que esta obra maestra de Hayao Miyazaki plantea preguntas sobre la responsabilidad del ser humano frente a la naturaleza y denuncia las consecuencias de nuestros actos sobre el medio ambiente.

De pronto recuerdo mi misión principal. Andréa retrocede un paso cuando me acerco a él con brusquedad.

—Te doy esta moneda de un euro a cambio de la baguette —le propongo, mientras agito el tesoro—. Mi padre protesta cuando no tenemos pan para acompañar el queso. Necesito pedirle un favor, así que no puede estar de mal humor.

—Lo siento, pero yo estoy igual.

«Bueno, al menos lo he intentado». Me da la espalda para marcharse. Desconcertada, me monto en la bici y lo alcanzo.

Andréa me deja hacer, con el rostro clavado hacia delante.

—¿Sabes a qué personaje de Ghibli me recuerdas tú?

—¿A Howl? —Sonríe mientras saca pecho—. Vuelve locas a todas las chicas. Es guapo, ¿no? —Suelto una risa desganada que no le

hace gracia. Me lanza una mirada fulminante, aunque no me siento en absoluto en peligro. Parece bastante inofensivo—. Si dices Porco Rosso…† —me amenaza sombrío—. Sé que él también es italiano, pero eso no es motivo para insultarme.

«Oh, veo que es un auténtico fan». Definitivamente, Andréa Moretti me gusta cada vez más.

—Me recuerdas a Calcifer‡ —digo antes de dar una explicación—. Primero, es el espíritu del fuego. Eso lo tenéis en común: tú saltas a la mínima, tienes la sangre caliente, te enciendes con la primera chispa. Segundo, es travieso y sarcástico, un poco como tú en clase. Y tercero… se vuelve entrañable a lo largo de la película.

Andréa arquea una ceja, asombrado. Es la primera vez en un año que tenemos una conversación de verdad, y me siento agradablemente sorprendida. Dejando a un lado sus problemas de ira, de los que he sido testigo, parece majo.

—Me vale —murmura, con las orejas levemente sonrojadas—. Todo el mundo quiere a Calcifer. Es él quien le da los poderes a Howl.

Le dedico una sonrisa radiante, encantada de haberle alegrado.

—Bueno, me tengo que ir. ¡Hasta luego! —Lo despido con la mano—. Quizá coincidamos otra vez en la misma clase en segundo.

—Espera.

Me agarra de la chaqueta justo cuando estoy a punto de acelerar, lo que me obliga a detenerme. Le lanzo una mirada interrogante, pero Andréa se limita a partir la baguette por la mitad.

Mi madre se habría escandalizado si le hubiera visto partir el pan con las manos, pero a mí me resulta divertido.

—Toma —dice mientras me tiende una mitad—. Mejor eso que nada. —La cojo mientras siento un calor desconocido en las mejillas. Es un detalle por su parte. Quiero darle el euro a cambio, pero me lo vuelve a guardar en el bolsillo del vestido de lino beige—. Me mola tu chaqueta —añade, pero soy incapaz de responder. Me quedo inmóvil como una estatua griega mientras él hace un gesto con la mano y se marcha—. Adiós, Arrietty. ¡Disfruta del verano!

Lo observo alejarse en silencio, mientras la baguette se me enfría entre los dedos. Una sonrisa tonta me florece en el rostro y me

sorprendo pensando algo extraño. Todavía no sé muy bien lo que significa, pero…

«Espero de verdad que terminemos siendo amigos».

* Referencia al personaje de Marco, en la película *El castillo ambulante.*
† Personaje principal de la película de animación del mismo nombre. Se trata de un piloto de hidroavión con cabeza de cerdo.
‡ Personaje de la película de animación *El castillo ambulante.*

Julio

Capítulo 1

Jasmine

Positano, Italia

—Tengo que asistir a una boda dentro de diez minutos y necesito un acompañante para darle celos a mi ex, ¿te apetece?

El desconocido al que acabo de dirigirme de sopetón se vuelve hacia mí, atónito, y sé lo que se piensa: soy una mujer desesperada con un vestido verde manzana y las manos juntas en un gesto de súplica.

«Di que sí, di que sí, di que sí».

Maldigo por dentro a quien debía acompañarme y me ha dejado plantada en el último momento, angustiada por tener que apañármelas con lo que encuentre.

—No estoy loca, lo prometo —añado enseguida—. Solo estoy muy sola, y soy demasiado cobarde para dejar que mi ex gane la guerra de «a ver quién de los dos ha pasado página antes».

No quiero que sepa que no he hecho el amor en tres años ni que lloro en cada primera cita de Tinder a la que voy.

Probablemente debería dejar de hablar. Ahora mi interlocutor va a creer que estoy loca de verdad. Lo peor es que sí que he pasado página, lo juro.

Ya no quiero a Andréa. Al principio fue duro, lo admito. Es el único hombre con el que he estado, así que acostarme con otra persona me da miedo. Pero por fin estoy lista.

Cuando supe que iba a venir a la boda de Clémence y Kai —y, para colmo, acompañado—, tomé cartas en el asunto. Gracias a CharmMate, la aplicación de escorts fundada por el marido de una de mis mejores amigas, había encontrado al caballero perfecto para el encargo. Hasta que me llamó, hace apenas una hora, para anunciarme que finalmente no podría acudir. ¡Camille Levesque va a oírme!

—Vaya —suelta el desconocido como única respuesta—. Es una propuesta tentadora. ¿Me dejas que me lo piense diez segundos?

Asiento, frenética. ¿Por qué lo he escogido a él y no a otro? Por ninguna razón en particular. Digamos que lleva media hora sentado en la plaza de la iglesia y me ha resultado elegante.

En realidad, era él o el sexagenario que estaba dando de comer a las palomas a unos pasos de allí.

Ahora que lo tengo delante, me alegro en silencio. Es, con diferencia, el hombre más guapo que he visto en mi vida. Tiene los ojos oscuros e intensos bajo unos párpados pesados, una boca carnosa y un cabello negro lo bastante largo para que le caigan mechones sueltos sobre la frente, pero no lo suficiente para poder llevarlo recogido. Tiene la piel aún más clara que la mía, lo que delata sus orígenes orientales.

—Vale, acepto.

Parpadeo, y vuelvo en mí. El desconocido no ha sacado las manos de los bolsillos, viste una fina camisa blanca y un pantalón color caramelo, y luce una sonrisa enigmática.

—¿Aceptas? ¿De verdad?

—Me gusta comer gratis —dice como única explicación—. Además, lo has vendido muy bien.

Adivino fácilmente que se está burlando de mí, pero no pico. No tengo otra alternativa, de todas formas, y de ninguna manera voy a enfrentarme sola a Andréa.

Nuestros amigos en común me han bombardeado con mensajes para preguntarme si estoy bien, convencidos de que me voy a venir

abajo en un rincón a la mínima.

¡Estoy bien! Y me gustaría que me creyeran cuando lo digo.

—Me recuerdas a…

Me callo, indecisa. Desde que conozco a Andréa, asocio a la gente con la que me cruzo con personajes de Ghibli. Un juego divertido que, con los años, se ha vuelto una costumbre.

A veces olvido que el resto del mundo no puede ver todo lo que me pasa por la cabeza, como ahora.

—… Howl Jenkins Pendragon —termino sin pensar.

La sorpresa se le dibuja en el rostro mientras responde:

—¿Lo dices porque soy japonés? —Abro la boca, descolocada. Estoy a punto de explicarle que no es lo que parece, terriblemente avergonzada, cuando de pronto un gesto divertido se dibuja en sus labios—. Tranquila, es broma. Me encanta El castillo ambulante.

Se incorpora entonces del muro de piedra en el que estaba sentado, dispuesto a seguirme. Me saca al menos una cabeza.

—Si no me equivoco, nos quedan cinco minutos —me advierte al echar un vistazo al reloj que lleva en la muñeca—. ¿Puedo saber tu nombre o debo llamarte Sophie?*

—Jasmine Pham —preciso como única respuesta—. Jazz, para los amigos.

Me tiende la mano. Se la estrecho, sin sorprenderme del calor que emana. Llevo mucho tiempo sin sufrir temperaturas tan altas, pero no esperaba menos de la costa amalfitana.

—Vamos allá —me animo mientras lo arrastro hasta la iglesia de Santa Maria Assunta.

Todavía no me creo que mi plan haya funcionado… Sobre todo, espero que este tipo no sea un asesino en serie. Si lo es, al menos ruego que se abstenga de cometer un crimen antes de mañana por la mañana.

¡Es el día más feliz en la vida de Clémence, y nadie lo estropeará si yo puedo evitarlo!

Me encantan las bodas. A los nueve años, la película Veintisiete vestidos pasó a definir por completo mi personalidad. A los veintitrés convertí aquello en mi profesión y entré a formar parte de una pequeña empresa de wedding planners.

Soy una enamorada del amor, una idealista y una muy buena mediadora. Por eso me hice autora de cuentos de hadas… aunque, desde hace algún tiempo, tengo la sensación de estar vendiendo un sueño en el que me cuesta cada vez más creer.

—¿Dónde está Clem? —pregunto a las damas de honor que esperan en la cola frente a la entrada.

Asomo la cabeza hacia el interior para asegurarme de que Kai, su prometido, está en su sitio delante del altar. Todos los demás invitados están sentados; la ceremonia religiosa empezará en cualquier momento.

—Su padre ha ido a buscarla —me tranquilizan—. Están de camino.

Me vuelvo hacia mi acompañante para aconsejarle que vaya a sentarse y me espere. Obedece sin dudarlo, como si la situación no le resultara en absoluto extraña.

—¿Y si estuviera a punto de cometer el mayor error de mi vida? —se escucha decir a la futura novia.

Es triste, pero creo que es la frase que más he oído desde que me dedico a esto.

Me vuelvo hacia mi amiga, que aplasta un ramo de peonías rosas con las manos sudorosas. Su vestido es absolutamente magnífico: un corte princesa que la hace parecer recién salida de una película de Disney.

Tiene los ojos verdes, ocultos tras unas pestañas interminables, una piel bronceada que deja entrever su herencia española y un cabello castaño que enmarca un rostro perfectamente simétrico. En resumen, es preciosa.

Su padre intenta tranquilizarla, pero es a mí a quien dirige su mirada inquieta.

—¿Crees que debería huir? Dime que lo tienes todo previsto por si acaso y que has dejado las llaves en el salpicadero del Mustang Just married.

Le arreglo la cola del vestido por detrás y me aseguro de que está perfecta para que haga su entrada.

—Para empezar, ¡es demasiado tarde para informarme de que quieres un Mustang Just married! —la reprendo con cariño—. Y,

además: si hubiera dejado las llaves en el salpicadero, ya se lo habría llevado alguien hace tiempo.

Mi amiga esboza una sonrisa débil, señal de que empieza a relajarse. Le prometo que todo va a salir bien, luego le lanzo un beso sin tocarla para no estropearle el maquillaje.

—Gracias, Jazz. Te quiero, ¿lo sabes?

—Yo también, Clem.

Y pensar que nos conocimos cuando teníamos doce años… Clémence fue mi primera amiga. Es un honor para mí organizar su boda.

—Vale, ya están todos. Chicas, ¿estáis listas?

Informo rápidamente a mi reducido equipo sobre el orden a seguir, lista para dar la señal de salida, y hago un gesto al cuarteto de cuerda que ya está preparado dentro de la iglesia.

«¡Que comience el espectáculo!».

Al instante, los violinistas empiezan a tocar los primeros compases de la pieza, y pronto se les une el pianista. Las hermanas de Clémence son las primeras en avanzar por el pasillo, flores en mano, con una sonrisa de emoción en los labios.

De repente, un miedo hasta ahora silencioso se me cuela en la mente.

Está aquí. Me va a ver. Ha llegado el momento, después de tres años.

El corazón me late con violencia. Salgo delante de Clémence, que cierra la comitiva.

Esbozo una sonrisa impostada mientras avanzo al ritmo de la música. Soy consciente de todas las miradas fijas en mí, y sé que una de ellas pertenece a Andréa, mi primer amor.

«El único hombre al que he amado».

De pronto, me refugio mentalmente en un lugar cerrado con llave y una voz familiar resuena en mis pensamientos.

«Algún día me casaré contigo, Jasmine Pham».

La música se desvanece, los rostros se difuminan ante mis ojos, y casi lo veo de nuevo sonriéndome con serenidad, como si me estuviera haciendo una promesa.

Después, ese recuerdo da paso a una oscuridad familiar, la cual suele aparecer sobre todo al caer la noche y me impide dormir.

«Se acabó, Jazz… No puedo más. Me rindo».

Se me cierra la garganta y debo controlar la respiración para obligarme a regresar al presente.

«Concéntrate, Jasmine. Eso ya forma parte del pasado».

Consigo alzar un pulgar en señal de apoyo a Kai, que me devuelve una expresión agradecida. Sus padres me sonríen desde la primera fila, ambos vestidos con un traje tradicional japonés, adornado con bordados y motivos de colores.

Entonces, me coloco a la izquierda junto a las demás damas de honor. Me tiemblan las manos, pero lo disimulo como puedo mientras toda la sala se levanta al unísono.

Clémence hace su entrada con gran aplomo, y toda la asamblea se maravilla ante su belleza. Ella llora a pesar de sus esfuerzos por que no se le corra el maquillaje, lo que provoca la risa de todos.

Kai la besa en la frente cuando por fin llega hasta él, y eso basta para convencerme de que tenía razón.

Están hechos el uno para el otro, sin duda.

Solo espero que consigan mantenerse unidos y luchar cuando haya dificultades.

Aprieto el ramo entre los dedos con tanta fuerza que la savia de los tallos se me cuela bajo las uñas. Ya estoy deseando escabullirme para tomarme una copa, o tres.

La ceremonia resulta tan conmovedora como había imaginado. El intercambio de votos hace que se me salten las lágrimas. Se prometen amor, fidelidad y apoyo. Después, como dicta la tradición japonesa, los vemos recibir los regalos: algas, un abanico, una concha de oreja de mar, dinero…

—Yo os declaro oficialmente marido y mujer —anuncia por fin el cura—. Puedes besar a la novia.

Kai no se hace de rogar; parece que era el momento que más ansiaba. Se inclina para echar a su esposa hacia atrás, y con ese movimiento revela al hombre que su cuerpo me impedía ver hasta ahora.

Cruzamos la mirada por encima de nuestros amigos, como dos imanes. Se me tensa todo el cuerpo y me cuesta respirar.

Está aquí. Me está mirando.

Y no consigo apartar los ojos de él. El intercambio dura apenas cinco segundos, pero es suficiente. Lo devoro con la mirada, desde el cabello color caramelo hasta esos ojos azules de los que siempre he estado enamorada. Tiene la piel bronceada por el sol y ha ensanchado de hombros.

Ya no es el adolescente tímido pero colérico al que conocí hace casi una década. Ya es un hombre. Y, sin embargo, sigue siendo el mismo Andréa de siempre. Han pasado tres años, una pequeña eternidad, pero tengo la sensación de que lo dejamos ayer.

El instante se rompe cuando la multitud estalla en aplausos. Nuestros amigos se ponen en pie; me ocultan de la vista de mi ex, y recupero el control de mis pensamientos.

«Necesito escabullirme». Me hace falta una vía de escape, un martini de manzana, un rincón donde esconderme.

—Aquí estás, cariño —me susurra una voz juguetona al oído—. Te he estado buscando por todas partes.

Doy un respingo al reconocer a mi falso acompañante, que me apoya una mano sobre el hombro. Sus palabras evocan las primeras frases que Howl le dirige a Sophie en El castillo ambulante, lo que me hace poner los ojos en blanco, divertida.

¡Ya veo que se le da muy bien meterse en el papel!

—Pareces al borde del desmayo —añade en voz baja—. Es él, ¿verdad?

Sigo la dirección de su mirada, que cae sobre un anciano barrigón sentado en primera fila. Frunzo el ceño sin querer, indignada.

—¿En serio? ¿Crees que ese hombre es mi ex?

—¿Por qué no? Parece encantador. Me gusta mucho su trajecito de tweed y su… inhalador.

Todo el mundo empieza a salir de la iglesia para esperar a los novios a la salida, con pétalos de flor en mano.

—Tiene cien años —refunfuño, mientras me aparto de él.

—El amor no entiende de edades.

Descubro su sonrisa burlona y comprendo que se está riendo de mí. Decido no contestar y acepto su brazo para salir de allí.

—Vamos.

Somos los primeros en llegar a la Villa Tréville, donde tendrán lugar la cena y la fiesta de esta noche.

Cuando Clémence y Kai me dijeron que querían casarse en la costa amalfitana, pensé enseguida en este lugar, en pleno corazón de Positano. Se trata de la antigua residencia de Franco Zeffirelli, un célebre director de cine italiano. Construido sobre un acantilado, el hotel cuenta con numerosas terrazas y jardines que destilan elegancia y lujo. Y no es para menos: la cena se celebra en la Rotunda, justo sobre el mar Mediterráneo. El sol ya empieza a ponerse entre las montañas. Aprovecho para asegurarme de que todo está perfecto, desde el DJ hasta el catering, así como la artista encargada de hacer un cuadro de los recién casados.

—Eres la organizadora, ¿verdad? —me pregunta Howl, mientras se acomoda en una silla.

Me doy cuenta de que ni siquiera sé cómo se llama de verdad; no se lo he preguntado. Estoy a punto de hacerlo cuando, de repente, cunde el pánico. Leo el nombre bordado en la silla de enfrente, y una oleada de angustia se apodera de mí.

«Andréa».

Debe de haber un error. Han sentado a Andréa demasiado cerca de mí, a pesar de que me había asegurado de que no compartiríamos mesa.

«¡No, no, no, no! ¿Quién ha sido el inútil que ha hecho esto?».

Los primeros invitados empiezan a llegar; contemplan el lugar, asombrados, con estupor.

Aprovecho el tiempo que me queda para precipitarme hacia la silla de Andréa con la intención de cambiarla por cualquier otra.

—¿Necesitas ayuda, quizá? —pregunta mi acompañante sin levantarse siquiera, con las piernas cruzadas.

—No te preocupes, puedo sola.

—Ya veo, enhorabuena —se burla.

Cuando levanto la silla, veo que hay un tenedor bajo la mesa. Se le ha debido de caer a alguien. Me agacho para recogerlo, muerta de calor.

El mantel me oculta mientras me quedo a cuatro patas. Alcanzo el objeto con la mano, pero justo al levantarme oigo la voz de Andréa resonar:

—¿Qué hace Jasmine?

Me quedo inmóvil. Mi nombre en sus labios… Hacía mucho tiempo. ~~Demasiado.~~

Ya es tarde para cambiar la silla. Pero si regreso a mi sitio… todo el mundo me verá salir de debajo de la mesa. Y cuanto más espero, más incómoda se vuelve la situación.

—Está buscando… el sombrero —improvisa Howl con soltura.

«O la dignidad, que parece imposible de encontrar».

Se hace un silencio terrible y me pregunto qué está pasando.

—Ya veo —responde Andréa con voz serena—. Y yo que pensaba que se había metido debajo de la mesa para esconderse.

Cierro los ojos unos segundos, avergonzada. Nadie lo contradice, y estoy segura de que mi falso acompañante no habrá logrado reprimir una sonrisa divertida.

De pronto, alguien levanta el mantel. Cruzo la mirada con unos ojos azules que me son muy familiares.

Sigo de rodillas, con el tenedor en la mano. Andréa me observa sin decir nada, con el rostro impasible.

Luego decide rematarme.

—Hola, Arrietty. Cuánto tiempo.

* Personaje de la película de animación *El castillo ambulante.*

Capítulo 2

Andréa

Positano, Italia

«Joder, qué guapa está».

Apenas se me ha pasado este pensamiento por la cabeza y ya me odio por ello; aun así, la única chica a la que he querido está frente a mí, arrodillada bajo la mesa con un vestido verde manzana desparramado por el suelo, como un nenúfar solitario en mitad de un lago. Un colorete de un bonito tono coral le ilumina la piel pálida y la vuelve todavía más irreal.

El pelo decolorado le ha crecido bastante desde la última vez que la vi. El recuerdo de aquel día me asalta con violencia, y se me encoge el corazón al recordar sus ojos llorosos mientras me observaba guardar mis cosas en cajas en el maletero del coche.

«Cuídate, Jazz».

Esas fueron mis últimas palabras. Aún recuerdo el dolor que me impedía respirar y las lágrimas en las mejillas cuando arranqué el coche y me obligué a no mirar por el retrovisor.

«Nunca esa calle me había parecido tan larga».

Esos mismos ojos almendrados, herencia de su padre vietnamita, me devuelven ahora la mirada mientras los segundos quedan

suspendidos en el aire. Pensaba que estaba listo para verla de nuevo, pero me equivocaba.

El tiempo se detiene y digo lo primero que se me pasa por la cabeza:

—Hola, Arrietty. Cuánto tiempo.

—No me estaba escondiendo —suelta de pronto, como si quisiera justificarse—. Solo estaba recogiendo un tenedor.

Trago saliva, un tanto perturbado por el sonido cristalino de su voz; creía que no volvería a oírlo jamás. Me resisto a la tentación de recordarle que ha salido corriendo tras la ceremonia, justo después de que nuestras miradas se cruzaran.

Del brazo de Ezra, para colmo. Ni siquiera sabía que se conocían.

—Si tú lo dices…

Finjo que no me importa y la ayudo a levantarse. Jasmine evita mirarme a los ojos mientras se incorpora de debajo de la mesa, con los labios apretados. Suelto el mantel, que cae con languidez.

«No la mires, no la mires, no la…».

Demasiado tarde.

Su vestido verde manzana es una auténtica maravilla; es tan largo que roza el suelo y le oculta los tacones de aguja. El escote en pico se detiene por encima del ombligo, y muestra el relieve de su pecho menudo; las mangas de tul transparente le llegan hasta los codos. La tela está adornada con bordados plateados y pétalos verdes, lo que la hace parecer un hada del bosque. Una oleada de calor y una intimidad extraña se apoderan de mí, pero las aparto al instante.

«¡Contrólate, joder!».

—Tú debes de ser Jasmine —interviene mi acompañante—. Me llamo Zélie, encantada de conocerte.

Mi ex se queda inmóvil y todas las miradas en torno a la mesa se vuelven hacia ella. Sé lo que piensan: que Zélie es mi nueva novia. No es cierto, pero no tengo la menor intención de aclararlo; no delante de Jasmine.

Zélie y yo solo somos amigos, aunque nos llegamos a dar un beso una noche de borrachera por una apuesta que se tomó demasiado en serio.

Cuando le supliqué que me acompañara a la boda de Kai y Clémence, aceptó sin dudarlo, con la condición de que le comprara un vestido para la ocasión.

—Encantada —responde Jasmine con voz suave.

Se estrechan la mano con una sonrisa rígida, lo que parece divertir a mi amiga. La fulmino con la mirada, y eso parece divertirla aún más.

De pronto, Ezra tira de la silla de Jasmine.

—¿Te quieres sentar?

Mi ex le dedica una sonrisa débil antes de acercarse a él, y le posa una mano en el hombro en un gesto de gratitud. Frunzo el ceño.

—¿Os conocéis? —no puedo evitar preguntar.

No estoy para nada celoso. Pese a nuestro final trágico, yo solo quiero que Jasmine sea feliz. Aun así, me duele el orgullo.

Quizá porque se trata de Ezra. De todos los hombres de la Tierra, tenía que elegir al primo de Kai… y a uno de mis mejores amigos.

—Es mi acompañante —confirma Jasmine, rígida como un palo.

Ezra, ya sentado a su lado, me sonríe con sorna. Hace como si no me conociera, y se lleva un dedo a los labios para indicarme que guarde el secreto. ¿A qué coño está jugando?

—Ha sido una ceremonia preciosa —comenta Zélie felicitando a Jasmine por su trabajo—. ¡Y el lugar es… impresionante!

Los demás invitados empiezan a tomar asiento poco a poco; pronto, el lugar se llena de bullicio. Pero el marco es, efectivamente, de lo más encantador. Esta vez Jasmine se ha superado. Las mesas circulares están dispuestas junto a las columnas, y las ramas de hiedra las rodean como en un abrazo romántico.

La balaustrada ofrece vistas al mar y al acantilado, y está decorada con farolillos luminosos. El sol se pone con lentitud, y tiñe de un matiz anaranjado el agua que se extiende infinita ante nuestros ojos.

Las mesas están adornadas con centros de rosas, junto a largas velas cuyas llamas bailan bajo la suave brisa. Del techo cuelgan plantas que sobrevuelan la vajilla reluciente.

—¿Y desde hace cuánto estáis juntos? —prosigue Zélie para entablar conversación.

Me alegra que plantee la pregunta por mí; la conozco lo bastante para saber que lo hace para ayudarme. Jasmine abre la boca sin lograr responder, visiblemente incómoda. Se le da muy mal mentir, y ambos lo sabemos.

—Dos años —declara Ezra mientras nos sirve una copa de champán—. ¿Y vosotros?

—No estamos juntos.

«Mierda». Quizá he contestado demasiado rápido. Cruzo una mirada con Jasmine, y adivino que no comparte en absoluto mi alegría por volver a verla. A juzgar por el fuego que le arde en las pupilas, antes preferiría cenar sentada sobre la acera que frente a mí.

«La entiendo. Me lo esperaba».

Nuestra última conversación fue… caótica.

—Trabajamos juntos en el restaurante —explica Zélie antes de murmurarme al oído, con los dientes apretados—: Podrías haber intentado al menos no responder tan rápido. ¿Tanto asco te doy?

—Claro que no. No me gustan los malentendidos, eso es todo.

La incomodidad se ve interrumpida por la entrada triunfal de los recién casados. La música nos taladra los oídos, y a ella pronto se le unen los vítores y los aplausos de todos los invitados.

—Dicho esto, entiendo por qué estabas tan hundido cuando te conocí —me susurra Zélie al oído—. Está buenísima.

—¿Y yo qué? Fácilmente soy un nueve.

—Mmm… Supongo que para gustos los colores —me concede con una mueca escéptica—. Yo diría que eres un seis.

La ignoro, molesto en el fondo. Tiene razón, Jazz es deslumbrante. Siempre lo ha sido. Todavía recuerdo como si fuera ayer la primera vez que la vi.

Tenía catorce años, un cabello negro azabache y un aire soñador que despertaba mi curiosidad. En clase siempre estaba mirando por la ventana, tarareando una canción o dibujando algo en la esquina del cuaderno.

A veces me la cruzaba por el pueblo en bici, o la veía recogiendo flores al borde del camino; le daba exactamente igual mancharse el vestido de tierra.

Recuerdo su estilo excéntrico de vestir, con faldas largas y pendientes llamativos. Estaba en las nubes. Jasmine vivía en una burbuja privilegiada a la que solo unas pocas personas tenían acceso. Tenía un universo propio que yo soñaba con comprender. Ella era…

«Un rompecabezas. Un enigma».

¿Y yo?

«Un chaval asocial que solo sabía comunicarse a través de la ira».

Evidentemente, ella fue mi salvación.

—¿Cómo os conocisteis? —les pregunto cuando por fin se calma un poco el ambiente.

Observo a Jasmine, pero apura la copa de champán de un trago. Aún no ha abierto la boca, y eso me irrita. ¿Está tan enfadada conmigo que se niega a hablarme? ¿O simplemente sabe que es incapaz de mentir, y por eso deja que Ezra lleve la voz cantante?

Mi amigo, que lo ha entendido, interviene en su lugar:

—Se me acercó en la calle. Dijo que le recordaba a Howl, de El castillo ambulante, y me pillé enseguida.

De pronto me quedo sin aire. Apenas consigo contener el dolor que me inunda el pecho. Me atraviesa como una puñalada.

~~Como una traición.~~

Ezra no miente. Es imposible, porque los personajes de Ghibli eran algo nuestro. De Jasmine y mío.

«¿Sabes a qué personaje de Ghibli me recuerdas?».

«¿A Howl? Ya sé que vuelve locas a todas las chicas». Ella tuvo el descaro de reírse y de poner los ojos en blanco cuando le dije aquello. Pero él… ¿Él le recuerda a Howl?

Estoy tan herido que no logro disimularlo. Cualquiera puede notar la frialdad en mi voz cuando replico:

—Qué romántico.

Jasmine tiene la decencia de parecer incómoda. No formulo más preguntas después de eso, y cada grupo se enreda en su propia

conversación. Zélie intenta distraerme, pero yo lo único que quiero es largarme.

Los camareros nos sirven los platos mientras la música hechiza a algunas parejas. La noche nos envuelve poco a poco, y en el cielo aparece la luna en cuarto creciente.

Clémence y Kai se acercan a saludarnos, radiantes. Kai se ha quitado la chaqueta; lleva una camisa blanca que le contrasta con el cabello oscuro, peinado hacia atrás.

—¿Entonces? ¿Todo bien por aquí? —pregunta mientras la sonrisa resplandeciente hace que se le cierren los ojos.

Jasmine pone una mueca y se disculpa ante la novia.

—Os presento a mi acompañante… —empieza a decir antes de interrumpirse, como si hubiera olvidado su nombre.

La observamos en silencio, confusos. Jasmine se ruboriza, presa del pánico, antes de volverse hacia su acompañante. Este sonríe, divertido.

—Ezra —susurra—. Ezra Tsuji.

—Ezra —repite ella mientras evita mi mirada, incómoda—. Perdón, he tenido un lapsus.

«¿Estoy flipando o ni siquiera sabe cómo se llama?».

El aludido contiene la risa, aunque noto que le tiembla un poco la mejilla pese a todo su autocontrol. Los recién casados miran a Jasmine con el ceño fruncido, sin comprender.

—Gracias, Jazz —se ríe Kai, que cree que es una broma—. No había reconocido a mi propio primo.

La reacción de Jasmine no tiene precio. Se queda lívida, avergonzada. Por mi parte, me invade un alivio absurdo al darme cuenta de que de verdad se han conocido hoy.

—Ezra Tsuji… —murmura mi ex, como si hubiera tenido una revelación—. Estabas en la lista. Te envié la invitación.

Su falso acompañante hace una mueca, con un gesto sincero de disculpa.

—Incluso hemos hablado por WhatsApp sobre el fondo común. Quizá te acuerdes de mi foto de perfil…

—¿El meme de Michael Scott* que dice: «I am Beyoncé, always»?

—Un clásico —sonríe Ezra, orgulloso de sí mismo.

Jasmine parece demasiado avergonzada para responder. No entiendo del todo lo que ocurre, pero está claro que ella y Ezra no son amigos, y mucho menos amantes.

—Ha sido él quien nos ha prestado su casa en la Toscana —añade Kai, mientras le da una palmada en el hombro a su primo—. Nos hará de guía por Italia.

—Genial. Me muero de ganas —responde mi ex con los labios apretados.

«Qué bien empieza el verano», se burla una vocecilla en la cabeza. Me arrepiento un poco de haber aceptado pasar los dos próximos meses con ellos.

Clémence y Kai no podían irse de luna de miel como todo el mundo. No, tenían que organizar una buddymoon con los amigos del instituto. Apuesto a que lo han hecho a propósito para que nos reconciliemos; cuando rompimos, también se rompió la dinámica del grupo.

—Ahora vuelvo —anuncia Jasmine mientras se levanta de la silla —. Tengo que hablar con… el chef.

La observo marcharse sin detenerla. Kai le pregunta a Ezra qué pasa, pero este le hace un gesto para que lo deje pasar. Los conocí a los dos en primaria. Pasamos varios años siempre en casa de unos y otros, hasta que Ezra se mudó en sexto. Después, Kai y yo nos volvimos más cercanos, aunque seguí en contacto con su primo.

—No sabía que habías roto con tu novia —suelta este último con curiosidad—. ¿Qué ha pasado? Siempre que te veía hablabas de ella.

Me encojo de hombros para parecer despreocupado.

—Así es la vida.

Ya nos hemos acabado el primer plato, y Jasmine aún no ha vuelto. Ezra invita a una abuela a bailar al ritmo de Barry White, «You’re the First, the Last, My Everything», y hace reír a los niños que corretean por todas partes.

Yo me quedo sentado con Zélie, hasta que ella suspira al verme escudriñar la puerta de salida.

—Deberías ir a ver qué le pasa, ¿no? Sé que te mueres de ganas.

—En absoluto, lo que necesito es ir al baño.

Me levanto mientras me mira con incredulidad, y me retiro. En serio, ¿qué clase de persona se tira toda la boda de sus amigos trabajando? Aunque puede que lo que intente sea huir de mí a toda costa…

No puede ser. «No voy a poder soportar esta tortura durante dos meses».

La encuentro enseguida, tras los fogones, en plena conversación con el pastelero jefe. Me acerco; estoy en mi terreno. Es mi lugar favorito, y con razón: a eso me dedico. Nunca fui buen estudiante, pero si hay un sitio en el que me siento como pez en el agua, es la cocina.

—¿Qué haces aquí? —me increpa Jasmine al ver que me acerco —. Los invitados no pueden entrar.

El chef me saluda antes de volver a su tarea. En la encimera reposa la impresionante tarta nupcial que está a punto de servirse, con una cascada de glaseado real, y fuentes de postres.

—Podría preguntarte lo mismo. Sé que intentas evitarme, pero…

Ella suelta una sonrisa sarcástica que me deja clavado en el sitio. Intuyo que le ha molestado, pero no entiendo por qué. He sido muy correcto desde que llegué.

~~«¿Todavía me guarda rencor por haber roto con ella?».~~

—Estoy trabajando, Andréa. Y sin ánimo de ofender, ahora mismo eres mi última preocupación.

Inclino la cabeza sobre el hombro, para intentar desesperadamente que al menos me mire.

—Y, sin embargo, le has pedido a un desconocido que finja ser tu novio. ¿Para qué, por cierto?

Por fin me encara, con expresión de rabia. La furia que le tiñe los rasgos me estremece. Jasmine no suele enfadarse. Es muy tranquila y dulce. Detesta el conflicto. Le gusta la gente, y es muy difícil decepcionarla.

«O al menos, así era».

Es una de las cosas que siempre envidié de ella, porque yo era todo lo contrario: un adolescente enfadado que quería hacerse notar, aunque para ello tuviera que liarla allá por donde pasara…

Mis celos fueron el motivo de nuestra última discusión.

—¿Y tú? —replica Jasmine—. ¿Por qué trajiste a Zélie si solo es una amiga?

«Por la misma razón que tú».

No me permite responder, y suelta un largo suspiro antes de calmarse.

—Escucha. Si todo el mundo es capaz de hacerlo, entonces nosotros también. Nos quisimos, pero ya no —lanza con un tono seco que me hiela la sangre—. Hagamos un esfuerzo y dejemos de pelearnos, al menos durante la buddymoon. Se lo debemos a Clem y a Kai.

«Ya no». No pensaba que oírselo decir en voz alta pudiera hacerle tanto daño a mi ego.

«¿De verdad ha pasado página?». En lo que a mí respecta, no estoy tan seguro; me he dado cuenta al tenerla delante.

La verdad es que Jasmine marcó un antes y un después en mí.

El antes fue insoportablemente aburrido.

El después, una tortura insufrible.

Pero ese breve momento en que estuvimos juntos… fue perfecto.

—Ya está listo el postre —me interrumpe el chef justo cuando iba a contraatacar—. ¿Necesitan ayuda?

Jasmine empieza a levantar la base de la tarta nupcial con seguridad. El peso es tal que se inclina hacia la derecha. Me apresuro a ayudarla pese a lo que acaba de decirme, y acabamos por sostenerla cada uno de un lado.

—Yo la ayudo —tranquilizo al chef.

Avanzamos juntos y cruzamos las puertas batientes de la cocina. Jasmine está empeñada en no hablar conmigo.

—¿Por qué le hablaste de Howl? —suelto sin pensar—. Eso era algo nuestro.

Soy consciente de que parezco un niño caprichoso, y me arrepiento al momento de preguntar algo así. La reacción de Jasmine me lo confirma al instante. Me lanza una mirada de indignación y después suelta una risa amarga.

—¿Me estás tomando el pelo? No tienes derecho a estar celoso, Andréa Moretti.

—Yo no…

—Te recuerdo que tú me dejaste a mí —replica alzando la voz—. Así que hazme un favor y déjame en paz.

«Lo sé. Tiene razón. Soy un imbécil».

Estoy a punto de disculparme cuando irrumpimos en plena fiesta. La música está tan fuerte que ya no conseguimos oírnos.

La multitud se aparta para dejarnos pasar, y nos deja ver a los novios en el centro de la pista. Jasmine me hace una seña para que me acerque, pero de pronto resbalo con algo: su vestido, que arrastra por el suelo a cada paso.

La caída dura apenas un segundo —el segundo más largo de mi vida— y hace que se tambalee la tarta. Siento cómo se inclina hacia la izquierda.

Jasmine, al intentar sujetarla, tropieza conmigo en el suelo… y cae también. La pieza nupcial se nos desparrama sobre la cabeza y hace que todo el mundo se quede en silencio. Solo la música sigue sonando mientras todos se quedan petrificados a nuestro alrededor.

«Joder». Clémence nos va a querer descuartizar a los dos, seguro. Puede que no lo parezca, pero da miedo de verdad.

Jasmine se incorpora, con el rostro cubierto de tarta y de nata. Se le ha abierto un poco el escote, y se lo ajusto sin darme cuenta, para protegerla de las miradas curiosas.

—¿No os habéis roto nada?

Ezra le tiende la mano a Jasmine, que la acepta mientras murmura algo que no logro entender. Yo me pongo en pie solo, e intento tranquilizar a todos con un gesto con las manos.

—¿Lichi, frambuesa y… rosa? —aventura Ezra mientras se lame un dedo—. Mmm. Está buenísima.

Observo que ha recogido un trozo del pastel con la cuchara. Clémence está lívida, pero el primo de Kai invita a todos a servirse «a la buena de Dios».

Se oyen risas, y muy pronto la crisis queda superada. Ezra propone a Jasmine que vaya a limpiarse al baño, y le da su bolso de seda.

Cuando mi ex desaparece, Clémence se me acerca y me suelta entre dientes:

—Me ha costado 1500 euros, cabrón.

Trago saliva y me topo con la mirada asustada de Kai.

—Lo sé. Lo siento, Clémence.

—¿Ah, «lo sientes»? —repite con una sonrisa digna del Joker, mientras me aprieta el hombro con mucha fuerza—. No tanto como lo sentirás si no conseguís hacer las paces antes de mañana.

* Personaje de la serie *The Office.*

Capítulo 3

Jasmine

Positano, Italia

No quería enfadarme, lo juro.

Yo jamás me enfado. Nunca alzo la voz. Prefiero callarme y huir antes que iniciar una discusión.

~~Quizá esa fue nuestra perdición.~~

Pero últimamente la vida ha sido difícil, en muchos aspectos. Me he sentido angustiada, humillada, maltratada. He pasado los últimos meses organizando una boda a sabiendas de que él estaría allí, en compañía de otra mujer.

Cuando Clémence me habló de la idea de la buddymoon, lo confieso, intenté escabullirme. Pero sé lo importante que es para nuestros amigos que estemos Andréa y yo a su lado para celebrar su amor. Al fin y al cabo, se conocieron gracias a nosotros.

Así que me preparé como pude. Incluso llegué a convencerme de que era capaz de convivir durante dos meses en un grupo reducido con Andréa.

«Y al final me he dado cuenta de que le guardo un rencor terrible».

Sin embargo, estaba convencida de que no. Cuando Andréa me dejó, lloré sin parar durante semanas enteras. Mis mejores amigas pensaban que iba a morir deshidratada. Y luego se me pasó, así, de golpe. Con ayuda de la terapia, me convencí de que todo iba bien porque me negaba a venirme abajo más tiempo, porque quería que todo el mundo dejara de hablarme de ello.

Mi psicóloga dice que soy una experta en el arte de la negación.

—¿Ya habéis hecho las paces? —me pregunta mi amiga cuando salimos del Airbnb.

Tras dos días de celebración, la boda ha llegado de una vez a su fin. Los invitados han regresado a su casa. Entre ellos: Zélie, la compañera de Andréa.

«Lo más difícil empieza ahora».

Él y yo hemos pasado todo este tiempo ignorándonos de mutuo acuerdo, sobre todo para que nos perdonaran por haber fastidiado la fiesta de nuestros amigos. Clémence nos echó una bronca monumental; estaba furiosa porque destrozamos una tarta muy cara, pero sobre todo porque montamos una escena delante de todos.

En consecuencia, llevo dos días arrastrándome con la esperanza de que me perdone. Estoy avergonzada, como amiga y como wedding planner. De hecho, le propuse reembolsarle el gasto, pero lo rechazó.

—No exactamente —digo, y hago una mueca mientras me coloco el sombrero de paja—. Pero lo prometo, ¡nada de escándalos! Quiero que Kai y tú tengáis la mejor luna de miel posible… Nos vamos a comportar como adultos.

En nuestro grupo —y sin que ella lo sepa—, llamamos a Clémence «la Tirorganizadora», una mezcla de «tirana» y «organizadora». Digamos que le gusta que todo esté… en orden. Si no se sigue el plan establecido, estamos todos jodidos.

—Por cierto, el sobrino de Kai ya se ha hecho viral en TikTok con el vídeo —me informa—. Mírate el hashtag #weddingcakegirl. Eres famosa.

Resoplo de humillación, y eso le arranca una sonrisa. Supongo que empieza poco a poco a perdonarme; es una buena noticia.

Nos quedamos en Positano los próximos días. Allí, las casas de colores pastel se incrustan en la ladera como joyas preciosas.

En el programa de hoy: paseo por la ciudad y descanso en la playa. Los chicos se levantan tarde, cada uno en su habitación, pero Clémence y yo hemos decidido salir a dar una vuelta e ir al mercado.

Positano es precioso. Recorremos las calles sinuosas de la ciudad, y los pasos resuenan sobre los adoquines desgastados por el tiempo. El sol de la mañana me acaricia la piel y los rayos dorados se filtran entre las contraventanas de madera de las tiendas y proyectan dibujos danzantes en el suelo.

El olor me recuerda a Gordes: la mezcla de aromas deliciosos de fruta, flores y pasteles, unida al salitre que flota en el aire, me confirma que estamos de verdad junto al mar.

—Jazz… ¿Puedo hacerte una pregunta?

Me vuelvo hacia Clémence mientras bordeamos la playa llena de sombrillas de colores. Somos amigas desde los doce años. No hablo con ella tan a menudo como con Lily, Nolia o Camelia, pero tenemos una confianza que solo se consigue con el paso del tiempo.

Sé que puedo contárselo todo.

~~Excepto…~~

—Nunca me has contado por qué te dejó Andréa.

—Pregúntaselo a él. Es el mejor amigo de tu marido, ¿no?

Siempre había creído que Andréa le había contado la verdad a Kai. La reacción de mi amiga me demuestra que no, porque todo lo que sabe Kai enseguida lo sabe Clémence.

Ella se detiene frente a un restaurante. A juzgar por el olor nauseabundo que desprende, el plato del día lleva pescado. Acelera el paso para alejarnos, y se tapa la nariz y la boca con las manos. Tiene una expresión sombría, incluso algo indignada.

—No le pregunto a Andréa porque, por si no lo has notado, estoy enfadada con él.

«¿Eh? ¿Desde cuándo?».

—Lo invitaste a tu boda… y a la luna de miel —le recuerdo, desconcertada—. Por cierto, tenemos que hablar en serio de este concepto de buddymoon, porque es muy raro. ¿Vais a acostaros

mientras estemos todos allí? ¿Tengo que comprar tapones para los oídos?

—Kai lo invitó —me corrige con un suspiro—. Yo no.

Le pregunto por qué, estupefacta por su confesión. Clémence parece exasperarse por la pregunta, porque casi grita mientras levanta los brazos al aire:

—¡Porque te rompió el corazón!

«Ah. Ya entiendo». Es mi amiga de toda la vida, y se ha puesto a defenderme sin que yo se lo pida. Sé que no debería… y, sin embargo, de pronto siento una gratitud profunda hacia ella.

Tras la ruptura, me sentí muy sola. Mis mejores amigas me apoyaron muchísimo, pero no fui capaz de contarlo todo. Me aislaba la pena, y los secretos.

La verdad es que Andréa tenía derecho a dejarme. Nadie debería forzar a nadie a quedarse con alguien que ya no ama. Yo tampoco le puse las cosas fáciles; ambos tuvimos parte de culpa.

Andréa no es el villano de esta historia. No tengo derecho a guardarle rencor, y aun así…

«No soy perfecta».

—Deja de torturarlo —digo como única respuesta—. Creo que él también sufrió con la ruptura. Ya ha tenido suficiente castigo.

La oigo mascullar algo parecido a «¿Entonces por qué te dejó?», pero no respondo. Todavía no estoy lista para hablar de ello. No sé si lo estaré algún día.

«La negación. Siempre la negación».

Es la única manera de afrontar los problemas que me enseñaron mis padres, aunque sé que en realidad no es más que una bomba de relojería. Un tic-tac me resuena en las sienes a cada segundo; esto amenaza con explotar en cualquier momento. Pero aguanto. No pierdo el control.

~~¿Durante cuánto tiempo?~~

—No debí insistirte tanto para que vinieras con nosotros a sabiendas de la tortura que sería. Perdona, ¡soy tan egoísta!

Me río un poco antes de agarrarme a su codo.

—Anda, no digas tonterías. Sé que me repito, pero estoy bien.

Ella aprieta los labios, escéptica.

—¿Seguro? ¿Lo prometes? Porque si no, los dejamos ahí y hacemos ese viaje por carretera las dos solas, en plan romántico.

—Ni pensarlo —replico con determinación—. Son vuestras primeras vacaciones como marido y mujer. No te preocupes por mí, pienso demostrarle a Andréa lo que se pierde.

Lo digo un poco por decir, pero de pronto el rostro de Clémence se ilumina con una sonrisa maquiavélica y sé que acabo de cavar mi propia tumba.

—¡Exacto! Hagamos que se arrepienta de su pésima decisión. ¿Qué mejor sitio que Italia para eso? —sonríe mientras abre los brazos frente a nosotras—. Mira, te encuentras con hombres sexys en cada esquina, es el paraíso.

No debería iniciar un juego tan peligroso, pero en realidad Andréa lo hizo primero al traer a Zélie. Al fin y al cabo, ¿por qué no aprovechar estas vacaciones para soltarme un poco y conocer gente?

Estoy soltera, y soy joven y sexy. He pasado página.

Es hora de demostrárselo al mundo.

—¿Vas a tomar el sol en topless?

Clémence desafía a su marido con la mirada, recostada en la tumbona. El sol le da de frente, pero no pestañea.

—Sí. ¿Por qué?

Kai es un hombre inteligente. Responde un «No, por nada» y se va a extender su propia toalla sobre la arena ardiente. Sabe que Clémence va a hacer lo que quiera, le guste a él o no.

Lo veo, sin embargo, dirigir a Andréa y Ezra una señal amenazante, como si les ordenara que miraran hacia otra parte. Sonrío, de pie bajo la sombrilla de rayas naranjas y verdes.

Los chicos se nos han unido en la playa grande de Spiaggia. La vista es impresionante, aunque hay un montón de niños que gritan, corren en todas direcciones y nos lanzan arena sobre la toalla.

Voy a acabar por enterrar a uno hasta el cuello.

—Jazz —me llama Clémence, mientras coge la crema solar—. Quítate la ropa, voy a echarte.

Sé perfectamente lo que pretende: quiere que me quede medio desnuda delante de Andréa, conforme a nuestro plan de venganza maquiavélica.

De repente me recorre una oleada de nervios ante la idea de desvestirme, pero ya es demasiado tarde para echarme atrás. Me gusta mi cuerpo. Lo que detesto, en cambio, son las estrías. Por eso he intentado ocultarlas como he podido.

Me quito el vestido por la cabeza, y muestro mi bañador nuevo. Siento el peso de su mirada, aunque finja que no me doy cuenta. Andréa me recorre con la mirada los hombros desnudos, y luego desciende por el pecho, cubierto en parte por el bañador amarillo de una pieza. Tiene mucho escote, y me resalta los muslos y el culo redondo.

Me doy la vuelta para sentarme junto a Clémence, satisfecha de haber conseguido captar la atención de mi ex.

—Creo que está teniendo un ataque de apoplejía —me susurra mi amiga mientras me extiende la crema fría por la espalda.

Esbozo una sutil sonrisa de orgullo. No me atrevo a echar un vistazo en dirección a Andréa. Sin embargo, dudo mucho que la vista de mi cuerpo, que ya conoce de memoria, lo haya desconcertado tanto.

«A los hombres solo les gusta la novedad», suele decir mi tía. «Por eso les resulta imposible la monogamia».

—Y, sin embargo, no hay nada que no haya visto ya… —respondo en voz baja.

—Justo por eso. Lo sabe. Me juego lo que quieras a que tenerte tan cerca y no poder tocarte lo está matando.

Justo en ese instante alzo la barbilla. Andréa me mira fijamente desde su tumbona, y hace que me estremezca.

Es solo un acto reflejo. Ya no me atrae.

—Espero que se esté arrepintiendo —murmuro entre dientes.

Una vocecilla interior me ruega que no sea tan mezquina, pero es lo único que hace que no pierda la cabeza ahora mismo.

Cuando Clémence termina, nos ponemos las dos a tomar el sol en silencio. Andréa y Kai son los primeros en ir a bañarse; Ezra se queda un rato. Él se agacha frente a mí, con una sonrisa en los labios. Solo entonces reparo en los tatuajes que tiene en los brazos, el torso y los muslos. Serán unos veinte, más o menos.

—¿Estás intentando matarlo lentamente, verdad? —se burla, con los ojos ocultos tras unas gafas de sol.

—Vete, traidor —mascullo mientras me pongo la mano de visera para mirarlo.

Ríe un poco, sin ofenderse lo más mínimo. Todavía me cuesta digerir la vergüenza del momento en que descubrí que Ezra era el primo de Kai.

«¡Qué idiota!».

—¿Sabes qué es lo gracioso de que me eligieras a mí y no a otro? —continúa—. Aparte de que íbamos a la misma boda, quiero decir.

—Me da igual. Vete.

—Mi nombre significa literalmente 'ayuda' —prosigue sin inmutarse—. Supongo que mi destino es ayudar a los necesitados. —Le pongo la mano en la cara para apartarlo, molesta. Le he perdonado que me mintiera, pero eso no significa que quiera ser su amiga—. ¿Quieres volver con él, entonces? —pregunta a través de mis dedos extendidos como una estrella de mar sobre su nariz.

«¿Este nunca se rinde, o qué?».

—¡Para nada!

—¡Uf! Porque si es así, lo estás haciendo rematadamente mal.

No me da tiempo a mandarlo a paseo. Kai y Andréa regresan justo cuando Ezra propone en voz alta:

—¿Y si montamos en moto acuática?

Lanzo una mirada recelosa al mar que se extiende ante nosotros, y niego con la cabeza.

—No, gracias. Quizá más tarde…

—No te fuerces —me aconseja Andréa, mientras se seca los brazos, antes de girarse hacia Ezra—. Déjalo. Jasmine no lo hará, no le gustan las emociones fuertes. Y además, le tiene miedo al agua.

Abro la boca, estupefacta. ¡Cómo se atreve! Las mejillas me arden de humillación, y quizá también porque se sacude el pelo mojado, y

las gotas le salpican el torso desnudo y musculado.

—¿De verdad? —se sorprende Ezra, mientras cruzamos una mirada—. ¿Qué es lo que te da tanto miedo?

La verdad es que tengo fobia al agua y a las profundidades. Nunca he aprendido a nadar, claro. No es algo que esconda, pero la manera en que Andréa acaba de soltarlo me pone de los nervios.

«Si lo que quiere es que lo odie aún más, lo ha conseguido».

—Tonterías. De hecho, ¿sabes qué? —suelto al incorporarme, de pronto presa de un arranque de valor—. Me voy a montar.

Mi ex entrecierra los ojos. A todas luces, no me cree capaz de hacerlo. Me molesta que siga pensando que me conoce después de tres años de contacto cero.

Me vuelvo hacia Ezra para regalarle una sonrisa radiante.

—¿Me pongo contigo?

—¡Pero no aproveches para meterme mano!

Le doy un puñetazo en el vientre, lo que le arranca un gruñido de sorpresa.

«Bueno, retiro lo dicho. Me da que Ezra y yo vamos a ser muy buenos amigos».

—Buen golpe, Sophie.

Adivino enseguida por qué me llama así, pero no digo nada, por miedo a que mi ex lo entienda también.

—¡Pues vamos allá!

Mis amigos no me creen, está claro. Incluso Clémence me susurra en voz baja que no tengo por qué hacerlo. A decir verdad, no tengo ninguna gana de montar en moto acuática. Habría preferido quedarme en la tumbona tomando el sol, pero Andréa ha cometido el error de desafiarme delante de todos.

«Él, más que nadie, debería saber que eso nunca es buena idea».

Tras pagar una hora de alquiler, nos ponemos los chalecos salvavidas. Kai se monta detrás de Clémence. «¿Y por qué ibas a conducir tú?», ha exclamado ella con indignación antes de que él le cediera el puesto. Andréa se queda solo, y yo termino por aceptar la mano de Ezra.

—¿Estás segura? —me pregunta, con gesto de lo más serio.

Asiento, y meto los pies en el agua fría y transparente del mar Tirreno. Él se sube primero, y me deja mientras tanto sumida en un silencio angustioso. Se me acelera el corazón ante la idea de lo que estoy a punto de hacer, por una estupidez, por orgullo.

—Me basta con que no me lances a los tiburones —bromeo a medias.

Me encaramo a la moto de agua y me acomodo a horcajadas. Ezra me aconseja que me agarre fuerte a él, aunque le haga daño, y se lo agradezco.

—No iré demasiado rápido, de todas ma…

—Jazz —me interrumpe Andréa, muy cerca. Su expresión culpable demuestra que se arrepiente de haberme puesto a prueba. Bien hecho—. Perdón —murmura.

No sé a qué se refiere. Si a lo del banquete, a la provocación de hoy o a haberme dejado en el peor momento de mi vida…

—Vas con tres años de retraso —replico en el instante en que Ezra arranca.

Capítulo 4

Andréa

Positano, Italia

Jasmine y yo casi nunca discutíamos.

Aunque, en los últimos tiempos, supongo que sí. Ambos estábamos consumidos por la tristeza, la culpa, la frustración… Ya no nos entendíamos, ya no nos hablábamos.

Y, sobre todo, ya no nos escuchábamos.

Pero si había algo que odiaba de Jasmine, era su capacidad para reprimirlo todo y guardárselo hasta que estallaba.

Han pasado tres años; parece que ha cambiado. Supongo que el conflicto ya no le da miedo, o al menos no conmigo; no ha dejado de despreciarme desde el día de la boda.

—Pegan bastante, ¿no creéis?

No reacciono al comentario de Clémence, sentada delante de Kai en la moto acuática de al lado. Me está intentando provocar, lo sé. Es la única que tomó partido en nuestra ruptura, y desde entonces me odia.

Lo reconozco, me dolió. Y al mismo tiempo, me alegré de que Jasmine tuviera a alguien. ~~Esa persona debería haber sido yo.~~

—Es verdad que hacen buena… —empieza Kai, hasta que le lanzo una mirada asesina—. Quiero decir, no tanto como vosotros cuando estabais juntos, claro. Siempre pensé que estabais hechos el uno para el otro.

Observo a Ezra y Jasmine ganar velocidad, provocando olas a su paso. Tiene el pecho pegado a la espalda de mi amigo, y le rodea el torso con las manos: me pone enfermo.

No estoy celoso. No del todo.

Intento convencerme de que Jasmine lo hace a propósito para fastidiarme. Además, conozco a Ezra: es un casanova. Le encanta encadenar aventuras de una noche; no tiene la menor intención de sentar la cabeza.

~~Solo un poco.~~

—Pero en realidad no —se burla Clémence, con la cara bien alta —. Si no, Andy no la habría tirado como un trapo.

Estoy a punto de defenderme cuando ella acelera con un rugido atronador. Su moto sale disparada hacia delante, lo que obliga a Kai a aferrarse a su mujer mientras reza por lo bajo.

«Tenía mis motivos», me habría gustado responder.

Soy el último en arrancar, con la mente nublada por la frustración.

Todo el mundo cree que dejé a Jasmine porque me dio por ahí. Soy el malo de esta historia, pero nadie se ha molestado jamás en preguntarme cómo me sentía.

De pequeño, mi madre me dijo que lo más desgarrador del mundo es que te deje la persona a la que amas. Descubrí que hay algo aún peor: romper con alguien a quien todavía quieres hasta la médula.

«Tú lo elegiste», me reprocha mi conciencia. «Asume las consecuencias de tu decisión».

Las olas del mar Tirreno bailan bajo el sol radiante y esparcen destellos plateados sobre la superficie. Me aferro con fuerza al manillar de la moto; el motor tiene una potencia indomable. El aire marino me azota el rostro a medida que acelero, y me llena de una falsa sensación de libertad.

Jasmine y Ezra se abren paso a unos metros, una distancia que parece alargarse hasta el infinito en el azul del agua. Están

demasiado lejos para oírlos, pero distingo con claridad a Jasmine estallar en carcajadas. Esa risa antes se la provocaba yo.

No puedo evitar ponerme celoso. La tensión entre nosotros flota en el aire como la brisa salada. A ratos se me escapa la mirada, inquieto por la cercanía entre Ezra y ella.

No pensaba que dolería tanto verla tan cerca de otro, después de todo este tiempo.

El rugido de los motores se intensifica a medida que aceleramos y atravesamos las olas en una competición silenciosa. Clémence y Kai enseguida nos sacan ventaja, pero soy incapaz de alejarme demasiado de mi ex.

Aprieto el manillar de la moto, y la frustración me consume al ver a Ezra volver la cabeza hacia Jasmine y susurrarle algo que la hace reír.

De pronto, una ola más alta que las demás hace tambalear las motos. Veo la escena desarrollarse ante mis ojos con absoluta impotencia. Jasmine se resbala con torpeza del asiento, y la arrastran las olas. Su grito de sorpresa resuena en el aire antes de hundirse.

«¡No!».

Recuerdo de golpe que lleva un chaleco salvavidas, así que no corre peligro de ahogarse.

La moto de Ezra se aleja de ella, mientras Jasmine se agita en el agua revuelta, como si no se hubiera dado cuenta de que se ha caído.

Está entrando en pánico, lo noto enseguida.

Sin pensarlo, freno en seco y doy la vuelta. La preocupación vence a los celos mientras me aproximo a ella.

—¡Jazz! —grito por encima del rugido de las olas, con el corazón desbocado—. ¡Agárrate! —Llego hasta donde está y le tiendo la mano para sacarla del agua. El alivio que se le refleja en los ojos oscuros dura muy poco. Me doy cuenta de que está llorando, y es por mi culpa—. Todo está bien, Jasmine. ¡Agárrate de mi mano!

Nos rozamos con los dedos, pero el mar bravo parece divertirse al separarnos una y otra vez. Consigo agarrarla tras varios intentos, aunque, una vez que la tengo, la levanto a la primera.

Se acurruca entre mis brazos. Tiembla tanto que los dientes le castañean. Jasmine se aferra a mí como a la vida, con la respiración entrecortada.

Le devuelvo el abrazo, y le acaricio el pelo empapado.

—Estás a salvo —le susurro al oído—. Estoy aquí.

No responde, demasiado concentrada en intentar controlar el pulso. Ezra regresa hacia nosotros a toda prisa, con el rostro desfigurado por la preocupación y la culpa.

—Mierda, ¿estás bien? Lo siento, yo…

—Está bien —lo tranquilizo con un asentimiento firme—. Me la llevo a la orilla.

Parece a punto de protestar, pero una mirada basta para convencerlo.

Vale, soy su exnovio. Yo la dejé a ella, es cierto. Pero sigo siendo el que mejor la conoce aquí. Sé lo que necesita.

—Vamos a volver —prevengo a Jasmine con voz suave—. Ponte tú delante, Arrietty. Yo te sujeto.

Ella vacila, pero noto que el miedo empieza a disiparse. La ayudo a colocarse a horcajadas delante de mí. Apoyo las manos en sus muslos para darle estabilidad y luego le indico que se agarre bien al manillar.

Llevábamos tres años sin estar tan cerca.

Todavía tiembla cuando arrancamos, pero conduzco lo bastante despacio como para darle confianza. Es la primera en bajar cuando llegamos a la orilla. Pone los pies en la arena; el agua le llega apenas por el tobillo.

La ayudo a desabrocharse el chaleco salvavidas en silencio. Y, al contrario de lo que imaginaba, no opone resistencia.

—Gracias —suelta de pronto.

Se niega a mirarme a la cara. Le pongo un dedo bajo el mentón para levantarle la cara. Cruzamos al fin la mirada y vuelve a latirme el corazón.

«¿Habrá alguna otra mujer que consiga provocarme lo mismo que tú, Jasmine Pham?».

—No será porque no te he advertido que no lo hicieras.

Ella suspira, cansada. La sigo hasta las toallas y me sacudo el agua del pelo.

—Tú me has desafiado delante de todos.

—¿Desde cuándo una simple broma te afecta tanto? Antes siempre estábamos a la gresca, cuando éramos amigos.

Aún recuerdo los meses que pasaron entre que nos conocimos y nos dimos el primer beso. Nunca estábamos de acuerdo en nada. Jasmine era la chica soñadora que se sentaba en primera fila, y yo el gandul que llegaba siempre veinte minutos tarde a clase. Mi pasatiempo favorito era provocarla.

Burla tras burla, acabó por rendirse.

Le gustaba. Pero supongo que ya no tenemos quince años… Hemos crecido los dos.

—Exactamente —replica con una mirada fría—. Pero ya no somos amigos.

Uf. Creo que eso es lo más doloroso de todo. Antes de enamorarnos, Jasmine y yo éramos los mejores amigos del mundo.

La conocí cuando pasaba por un momento complicado, y ella me salvó de mí mismo. Me calmó y me apoyó. Me hizo ser el hombre que soy hoy, y por eso le estaré eternamente agradecido.

«Ella me dio un propósito en la vida».

Su amistad es algo que atesoro… pero que pisoteé.

«Mejores amigos para siempre», nos dijimos.

Tres años después de nuestra última conversación, la tengo justo delante de mí. Tres años de arrepentimiento y de culpa. Odié a mi madre por haber influido en mi decisión, odié a mi propio miedo por haberme empujado a comportarme como un cobarde…

«¿Para qué?».

Tres años intentando sustituirla, sin éxito; luchando contra una fuerza invisible, contra un dolor en el pecho que nunca desaparece del todo, contra los recuerdos que se esfuman durante el día para atormentarme pasada la medianoche.

Tres años sin ver a Jasmine… y aun así, ha estado presente durante todo este tiempo. Incluso cuando creía haberla olvidado, tuvo que reaparecer y arruinar todos mis esfuerzos.

«¿Y si cometí el mayor error de mi vida?».

«¿Y si paso los próximos cincuenta años igual que los tres últimos?».

—Entiendo que estás enfadada conmigo —suelto de pronto—. Nunca me llegué a disculpar por la forma en que terminó todo. Así que, aunque sea demasiado tarde… lo siento.

Jasmine permanece callada, pero veo que mis disculpas la conmueven.

—¿Crees que te guardo rencor por haberme dejado? —Su voz me golpea como un látigo. Algunos giran la cabeza hacia nosotros en la playa, pero a ella no le importa—. Tienes derecho a no quererme ya, Andréa —prosigue con una sonrisa gélida—. Jamás quise encerrarte en una relación en la que no fueras feliz. Pensé que me conocías lo bastante como para saber eso.

Me quedo sin palabras. Quiero decirle que se equivoca, que yo soñaba con quedarme a su lado. Pero estaba agotado. Se me habían acabado las ideas, y en el fondo esperaba que me retuviera.

Que luchara por hacerme cambiar de opinión.

—Claro que estoy enfadada —resopla—. Lo que te reprocho es que me hicieras sentir que yo era el problema. Que dejaras que tu madre te convenciera de que no era suficiente para ti. Que permitieras que se entrometiera en nuestra relación, en asuntos privados sobre los que no tenía ningún derecho a opinar.

Este no es en absoluto el mejor lugar para hablar de ello, y veo claramente que esquiva el tema principal a propósito. Como en el pasado.

«No quiero hablar de eso», era su frase preferida.

Al final acabé por sentirme frustrado y lleno de rencor.

—Lo sé.

—Pero el pasado es pasado —me tranquiliza—. Cuando me dejaste, creí que iba a estar mal para siempre. Pero con los años una se da cuenta de que el ser humano tiene mala memoria. Estoy lista para conocer a otra persona, Andréa.

«Mentirosa». Solo intenta ponerme celoso, consciente de que es lo que mejor funciona conmigo. Lo que ignora es que he trabajado mucho el problema con la ira y la posesividad.

—¿A quién? ¿A Ezra? —me burlo, aun así.

Jasmine pone los ojos en blanco, molesta. No tiene ocasión de negarlo, porque el susodicho aparece como si lo hubiera invocado sin querer.

—¿Hablabais de mí? Espero que de algo bueno.

Elijo dar por terminada la conversación en lugar de replicar. No quiero testigos, y menos aún si es mi amigo.

—Te advertí que no me echaras a los tiburones —lo acusa Jasmine con expresión asesina—. Admítelo, lo has hecho a propósito.

Ezra pone una mueca cómica, aliviado al verla bien. Le he oído llamarla Sophie hace un rato, aunque me he hecho el sueco.

Se me revuelve el estómago, pero no digo nada. Jasmine tiene razón, tiene derecho a pasar página. Al venir aquí sabía que corría el riesgo de verla coquetear con otros.

Pero… Pensaba que estaba preparado.

«Qué imbécil soy».

Tres años no bastan.

—Podemos comprarte manguitos si quieres —se burla Ezra—. He visto unos con ballenas, en la tienda de ahí al lado.

—¡Perfecto! —responde Jasmine mientras le dedica una peineta que, lo admito, me sorprende en ella—. De paso aprovechamos para comprarte algo de gracia.

Ezra hace como que lo piensa en serio, con los brazos cruzados.

—No sé, creo que, si puedo elegir, preferiría un suero de humildad. Gracia ya tengo bastante.

Jasmine le lanza la toalla a la cara para que se calle.

Capítulo 5

Jasmine

Positano, Italia

—Jasmine, hay un tipo raro sentado en tu cama.

En la pantalla, veo a mi prima Lily fruncir el ceño, preocupada. Camelia y Nolia, mis mejores amigas, se inclinan hacia el teléfono para observar mejor al desconocido.

No necesito darme la vuelta para saber de quién se trata.

—Es Ezra, el primo de Kai. No le hagáis caso. Se marchará si seguimos ignorándolo.

Por desgracia, oigo que se acerca. Yo me había instalado en el escritorio de mi habitación para hacer una videollamada. Le pregunto si no tiene nada más interesante que hacer aparte de molestarme, pero él me tiende un bote nuevo de aftersun.

—He pasado por la farmacia y te he comprado esto, así que pórtate bien conmigo. Estás roja, pareces una gamba.

Acepto el regalo y le doy las gracias, recelosa. Tras el desastroso día en la playa, volvimos al apartamento donde nos alojaremos hasta que nos vayamos a Capri.

Subí los ciento cincuenta escalones de la calle principal de Positano, incapaz de disfrutar de la vista panorámica, mientras

Andréa y Kai se marchaban a hacer la compra.

Ahora se encuentran preparando la cena, con la música a todo volumen para animarse. Cuando me he escapado, Clémence los observaba desde el sofá mientras se desataban con «I'm Just Ken», de la película Barbie. Yo he preferido encerrarme en mi cuarto antes que sufrir semejante suplicio, por muy fan de Ryan Gosling que sea.

—¿Ese es el que te tiró de la moto de agua? —pregunta Nolia—. No nos habías dicho que era guapo.

—¿Para qué iba a deciros eso?

Me fijo en que mi amiga está sentada junto a su piscina, en bañador, y con unas gafas de sol con forma de mariposa. Detrás de ella, distingo a su marido, Camille, dormido en una tumbona. Nazeena se divierte pintarrajeándole la cara con unos rotuladores.

—Fue sin querer —precisa Ezra, mientras se sienta en el reposabrazos de mi silla—. La había prevenido que se agarrara bien a mí.

—Estaba demasiado mojado, resbalaba mucho…

Ezra deja escapar una media sonrisa antes de soltar:

—Ese es el título de tu sex tape.

—Ugh, das asco —gruño, y lo empujo.

Pero insiste, tan rígido y pesado como una estatua de mármol. Me resulta imposible echarlo, lo que les arranca una sonrisa a mis amigas. Seguramente sospechan que, pese a nuestras peleas, Ezra no es mal tío.

Es la única persona de este grupo que me conoce como Jasmine, y no como esa entidad inseparable Jasmine-Andréa, como si fuéramos un pack.

«Y eso me gusta».

—Entonces —retoma Ezra, colándose en nuestra conversación—, ¿decías que querías aprovechar el verano para sacar un clavo con otro clavo?

En efecto, es justo lo que les he dicho a mis amigas antes de que Ezra se infiltrara a escondidas en mi cuarto. Después de mi última conversación con Andréa, pensé que me vendría de maravilla una distracción.

~~Me da miedo derrumbarme, si no.~~

—Personalmente, creo que eso siempre es una mala idea —suspira Lily—. Jasmine, alguna vez me has dicho que no te gusta acostarte con alguien sin estar enamorada.

La fulmino con la mirada, molesta de que revele algo tan íntimo delante de un casi desconocido. Sin embargo, Ezra no parece ni sorprendido ni incómodo. Al contrario, asiente, pensativo ante los argumentos de mis mejores amigas.

—Opino lo mismo —confirma Nolia—. Puedes acabar por caer en tu propia trampa. Déjalo estar.

Eso ya lo sé. Lo he meditado largo y tendido hace un rato, en la ducha. Pero ahora mismo es lo único que me mantiene a flote. Pienso que tengo que sustituir a Andréa por otra persona, para demostrarme que he pasado página.

—¿Soy la única que piensa que debería hacerlo? —pregunta Camelia mientras levanta la mano—. Lo siento, pero soy muy rencorosa. Quiero que él se arrepienta.

—¡Gracias! ¡Por fin alguien de mi bando!

Levanto el brazo para chocarla en broma, a través de la cámara, hasta que Lily nos informa de que eso ya no se lleva.

Ezra se vuelve hacia mí, con los ojos entrecerrados.

—¿Es otra táctica más para intentar ponerlo celoso?

—¿«Otra»? —repite Nolia alzando una ceja.

Les explico lo que pasó en la boda, y le echo la culpa a la aplicación de escorting de su marido por el plantón que me dieron.

Cuando Ezra me recuerda que no le he contestado, suspiro y le digo que no ha entendido absolutamente nada. He elegido sanar en lugar de alimentar el rencor… lo cual solo es cierto a medias.

Ezra deja escapar una risa burlona, pronto seguida por las de mis mejores amigas.

—Qué tierna. Te crees tus propias mentiras —dice a modo de burla.

—Vale, de acuerdo, ¡lo confieso! —cedo, mientras levanto los brazos, acorralada—. Quiero hacerle ver lo que se pierde. ¿Contento? Ya sé que soy mezquina. Pero ¿no crees que tengo derecho a serlo, aunque sea un poco? Andréa me dejó en el peor

momento de mi vida y aparece tres años después del brazo de otra mujer. ¿Por qué no iba yo a tener también derecho a divertirme?

El silencio que sigue a mi pequeño discurso me hace apretar los dientes. Al ver la mirada de mis amigas, adivino que les doy lástima. Nolia y Camelia seguramente entiendan lo que siento, pues han pasado por relaciones parecidas.

—Tienes razón —responde Ezra haciendo como si se arremangara una camisa imaginaria—. Bueno, entonces, ¿cuál es el plan? Si vosotras sois las Totally Spies, ¿puedo ser Jerry?

Camelia estalla de alegría al proclamarse Sam, «porque es pelirroja». Lily y Nolia, por su parte, se pelean entre Alex y Clover. Yo no tengo fuerzas para seguir la conversación.

—El único problema es que llevas tres años intentando encontrar a alguien. Y ya sabemos todas cómo ha salido —dice Camelia con mala cara.

—Pensaba que no se me daba bien ligar… hasta que te vi en acción —confirma mi prima con solemnidad—. Ahora me parece que no lo hago tan mal.

No me indigno. Tienen razón, nunca ha sido mi punto fuerte. No sé cómo Andréa se enamoró de mí, nunca hice nada especial para conseguirlo.

Han pasado diez años y, ahora que me encuentro en la jungla de la soltería, tengo la sensación de no conocer ni entender los códigos.

—Sí, pero esta vez cuentas con un arma secreta —interviene Ezra —. Yo, al que llamarás «Howl, experto en seducción».*

Le sostengo la mirada, intrigada por su propuesta implícita. No hace falta ser adivina para imaginar que un hombre como Ezra consigue llevarse a cualquier mujer a la cama.

«Probablemente liga muy bien. Sabe lo que hace».

—Mmm —comenta Camelia, poco convencida—. Yo prefiero a Will Smith.

—Seré tu mejor Celestina, si me dejas. Con dos condiciones —continúa Ezra, ignorando a mis amigas.

Y cuanto más lo observo, más se me abre paso la idea en la mente.

«Necesito un guía. Un maestro en la materia».

—Suelta prenda.

—Uno: a cambio quiero que seas mi cockblocker.†

Las chicas y yo intercambiamos una mirada confusa. No era en absoluto lo que esperaba. Ezra se explica sin el menor reparo:

—En pocas palabras, necesito a alguien que me saque de ciertas situaciones. Ya sabes, la típica persona que te llama en mitad de una cita desastrosa inventándose que ha habido un terrible accidente para que tengas que irte… bla, bla, bla.

Nolia niega con la cabeza, con desaprobación, mientras Camelia comenta: «Un clásico. Yo lo hacía mucho antes de salir con Lou».

—Vale —suspiro, dejando a un lado mis valores feministas—. ¿Qué más?

—Dos: tienes que confiar en mí, es decir, hacer todo lo que te diga sin hacer preguntas.

Es un juego peligroso. Pero, aunque no lo conozco desde hace mucho, tengo la sensación de que Ezra no abusará de su poder. De todas formas, necesito su ayuda, sola no lo lograré.

—Trato hecho.

Le estrecho la mano; espero no arrepentirme de mi elección.

Nos despertamos hacia las seis de la mañana, al amanecer. Un barco nos espera en el puerto de Piano di Sorrento para llevarnos a Capri a pasar el día.

Andréa busca cualquier excusa para hablar conmigo. Pide sentarse a mi lado en el coche, pero Ezra es más rápido. Este aprovecha el trayecto para darme los primeros consejos, o más bien uno solo: «Deja de buscar la mirada de Andréa, si quieres que me crea que ya no le quieres».

Así que eso hago. Cuando embarcamos, mi ex se da cuenta de que la respiración se me acelera al ver el mar y pregunta:

—¿Te encuentras bien?

Me estremezco cuando me roza el dorso de la mano con los dedos.

Ni hablar de volver a caer en la trampa.

—Tengo una pulsera contra el mareo —respondo con calma.

—No me refería a eso…

—No corro el riesgo de caerme por la borda esta vez —lo tranquilizo sin atreverme a mover un músculo—. Y si pasa, sé que te tirarás a rescatarme.

Se suponía que era una broma, pero la intensidad de su mirada me deja sin palabras. Giro la cabeza justo en el instante en que nuestro guía nos explica el resto de la excursión, rompiendo la magia del momento.

Ya no vuelve a hablarme después de eso, se limita a contemplar en silencio las formaciones rocosas y las cascadas.

De camino, pasamos ante un antiguo pueblo pesquero, Marina Grande. Y el faro de Punta Carena, con sus veintiocho metros de altura, me deja impresionada.

Todos brindamos mientras degustamos un limoncello y el barco bordea la isla, salvo Clémence, que dice no tener sed. La Gruta Blanca es la primera que vemos. Es un verdadero paraíso. Según el guía, debe su nombre al resplandor de las paredes de caliza.

—Antiguamente servía de refugio para los pescadores en caso de que hubiera una tormenta inesperada —nos explica.

Todos hacemos fotos, como buenos turistas, aunque yo soy la que se mantiene más alejada de la barandilla.

—También sirvió de escondite contra los ataques de piratas en el siglo xvii —añade Ezra.

Mi amigo lleva un pantalón corto, la camisa abierta sobre el torso desnudo y unas gafas de sol. Evidentemente, el grupo de chicas jóvenes que viaja con nosotros no le quita ojo.

Ezra también lo nota, porque decide ir a hablar con ellas. Cuando pasamos bajo el arco natural de Capri, una auténtica joya de la naturaleza, abandona la proa para reunirse conmigo. Llega con un trozo de papel entre los dedos, donde adivino que hay números de teléfono.

—Eres un chulo.

—Pronto aprenderás del mejor —me promete.

Por fin llegamos al lugar que tanto deseaba descubrir: la Gruta Azul. El guía nos advierte que debemos bajar de uno en uno y subir a bordo de pequeñas barcas.

«Oh». No había pensado en eso. No me atrevo a pedir un chaleco salvavidas; no quiero quedar como la única miedica del grupo. Incluso pienso en quedarme en el barco, aunque eso signifique perderme lo que he venido a ver, pero de pronto me toca bajar.

Andréa asoma la cabeza desde la escalera inferior, con una mano extendida hacia mí.

—¿Vamos?

—Id vosotros. Creo que estoy un poco cansada, voy a…

—No te lo puedes perder —me corta, y me agarra los dedos—. Confía en mí y ven, Arrietty.

Tira de mí con suavidad hacia él y acabo por dejarme llevar. Es absurdo, pero es el único capaz de convencerme. La única persona en la que confío ciegamente aquí. Con una sola palabra logra tranquilizarme. Porque sé, en lo más profundo, que nunca dejaría que me pasara nada.

Me pone las manos en las caderas mientras bajo la escalera con lentitud. Me sostiene con firmeza, incluso después de haber puesto un pie en la barca.

—Toma —me aconseja, y me tiende un chaleco salvavidas—. Mira, yo también lo llevo. Más vale prevenir que curar, ¿no?

Abro la boca para protestar, pero ya es tarde. Ya me lo está pasando por la cabeza, como si fuera una niña. Sus gestos son dulces y protectores, lo que me provoca un cosquilleo en el estómago.

Él no necesita chaleco, Andréa es un gran nadador. Entiendo que lo hace para que no me sienta sola ni incómoda. Ese detalle me da ternura, muy a mi pesar.

Cuando las barcas empiezan a avanzar, me da la mano, y ninguno de los dos rompe el contacto físico durante un buen rato.

—Agachaos todo lo que podáis —nos aconseja el guía cuando llega el momento de entrar en la gruta—. La abertura parece el ojo de una cerradura, así que es mejor tumbarse.

La angustia crece. De repente, temo tener claustrofobia. Andréa me ayuda a pegarme al suelo de la barca. Me abraza por la cintura y nos rozamos con la nariz mientras pasamos bajo la roca húmeda.

«Había prometido seguir los consejos de Ezra. Mierda».

Andréa huele tan bien como siempre, más aún al mezclarse su aroma con el del mar. No me aparta la mirada ni un segundo. Cierro los ojos cuando la oscuridad nos envuelve. El pulso se me acelera por la angustia y el miedo a quedarme atrapada ahí dentro.

O peor: a caer al agua.

—Jazz —me murmura Andréa contra la mejilla—. Te lo estás perdiendo.

Abro un ojo, insegura, y luego el otro. Tiene razón: la escena más mágica de mi vida se despliega ante mí, y me deja fascinada.

Está muy oscuro. La cavidad es negra, y por eso resalta tanto el bello color del agua. Es de un azul fluorescente que parece brillar. Da la impresión de que el fondo del mar estuviera iluminado. Resulta casi irreal.

—¿Cómo es posible?

—Es bastante sencillo —nos enseña el guía—. Hay arena blanca en el fondo, caliza. Y la luz del sol, que penetra a través de una pequeña ventana submarina, sobre la entrada, le aporta ese color turquesa.

Parece un paraíso secreto, una piscina escondida cuyas aguas tuvieran propiedades mágicas.

—Me recuerda a la cueva de las sirenas de H2O± —me susurra Clémence, con una sonrisa infantil en los labios—. En cualquier momento, te tiras y apareces con una cola llena de escamas.

Suelto una carcajada y el sonido rebota en las paredes.

El capitán de la barca exclama:

—¡Tocad el agua y pedid un deseo! ¡Luego besad a vuestra mujer para que os dé suerte! ¡Es la tradición!

Cruzo una mirada incómoda con Andréa, que parece más divertido que yo.

—Inténtalo y te suelto una hostia —lo prevengo con el puño levantado.

—No, gracias. Me considero optimista, no suicida.

Le pregunto por qué parece tan nostálgico, y él suelta un suspiro.

—Me recuerda a la última vez que estuvimos juntos en el agua, cuando teníamos dieciséis.

—¿Te refieres a cuando casi me ahogo por tu culpa?

—No. En realidad, estaba pensando en otra cosa…

Andréa me dedica una sonrisa débil y enseguida sé a qué se refiere.

No lo pienses, no lo pienses, no lo pienses…

Demasiado tarde. Andréa lo dice en voz alta, como para dejarme contra las cuerdas:

—Me recuerda a cuando te besé por primera vez.

* En referencia a la película *Hitch, experto en seducción,* estrenada en 2005.
† Alguien que impide acostarse con otra persona.
‡ Serie de televisión de Jonathan M. Shiff.

Antes

Andréa

Gordes, Francia

Mi padre dice que a los dieciséis años se es demasiado joven para saber qué es el amor. Sin embargo, si tuviera que describirlo en una sola palabra, diría su nombre.

«Jasmine».

Me enamoré de ella sin querer, casi sin darme cuenta. Una mañana me desperté y ya no podía dejar de pensar en ella. Es así de simple. Ni siquiera tuve elección, aunque no me quejo. Jasmine Pham es… rara. Tiene un rostro inocente y un alma vieja. No le importa lo que piensen los demás. Se hace su propia ropa y pasa más tiempo montando en bicicleta por el bosque que con sus amigos.

«Somos tan distintos…».

Y, sin embargo, es la única persona que ha sido capaz de atravesar mi coraza. Se ofreció a ayudarme a repasar inglés y ciencias si prometía dejar de pelearme con todo el mundo. También empecé a llegar a clase a la hora… seis de cada diez veces.

Todos piensan que Jasmine me está cambiando, pero se equivocan. Ni siquiera sé si soy capaz de hacerlo, ni si quiero.

Aun así, estoy llamando a su puerta esta tarde de domingo. Estoy avergonzado y tengo la cara inflamada; me duele mucho, por eso bajo la cabeza con la esperanza de que no lo note.

—¿Andréa? —se sorprende al abrir.

—Hola, Arrietty.

Está más guapa que nunca, con un pantalón vaquero corto y un bañador de una pieza. Lleva el pelo castaño recogido en un moño mal hecho, con algunos mechones sueltos por la nuca.

—¿Qué…? —No llega a terminar la frase. Rápidamente me ve las heridas en la ceja y la expresión se le ensombrece. Apenas logro contener la tristeza al ver que la he decepcionado—. Espero que haya valido la pena —suelta.

—Pues no, la verdad.

Me he peleado con un tío sin ningún motivo. Para ser sincero, no me había hecho gran cosa. Me ha dado un empujón y no me ha pedido perdón: la excusa perfecta para desquitarme. No sé qué me pasa.

«Me avergüenzo de mí mismo».

~~Me duele haberle demostrado a Jasmine que todavía soy así.~~

—Me lo habías prometido —me recuerda.

—Lo siento…

Ella no responde. Estoy tan cansado que avanzo hasta apoyar la frente en su hombro, con los ojos cerrados. Me impregno de su olor, de su aura tranquilizadora, de su calma.

Soy incapaz de decirlo en voz alta… pero quiero que la gente esté en lo cierto.

Quiero que me salve. Quiero que me cambie, que me empuje a convertirme en un buen tío.

Si alguien puede hacerlo, esa es Jasmine Pham.

¿Pero es justo cargarla con esa responsabilidad?

—No te quedes ahí —suspira, tras deslizarme la mano cálida por la nuca—. Pasa. Mis padres no vuelven hasta dentro de tres horas.

El corazón me da un vuelco ante esa idea. Ya he estado en su casa, pero siempre junto con Clémence y Kai.

Cuando entro, me cuesta respirar. Tengo muchas ganas de abrazarla, pero nunca he estado tan cerca de una chica y me da

miedo asustarla.

—Siéntate junto a la piscina, ahora vuelvo.

Obedezco mientras ella entra en una habitación. Veo una toalla mal doblada sobre una tumbona y un libro abierto por la página 293: Mujercitas, de Louisa May Alcott.

Me acomodo en la tumbona cuando Jasmine regresa con un botiquín. Se sienta en el suelo, frente a mí, con las piernas cruzadas, y la dejo hacer en silencio.

—¿Te duele? —Asiento—. Era el objetivo, ¿no? —pregunta de repente. Tardo un momento en entender lo que quiere decir. No tengo tiempo de responder, de todos modos, porque Jasmine continúa mientras me desinfecta las heridas—: ¿Qué buscas al pelearte con todo lo que se mueve? ¿Lo haces por la adrenalina? ¿Por la satisfacción de hacer daño… o de hacértelo a ti mismo?

La miro fijamente, con la boca entreabierta. Nunca me lo había planteado antes. Siempre me ha gustado pelearme, como a la mayoría de los chicos de mi edad. Mis hermanos y yo nos pegábamos por aburrimiento.

Si lloraba porque Liam me había hecho daño, me acababan regañando a mí. «¡Deja de lloriquear! ¿Eres un hombre o una nenaza?» es la frase que más veces he escuchado en mi vida.

Aprendí muy pronto que solo podía hacerme entender y respetar con los puños. Mi padre tiene la sangre caliente, así que es normal que yo haya heredado eso de él. ¿Verdad?

—La rabia que llevas dentro… ¿no te cansa?

«Sí. Precisamente por eso tengo que dejarla salir».

—Fuiste tú quien me apodó Calcifer —bromeo—. Solo intento parecerme al personaje.

—Sabes que hay otras maneras de canalizar la rabia, ¿no? Mira, yo, por ejemplo, tejo.

—No soy una chica —replico con una mueca—. ¿Tengo pinta de querer ponerme a tejer?, ¿en serio?

Ella pone los ojos en blanco y farfulla cosas que no alcanzo a entender. Ninguno de los dos dice nada más mientras me aplica la crema en los moratones.

Su cercanía me obliga a ponerme rígido de pies a cabeza. Trato de controlar la respiración pese a tener su rostro a escasos centímetros. Su boca llama a la mía; me muero de ganas de besarla, pero no estoy seguro de tener derecho a hacerlo, y mucho menos de merecerlo.

—Jazz.

Me mira a los ojos, con curiosidad. No había planeado plantear la pregunta, al menos no tan pronto, pero la tentación es demasiado grande. Es mi mejor amiga. Ojalá nada nos separe nunca.

—¿Quieres… quieres salir conmigo?

Contengo la respiración a la espera de su respuesta, con las manos temblorosas. Si me rechaza, no sé si podré soportar la humillación. Jasmine se queda quieta, y no parece sorprendida por mi confesión. Da la impresión de que ya se lo esperaba.

Baja las manos antes de incorporarse, lo que me obliga a alzar el rostro para mirarla.

—No me gusta la violencia. —Lo sabía. Lo he echado todo a perder. Soy un inútil—. Pero… —añade con una sonrisa tímida—, si me prometes que harás un esfuerzo… —Asiento antes incluso de que termine la frase. Me levanto, le aseguro que cambiaré, y al final dice que sí. Le doy un abrazo, aliviado—. Puedes besarme, si quieres —susurra.

«Oh, guau». No esperaba que me dijera eso, no tan pronto; no estoy preparado. ¿Y si beso mal? ¿Y si después se arrepiente?

Dejo de pensarlo, por miedo a perder la oportunidad. Retrocedo un poco y le pongo las dos manos en las mejillas. Cierra los ojos en el instante en que nuestros labios se tocan. Es dulce, distinto, sencillo.

No hay fuegos artificiales, pero sí una sensación reconfortante que me inunda el pecho. Abro la boca para insinuar ir un poco más lejos, con timidez. Me roza con la lengua, y no necesito más.

Nuestro primer beso es torpe, húmedo, pero tierno. La oigo reír contra mis labios, lo que me anima a hacerlo mejor. Cuando la abrazo por la cintura, la intensidad con la que lo hago nos hace perder el equilibrio.

—¡Cuidado! —chilla Jasmine.

Demasiado tarde: nos caemos a la piscina. El agua nos envuelve, aunque está lo bastante templada para resultar agradable.

No le suelto la mano a Jasmine, ni siquiera cuando asomo primero la cabeza a la superficie. Me río de nuestra estupidez antes de darme cuenta de que mi novia se agita, desesperada. Quiero preguntarle qué le pasa, pero no me da tiempo. Me lanza una mirada de pánico. El agua le resbala por sus pestañas larguísimas, y se me agarra del cuello como si fuera un salvavidas en plena tormenta.

—Jazz… ¿no sabes nadar?

Ella niega con la cabeza, avergonzada, antes de esconder el rostro contra mi clavícula.

—¿Tienes piscina y te da miedo el agua? ¿Cómo es eso?

—Casi me ahogo cuando tenía tres años, un día en que mis padres no estuvieron lo bastante atentos —susurra—. Desde entonces, siempre estoy alejada…

Ahora lo entiendo mejor. La imagino, casi un bebé aún, cayendo a la piscina, y el corazón se me encoge de terror.

Le apoyo las manos en la espalda para demostrarle que estoy aquí, que la tengo bien sujeta, que no tiene por qué tener miedo.

—Estás a salvo conmigo —le susurro al oído—. Siempre. Nunca te haré daño.

La voz de mi padre me resuena en la mente, cortante:

«Eres demasiado joven para prometer esas cosas».

Y, sin embargo, yo lo creo firmemente.

Capítulo 6

Andréa

Roma, Italia

Tras varias horas de tren, por fin estamos llegando al próximo destino: Roma, la capital de Italia.

Jasmine ha pasado todo el trayecto frente a mí, sentada al lado de Ezra. Hemos estado jugando a las cartas y ella lo ha reprendido cada vez que lo ha pillado haciendo trampas. Ezra lo ha negado, a pesar de que se le caían de la manga el as de corazones y el de picas, lo que me ha arrancado una sonrisa.

Al final se ha quedado dormida, con la boca entreabierta y la cabeza apoyada en su hombro. Ezra no parece darse cuenta, pero cuando un mechón rebelde le ha empezado a caer sobre los ojos, se lo ha recogido detrás de la oreja.

—Deberías dejar de mirarla así. No le des falsas esperanzas.

Clémence y Kai se quedan tan sorprendidos como yo por la intervención de Ezra. Sin embargo, su tono no es hiriente; entiendo que intenta aconsejarme de la mejor manera posible.

—Ella dijo que ya no me quería —respondo con una sonrisa cansada—. No creo que tenga de qué preocuparse…

—¿Y tú?

Esta vez es Kai quien lanza la pregunta. Clémence se limita a fulminarme con la mirada, en silencio. Es más intensa que la propia Jasmine, que ya es decir.

«¿Y yo? ¿La sigo queriendo?».

La respuesta es evidente. Ni siquiera necesito pensarlo. Asiento miserablemente, incómodo por la confesión. Es algo nuevo para mí hablar de mis sentimientos. En casa siempre me inculcaron que «el amor es cosa de chicas».

—Buena suerte, entonces —ríe Ezra con suavidad.

Le pregunto qué tiene de gracioso, y suspira.

—Está decidida a tener citas este verano… y no para jugar al Scrabble.

No me sorprende, aunque me revuelve el estómago. Quizá de verdad haya pasado página.

«Ugh, detesto sentirme así».

Me trae malos recuerdos. Durante mucho tiempo no tuve que preocuparme por otros hombres. Jasmine y yo siempre tuvimos una relación sana y basada en la sinceridad. Nunca temí que un desconocido viniera a quitármela. Hasta aquel último año en que todo se torció… Hasta que llegó Pierre, ese compañero en quien ella confiaba y que jamás me cayó bien.

Los celos que sentí hacia él son los mismos que me atenazan ahora. Pero esta vez me los callo, porque sé demasiado bien lo que me costaron en su día.

Y, además, bien merecido lo tengo. Mi error fue dejar ir a Jasmine, y ahora me toca pagar las consecuencias.

Una vez en Roma, tardamos casi una hora en dar con el apartamento en el que pasaremos los próximos días. Kai insiste en ducharse antes de volver a salir, lo que enfada a su mujer. Clémence tiene todo el itinerario planificado y cronometrado al minuto, lo que deja poco espacio a la improvisación.

El plan de hoy: visitar el Coliseo. La idea parece entusiasmar a Jasmine, que encabeza la marcha con una amplia sonrisa en los labios.

Pero esa sonrisa se desvanece poco a poco mientras hacemos cola ante el monumento, bajo un sol abrasador. A todas luces, no somos los únicos turistas que han tenido esa idea.

—¿Seguís a favor de lo de esta noche? —pregunta Ezra.

Me quedo un instante en blanco, intentando recordar de qué habla. Ezra parece tener amigos repartidos por todo el mundo, pero sobre todo en Italia, que es donde vive. Cómo no, uno de ellos organiza una fiesta esta noche en un piso de Roma.

Todos habíamos dicho que iríamos, pero ya no me apetece tanto. El viaje ha sido largo, y estoy agotado.

Clémence pone cara de cansada y alega fatiga, así que Kai decide volver directamente al Airbnb al final del día.

Estoy seguro de que lo que quieren es acostarse sin que les molestemos.

Ezra se gira hacia Jasmine y hacia mí, y no me da tiempo a responder antes de que mi ex suelte:

—¿Habrá hombres solteros?

Dejo escapar una sonrisa a medias, entre fría y divertida. Ezra parece contenerse para no hacer lo mismo. Ambos sabemos perfectamente a qué intenta jugar.

—¡Muchísimos! Vas a tener para elegir, Sophie.

—Entonces voy.

Ezra arquea una ceja en mi dirección, inquisitivo.

—Yo también —confirmo, asintiendo.

Cruzo la mirada con Jasmine, pero ninguno añade nada más. Si quiere conocer a otro, ¡que lo haga! Pero yo nunca dije que fuera a ponérselo fácil.

Esperamos un buen rato frente a la atracción más famosa de la ciudad, bajo un calor cada vez más sofocante.

De vez en cuando miro a Jasmine; sé de sobra que no aguanta mucho tiempo al sol. Estoy a punto de ofrecerle mi botella de agua cuando por fin nos permiten entrar.

—Oh, guau —se maravilla Jasmine.

«Guau», en efecto. Me golpea la grandeza majestuosa del emblemático anfiteatro. Los vestigios de la antigua arena revelan un escenario que antaño bullía con espectáculos grandiosos y combates de gladiadores. Casi podría ver fantasmas luchando por la vida ante mis ojos, tensos y sudorosos, con los ojos brillantes por la furia.

—Es magnífico —añade Jasmine mientras saca el móvil del bolso.

La observo hacer fotos, de pie a su lado. Los demás avanzan mientras yo me quedo allí, en silencio. Las gradas se elevan en una sucesión de arcadas imponentes. Los asientos de mármol, antaño abarrotados de ciudadanos romanos que acudían a los juegos, se extienden en una espiral ascendente que ofrece una vista espectacular del corazón de la arena.

—Así que aquí es donde luchaban.

Clavamos la mirada en el centro del anfiteatro. La zona de combate no es más que una pista de arena, antaño cubierta de huellas de gladiadores y de los animales salvajes que pisaban este suelo. Los muros de la arena conservan frescos coloridos y esculturas monumentales, testimonio de la riqueza artística del Imperio romano. Los laberínticos túneles y pasajes subterráneos revelan los bastidores de los juegos, donde los gladiadores se preparaban para la lucha y donde los animales aguardaban su entrada triunfal.

—¿Ves? Por esto me gusta tanto viajar.

—¿Por qué?

Personalmente, nunca he entendido esa necesidad de aventura. A mí me gusta estar de vacaciones para descansar, pero detesto la idea de alejarme de mi familia. Tampoco me atrae salir de mi zona de confort. ¿Por qué iba a hacerlo? Tengo todo lo que necesito en casa.

«Bueno, lo tenía».

Jasmine, en cambio, siempre ha soñado con huir hasta el fin del mundo. Lo intentaba negar, pero yo se lo veía en los ojos. A veces no estaba conmigo: estaba en otro sitio… En un lugar al que yo no tenía acceso.

—Ves cómo vive la gente en otros lugares, en el presente pero también en el pasado, y las consecuencias que eso puede tener a lo

largo de los siglos. Es fascinante. Creo… que ayuda a desmontar muchas ideas que tenemos muy arraigadas.

Jasmine siempre se hacía preguntas que a mí jamás se me habían pasado por la cabeza. Eso me minaba la confianza por entonces. Me sentía torpe a su lado.

«Sentía que no estaba a la altura».

~~¿Qué había visto en mí, exactamente?~~

—¿Te acuerdas del fin de semana que pasamos en España hace seis años? —suelto de pronto, y logro captar su atención.

—Claro. Vomitaste en el avión.

La fulmino con la mirada, lo que parece divertirla. Me alegra verla bajar la guardia por primera vez desde que nos reencontramos.

—Acabábamos de mudarnos a París —prosigo mientras caminamos codo con codo—. No teníamos mucho dinero, nos costaba llegar a fin de mes.

Y, sin embargo, éramos felices. Vivíamos a base de amor y agua fresca. Dormíamos en un colchón en el suelo del estudio. Apenas teníamos intimidad, pero nos daba igual.

Lo importante era que estábamos cumpliendo un sueño. Juntos.

Bueno, casi. Ella cumplía un sueño, y yo estaba… allí.

—Insistí en irnos aunque tú querías ahorrar —suspira ella—. Me acuerdo.

—No solíamos estar de acuerdo, pero siempre encontrábamos un punto de equilibrio. No estaba tan mal, ¿no?

—No, es cierto —admite Jasmine sin mirarme—. Hasta que nos topamos con un problema sin solución.

Quiero preguntarle si me odia. Si aún me guarda rencor. Si me ha perdonado el haber sido tan cobarde.

Jasmine solía decirme que era muy influenciable. Nunca me gustó tomar decisiones, por miedo a decepcionar.

La noche que la dejé, preferí rendirme. Jasmine ya no era la chica de la que me había enamorado, la misma que ahora vuelve a estar frente a mí. Al verla otra vez, los buenos recuerdos afloran y empiezo a preguntarme si no cometí el mayor error de mi vida.

«Debería haber luchado por lo nuestro».

—¿Lo has dicho en serio? —la interrogo con curiosidad—. Lo de que buscas hombres solteros. Porque si solo era para ponerme celoso, no es…

Estalla en carcajadas, y me corta en mitad de la frase. Me sorprende y me irrita al mismo tiempo, aunque parezca raro.

—¡Ay, Andréa! —ríe, y hace como si se secase las lágrimas—. Mira hasta qué punto lo digo en serio.

Al decirlo, me enseña la pantalla del móvil. Se me encoge el corazón al ver que tiene Tinder instalado. Ya ha hecho match con dos tíos, y no llevamos ni tres horas en Roma.

La furia y los celos crecen en mi interior. Odio sentirme así, y además Jasmine siempre me hizo ver que detestaba esa parte de mí. Pero no puedo evitarlo.

—No te pega nada —comento, y niego con la cabeza. Porque al registrarse en Tinder en Italia no busca algo serio, eso está claro. Es extraño en ella.

No sé qué me dolería más: que buscase sexo… o el amor.

—Te conozco, Jasmine Pham —insisto, mientras me acerco a ella —. Las apps de citas no son lo tuyo. Acostarte con un desconocido, tampoco.

Jasmine traga saliva, en silencio. Ha perdido parte de su aplomo. Una tensión diferente crepita entre nosotros, como un cable eléctrico a punto de saltar.

«Ella también me desea».

Pero al final levanta la barbilla, con los labios a unos centímetros de los míos, y murmura:

—Conjúgalo en pasado, Calcifer.

—¿Perdona?

—Me conocías —rectifica con malicia—. Ya no soy la misma chica con la que te diste el primer beso hace diez años. He cambiado, así que madura un poco y pasa página.

Me niego a creerlo. Por eso niego con la cabeza, con un rictus triste dibujado en la cara.

—Muy bien. Entonces, si esta noche flirteo con otras chicas, no te importará lo más mínimo. ¿Verdad?

Una chispa de peligro le brilla en los ojos almendrados, pero ella se mantiene firme.

—Diviértete.

Jasmine se da la vuelta y me deja allí, bajo el sol abrasador. La observo alejarse, hipnotizado por su andar y la manera en que el vestido amarillo se le ciñe a las caderas.

Solo deseo deslizar la mano bajo esa tela y…

—Si fuera tú, no me metería en ese tipo de peleas estúpidas.

Alzo una ceja hacia Ezra, que está apoyado en una columna de piedra. Adivino que lo ha oído todo, o al menos gran parte. Se termina la piruleta que tiene en la mano con tranquilidad. Lleva una media melena recogida en un moño despeinado.

—¿Por qué?

—Va a haceros daño. A los dos.

Suelto un suspiro. Tiene razón, pero no he encontrado otra manera de hacer que Jasmine reaccione. Quiero que recuerde por qué se enamoró de mí, y por qué ningún otro hombre la querrá tanto como yo.

Aunque nunca fui lo bastante bueno para ella, estoy convencido de que estamos hechos el uno para el otro.

—Si te sirve de consuelo —añade mi amigo—, creo que se está mintiendo a sí misma. No ha pasado página.

—¿Cómo lo sabes? ¿Te lo ha dicho?

Me da rabia haber respondido tan rápido.

—No hace falta. No para de mirarte.

No puedo evitar sonreír, pero Ezra acaba con mis esperanzas al advertirme que tenga cuidado. Cuando le pregunto por qué, su expresión seria se fija en un punto a lo lejos. Demasiado tarde me doy cuenta de que le está mirando la espalda a Jasmine.

—Porque el noventa por ciento del tiempo, te mira con tristeza.

Terminamos la visita del Coliseo romano cuando el sol se pone sobre la capital. Esta tarde he visto muchos paisajes preciosos, y no hablo solo de Jasmine, aunque me haya pasado todo el tiempo detrás de ella.

Clémence y Kai acabaron por abandonarnos, demasiado impacientes por quedarse a solas esa noche.

—Si pudierais reencarnaros en un personaje de la mitología griega, ¿quién seríais? —lanza Ezra mientras paseamos por una calle colorida.

Jasmine y yo lo miramos con perplejidad. Le pregunto por qué lo pregunta, y responde que precisamente ese es el tema de la fiesta de esta noche.

—Eh… no sé… ¿Zeus? —propongo al azar—. Es el más fuerte.

—También era un violador —comenta Ezra con una mueca cómica que le arranca una sonrisa a Jasmine.

Me ensombrezco, incómodo. No lo sabía, lo he dicho sin pensar. Reflexiono un instante antes de decir:

—Hades, el rey del inframundo. Siempre me gustó su personaje en la peli de Hércules, aunque fuera el malo.

Nunca había visto esa película hasta que Zélie me la puso obligado una noche en que cerrábamos el restaurante. Se pasó toda la película babeando por Mégara y luego me prometió ver una Ghibli a cambio.

Al final detestó Nicky, la aprendiz de bruja, y a mí eso me indignó un poco. Pero se convirtió en una broma interna entre nosotros. Entendí que no hacía falta compartir los mismos gustos para encariñarse con alguien…

—¿Te refieres al tío que secuestra a una chica para obligarla a casarse con él? —remata Ezra, para sacarme de la ensoñación.

—¡Oh, vete a la mierda!

Jasmine estalla en carcajadas. Ezra me dice que era solo para vacilarme, y me pasa un brazo por los hombros.

—Yo elegiría a Deméter, sin dudar —declara mi ex.

No me sorprende demasiado. Deméter es la diosa de la naturaleza y la agricultura, simbolizada por la espiga. Le va como anillo al dedo.

—Yo sería una ninfa —reflexiona Ezra—. Son famosas por su exquisita belleza, y viven en bosques, montañas y ríos… Justo como yo. —Jasmine pone los ojos en blanco ante su arrogancia—. ¿Existen ninfas en masculino? —se pregunta él. —Creo que se llaman ninfómanos.

—No, esas son las personas adictas al sexo.

—Tenías razón —sonríe Jasmine—. Justo como tú.

Acaba por llevarnos a una tienda a punto de cerrar. Me niego a llevar un disfraz, pero él asegura que todo el mundo irá caracterizado esta noche.

Rebuscamos a toda prisa entre las perchas de la tienda de segunda mano, mientras nos reímos de algunos hallazgos disparatados. Los tres nos probamos cosas absurdas, y nos divertimos. Jasmine graba unos vídeos para inmortalizar el momento, hasta que al fin encontramos lo que nos convence.

Salgo de la tienda convertido en un Ulises moderno, un héroe fuerte y valiente con un atuendo guerrero sexy. Llevo el torso casi desnudo, apenas cubierto por una pieza de armadura dorada.

Ezra también ha optado por mostrar piel, aunque de forma más discreta. Lleva una camisa larga color oliva que se le abre sobre los abdominales; la pieza clave de su disfraz es, sin duda, la corona sobre la melena negra. Parece un príncipe de fantasía dispuesto a embrujarte para luego ahogarte en el río.

—Espera, aún no lo has visto todo —sonríe antes de girarse para mostrarme el perfil—. Puedes llamarme Macris* esta noche.

Solo entonces me fijo en que lleva unas orejas puntiagudas falsas. Lo felicito, aunque pienso que se lo ha tomado demasiado en serio. No tengo tiempo de decírselo, porque de repente Jasmine sale del probador… y nos quedamos los dos mudos.

Lleva un vestido semitransparente, de un tejido verde, ligero y vaporoso. Envuelto a su alrededor en corte romano, desciende por su pecho en un escote pronunciado. Un cinturón dorado le ciñe la cintura fina y el tejido cae en un velo tan largo que acaricia el suelo.

«Parece una diosa de verdad».

—¿Listos para ascender al Olimpo? —sonríe Ezra, y le tiende la mano a Jasmine.

Ella me lanza una mirada burlona, como si se riera de mí. Casi puedo leer en sus labios inmóviles las palabras «Te dije que iba a ser difícil».

Pero si algo caracteriza a los dioses griegos es que rara vez tomaban buenas decisiones.

—Vamos —acepta mi ex—. Necesito una copa.

* Ninfa de Corcira.

Capítulo 7

Jasmine

Roma, Italia

No debería haber entrado en este juego estúpido.

¿Y si Andréa tiene razón? Puede que en el fondo lo único que busque sea ponerlo celoso. Puede que me engañe a mí misma al creer que quiero pasar página. Y, sin embargo… ¡Dios sabe cuánto lo necesito!

—¿A qué esperas? —se burla cinco minutos después de haber entrado en el piso donde se celebra la fiesta, que ya está en pleno apogeo. Unas cincuenta personas llenan el lugar, todas disfrazadas de dioses y diosas de la antigua Grecia y Roma. Ezra nos ha abandonado para saludar a una amiga, y en este momento caigo en la cuenta de que casi todo el mundo habla… italiano.

Es difícil ligar en esas condiciones. Más aún con Andréa observando todos mis movimientos, y un rictus burlón en los labios.

«No me cree capaz».

—Estoy observando —me defiendo; me cruzo de brazos—. En cuanto tenga un objetivo, iré a por él. Ahora déjame en paz.

—¡Ni hablar! ¡No pienso perderme esto!

Le lanzo una mirada asesina, pero él está demasiado ocupado riéndose como para notarlo. Yo contaba con Ezra para ayudarme, ya que aceptó ser mi celestina, pero ha desaparecido.

Ya no se puede confiar en nadie.

—¿No se suponía que tú también ibas a hacerlo? —contraataco, mientras intento escabullirme—. ¿Por qué pierdes el tiempo pegado a mí?

Deambulo entre la gente en busca de una mesa, una cocina, o cualquier sitio donde conseguir algo de beber. Necesito una o dos copas para poder soportar esta fiesta.

—No te preocupes por mí —responde Andréa, mientras saca pecho bajo su falsa armadura de dios griego—. Solo me hacen falta un par de minutos.

No puedo evitar soltar una carcajada. Tal vez haya ganado seguridad desde que rompimos, ~~tal vez haya tenido ocasión de practicar~~, pero yo lo recuerdo como un chico hosco y antisocial que no sabía cómo acercarse a nadie.

—Por favor, enséñame esas habilidades.

—Es top secret —replica, carraspeando.

La verdad es que ninguno de los dos sabe ligar. Fuimos el primer amor del otro. Sospecho que después de mí ha estado con otras chicas, pero yo no he vuelto a estar con nadie.

Ahí está el problema: no sé cómo estar con un hombre que no sea Andréa.

—¿Sabes qué? —propongo con aire maquiavélico—. Al final de la noche, quien consiga más números de teléfono gana.

—Eso es injusto, voy a perder fijo. Los hombres son una pl…

Alzo una ceja victoriosa que lo calla de inmediato. Me hace prometer que no haré trampas y acabamos por estrecharnos la mano.

Detesto la belleza guerrera que desprende, y más aún con el torso desnudo y musculado al descubierto.

—Buena suerte, Arrietty.

—La suerte es para los perdedores —le espeto, y me echo la melena hacia atrás para azotarlo en la cara.

Dicho esto, lo dejo atrás para salir de caza. Aunque no tengo ni idea de cómo voy a apañármelas. No hablo ni una palabra de italiano, a diferencia de Andréa, cuya familia es originaria de Nápoles.

Primera etapa: localizar a Ezra.

Lo encuentro tumbado en un sofá, con la camisa abierta de forma indecente sobre su cuerpo delgado. La corona le cae ladeada sobre la media melena, y una chica tiene la mano apoyada en su pecho mientras le susurra algo al oído. En ese momento me doy cuenta de que se ha puesto una sombra oscura en los párpados, que le enmarca a la perfección los ojos almendrados.

Me ve llegar y me dedica una sonrisa cálida antes de guiñarme un ojo.

—¡Sophie! ¿Te estás divirtiendo?

—Se supone que debías echarme una mano, te lo recuerdo. Para eso he venido.

—Ha bisogno di amore. Non avresti qualcuno da presentarle?* —le susurra Ezra a su amiga, que se termina la copa de prosecco.

Ella hace como que se lo piensa, y luego me examina de arriba abajo. Me balanceo de un pie a otro, incómoda.

—Mmh. È carina.†

Ezra sonríe con misterio antes de añadir con voz profunda, mirándome fijamente:

—Molto.

Frunzo el ceño, molesta por esa conversación secreta que, seguramente, no va sobre mí. Su compañera recorre la sala con la mirada y luego señala a alguien con el dedo.

—Dario.

Ezra y yo volvemos la cabeza hacia el hombre en cuestión, curiosos. Es atractivo, aunque veo que se está empezando a quedar calvo, y eso me hace dudar.

Mi amigo se levanta del sofá con una disculpa, decidido a acompañarme. Su compañera pone morros, pero él le toma la mano con delicadeza para darle un beso en los nudillos.

—No tenías por qué venir conmigo —murmuro cuando me lleva aparte con un brazo sobre mis hombros.

—¿Bromeas? No conseguía quitármela de encima. Te lo dije: eres mi cockblocker.

Alzo una ceja, sorprendida. Le gusta hacerme creer que ser tan guapo y atractivo le complica la vida, pero me niego a darle la razón; está claro que le encanta.

—Es preciosa, y el hecho de que te metiera la mano bajo la camisa deja bastante claro que le gustas. ¿Qué te pasa?

—Bea es mi ex —suspira, y me lanza una mirada que parece decir: «Ya sabes de lo que hablo»—. Mi única regla es no mirar atrás. Lo pasado, pasado está, y si terminó, es que no era para mí.

Me sorprende que me moleste su comentario, aunque estoy segura de que no lo dice por mí. Ezra parece darse cuenta de la carga de sus palabras, porque frunce el ceño enseguida y asegura que cada pareja y cada experiencia son un mundo.

Antes de llegar ante el famoso Dario, mi celestina se inclina hacia mí para arreglarme la ropa. Con un dedo me borra un rastro de rímel bajo los ojos y luego me tira un poco del escote.

—¡Eh! —exclamo, y le aparto la mano de un manotazo.

—Confía en mí. Los hombres solo tienen dos sentidos: la vista y el tacto.

Suelto un gruñido de desesperación.

—Eso es tan reduccionista y superficial…

—Lo dice la que lo ha juzgado por la calvicie —se burla él, mientras me echa el pelo hacia adelante, sobre los hombros—. Quieres acostarte con él, no casarte. ¿Qué más te da?

No digo nada, porque supongo que tiene razón. ¿Por qué no aprovechar las armas que tengo?

—Tienes un pecho bonito —comenta Ezra, sin pelos en la lengua —. Haces bien en resaltarlo. No dudes en tener un poco de contacto físico de vez en cuando, como quien no quiere la cosa… Prueba conmigo, a ver qué tal.

Me pilla desprevenida y balbuceo algo ininteligible antes de ponerle la mano en el hombro. Ezra se queda inmóvil.

—Vaya. Eso ha sido terriblemente malo.

—Ya te lo he dicho…

—Me refería a algo más como ponerle la mano en el brazo mientras te ríes de sus chistes, que seguramente sean pésimos —precisa, escenificándolo—. O rozarle el dedo cuando te equivoques al coger la cerveza en la barra, así… En fin, ya entiendes.

Lo detesto. Detesto tener que fingir la risa para alimentar egos masculinos. Detesto remarcar el escote solo para captar el interés de alguien.

Y, aun así… estoy deseando provocar a Andréa cuando consiga más números que él.

—Vale, allá voy —me armo de valor después de aplicarme otra capa de brillo de labios.

—Estás perfecta. Háblale de Fórmula 1 y de vino tinto —me susurra al oído—. Su familia lo produce en el Chianti.

Me pellizca la cadera con suavidad para darme ánimos y luego se esfuma en busca de otra ninfa con la que divertirse.

Me lanzo sin plan B ni paracaídas. Por suerte, Dario habla inglés. Empiezo la conversación con torpeza, y le pregunto si ha venido acompañado. Sigo los consejos de Ezra con los dientes apretados cada vez que Dario me mira directamente al escote.

Es tan fácil que resulta deprimente.

Es simpático, pero un poco aburrido. Aun así, consigo que me dé su número. En cuanto se aleja para atender una llamada, aprovecho para buscar otra presa.

En menos de una hora ya tengo tres números más. Me cruzo con Andréa varias veces, y su sonrisa de satisfacción me saca de quicio. Cuando lo veo hablar con una tal Bea, paso a su lado y lo empujo «sin querer», lo justo para que le tire la copa de vino sobre el pantalón.

—No juegas limpio, Arrietty —me reprende en voz baja.

Me limito a sonreír, y los dejo solos.

Cuando me canso, lo busco para presumir de mi botín final. Pero se me revuelven las entrañas al encontrarlo al fin: está bailando con una chica con las piernas larguísimas al ritmo de Paint The Town Red. Creo que ella va de Circe, la hechicera que recibe a Ulises en su isla solitaria, y la ironía casi me arranca una carcajada amarga.

«Idiota, idiota, idiota».

He pasado la noche empeñada en demostrarle algo en lugar de ignorarlo de verdad… Todo para que él ni siquiera se pare a pensar en mí.

Me siento tan humillada que me doy media vuelta a toda prisa antes de que me vea. Necesito un poco de aire, así que me precipito hacia el balcón más cercano. Cierro las puertas acristaladas para amortiguar el ruido de la música, con las manos temblorosas.

Me aferro a la barandilla, disfruto de la ligera brisa veraniega y doy sorbos a mi copa de vino. No es la primera, pero decidí dejar de contar después de la segunda.

He ahí la razón por la que me niego a ceder ante su reciente amabilidad. Porque es mentira. Porque si me dejo convencer, me estrellaré contra un muro.

—No debería haber venido —murmuro para mí misma.

Recorro el lugar con la mirada. El balcón da a un pequeño patio central iluminado con guirnaldas. Sonrío al ver la ropa tendida entre las ventanas y los gatos rascándose en las cornisas.

Quiero atraer a uno y alargo la mano en su dirección, silbando. Se acerca con curiosidad, a paso cauteloso. Lo acaricio mientras ronronea. Pero un ruido repentino lo asusta y con la pata me tira la copa de vino, que se hace añicos en el suelo.

Alguien grita, y me doy cuenta de que no estaba sola. Una pareja se besaba en la penumbra, en la planta baja.

—¡Lo siento! —me disculpo de inmediato con la chica, asustada—. ¿Estás bien?

No entiende nada de lo que digo, como ya me temía. Estoy a punto de traducir al inglés cuando oigo una voz familiar que declara:

—Lei si scusa. Puoi darci un minuto? Lei è un'amica.‡

¿Ezra? Me inclino para ver mejor. Efectivamente, es mi amigo, acompañado de una guapa pelirroja de labios carnosos. Él tiene el pelo revuelto y ha perdido la corona. Ya no parece una ninfa, sino un chico en un burdel victoriano.

—Bien jugado —lo felicito cuando su acompañante se marcha—. Prometo que no quería interrumpir.

Ezra sonríe y levanta la cabeza hacia mí, nada avergonzado por haber sido sorprendido. Tiene los labios manchados de rojo pálido,

así que lleva un buen rato allí.

Quizá Andréa esté haciendo exactamente lo mismo.

—«¡Habla!» —exclama Ezra de pronto con aire teatral—. «Oh, vuelve a hablar, ángel resplandeciente. Porque brillas en esta noche, sobre mi cabeza…».

Abro la boca, sin comprender, pero él me hace señas para que siga. Suspira decepcionado al ver que no puedo seguirle.

—Ahora deberías decir: «¡Oh, Romeo! Romeo, ¿por qué eres Romeo?»

Me río un poco, sorprendida por el giro de los acontecimientos. El balcón, Italia… era imposible no pensar en los amantes malditos.

Me resisto hasta el final, pero su gesto de súplica me obliga a jugar.

—«Reniega de tu padre y rechaza tu nombre; o, si no quieres, júrame que me amas y dejaré de ser una Capuleto».

Su sonrisa orgullosa me hace poner los ojos en blanco. Espero la continuación, pero confiesa que no se la sabe. Y con razón: en la obra de teatro del colegio, él haría de árbol en el fondo.

—Te has equivocado de época… y de lugar.

—Mierda, tienes razón —hace una mueca—. Deberíamos haber ido a Verona.

Al pensarlo, Romeo y Julieta son la prueba definitiva de que el amor solo trae problemas. Shakespeare intentó advertirnos. Por amor actuamos como idiotas, y las consecuencias son desastrosas. Ezra me habla, pero apenas lo escucho. Creo que menciona la película de Leonardo DiCaprio, que no he visto.

—¿Sabes qué? —lanza de pronto—. Esto es aburridísimo. ¿Nos vamos?

Dudo, aunque no me apetece nada quedarme.

—¿Sin Andréa?

—Puede venir, claro —concede inclinando la cabeza—. Pero por tu cara pensaba que necesitabas una distracción.

«Oh. Lo ha entendido sin que yo haya tenido que decirlo».

Patética, Jasmine.

Acepto, y le pido que me espere. Recorro el piso para avisar a Andréa, pero no logro encontrarlo. Seguramente se haya marchado

antes… o quizá esté encerrado en una de las habitaciones que no me atrevo a abrir, en buena compañía.

Aun así le mando un mensaje para avisarle de que nos vamos, antes de poner el móvil en silencio.

—Te he visto bien con Dario —me felicita Ezra cuando por fin salimos—. Te he observado desde lejos.

—Ha sido una tontería. No voy a llamarlo…

—¿Porque es calvo?

—Porque no quiero a alguien al que solo le interese mi «bonito pecho».

Pensaba que las calles estarían llenas, pero ya son las cuatro de la mañana. Apenas nos cruzamos con unos cuantos de fiesta que ríen a carcajadas, claramente borrachos.

—Al final, Andréa tenía razón: soy incapaz de acostarme con alguien a quien no quiero.

Habría preferido ser como Camelia, despreocupada… ella vive su sexualidad en libertad. Pero yo no puedo, me aterra.

—Bien. Entonces vamos a cambiar de táctica —sonríe Ezra con un aire atento—. Un experto debe adaptarse a su clienta, ¿sabes?

Lo reconozco: he subestimado al primo de Kai. Pensaba que era un donjuán frívolo y tramposo, pero es mucho más que eso. Con el tiempo, podríamos llegar a ser buenos amigos.

Cuando llegamos ante la majestuosa Fontana di Trevi, me quedo con la boca abierta. En las calles desiertas de Roma, la noche envuelve este emblemático monumento con un velo de misterio. Las luces suaves dejan entrever sus contornos majestuosos, mientras el agua murmura con dulzura en el silencio. Me sobrecoge la belleza etérea que desprende, incluso en mitad de la oscuridad.

—¿Quieres hacerte la foto ahora? —propone Ezra—. Porque mañana va a estar lleno de turistas.

No le digo nada y le doy el móvil, lo que le divierte. Troto hacia un lado para encontrar el mejor ángulo posible, luego poso con las manos apoyadas en el borde de piedra. Ezra se implica de verdad: dispara sin parar, y cambia de posición sin que tenga que pedírselo.

—Súbete ahí.

Me aseguro de que no haya nadie cerca y trepo descalza, como una equilibrista. Feliz, giro sobre la punta de los pies, mientras sujeto el borde del vestido entre los dedos.

Bailo mientras él me fotografía, y de pronto pienso en una de mis películas favoritas: La dolce vita. Hay algo que siempre he soñado hacer, y es ahora o nunca.

Siento el corazón desbocado por el miedo a que me pillen, pero me lanzo. Quizá por el alcohol, quizá porque necesito sentir algo que borre esa imagen de Andréa que soy incapaz de quitarme de la mente.

Antes de pensarlo más, paso la pierna por encima del borde y meto los pies descalzos en el agua. Ezra me observa, desconcertado por mi audacia… y quizá también un poco impresionado.

—Jasmine Pham, eres una delincuente. Espero que sepas que te pueden multar por eso.

—Y yo espero que sepas que no haces ni pizca de gracia.

Me dedica una expresión resignada muy propia de él.

—Falso. Soy divertidísimo. De hecho, es una de mis pocas cualidades.

—Pues ven.

Le hago señas para que me acompañe, y me adentro un poco más. Sigo los pasos de Sylvia, la protagonista de esa película de culto en blanco y negro. Esa escena que todo el mundo conoce hizo célebre este lugar.

Ezra sonríe antes de obedecer. El vestido, empapado y frío, se me pega a los muslos mientras me acerco al chorro de agua. Mi amigo me alcanza, y me salpica con la mano al pasar.

—No era este el baño nocturno que había imaginado para este verano —murmura tiritando—. A menos que tengas previsto quitarte la…

—En tus sueños, Howl Pendragon.

Ríe sin insistir. Sé que lo hace para distraerme de mi tristeza, y lo agradezco. Por desgracia, la mente se me sigue yendo hacia mi ex. ¿Estará acostándose con otra ahora mismo?

—¿Por qué lo dejasteis Bea y tú?

Soy la primera en sorprenderme por mi propia pregunta. Ezra se pasa una mano mojada por el pelo, y se lo deja pegado hacia atrás en un peinado muy sexy.

—No hay una razón en concreto. Nos gustábamos mucho, pero no duró. No todas las relaciones están hechas para funcionar, y está bien —añade con serenidad—. Yo parto de la base de que de todas se aprende algo. Las relaciones nos hacen crecer.

«Es fácil decirlo». Estoy segura de que él nunca se ha enamorado de verdad.

—¿Cómo aceptar esa fatalidad con tanta resignación cuando Andréa era mi mundo entero? —susurro, perdida en el vacío.

Silencio. Creo que lo he dejado sin palabras, pero Ezra aprieta los labios.

—Quizá nadie debería serlo —murmura—. Tu mundo entero, quiero decir. Es… demasiada responsabilidad.

Supongo que tiene razón. Tendemos a dar demasiada importancia al amor, yo la primera. Andréa siempre fue mi prioridad, incluso por encima de mí misma.

Eso me llevó a hacer cosas… una en concreto… que nunca debí haber considerado. No por esas razones. No para complacerlo.

—No lo entiendo —añade Ezra, que evita mirarme a los ojos—. Si Andréa se arrepiente de haberte dejado… ¿por qué lo hizo?

La gran pregunta, la que todos se hacen. Nunca se lo he contado a nadie, ni siquiera a mis amigas, porque no quiero hablar de ello.

Y también porque sé que las chicas se pondrían tristes por mí. No lo entenderían.

Pero Ezra… Ezra es un desconocido. A él le da igual.

Por eso aprovecho el silencio para desvelar este secreto, con el corazón dolorido:

—Él quiere formar una familia… y yo no puedo tener hijos.

La voz se me quiebra ligeramente al decir esa frase, pero no lloro. Ya no lloro con tanta facilidad por este tema.

Me da miedo ver lástima en la mirada de Ezra. En su lugar, lo que le brilla en los ojos es otra cosa: compasión.

—Oh.

—Sí… Resulta irónico, ¿verdad?, para una diosa de la tierra fértil.

Ezra esboza una leve sonrisa. No hace más preguntas; entiende que no es el momento. Ya le he contado demasiado por esta noche. Pensaba que me pondría triste… pero confesarlo me hace sentir como si me hubiera quitado un peso de encima.

—No puedo volver con él.

—Y, sin embargo, aún le quieres —afirma.

No es una pregunta. Y en ese preciso instante comprendo que me he estado engañando todo este tiempo. Claro que todavía lo quiero. ¿Cómo no iba a quererlo? De verdad creía haber pasado página, lo juro, pero volver a verlo ha sido como recibir un puñetazo en el pecho. Solo deseo refugiarme en sus brazos y recuperar la vida tranquila que una vez tuvimos.

«Pero nada ha cambiado».

Y la última vez fui yo la que salió herida. Me niego a volver a sentir ese dolor. No quiero crearme falsas esperanzas, si todo está condenado al fracaso.

—Nada me garantiza que dentro de unos años no cambie de opinión —replico, mientras niego con la cabeza—. No pienso arriesgarme otra vez. El corazón humano tiene un límite, y el orgullo también.

Ezra asiente, porque lo comprende.

Pasamos una media hora chapoteando en el silencio de la noche, jugando a intentar hacer que el otro caiga primero. Consigo hacerle una zancadilla, pero él me agarra de la muñeca y me arrastra con él. Acabamos medio desplomados uno sobre el otro, empapados y muertos de risa.

Hasta que alguien nos interpela a lo lejos, corriendo en nuestra dirección. Me pongo tensa mientras intento ponerme en pie como puedo.

—No hablo italiano, pero creo que tenemos un problema.

—¿De verdad? —ironiza Ezra.

Me agarra de la mano y me apremia a correr.

Terminamos la noche con una persecución por las calles de Roma, con las mejillas bañadas en lágrimas.

«De risa o de melancolía, no lo tengo claro».

* «Está necesitada de amor. ¿No tienes a alguien a quien presentarle?», en italiano.
† «Es guapa», en italiano; seguido de «mucho».
‡ «Te pide disculpas. ¿Nos puedes dejar un momento? Es una amiga», en italiano.

Capítulo 8

Andréa
Roma, Italia

Jasmine me ha mentido.

Cuando recibo su mensaje avisándome de que vuelve a casa, me apresuro a salir para alcanzarla. Pero en cuanto entro por la puerta, me doy cuenta de mi error.

«Ella no está».

Mi primer reflejo es mandarle un mensaje, hasta que me doy cuenta de que Ezra tampoco ha vuelto. Sentado en uno de los taburetes de la cocina, lo contacto para asegurarme de que está con Jasmine.

Me responde al instante:

Ezra: Necesitaba tomar el aire.

Ezra: No te preocupes, está todo bien.

Ezra: No tardaremos en volver.

Suelto un suspiro de alivio, y me paso una mano por la cara cansada.

Lo admito, he tenido la disparatada idea de que quizá se había ido con otro…

Me preparo para acostarme, pero miro la hora en el reloj a cada minuto; no consigo dormir. Ya ha amanecido cuando escucho la llave en la cerradura, junto a la risa de ella. Ezra le pide que haga menos ruido mientras se quitan los zapatos en la entrada.

Finjo estar dormido en el sofá, con los ojos cerrados. No los abro hasta el último momento, justo para ver cómo la espalda de Jasmine desaparece en su habitación.

La puerta se cierra con un golpe seco, y no puedo evitar tomármelo como algo personal.

Cuando el sol ya está alto y estamos desayunando alrededor de la mesa, Jasmine aún no me ha dirigido ni una sola mirada, aunque parece morirse de ganas. En su defensa, he de decir que ha dormido muy poco.

Lleva un crop top blanco de tela tan fina que casi se puede adivinar de qué color tiene los pezones. Me cuesta apartar la vista de su pecho, que me llama.

Joder, cuánto la echo de menos. Todo su cuerpo, en realidad; es como un amigo de toda la vida. Me lo sé de memoria. Sé lo que le gusta, y ella sabe cómo complacerme a mí también.

Hay entre nosotros una familiaridad que bate todos los récords. Sería tan fácil volver… Tan bonito. Tan cómodo.

—¿Andy? —repite Kai mientras me pasa la mano por delante de la cara—. Te he preguntado qué quieres desayunar.

Vuelvo a la realidad, algo avergonzado. Jasmine está demasiado ocupada untando mermelada de albaricoque en una rebanada de pan como para darse cuenta, pero Ezra suelta una risita burlona y murmura:

—Algo que, a todas luces, no está en el menú…

Le saco el dedo corazón, a lo que él responde lanzándome un beso al aire. Clémence toma la palabra para explicarnos el programa del día, como buena tiranorganizadora que es.

Le sirvo un vaso de zumo de manzana a Jasmine, porque sé que es su favorito.

—Gracias —dice sin pensar.

—¿Y bien?

Al fin me mira, con una ceja arqueada. Los demás no prestan atención a nuestra conversación, así que aprovecho para inclinarme hacia ella y levantar la mano. Uno a uno, voy bajando un dedo, luego dos…

—Yo he conseguido ocho números —presumo—. ¿Y tú?

—Cuatro.

Saco pecho, en broma, orgulloso de mí mismo.

—¡He ganado!

—Enhorabuena —me felicita con tono neutro—. ¿Quieres un pin o una chapa?

Ni siquiera había ninguna recompensa final, salvo la satisfacción de tener razón. Para ser sincero, no tenía ninguna gana de ligar con otras. Solo lo hice para que Jasmine reaccionara. En lugar de eso, ella ha pasado la noche con Ezra…

Ya no sé qué hacer para conseguir que abra los ojos.

«¿Y si lo he estropeado para siempre?».

—¿Por qué tienes esa cara de enfadado? Si fuiste tú quien propuso ese juego estúpido.

—Precisamente —responde ella, mientras se levanta de la mesa —. Porque para mí no es un juego, Andréa. Yo sí quiero conocer a alguien.

—Entonces có…

Se escapa por el pasillo bajo la mirada, demasiado curiosa, de nuestros amigos, que fingen no prestarnos atención. Frustrado, la sigo sin dudarlo. Me niego a que las cosas queden así.

—No he terminado de hablar, Jazz.

—Venga, pues habla —gruñe ella al entrar en su habitación—. A través de la puerta.

Está a punto de cerrármela en las narices, pero yo soy más rápido. Me cuelo antes de que dé un portazo, tan deprisa que Jasmine no tiene tiempo de reaccionar.

—¡Eh!

De pronto, le pongo las manos en las caderas, y apoya la espalda contra la puerta, que nos encierra en un cara a cara bañado de luz. Su piel resulta como un tejido de seda al tacto, tan suave como la recordaba.

Nos rozamos con la nariz y nuestras respiraciones se funden entre sí mientras ella me observa con los ojos muy abiertos.

—¿Qué te pasa? —pregunta, sin demasiada convicción.

No me dice que la suelte. No me dice que me vaya.

Todavía tengo una oportunidad; me lo tomo como una pequeña esperanza.

—¿Crees que me importa una mierda ligar con desconocidas? —murmuro en el silencio.

Mis palabras chocan con su expresión resuelta. Ella tiembla bajo mi contacto, pero no retrocedo. Su llamada es la de una sirena en el mar, un grito tan poderoso que empuja a los mejores marineros al suicidio.

Ya solo tengo un deseo, una sola necesidad, mientras la sangre me corre con fuerza en las venas: tocarla.

«Tocarla, tocarla, tocarla».

—¿Y por qué no? —pregunta ella.

—Porque no eres tú.

Una tristeza que conozco demasiado bien se instala en sus ojos, y sé que fui yo el responsable, hace tres años. El único culpable de mi propio sufrimiento soy yo.

—Pues antes eso no bastaba.

Y me rompo. Se me cae el alma a sus pies. Me odio tanto que ni siquiera sé cómo consigo seguir respirando el mismo aire que ella.

Querría pasar una eternidad intentando que me perdone. Y, aun así… también quiero que me entienda. Que se ponga en mi lugar.

Se negaba a abrirse conmigo. Estaba agotado, sin argumentos, sin ideas. Me asusté como un niño convencido de que un monstruo se esconde bajo su cama.

—No creo que hayas pasado página, no del todo. Y como nuestra historia sigue inconclusa, voy a obligar al autor a que nos escriba el final que nos merecemos.

—Llegas demasiado tarde. Tu oportunidad pasó y la desperdiciaste.

La sonrisa que tengo en los labios atrae su atención.

—Chorradas. No soy perfecto y sé que te hice daño, pero aún me deseas, Arrietty. Y eso te mata por dentro —susurro contra su mandíbula.

Escudriño cada una de sus reacciones, con el corazón desbocado. Temo ir demasiado lejos, pero necesito sacudirla un poco para arrancarle una confesión, una admisión, algo.

En mi fuero interno sé que tengo razón.

Sonrío para mis adentros cuando no lo niega.

—No importa cuánto tarde —concluyo, mientras le doy un beso en la comisura de los labios—. Aunque tengas que ligar con otros tíos o probar otras cosas para sacarte esa idea de la cabeza. Hazlo. Yo seguiré aquí, para asegurarme de que a todos los compares conmigo.

Puedo casi notar mi corazón entre sus manos, rojo y sangrante. Me late a mil por hora, a la espera de una respuesta, mientras temo que decida aplastarlo entre los dedos. Me mira el torso un segundo, antes de volver a mirarme a los ojos. La tormenta que reflejan no augura nada bueno.

Y aun así, lo espero con ansia. «Lánzame todo lo que tengas, Arrietty. Lo soportaré».

—Te lo advierto, Andréa. No vengas luego a llorar si acabas herido.

Clémence nos arrastra primero a la Capilla Sixtina, que visitamos en un silencio reverencial.

Jasmine le pide que le grabe un vídeo y las chicas convierten la visita en una sesión de fotos de Pinterest. Mi ex lleva un corsé verde de tirantes finos y un short vaquero muy corto.

Está deslumbrante, pero me veo obligado a prestarle mi gorra al salir, porque hace mucho sol. Ya casi nos tenemos que ir de Roma rumbo a Florencia; esta noche cogemos el tren.

Como Clémence insiste en hacer una última actividad, vamos a la Villa Borghese. A la generosa sombra de los pinos piñoneros y los majestuosos cipreses, los célebres jardines se extienden ante mí, como un remanso de paz en pleno corazón de la bulliciosa Roma. Al franquear las verjas adornadas, me envuelve de inmediato un torbellino de colores y aromas embriagadores.

—¿Dónde fuiste ayer con Jazz?

Ezra parece sorprendido por mi pregunta. Caminamos ambos algo rezagados, a nuestro ritmo.

—Fuimos a dar una vuelta. Se dio un baño nocturno en la Fontana di Trevi —me confiesa riendo—. Tranquilo, no se quitó la ropa.

Niego con la cabeza, incrédulo, aliviado al saber que cuidó de ella en mi ausencia.

—¿Cómo supiste que habías cometido un error? —me pregunta entonces—. Al dejarla marchar, quiero decir.

Suelto un suspiro, pensativo.

Los senderos serpentean entre setos de boj recortados con precisión, y nos invitan a explorar rincones sombríos donde reina una calma apacible que solo rompe el leve murmullo de las hojas agitadas por la brisa.

Los parterres de flores están llenos de vida, y ofrecen un espectáculo deslumbrante de rosas escarlata, girasoles ardientes y hortensias fragantes. Es magnífico.

—Cuando la vi llegar contigo del brazo a la boda. Cuando caminó hacia el altar con aquel vestido verde manzana. Cuando levanté el mantel y cruzamos la mirada bajo la mesa. Cuando mintió al decir que estabais juntos. Todo el rato… tenía el corazón en la garganta —confieso con una mueca.

Ezra no dice nada. No creo que lo entienda, pero da igual. Imagino que nunca ha querido a alguien tanto como yo he querido a Jasmine.

Al girar por un sendero, descubrimos unas fuentes llenas de gracia cuyas aguas cristalinas atrapan los rayos del sol para crear encantadores juegos de luz. Los bancos de piedra, diseminados aquí y allá, invitan a la contemplación, así que me siento un momento en uno de ellos.

Las estatuas antiguas, guardianas silenciosas del glorioso pasado de Roma, parecen cobrar vida ante mis ojos; evocan leyendas y relatos que aún resuenan a través de los siglos. Sus formas elegantes se perfilan con gracia contra el cielo azul intenso, y añaden un toque de misterio y de magia a este universo verde.

—Ánimo, hermano —responde Ezra, mientras también las contempla.

Quiero darle las gracias, pero ya ha desaparecido. Lo veo alcanzar a Kai y molestarlo como haría un hermano pequeño. Clémence nos llama desde un mirador muy romántico:

—Habíamos pensado en dar un paseo en barca, ¿os apetece?

Observo un estanque tranquilo donde los patos se deslizan plácidamente sobre las aguas resplandecientes, pero también un teatro al aire libre donde resuenan las notas hipnotizantes de una representación musical.

Jasmine intenta escabullirse, alegando que ya ha tenido suficiente agua para los próximos diez años, pero yo me uno y le paso un brazo por los hombros al decir:

—Jazz y yo nos montamos en una barca. Lo vamos a pasar genial.

Me suelta un codazo en el costado, lo que me arranca un gruñido.

—¿No te da miedo que te ahogue?

—Primero: a diferencia de ti, yo sé nadar. Segundo: este estanque no llega ni al metro treinta. Haces pie, así que no te vas a librar.

Refunfuña un poco, pero al final acepta cuando Ezra le recuerda las fotos tan bonitas que podrá echar. Él se queda en tierra firme, y demasiado tarde entiendo por su discreta queja que intenta dejarnos un poco de intimidad.

«Eso sí es un buen amigo».

Pagamos cuatro euros para embarcar juntos en un corto paseo por el estanque. Jasmine se sienta frente a mí, con la melena rubia suelta sobre los frágiles hombros. Nuestros amigos ya no nos prestan atención; navegan solos a lo lejos.

Guío la barca lo mejor que puedo, pero los cisnes nos adelantan.

—A este ritmo, nos van a dar las doce de la noche —se queja mi ex para pincharme.

—Nunca te molestó pasar la noche conmigo —respondo divertido.

Entiende enseguida la insinuación sexual.

Se ruboriza un poco, pero se muerde el labio para no sonreír. Demasiado tarde, la he visto.

Pensaba que sería romántico, pero el calor resulta sofocante. Lo único que quiero es ponernos a cubierto cuanto antes. Le pregunto si está bien, y ella me tranquiliza enseguida.

De pronto, algo me pica por dentro del pantalón corto. Parece una etiqueta que raspa en la parte trasera. Me llevo la mano atrás para arrancarla, pero en su lugar toco algo vivo y suelto un grito de espanto.

Un dolor agudo me atraviesa de golpe la nalga, así que me incorporo de un salto.

—¿Qué pasa? —me interroga Jasmine, con los ojos entornados—. Siéntate, vas a hacer que vuelque la barca.

—¡Tengo algo en el pantalón!

Ella pone los ojos en blanco porque cree que es broma, o peor, que intento ligar con ella de la manera más patética.

—Si te refieres a tu polla, te tiro por la borda ahora mismo —me amenaza—. Puede que no te ahogues, pero el cisne de ahí al lado lleva un buen rato mirándote con cara de asesino, y me da que está esperando la oportunidad para…

—¡No es una broma! —replico mientras me sacudo el pantalón—. ¡Me ha picado algo, lo he sentido! ¡Mira, toca, tengo un bulto!

—Puaj, no gracias…

Se aparta con cara de asco, sin importarle el pánico que me desfigura el rostro.

—¡Soy alérgico a las abejas, Jazz! ¡Si me ha picado, se me va a empezar a hinchar! ¡Podría morirme!

Por fin entiende la gravedad de la situación. El miedo se le dibuja en la cara mientras me ordena que me baje el pantalón para comprobarlo.

Algunas parejas del estanque nos miran y murmuran cosas ininteligibles, pero me da igual. La dejo revisar, angustiado.

—Joder.

—¿Qué? —me alarmo, mientras intento mirarla.

¿Ese «joder» significa que voy directo al cementerio, o que la gente nos toma por locos pero nos reiremos de ello dentro de una hora?

Me explica que sí, que tengo una picadura que me ha dejado un bulto rojo. Cree que se está hinchando, pero no está segura.

—¿Ves el aguijón?

—Eh… no sé…

—¡Si lo hay, tienes que sacarlo ya! ¡Con los dientes si hace falta!

Eso me vale una sonora bofetada en la nalga derecha.

Me vuelvo para ver su cara; está harta.

—¿Te estás quedando conmigo? ¿Quieres que te chupe el aguijón del culo? ¿Y qué más quieres?

Estoy a punto de explicarle que se lo digo muy en serio cuando ella, cruzándose de brazos, añade:

—En Friends, a Mónica le pica una medusa y uno de los otros tiene que mearle encima… Y sí, se salva, pero te aseguro que ninguno sale indemne a nivel psicológico.

La apremio a comprobar si es grave y si tengo que llamar al hospital más cercano. Con un suspiro, accede. A los pocos segundos, grita de improviso:

—¡Todavía está aquí! ¡Ah!

Chillo con ella, al notar al insecto revolotear en mi pantalón como un animal atrapado. Estoy tan nervioso que hago que se tambalee la barca, y Jasmine me ruega que me calme, pero soy incapaz.

Me quito el pantalón y lo sacudo en el aire, mientras me tapo la entrepierna con una mano.

—¡Ah! ¡Vístete ya!

Todo el estrés se desvanece cuando comprendo que no era una abeja, sino un tábano.

—Nada que temer —exclamo con una sonrisa de alivio—. Al final no me muero.

Jasmine me contesta con un corte de mangas, con las manos aferradas a la barca. Me vuelvo a vestir y me siento de nuevo, con una sonrisa de oreja a oreja.

—De verdad que me avergüenzas, Calcifer —suspira.

«Yo también te quiero, Arrietty».

Capítulo 9

Jasmine

Florencia, Italia

Cuando me despierto, tras haber dormido durante todo el viaje de dos horas en tren con la cabeza apoyada en el hombro de Andréa, ya estamos en Florencia. Solo quiero darme una ducha antes de salir de fiesta. Ezra ha prometido que conoce bares chulos.

De camino a nuestro nuevo apartamento, noto que la gente en la calle me mira. Al principio creo que me estoy volviendo paranoica, pero me doy cuenta demasiado tarde de que incluso mis amigos se están riendo por lo bajo.

—¿Qué tengo? ¿Qué me habéis hecho? —los acuso, mientras señalo con el dedo a mi ex—. Ha sido cosa tuya, admítelo.

Andréa abre mucho la boca, y finge estar ofendido; me reprocha que siempre le eche la culpa de todo, y me hace sentir un poco culpable de verdad. Cuando vuelvo los ojos hacia Kai y Ezra, noto que este último parece más divertido de lo normal, así que se convierte en mi nuevo sospechoso.

—Dímelo.

—Deberías mirarte al espejo…

Clémence resopla al cogerme del brazo, y luego me tiende una toallita que saca del bolso.

—Toma. Se han entretenido dibujándote la cara mientras dormías, porque tienen tres años mentales, y no tienen nada más interesante que hacer.

Ezra pone los ojos en blanco, sin que le afecten lo más mínimo sus palabras. Imagino que ya está acostumbrado; Clémence es su prima política.

Me miro en el reflejo de la pantalla del móvil, resignada. Tengo un bigote pintado con rotulador negro bajo la nariz, y garabatos toscos en las mejillas y la frente. Al menos no me han puesto nada con forma fálica.

Me limpio lo máximo posible mientras vamos en un autobús que atraviesa el centro de la ciudad. Los tejados rojos de los edificios históricos recortan el cielo azul, y el río Arno brilla bajo el sol de la Toscana. Cúpulas majestuosas y campanarios esbeltos se alzan en el horizonte, testigos de la grandeza de esta ciudad tan llena de arte e historia.

Desde que empezó este viaje, tengo que admitir que no paro de maravillarme. Ojalá no tuviera que irme nunca.

El alojamiento que Clémence y Kai han reservado es pequeño, pero acogedor. En cualquier caso, no nos quedaremos tanto tiempo como para necesitar mucho más.

Me ducho la primera antes de reunirme con Clémence en su habitación. Abro mi maleta, aún envuelta en la toalla que llevo atada sobre el pecho.

—¿Qué vas a ponerte esta noche? —me pregunta.

—Ni idea. ¿Algo sexy?

Ella arquea las cejas, lo que me hace sonreír. Para ser sincera, estoy preocupada por lo que ha pasado esta mañana, en Roma, contra la puerta de mi habitación. Me cuesta olvidar la deliciosa sensación de las manos de Andréa sobre mí, la mirada hambrienta con la que me devoraba, la súplica en su voz…

Solo quería besarlo. Hacer que cayera sobre el colchón, quitarle la ropa y reencontrar el sabor de sus labios, el olor de su piel contra la mía.

No sé cómo he podido resistirme.

«Lo odio». Lo odio por jugar así con mis sentimientos.

¿Acaso no tiene piedad? Seguro que cree que es lo que quiero oír, pero se equivoca. Quiero que me deje tranquila. Vivía mucho mejor cuando estaba autoengañada, convencida de que ya no lo quería.

—Toma, ponte este vestido. Te va a quedar de maravilla.

Agarro la prenda naranja que Clémence me tiende. Es de un color atrevido, pero no me asusta. Soy toda una experta en vestir con un estilo raro y hacer combinaciones audaces.

El vestido tiene un escote en pico y un corte ajustado que, lo sé ya, se me ceñirá a las curvas. La falda es asimétrica y tiene una abertura en el muslo, con volantes que descienden hasta los tobillos.

—Vaya. ¿Vas a ir sin ropa interior? —se sorprende Clémence cuando me lo pongo.

—Llevo tanga.

—¿Y sin sujetador?

Bajo la vista hacia mi pecho, y arqueo una ceja.

—No. Me hace falta, pero lo odio.

Clémence parece escandalizada por la confesión. Cuando le digo que solo llevo sujetador un diez por ciento de las veces, no me cree.

—Me siento más cómoda sin él, ya está. ¿Quién dice que tenga que ponérmelo sí o sí? —pregunto mientras me seco el pelo con la toalla—. Mira, ni siquiera lo habías notado hasta que te lo he dicho.

Ella asiente con expresión pensativa.

Terminamos de arreglarnos cantando las canciones de mi playlist «2000s white girl songs».

Después de «Hollaback Girl», «Murder On The Dancefloor» y «Unwritten», bailamos con «Pon de Replay» en plena sesión de maquillaje.

Kai abre la puerta justo cuando le estoy enseñando a Clémence cómo perrear.

—Oh, guau. ¿Interrumpo algo?

Me pongo los tacones, con el pelo recogido en un moño, mientras Clémence le guiña un ojo a su marido.

—Esta noche te lo enseño.

—A mi primo se le da genial bailar salsa —sonríe Kai mientras le da unas palmadas en la espalda.

Caminamos por Florencia guiados por Ezra, hacia un bar latino con pista de baile. Ignoro la mirada oscura de Andréa, que me ha parado en el salón para preguntarme si de verdad iba a ponerme este vestido. Cuando he respondido que sí, se ha quedado callado.

¿Lo habrá preguntado porque cree que no me favorece… o porque está celoso?

—Por quincuagésima vez, no es salsa, es bachata —suspira Ezra.

—¡Oh! —exclamo, saliendo de mi ensoñación—. Siempre he querido aprender.

Me pregunta qué me lo ha impedido, y no sé qué contestar. La falta de tiempo, supongo. Y quizá también el hecho de que Andréa odiaba salir de noche y no soportaba que bailara pegada a otro hombre.

Lógicamente, me quedaban pocas opciones.

—Estoy seguro de que va genial para ligar —se burla Andréa.

—Ni te lo imaginas…

Al cruzar la puerta del local, una oleada de calor me envuelve al instante y hace desaparecer el frescor del aire nocturno. Las paredes pintadas en tonos vivos de rojo y naranja crean un ambiente cálido y vibrante, como una burbuja de color resplandeciente en medio de la monotonía urbana. Las luces tenues añaden un toque íntimo a la atmósfera, un aura hipnótica que me arranca una sonrisa al pensar en la noche que nos espera.

—Bienvenidos al mejor bar de Florencia —se entusiasma Ezra, pasando un brazo sobre mis hombros y el otro sobre los de Andréa —. Vais a engancharos.

Las primeras notas de bachata retumban en mis oídos, laten en mi cuerpo y despiertan mis ganas de bailar. Distingo de inmediato la pista animada, donde parejas giran con gracia y pasión en movimientos fluidos y sensuales.

Mientras avanzamos entre la gente en busca de una mesa, noto a Ezra saludar con naturalidad a varias personas, prueba evidente de lo bien que conoce el lugar.

Mi vestido atrevido parece atraer las miradas de los demás bailarines. Puedo sentir la tensión creciente entre Andréa y yo al darme cuenta de lo mismo que él.

—¿Qué? —pregunto con inocencia.

Me siento un poco culpable por provocarle esta reacción, pero es difícil no dejarse llevar por la excitación del momento.

—Nada —responde Andréa, que se coloca tras de mí—. No puedo culparlos, así que me callo.

—Vaya. ¡Sería la primera vez!

—No tengo por qué ponerme celoso, Jazz —sonríe, y me susurra al oído—. Yo sé lo que escondes debajo de ese vestido… mientras que lo único que ellos pueden hacer es imaginárselo sin jamás llegar a descubrirlo.

Contengo los escalofríos que me recorren la espalda, avergonzada. Odio desearlo todavía, odio que aún consiga provocarme esto.

Entre la multitud, localizo a Clémence y le dedico una sonrisa cómplice. Ella parece tan encantada como yo con la energía eléctrica del lugar. Juntas nos abrimos paso hasta la barra, donde unos camareros vestidos con camisa de colores hacen malabares con las botellas mientras preparan cócteles exóticos que perfuman el aire con aromas embriagadores.

Dondequiera que miro, veo rostros radiantes, cuerpos en movimiento y carcajadas que resuenan como una sinfonía de felicidad contagiosa.

—Os pido algo de beber —grita Kai por encima del bullicio—. ¡Invito yo!

Andréa lo acompaña, y aprovecho para acercarme a mi celestina, que nos espera en un reservado.

—Vale, necesito ayuda.

—Para, que me pongo cachondo —se burla Ezra—. Sabes que es mi frase favorita.

Clémence le pellizca la mejilla al oírlo, pero él mantiene intacta la sonrisa infantil. Observo a las numerosas mujeres que ya lo miran con interés, y suspiro. Para él todo resulta tan fácil…

—Esta vez tengo que liarme con alguien.

Una sombra de preocupación le cruza la mirada, pero se le disipa enseguida.

—¿Estás segura de que es lo que quieres?

—No te pedí que me dieras la chapa, solo que me ayudases a ligar…

Suelta un suspiro sonoro y duda, pero la expresión de Clémence y sus manos juntas en señal de súplica terminan por convencerlo.

—Vale. Aquí todo se decide en la pista de baile, signorina.

Ezra me tiende la mano, con un brillo desafiante en la mirada. La acepto, y camino hacia él mientras me lleva de espaldas hasta el centro de la pista de baile. El corazón me late desbocado, sobre todo porque no tengo ni idea de lo que estoy haciendo.

Seguro que voy a hacer el ridículo.

Las primeras notas de una nueva melodía llenan la sala. Estoy allí, frente a Ezra, con la piel en llamas.

—¿Puedo?

Tardo un poco en entender lo que me pide. Ezra me tiende las dos manos, con una pregunta dibujada en los rasgos. Asiento; le dejo que me toque.

No me atrevo a mirarlo a los ojos mientras apretamos el cuerpo uno contra el otro, pecho contra pecho. Los ángulos duros de su silueta se encuentran con cada curva suave de la mía.

Me pongo un poco nerviosa cuando entrelaza sus dedos cálidos y reconfortantes con los míos. Su aliento me acaricia la piel cuando nuestras mejillas se rozan.

—Es el hombre quien guía —murmura—, así que confía en mí y déjate llevar.

Me explica los pasos básicos, que no parecen tan complicados. Incluso me olvido de la presencia de los demás en la sala mientras me guía las caderas como un titiritero guía una marioneta.

Cuando le indico que estoy lista, pasa su brazo alrededor de mi cintura y me pega todavía más a él. Ya no queda espacio entre

nosotros: siento su contacto, su respiración, su olor.

Es algo íntimo, pero no tan incómodo como habría pensado. Quizá porque se trata de él, y somos amigos. No siento ninguna presión por gustarle, y eso me alivia.

Me dejo llevar siguiendo sus indicaciones; de vez en cuando me lanza muestras de ánimo. Cada uno de mis movimientos se vuelve más firme mientras nos perdemos en el baile y en el instante presente.

No puedo evitar sonreír al sentir cómo aumenta la complicidad entre nosotros.

—Tú, que hablas italiano… —digo de pronto, cuando noto la atención de un hombre en la penumbra—. Dime frases cortas para entablar conversación con alguien.

El hombre en cuestión es muy atractivo: alto, rubio, bronceado. Ezra sigue mi mirada con discreción y sonríe.

—¿Ese es tu tipo? Me sorprende, me esperaba más bien un moreno misterioso.

—Digamos que de eso ya he tenido bastante —suspiro, echando un vistazo a Andréa, que nos observa desde el reservado.

De todas formas, no pienso casarme con ese hombre. Solo pretendo abrirme a la gente, conocer personas nuevas, desprenderme de las viejas costumbres…

No voy a aguantar este verano sin nada que me distraiga de Andréa.

—Te devora con los ojos —me advierte Ezra—. Apuesto a que vendrá a bailar contigo en cuanto me dé la vuelta.

—¿Quién, Andréa?

—No, idiota. El que se supone que te gusta, ¿recuerdas?

Ah, sí, cierto. Ezra mueve las caderas, con la rodilla entre mis muslos, lo que abre aún más la raja de la falda del vestido. Diría que lo hace a propósito. Es bueno, el cabrón.

—Puedes empezar con: Posso offrirti da bere?

No hace falta ser bilingüe para entender lo que significa. Quiere que le invite a una copa. Le pido más ejemplos mientras se aparta y me hace girar sobre mí misma.

—Mi piacerebbe ballare con te.

Alzo una ceja; necesito una traducción con urgencia.

—Significa 'Me gustaría bailar contigo'.

—Mmh. Demasiado directo, ¿no?

—Pues qué quieres que te diga, no te comas mucho la cabeza. Déjale que venga hasta aquí. Lo hará, te lo aseguro.

¿Cómo decirle que, por una vez, me gustaría tomar la iniciativa, llevar yo las riendas? Una parte de mí también sueña con demostrarle a Andréa que soy capaz, que ya no soy como antes.

—¿Y tú qué dirías?

Ezra se queda en silencio un momento mientras reflexiona, con expresión neutra. Cuando sus ojos oscuros se posan sobre los míos, entiendo por qué tantas chicas sucumben.

—Desidero sentire il tuo respiro sul mio collo…*

Quiero preguntarle qué significa, pero no me deja tiempo:

—Quando mi guardi così, non posso fare a meno di desiderarti.†

Estoy tan hipnotizada por la belleza del sonido que sale por su boca que me callo para saborearlo.

—Mi piacerebbe esplorare ogni centimetro del tuo corpo‡ —añade, encogiéndose de hombros—. Entre otras cosas, vaya.

Frunzo el ceño con una sonrisa, divertida a mi pesar. Este tipo es todo un caso.

—Es demasiado largo para una principiante, pero gracias de todos modos.

Me animo e improviso. Choco el puño con Ezra en un gesto de apoyo discreto y luego me susurra un sutil «Buena suerte, Jasmine» antes de dejarme sola en la pista. Lo observo acercarse a la barra e interceptar a una morena muy guapa. Para él, ligar es tan natural como respirar. Lo envidio un poco, lo admito.

—¿Novio?

Me giro en redondo, sorprendida. El desconocido rubio me sonríe con una copa en la mano. ¡Habla mi idioma!

—En absoluto. Amigo y celestina, diría yo.

—Genial. Me llamo Marc.

Le digo mi nombre antes de que me invite a una copa, y lo sigo hasta la barra a través de la multitud de bailarines desatados. A lo lejos, siento la mirada pesada de Andréa, que se niega a soltarme.

Una parte de mí se siente culpable, pero no quiero dejar que me arruine la noche. Se lo he advertido esta mañana. Sabe perfectamente a qué se enfrenta.

Marc y yo charlamos unos minutos mientras tomamos un mojito, antes de ir a bailar. Suena un remix de «Maneater», y es justo lo que necesitaba para soltarme.

Dejo que mi cuerpo se mueva con gracia y sensualidad sobre la pista. Cada movimiento está calculado, cada gesto, ejecutado con precisión. Muevo las caderas, arqueo la espalda, enredo las manos en mi pelo…

Siento las miradas sobre mí. Un aura de confianza y seducción me envuelve. Busco a Andréa de reojo, y sé que me está observando. Su mirada ardiente, cargada de celos y de deseo, me provoca una extraña satisfacción.

«¿Ves lo que te pierdes, imbécil?».

Marc se acerca, porque probablemente cree que bailo para él. Mis movimientos se vuelven más atrevidos, más provocadores, y desafían a Andréa. Quiero que sienta ese cosquilleo de celos, que sea consciente de lo que podría haber conservado y que, en cambio, eligió perder. Por un instante, cruzamos la mirada, y alcanzo a ver la lucha interior que lo consume. La tensión entre nosotros es real, eléctrica, y se alimenta del deseo y la rivalidad. Y aunque baile con otro hombre, el corazón me late al ritmo de la esperanza de que, tal vez, esta pequeña provocación lo haga rendirse.

—¿Prefieres que salgamos a tomar el aire un momento? —me propone Marc, mientras acerca el rostro demasiado al mío—. Aquí dentro no se oye na…

De pronto, lo siento. No sabría explicarlo, pero sé que Andréa está justo detrás de mí, antes incluso de que pose un dedo sobre el pecho de mi acompañante. Este se echa hacia atrás, sorprendido por la interrupción.

—Andréa —lo prevengo en voz baja, antes de que haga alguna estupidez—. Tranquilo.

Lo conozco demasiado bien. Siempre le ha costado controlar los arrebatos de violencia. Incluso cuando me prometía que pararía, lo volvía a ver con los nudillos reventados y la ceja ensangrentada.

Antes, cualquier excusa era buena.

—Más te vale que no la toques —gruñe.

Su intervención atrae la atención de otras personas en la pista de baile. Me siento a la vez preocupada y avergonzada. No debería haberlo provocado. Pensaba que había cambiado, que ahora estaba más tranquilo, pero me equivocaba.

—¿Y tú quién eres? —le espeta Marc, molesto.

—El amor de su vida.

Me da rabia sentir mariposas en el estómago.

Mi compañero de baile levanta las manos y me hace entender que la situación se le complica demasiado.

—No tengo ganas de pegarme esta noche, tío. Lo siento.

Y se va. Así, sin más, sin decirme nada.

Dejo escapar una risa seca, incrédula. Andréa se pone a mi lado, más guapo que nunca bajo las luces anaranjadas, pero estoy demasiado furiosa para que eso me afecte.

—¿Quién te crees que eres? No estamos juntos, ¡no tenías ningún derecho a hacer eso!

—Jazz, puedes provocarme todo lo que quieras, me da igual. Pero me mirabas a mí mientras bailabas. No a él, ni a otro. A mí —insiste, mientras se señala el pecho con el dedo—. Eso lo dice todo.

Quisiera gritarle que no ha entendido nada, pero me niego a montar un numerito. Por eso me marcho hacia nuestra mesa, donde Clémence y Kai se besuquean en público, y agarro mi bolso con rapidez.

Hacía mucho tiempo que no sentía tanta rabia.

—Me voy.

—¿Eh? —se alarma Clem mientras aparta a su marido—. ¿Adónde vas?

No respondo y me abro paso entre la gente con paso decidido.

«A cualquier sitio, me da igual, mientras esté lejos de él».

* 'Quiero sentir tu aliento en el cuello', en italiano.
† 'Cuando me miras así, no puedo evitar desearte', en italiano.
‡ 'Me encantaría explorar cada centímetro de tu cuerpo', en italiano.

Capítulo 10

Andréa

Florencia, Italia

—¡Jazz!

Ella me ignora y sigue avanzando a paso enérgico por las calles de Florencia. Llevo siguiéndola desde que salió del bar hecha una furia, decidido a tener una conversación.

—Ni siquiera tienes las llaves del piso —le recuerdo, sin que eso logre frenarla.

«La he cagado». Me arrepiento de haberme entrometido, pero no podía seguir sentado en ese banquito mientras veía cómo se restregaba con otro de manera tan sensual.

De verdad pensaba que iba a perder los papeles.

—Jasmine, espera.

Esta vez le agarro la muñeca y la obligo a girarse. Algunos transeúntes se vuelven hacia nosotros, por curiosidad o para asegurarse de que todo va bien.

—¿Qué quieres de mí, Andréa?

Tiene las mejillas sonrojadas, de rabia o de frustración, no lo sé. Quiero decirle que yo también estoy enfadado. Enfadado por ser

blanco de sus provocaciones desde hace más de una semana, solo para demostrarse a sí misma que ha pasado página.

«Pero no va a engañarme».

He visto cómo se le aceleraba el pulso esta mañana, cuando la acorralé contra la puerta de su habitación. He visto cómo me miraba los labios; le he notado en la mirada cómo se debatía entre el deseo y la resistencia.

—Quiero que seas sincera —le espeto tras llevarla a un lugar más apartado—. ¿De verdad habrías sido capaz de marcharte con ese tío si yo no hubiera intervenido?

Estamos en un callejón oscuro y desierto, tras lo que parece una discoteca.

—¡Sí! —estalla, con gesto de exasperación—. ¡Es lo que he intentado hacerte entender desde el principio!

No me creo nada. Puede repetirme mil veces que ha cambiado, que ya no es la misma, pero no sirve de nada. Jasmine sigue siendo Jasmine. Tres años no bastan para convertirla en una desconocida.

—¿Le habrías dejado que te tocase? —insisto, mientras me acerco peligrosamente—. ¿Le habrías dejado verte desnuda?

Ella retrocede por instinto hasta chocar con la pared. Estoy tan cerca que nos rozamos con la nariz. Su aliento entrecortado me acaricia los labios cuando espeta con sorna:

—¿Por qué? ¿Porque crees que es algo difícil?

—En general, no. Para ti, sí.

Mi respuesta parece sorprenderla. De repente estoy tan enfadado como ella, quizá más que antes. Jasmine se ha tirado toda la vida fingiendo, desde que la conozco, y yo pensaba que podía con ello. Pero ya no.

—Eres una hipócrita, Jazz.

—¿Perdona? —ríe, incrédula—. ¿Y me lo dices a mí?

—Sí, a ti. Dices que has pasado página, pero le pides a Ezra que te acompañe a la boda para ponerme celoso. Dices que ya no me quieres, pero corres a buscar a otro solo para demostrármelo. Dices que quieres acostarte con ese tío, pero no dejas de mirarme a mí. ¿Cuándo vas a admitir que mientes, Jasmine? ¡Todo el tiempo! Y lo peor es que te mientes a ti misma.

Se queda boquiabierta ante mis acusaciones, el pecho le sube y le baja al respirar. Odio ese vestido, odio cómo le resalta el pecho, odio la abertura en el muslo, odio mirarla y desear arrancárselo como un animal.

Hace tanto que no la toco. Incluso antes de la ruptura, ya no nos acostábamos. Ella no dejaba que me acercase.

—Intenta entenderme, por favor —suelto, exhausto—. Es duro… verte así, con otro.

—¿«Es duro»? —exclama tan alto que me sobresalta—. ¡Oooooh! Pobre Andréa, que hace lo que le da la gana sin pensar en lo que sienten los demás… Tu vida debe de ser tan difícil…

—¿A qué te refieres con eso, exactamente?

—Que me dejas de un día para otro y pretendes que tres años después me tire a tus brazos. Eso significa. Yo seré hipócrita, pero tú eres un puto egoísta.

No puedo evitarlo: me puede la ira, y replico con dureza:

—¡Estoy intentando que me perdones, Jazz!

—¡Pues no lo intentas lo suficiente! —me grita de vuelta.

Ni siquiera ha terminado la frase cuando la agarro del pelo y la atraigo hacia mí, para juntar los labios. El corazón se me detiene mientras la beso con violencia; vuelco en ese beso toda mi frustración, toda mi tristeza, todo mi deseo.

Al principio creo que me apartará, pero se aferra a mi camiseta con las manos. Abre la boca y entrelaza la lengua con la mía en un gesto apresurado, salvaje.

«No hablamos desde el amor esta noche, sino desde el rencor».

«La carencia. La frustración».

Mientras me abraza el cuello, solo pienso en el deseo de fundirme con ella.

Le beso la mandíbula, el cuello, la oreja. Sigue con el ceño fruncido cuando me muerde el labio inferior, furiosa.

—Te odio tanto ahora mismo —murmura ella, mientras me desliza las manos bajo la camiseta.

No sé qué me pasa. Solo soy consciente de que este instante es precioso pero fugaz, y de que quizá no vuelva a repetirse. Me desabrocha el cinturón antes incluso de que yo pueda bajarle el

tanga por los muslos. Cuando levanto sus piernas, las enrosca de inmediato alrededor de mi cintura.

—¿Estás segura?

—Date prisa.

—No tengo…

Me calla con un beso, y mueve las caderas contra mi erección. Ya no aguanto más. Sé perfectamente que es un error enorme y que cualquiera podría sorprendernos a pesar de que el callejón está muy oscuro. Aun así, soy incapaz de resistirme a su llamada.

Entro en ella de una sola embestida, lo que nos arranca un gemido de placer a los dos.

«Joder, hacía tanto tiempo…».

La sujeto con firmeza contra la pared, frente contra frente. Jasmine y yo nunca habíamos hecho el amor enfadados el uno con el otro. Es la primera vez. No sé qué vendrá después, pero ahora no es momento de hacerse preguntas.

—Solo te quiero a ti, Jazz —le susurro contra la boca.

Ella me tira del pelo como respuesta, y me arranca un gruñido de dolor. La castigo con embestidas más profundas, pero el efecto es el contrario al que pretendía. Jasmine gime aún más fuerte y hunde la cara en mi cuello. Acelero el ritmo hasta que le tiemblan los muslos a mi alrededor. El ruido de la gente de fiesta que pasa muy cerca de nosotros nos asusta y nos excita a la vez.

Muy pronto, Jasmine se deja llevar por un orgasmo y yo la sigo enseguida. Su respiración se ralentiza mientras la bajo de nuevo para dejarla de pie.

—Tomo anticonceptivas —suelta de sopetón.

No sé qué contestar. Tanto ella como yo sabemos que tendría que ocurrir un milagro para que se quedara embarazada… Y no es lo que buscamos, en cualquier caso.

—Vale.

Me visto al mismo tiempo que ella, aunque tengo ganas de más. Querría cargarla sobre el hombro y llevarla al piso, hacerle el amor toda la noche; recordarle lo bien que estábamos juntos.

—En una cosa tenías razón —admite de repente, casi avergonzada—. Siempre tengo ganas de ti.

Una sensación de victoria me invade y no consigo ocultar la sonrisa triunfal. Le respondo que a mí me pasa lo mismo. Jasmine asiente y adivino que la cabeza le va a mil.

—Esto no es más que una pequeña recaída. Nada más. No significa nada, ¿verdad? —me pregunta—. Muchos ex vuelven a acostarse porque resulta más práctico. Nosotros también podemos hacerlo.

Estoy tan sorprendido que me cuesta procesar lo que insinúa.

—¿Hacer… qué?

—Sexo sin compromiso.

Suelto una risa seca, incrédulo.

Pero yo sí quiero compromiso, ¡claro que lo quiero! ¿Cómo se le ocurre proponer algo así justo después de confesar que aún no ha pasado página? Voy a volverme loco antes de que acabe el verano, y será culpa suya.

—Así que, si lo estoy entendiendo bien… ¿quieres que follemos sin estar juntos?

Ella se encoge de hombros.

—¿Por qué no? Disfrutamos del verano y, cuando todos regresemos, cada cual sigue con su vida.

—¿Y después? —pregunto sin lograr disimular mi enfado—. ¿Lo repetimos en cada boda, cada tres años, cada vez que nos veamos obligados a coincidir?

—No. Porque en algún momento uno de los dos encontrará a otra persona. Y entonces sí que se habrá acabado del todo.

La sola idea me aterra y me rompe el corazón. Yo no quiero eso. Ya la dejé escapar una vez y fue demasiado. No podría hacerlo una segunda vez, me mataría.

—No estoy de acuerdo.

Jasmine suspira, aún con las mejillas encendidas.

—¿Por qué?

Me niego a pensar que de verdad ya no me quiere; esa idea me supera. A diferencia de ella, yo no me protejo con la negación. Sé reconocer el amor y la ausencia en sus ojos, porque son el reflejo exacto de lo que siento yo.

—Porque yo nunca he llegado a pasar página —admito con tristeza—. Lo he intentado, de verdad. Quise dejar de pensar en ti cuanto antes… pero siempre me imaginaba tu cara, pronunciaba tu nombre y seguía oliéndote en las sábanas que me negaba a lavar.

Está en todas partes y en ninguna al mismo tiempo, tan cerca y tan lejos. Ya no lo soporto.

—Simplemente porque eres única —prosigo, y le tomo el rostro entre las manos—. Y sé que la cagué, sé que te he hecho daño, pero me hizo falta perderte para darme cuenta de que no podía dejarte ir.

He reprimido estos sentimientos durante tres años. Volverla a ver lo ha desbaratado todo. En unos días ya estaba convencido de que no puedo vivir sin ella.

—Jazz… ¿No lo entiendes? Hemos cometido un error.

Era, evidentemente, lo peor que podía decir, dado que sus labios se tensan y su expresión se ensombrece.

—«Has», no «hemos». El error lo cometiste tú, Andréa.

—Lo sé, lo sé…

—Pues ahora tienes que asumirlo.

«No me da la gana». Soy como un niño caprichoso que descubre que en la vida nada es gratis y que hay que enfrentarse a las consecuencias de los propios actos.

—¿Por qué te resistes con tanta fuerza si también quieres?

—Porque ya no confío en ti —admite y me obliga a soltarla—. ¿Quieres mi cuerpo? Te lo doy. El corazón, en cambio… ahora está amurallado. Y solo puedes culparte a ti mismo.

Sé que me lo merezco. Y supongo que sería fácil aceptar su propuesta. Cualquiera diría que sí.

Jasmine, mi primer amor, me ofrece semanas de sexo sin compromiso. Debería besarla para darle las gracias por darme esa oportunidad, pero…

No puedo conformarme con eso.

—Lo siento, pero sin amor no hay sexo. Contigo lo quiero todo.

Jasmine aparta la mirada, como si estuviera cerrando con llave el corazón.

—Eso no está en venta.

No importa. Aún me queda algo de tiempo para convencerla. Ahora ya sé que no ha pasado página del todo. Si tengo que redoblar esfuerzos para que vuelva a enamorarse de mí, haré lo que haga falta.

—De todas formas, no puedes impedirme intentarlo.

—¿Intentar qué? —pregunta, mientras entrecierra los ojos con desconfianza.

Se me llena el pecho de decisión, y sé que he escogido lo correcto.

—Reconquistarte.

Antes

Jasmine

Gordes, Francia

—¿Todavía te duele?

Hago una mueca de molestia bajo las sábanas que nos cubren, incómoda. Andréa ha sido todo lo delicado que ha podido en nuestra primera vez, pero, igualmente, me arde la entrepierna por su penetración.

—¿Puedes salir? No sirve de nada forzarlo si no entra.

Asiente con la cabeza y obedece, sin ver las lágrimas que me empañan los ojos. Dejo escapar un gemido de dolor; odio el vacío que deja su ausencia.

Andréa se deja caer a mi lado y apoya la cabeza en el codo.

—Arrietty. No pongas esa cara triste…

—Tengo un problema —sollozo, incapaz de contener las lágrimas —. ¿Por qué no lo consigo?

Me seca las lágrimas con mucha suavidad. Es irónico, ¿verdad? Andréa es la viva imagen de la violencia. Yo soy la única con la que muestra esta ternura. Nunca me he sentido tan a salvo como con él, aunque a mi padre no le guste nada.

Si supiera que he invitado a Andréa a dormir a casa mientras él y mamá están fuera, me mataría.

—No tienes ningún problema —me tranquiliza mi novio mientras me abraza—. Es nuestra primera vez, estamos los dos un poco nerviosos. Estoy seguro de que esto le pasa a muchas chicas.

Me dejo atraer contra su torso y me da un beso en la frente; disfruto del calor de su piel. Pensaba que hoy iba a ser la noche perfecta para perder la virginidad. Tengo diecisiete años y lo quiero con locura, ¿qué más podía pedir?

«Andréa es el indicado».

Todos me miran como si estuviera loca cuando lo digo, pero yo sé que es verdad. Porque antes que nada es mi mejor amigo; sé que esto será para toda la vida.

—¿Te quedas a dormir de todas formas, verdad?

—Por supuesto —sonríe, y me aparta un mechón de la frente—. ¿Noche de pelis, palomitas y sushi? Incluso podemos ver La princesa Mononoke, que es tu favorita, aunque a mí me abuuuuurre…

Le golpeo el pecho con indignación, lo que lo hace reír. Tiene razón. No importa si no hemos conseguido hacerlo. Tenemos mucho tiempo para intentarlo de nuevo, todas las veces que haga falta.

Me libero de un peso enorme mientras me pongo su camiseta para ir a preparar las palomitas. Terminamos en el sofá frente a mi película favorita de Ghibli, y Andréa no protesta ni una sola vez.

Me abraza y me da palomitas en la boca, mientras me acaricia las pantorrillas desnudas en un gesto distraído. Llevamos ya un año juntos, justo como Clémence y Kai. No podría ser más feliz… pero el miedo al futuro nos pesa.

Odio hablar de ello porque detesto enfrentarme a las dificultades y al conflicto, pero la realidad no cambia: el año que viene acabaremos el instituto. Desde pequeña, mi sueño ha sido seguir los pasos de mis padres, unos auténticos nómadas. Pasé toda la infancia mudándome sin parar, siguiéndolos por todas partes, y acabé por contagiarme del virus del viaje.

Me había prometido tomarme un año sabático tras el bachillerato para recorrer Europa. He estado ahorrando mucho tiempo. Pero ahora… todo ha cambiado.

Ahora Andréa también es un factor en la ecuación.

Porque ya no estoy sola. Andréa se ha convertido en una parte esencial de mi vida; no puedo irme y dejarlo atrás. Así que he decidido dejar a un lado mi sueño.

«Habrá otras ocasiones», me repite Clémence. «Te irás después del máster».

Intento convencerme de que tiene razón. Ya he planeado ir a la Sorbona, en París. El único problema es que no estoy segura de que Andréa venga conmigo. No le interesa ser un intelectual. Andréa odiaba el colegio. Le cuesta mucho concentrarse, y no solo porque no le interese. Prefiere el trabajo manual, eso es así.

Quiere ser chef. Es un sueño precioso.

~~Pero temo que nuestras aspiraciones nos separen.~~

—¿Sabes? Lo he estado pensando.

Alzo los ojos hacia él, sorprendida. Es como si me hubiera leído el pensamiento, porque de pronto me anuncia con gran seriedad:

—Voy a irme contigo a París.

El corazón se me detiene en el pecho. Me incorporo para sentarme en sus rodillas, atónita. Necesito que lo repita, que lo confirme, que me lo prometa, porque no puedo llevarme una decepción.

—¿Cómo dices?

Andréa me sonríe un poco, mientras me acaricia los muslos y las caderas. Me levanta a su paso la camiseta negra que llevo, que me queda enorme.

—No quiero que nos separemos, no todavía. No lo podría soportar. Tampoco quiero que te quedes atrás por mí; te esperan grandes cosas en París, así que… te sigo. A donde vayas, Jazz, yo iré detrás.

—Pero… ¿y tú?

Se encoge de hombros, con tranquilidad.

—Si me das clases, quizá consiga entrar en la uni también. ¿Piensas que soy demasiado tonto para hacer lo mismo que tú?

—¡En absoluto! —exclamo y le tapo la boca con la mano, furiosa —. No vuelvas a decir algo así nunca más, Andréa Moretti, o te juro que…

Me interrumpe con un beso, con los dedos enredados en mi pelo. Enseguida me doy cuenta de que me estaba tomando el pelo. La verdad es que estoy demasiado contenta para reaccionar como él querría.

—¿Quieres mudarte conmigo en un año, Jasmine Pham? —me susurra contra los labios.

Asiento sin la menor vacilación, con el corazón a mil. No me lo puedo creer: vamos a hacerlo.

—¿Estás contenta?

—No te imaginas cuánto. Voy a hacerte feliz —le prometo y le doy un abrazo—. No te arrepentirás, lo juro.

—Ya lo soy.

Lo beso con ardor y aprieto el pecho contra su torso. La boca le sabe a sal y a caramelo, probablemente por las palomitas. Los besos se vuelven más apasionados y ruidosos. No pienso en lo que viene después, hasta que me da la vuelta para tumbarme de espaldas.

Me besa el cuello y luego entre los pechos. Río cuando me hace cosquillas con los dientes y mete la cabeza por dentro de mi camiseta.

—Yo no tengo grandes sueños, ¿sabes? —suspira mientras me quita las bragas—. Solo tú, una casa, bebés.

Me pongo rígida un instante. Solo dura un segundo. Al siguiente, me acaricia entre las piernas y lo olvido todo.

Me tomo unos minutos antes de recibirlo de nuevo. Le recuerdo que use preservativo, y lo hace. Cuando entra en mí, muy despacio, ahoga con la boca mi suspiro de dolor.

—Te quiero, Jasmine. Te quiero tanto…

Le respondo a esas palabras románticas una y otra vez, hasta que deja de doler. Imagino la vida que tendremos, con mucho amor, sexo, viajes y aventuras completamente locas.

Todo lo que siempre he querido.

—¿Qué…?

Chillo, sobresaltada, justo cuando Andréa se aparta; el pánico se le nota en el rostro.

Mis padres están en el umbral de la puerta, estupefactos.

—¿Te estás riendo de mí? —brama mi padre antes de señalar a mi novio con el dedo—. ¡Ven aquí, mocoso de mierda! ¡Te voy a matar, ¿me oyes?!

Andréa balbucea unas disculpas mientras se viste a toda prisa, y yo aprovecho para tirar de la camiseta para bajármela lo máximo posible. Demasiado tarde: mi padre agarra a mi novio por la nuca y lo sacude mientras lo insulta a gritos.

—¡Papá, para! ¡Suéltalo!

Intento detenerlo y le suplico a mi madre que me ayude, pero ella parece petrificada por la impresión.

—¡Tiene diecisiete años! —vocifera mi padre mientras tira a Andréa al suelo—. ¡Como se te ocurra dejarla embarazada, capullo! ¡A diferencia de ti, ella sí tiene futuro!

Me lanzo sobre su espalda para intentar que lo suelte. Andréa logra zafarse y se pone las zapatillas antes de huir. Se gira una última vez para asegurarse de que estoy bien, pero le hago señas para que se vaya.

—No vas a volver a verlo, ¿me oyes?

Pongo los ojos en blanco. Mi madre recupera por fin la voz y le responde:

—No seas tan dramático. Nuestra hija ya no es una niña, es una adolescente. ¿Qué esperabas?

Se marchan los dos en medio de una discusión que me concierne, pero en la que no me está permitido intervenir. Cuando intento defenderme, mi padre me manda callar.

Al final, mi madre logra hacerlo entrar en razón, aunque con mucha dificultad. Mi padre me ordena que me vaya a la cama y me castiga sin salir durante dos semanas por haber invitado a Andréa a casa sin pedir permiso.

—Te odio —replico, con los brazos cruzados—. ¡No he hecho nada malo!

—¿Ah, me odias? Qué original; lo típico de una adolescente en plena crisis.

—No estoy en plena crisis.

—¿No? ¿Sabes lo que eres? Una desagradecida —espeta con frialdad—. ¿Quieres que te dé un consejo? No tengas hijos. No

sirven para nada; solo te traerán problemas. Sacrificas todo por ellos, y luego te dicen que te odian. Vaya desperdicio.

Con esas palabras hirientes, se va. Me doy cuenta demasiado tarde de que estoy llorando. Mi madre me mira con ternura antes de darme un abrazo cálido.

—No le hagas caso. No lo piensa de verdad, solo tiene miedo. No quiere que malgastes tu potencial, porque todos somos un poco idiotas cuando estamos enamorados.

—Andréa nunca me dejará hacer algo así. Ha prometido mudarse conmigo a París. Quiere entrar en la uni para poder estar conmigo. Algún día nos casaremos.

Mi madre suelta una risita; sé que se burla de mí. Nadie me toma en serio…

La gente piensa que no tenemos ni idea de nada porque somos jóvenes. Pues a mí me da la impresión de que ninguno de ellos se ha parado nunca a escucharnos.

—Eso es lo que deseo para ti, cariño —responde mientras me acaricia la mejilla—. Y ya sabes, no es verdad que los hijos no sirvan para nada, es al contrario.

—Mhh. No estoy segura de que me interese ser madre, de todas formas.

—Eres muy joven todavía. Tienes todo el tiempo del mundo para cambiar de opinión.

«¿Por qué debería hacerlo?».

No formulo la pregunta en voz alta. Me limito a asentir para que se quede tranquila. No quiero preocuparla por si acaso algo en mí no va bien. Quizá tenga razón. Quizá algún día me despierte con el repentino deseo de llevar en el vientre al futuro hijo de Andréa.

Y, sin embargo, una vocecita me repite algo que intento enterrar muy hondo en mí…

~~Nunca cambiarás de opinión.~~

Capítulo 11

Jasmine

Florencia, Italia

El juego ahora es distinto.

Ahora estamos jugando a «¿quién cederá primero?».

La primera jugadora soy yo misma. Una mujer joven y atractiva, de nombre artístico Arrietty, decidida a convencer a su ex para que se acueste con ella. Sí, está un tanto frustrada sexualmente. Sabe que se entrega a un juego peligroso, pero está decidida a ganar antes de hacer borrón y cuenta nueva. El segundo jugador es un adversario de talla. Un joven celoso pero atento que responde al dulce nombre de Calcifer, decidido a lograr que su ex se vuelva a enamorar de él. Dicho de otro modo, juega con mejores cartas, aunque no sea consciente de ello.

En resumen, la guerra ha empezado y nuestros amigos nos odian.

—Necesito otra vez tu ayuda.

Ezra sonríe con satisfacción pese a tener los ojos cerrados. Parece que está dormido en el sofá, pero sé que finge para no tener que fregar los platos.

«Lo sé porque yo hago lo mismo».

—Me encanta que digas eso, Jazz. Es como música para mis oídos.

—Ahora necesito consejos de verdad.

Abre un ojo, confuso. Me aseguro de que Andréa no esté escuchando la conversación; está hablando por teléfono con su colega Zélie en el balcón. Nuestros intercambios se han vuelto extraños desde lo de aquella noche en el callejón.

Todavía me cuesta creerlo. De verdad le dejé hacerme el amor en público, a pesar de que cualquiera habría podido pillarnos con las manos en la masa…

«¿Qué coño me pasa?».

La verdad es que lo deseo desde que lo vi en la boda. He intentado luchar contra mis impulsos, lo juro. Pensaba que era más fuerte, pero resulta que no.

«Ahora quiero más».

Y Andréa se niega a dármelo con el pretexto de que no estoy lista para entregarle el corazón. Si decía en serio todo lo que me dijo, lo haría sufrir, y no quiero, así que al principio pensé en dejarlo en paz. Hasta que puso en marcha su plan para reconquistarme y la necesidad de contraatacar se apoderó de mí. Creo que, en el fondo, en algún lugar recóndito en mi interior… ~~espero en secreto que logre hacerme cambiar de idea.~~

Quiero que me demuestre que va en serio, aunque no pienso ponérselo fácil.

Yo tampoco quiero sufrir.

—¿Porque antes mis consejos eran malos? —se indigna Ezra, totalmente en serio.

—No, quiero decir… Te pedí clases de seducción para ligar en una fiesta.

—¿Y ahora? —pregunta, mientras coge una botella de agua de la mesa baja.

—Ahora es para acostarme de verdad con alguien.

Se atraganta al beber, lo que atrae la atención de los demás. Le doy unas palmaditas suaves en la espalda, y le regalo una sonrisa hipócrita.

—Lo siento, pero esto ya es otro nivel —tose mi amigo—. No voy a enseñarte a follar, Jasmine. Ponte a ver porno, como todo el mundo. A lo sumo puedo recomendarte algunos…

—¡Que no! —lo interrumpo con un empujón—. Sé cómo se hace, idiota. No me refiero a eso.

Aun así, no parece quedarse tranquilo.

—No es que me haga el tonto, créeme. Es que te expresas fatal. Y, para empezar, ¿con quién intentas acostarte tan desesperadamente?

Me muerdo el labio y dudo. No estoy segura de que sea buena idea decírselo. Por otro lado, confío en que no me juzgue.

—Con Andréa.

Alza una ceja, sorprendido. Pensaba que la respuesta era evidente, pero supongo que no. Mi amigo me pregunta por qué, a sabiendas de que nuestro pacto inicial consistía precisamente en alejarme de él.

—Quiero hacer como tú —respondo con una sonrisa altiva.

—¿Es decir?

—Probar el sexo sin compromiso.

Deja escapar un suspiro enorme, como si no hubiera entendido nada.

—La primera regla es no hacerlo jamás con un ex, Jazz. Ni con la jefa. Ni con la mejor amiga. Ni con la vecina —añade con una mueca —. Sobre todo con la vecina. La mía me robó los paquetes que pedía por internet durante tres meses después de aquello.

—No te pago para que me juzgues, Ezra.

—Pero si no me estás pagando. Y ya que sacas el tema de la remuneración…

Le meto un caramelo de cereza entre los labios como compensación. Lo acepta mientras le pregunto cómo se supone que debo actuar para conquistar a un hombre.

—Haz que vea lo que desea —dice entonces, con la boca llena—. Tienes que estar delante de sus narices, todo el tiempo, sin que tenga ni un respiro. Usa tus encantos. La mirada, la voz, el cuerpo… No necesitas que te haga un dibujo.

Quiero hacerle más preguntas, pero me corta porque quiere darse una ducha antes de cenar. Adivino que no quiere seguir hablando del tema, probablemente porque mis problemas amorosos empiezan a aburrirlo.

Me reprocho implicarlo tanto en esta historia; él es amigo de Andréa.

—Gracias, Howl —sonrío al darle un beso rápido en la mejilla—. Al final no eres tan malo.

—Está bien saberlo…

Esta vez está cantado: este juego lo voy a ganar yo.

Sigo los consejos de Ezra al pie de la letra.

He decidido no hacer las cosas a medias y emplear la artillería pesada de inmediato: por la mañana, en el desayuno, en cuanto Ezra se marcha a correr, me paseo con poca ropa por el salón.

En un primer momento, Andréa está a punto de atragantarse con su tostada. Solo llevo una camisa de pijama blanca, muy corta y reveladora, con un tirante caído adrede sobre el hombro.

Me las ingenio para tocarlo tanto como puedo. Son solo roces ligeros y furtivos, pero esa es la idea: llevarlo al límite poco a poco. Una mano en el muslo por aquí, otra en el brazo por allá, un hombro que lo roza en el pasillo, un leve pisotón bajo la mesa, durante la cena…

Procuro ducharme justo antes que él, y me aseguro de que el aroma de mi champú impregne las paredes del cuarto. Dejo ropa interior tirada, y finjo haberla olvidado.

En resumen, saco toda la artillería.

Tengo que admitir que se resiste, aunque a menudo lo noto a punto de ceder.

Cuando saboreo un trozo de sandía bajo su mirada cargada de deseo, dejo que el jugo me corra por la barbilla, y estoy segura de que va a sucumbir.

Por desgracia, se limita a señalarme con el dedo y decir:

—Eres fuerte, Jazz. Más de lo que pensaba.

Sonrío mientras me relamo los labios, con las piernas cruzadas bajo el albornoz mal ceñido.

—Gracias.

—Pero tengo una fuerza de voluntad enorme —añade—. No voy a ceder a tus jueguecitos. Volverás a enamorarte de mí antes de que yo ceda…

Reconozco que tampoco se queda atrás. De hecho, es bastante hábil, pero no me sorprende. Sabía desde el principio que sería un rival admirable.

Se muestra más atento que nunca conmigo. Me presta la gorra cuando hace demasiado calor, me ofrece su botella de agua cada vez que esperamos durante demasiado tiempo bajo el sol, se encarga de evocar nuestros recuerdos felices para forzarme a bajar la guardia…

¿Su objetivo? Recordarme por qué me enamoré de él la primera vez.

Me repito día tras día que no debo confiar en él. Rememoro en bucle el dolor, la rabia y la culpa que siguieron a aquellos años de relación.

«Nunca más».

~~Pero poco a poco empiezo a flaquear… y temo caer antes que él.~~

Hoy tomamos un autobús hacia Sesto Fiorentino, donde se celebra un festival de música al que Clémence quería asistir a toda costa.

—Ya que no puedo ir al Coachella… —gruñe al llegar por fin.

Se empeñó en que decidiéramos muy bien qué nos pondríamos. Cuando protesté, me suplicó con el siguiente argumento:

—¡Son las fotos que enseñaremos a nuestros hijos! Tenemos que estar perfectos, ¿te imaginas?

No tuve el valor de decirle que yo nunca tendré hijos. Para hacerla feliz, me pegué unas cuantas piedras brillantes alrededor de los ojos maquillados y en la melena rubia. Después me enfundé un top de ganchillo, que me hice yo misma, y una falda larga de tul transparente.

—Te lo digo ya —anuncia Clémence a su marido, que le lleva el bolso—. Si The Weeknd me sube al escenario, soy capaz de decir que estoy soltera. No te lo tomes a mal.

Kai asiente, con el ceño fruncido.

—Claro, cariño. Diviértete.

Ella lo besa en los labios antes de arrastrarme del brazo. Me sumerjo en la efervescencia, envuelta en la atmósfera palpitante del festival. El sol brilla con intensidad en un cielo despejado; calienta el aire y hace centellear los atuendos coloridos y estrafalarios del público. Cada persona es una explosión de creatividad; la gente lleva modelitos de lo más disparatados.

El ritmo grave de la música me retumba en los oídos mientras nos abrimos paso entre la marea humana, en busca del mejor lugar para disfrutar del concierto.

La excitación es palpable, electrizante. Algunos saltan y bailan al ritmo de la música, otros se sientan en el césped a beber cerveza y reír entre amigos.

En el inmenso escenario, los artistas famosos se suceden. Su voz llena el espacio, y arrastra al público a un frenesí colectivo de baile y canciones.

—Veo que te lo estás pasando bien.

Levanto el rostro hacia Andréa, que está de pie detrás de mí. Me tiende un vaso de plástico con alguna bebida, y lo acepto.

—¿Qué es?

—Cerveza. No es especialmente buena.

Me mojo los labios y arrugo el gesto de inmediato ante el amargor. Andréa sonríe antes de preguntarme si alcanzo a ver algo desde aquí.

—No mucho.

—Ven aquí.

No tengo tiempo de protestar: se agacha para pasar la cabeza entre mis piernas. Se me escapa un grito de sorpresa cuando se incorpora; casi pierdo el equilibrio. Me agarro a su pelo con las manos para estabilizarme. Me acaba por subir a hombros. Estoy lo bastante alta para ver perfectamente la parte central del escenario. Me apoya las manos en los muslos, que ahora le rodean la cabeza.

—¿Mejor? —pregunta.

Qué cabrón. Se le da genial acelerarme el pulso. Casi había olvidado lo atento al detalle que podía llegar a ser. A pesar de las taras heredadas de su padre misógino, Andréa acabó por convertirse en un caballero.

Asiento y le doy las gracias. Clémence recrimina a Kai que no haga lo mismo, pero él replica que se partiría la columna si lo intentara.

—Tengo escoliosis, ¿vale? Ya me cuesta bastante sostenerme a mí mismo…

—No será por no haberte dicho que fueras al fisio —refunfuña ella, que se cruza de brazos, decepcionada—. Vaya, ya estás hecho un abuelo con veinticinco años. ¡Menudo marido!

Clémence sigue enfurruñada hasta que aparece The Weeknd. No la invita a subir al escenario, pero tengo que reconocer que el concierto es increíble.

Cuando al fin cae el sol, los juegos de luces de colores iluminan el cielo negro y crean una atmósfera mágica que activa todos los sentidos y hace que el corazón me palpite con intensidad.

—¿Son para mí?

Andréa, que había estado desaparecido un cuarto de hora, vuelve ahora con unas patatas fritas. Estiro la mano para coger una, pero él aparta la bandeja.

Lo fulmino con la mirada, hambrienta.

—Prométeme que no vas a comértelas de forma lasciva —me suplica—. Llevo tres días conteniéndome, y estamos en público…

Me muerdo el labio para no reír, agradecida de que Clémence esté demasiado pendiente del cantante en el escenario como para oír nuestra conversación.

—No prometo nada.

—Tiempo muerto —insiste—. Solo hoy. ¡Al menos esta noche! ¿Te has visto en un espejo, joder?

Le doy unas palmaditas en el brazo en señal de compasión, aunque por dentro me relamo de gusto. Se queja, pero lo conozco lo suficiente para saber que, en el fondo, este juego le divierte. Igual

que yo, teme ser el primero en caer… pero la idea le excita tanto como a mí.

—Lo siento, pero no hay tiempo muerto posible. Ríndete, si no eres lo bastante fuerte… Sé que lo deseas.

Clémence y Kai se acercan al escenario cuando Doja Cat hace una aparición sorpresa que enloquece a la multitud. Me quedo sola con mi ex, con una chispa de picardía en la mirada.

«Está a punto de rendirse, lo noto».

Me muevo con sensualidad al ritmo de «Woman», y articulo la letra de la canción con los labios. Andréa no me quita los ojos de encima. Cuando me acerco para tocarle el pecho, mientras me contoneo contra él, se permite abrazarme por la cintura.

—Eso vale para ti también, Arrietty… —me susurra contra la mejilla sin darme el gusto de probarlo—. Dos palabras. Es todo lo que necesitas para que vuelva a ser tuyo. Pronúncialas y el juego termina.

Se me encoge el pecho de la emoción. Cuando estábamos juntos teníamos una regla, la más importante de todas: decirnos «te quiero» después de cada pelea, porque estaba prohibido separarnos enfadados.

La única vez que quebrantamos esa norma fue la noche que rompimos. Cuando lo desafié a que se marchara… y se fue.

«Dejó un silencio que me destrozó».

Entreabro la boca, lista para obedecer, como bajo el efecto de una hipnosis producida por la nostalgia. Luego, el pánico de volver a ser vulnerable y el terror de revivir aquella sensación de pérdida absoluta me obligan a cerrarla enseguida.

«No puedo».

—Olvídalo —murmuro, mientras lo aparto—. Ha sido muy mala idea.

Le pido perdón por haberme comportado así durante los últimos días, pero, cuando estoy a punto de marcharme, me agarra de la mano. Parece desesperado.

—Jazz, espera. La he cagado, lo sé, pero tienes que darme otra oportunidad… Porque lo nuestro nunca podrá ser una aventura de

una noche, sin compromiso. Quiero despertarme todos los días contigo.

—Ya te he dicho que es imposible —repito mientras me alejo de la multitud, con un nudo en la garganta.

No me gusta que esto me recuerde a nuestras peleas de entonces, las que nos hicieron romper cuando estábamos en el peor momento. Igual que antes, no puedo evitar ponerme a llorar, simplemente porque duele demasiado.

No me quedan fuerzas, ni energía, ni ganas de fingir.

~~Estoy harta de cargar con esta culpa.~~

Harta de pensar, cada día, que la ruptura fue por mi culpa.

Él me partió el corazón.

—¿Por qué? —insiste, y me obliga a mirarlo—. ¿Porque ya no me quieres?

—Porque me destruyes, Andréa —respondo ante aquel rostro desencajado.

«Ya está». Ya no soy capaz de seguir callándomelo. Me hace ir siempre un paso más allá.

—¿Tú no habías pasado página? —articula con dificultad.

Me encojo de hombros, con las lágrimas en los ojos.

—¡Te mentí! ¿Contento?

Veo el efecto de lo que acabo de confesar en su expresión, y casi me hace flaquear. Soy muy débil a su lado, y él es el único que consigue hacerme sentir algo así.

—Tienes que parar… Te lo suplico. Libérame, Andréa —murmuro con la voz rota—. Si sabes que no puedo darte lo que quieres, déjame ir. Deja de jugar con mi corazón, porque yo también tengo un límite.

No quería llegar a este punto; quería mostrarme más fuerte. Pero ya no confío en mí misma. Quiero que asuma su responsabilidad y que se aleje.

—No, no, no —se apresura a decir, mientras se acerca. Me sujeta el rostro con las manos, y tiemblo de placer cuando me toca. Apoya la frente en la mía, como si intentara centrarme.

—Hace tres años hui sin pensarlo. Porque me daba miedo el futuro, porque no sabíamos comunicarnos…

—No puedo darte lo que quieres, Andréa. Eso no ha cambiado.

—¿Por qué no? Hay otras soluciones. Muchas mujeres son estériles y aun así consiguen tener hijos. Lo lograremos… Los dos.

Me quedo rígida entre sus brazos. La sangre se me hiela en las venas, y sé que él lo percibe, porque frunce el ceño.

Las lágrimas me caen a toda velocidad por el cuello, y esta vez no hago nada por detenerlas.

«No lo ha entendido».

Claro que no lo ha entendido.

—¿Andréa?

—Sí, Arrietty.

Lo miro por última vez antes de destruir todas sus esperanzas. Porque sé que, una vez que lo diga, nada volverá a ser como antes.

—No quiero tener hijos.

Tarda un rato en procesarlo. Entreabre la boca con desconcierto, hasta que un destello de comprensión le cruza la mirada.

Me suelta de golpe, y mi corazón se viene abajo. Siento que algo se me rompe por dentro.

—¿Qué? —me pregunta, atónito.

Me seco las lágrimas y respondo antes de marcharme:

—Lo siento. Pero eso no tiene solución.

Capítulo 12

Andréa

Gaiole in Chianti, Italia

Paso las cinco horas de viaje de hoy intentando comprender qué es lo que pasé por alto, sin éxito.

«No quiero tener hijos».

Evidentemente, he dormido fatal. Las palabras de Jasmine y sus lágrimas han vuelto a mi mente una y otra vez, hasta colarse en mis sueños.

¿Cómo no pude verlo venir?

Esto me supera: me siento… traicionado. Vale, no soy perfecto. Pero pondría la mano en el fuego por que Jasmine nunca me lo había dicho directamente. No así, de una manera tan tajante.

—¿Jugamos a algo? —propone Clémence desde el asiento del copiloto del coche que alquilamos ayer.

Kai me lanza una mirada a través del retrovisor, pero yo me giro hacia la ventana. Jasmine hace lo mismo en el otro extremo del asiento trasero, ignorándome por completo.

Así llevamos desde esta mañana. No nos hemos dirigido la palabra.

Ezra, sentado entre nosotros, intenta relajar el ambiente con una lista de reproducción bastante animada. ABBA debe de ser su placer oculto, a juzgar por las diez canciones que se sabe de memoria, palabra por palabra.

—Si el juego va de ver quién aguanta más tiempo callado, Jasmine y Andréa ya han ganado —murmura, con la esperanza de provocarnos un poco.

No tengo ninguna intención de enturbiar el ambiente, y mucho menos de estropearles la luna de miel a mis amigos. Pero, por muchas vueltas que le dé, no entiendo cómo es posible.

Lo dejé todo por Jasmine, aunque ella nunca me lo pidiera. Me maté a estudiar para aprobar bachillerato y entrar en la universidad. Aguanté varios años de mierda porque en realidad lo odiaba. Me alejé de mi familia, dejé mi vida en el sur…

Porque pensaba que queríamos lo mismo. Estaba convencido de que remábamos en la misma dirección.

~~¿He perdido siete años de mi vida por una mentira?~~

—Es tan distinto de lo que hemos visto hasta ahora —se maravilla Clémence al contemplar el paisaje que se abre ante nosotros.

A medida que nos acercamos a Gaiole in Chianti, el entorno se transforma, y pasamos de las suaves llanuras a las colinas verdes cubiertas de exuberantes viñedos y olivares.

—Me recuerda a mi tierra —suspira Ezra a mi derecha—. Tengo ganas de volver.

Las hileras de viñas perfectamente ordenadas se extienden hasta el horizonte, y las hojas brillantes capturan los rayos del sol y forman un mosaico de tonos verdes y dorados.

A lo lejos, los majestuosos cipreses se yerguen como centinelas solitarios y salpican el paisaje con sus siluetas esbeltas. Se mecen con gracia en la brisa ligera y le añaden un aspecto misterioso y romántico a la serenidad que domina los alrededores.

—Debe de ser aquí —nos avisa Kai cuando el viaje llega a su fin.

El cielo anaranjado del atardecer se cubre de algunas nubes blancas como copos de algodón. El sol se pone y hace brillar con una luz dorada las hojas de las viñas, a la vez que ilumina las

fachadas de piedra de las granjas y las casas de campo dispersas por la región.

El alojamiento que hemos alquilado para pasar la próxima semana surge ante nosotros, y lo primero que capta mi atención es la piscina.

—¡Cuidado! —grita Clémence sin previo aviso.

Kai frena en seco, lo que nos provoca un violento vaivén. Entiendo lo que acaba de ocurrir al ver la pequeña cabeza regordeta de un niño asomar sobre el capó.

El crío se agacha para recoger un balón, y sale corriendo.

—Kai, casi lo atropellas —lo reprende Clémence—. El pobre habrá pasado un miedo horrible.

—¡No ha sido culpa mía! ¿Has visto lo diminuto que era?

—Esto promete… —murmura Clémence.

—Vigilarlo es responsabilidad de sus padres —corta Ezra mientras aparcamos frente a la casa—. Un crío de esa edad no debería andar solo por ahí.

Ni Jasmine ni yo abrimos la boca. No quiero hablar de niños. Tengo la herida demasiado reciente y temo soltar una burrada.

Al bajar del coche, me noto las piernas entumecidas por haberlas tenido tantas horas en la misma postura. El suave aroma de la campiña toscana flota en el aire: una mezcla embriagadora de tierra húmeda, flores silvestres y fruta madura. Respiro hondo, con nostalgia.

Echo de menos mi vida en el sur de Francia.

No estoy acostumbrado a viajar, y menos durante tanto tiempo. Me gusta mi insignificante rutina.

—Yo me quedo con la habitación más grande —anuncia Ezra al sacar la mochila del maletero.

—Ni lo sueñes —responde Clémence, que lo fulmina con la mirada —. Es nuestra luna de miel, y somos dos.

Abre mucho los ojos antes de resignarse a coger la segunda habitación más grande.

—A menos que la quieras tú —le propone a Jasmine, que arrastra la maleta hasta la entrada.

—No, gracias. Seguro que tú le sacarás mejor partido.

Ezra me interroga con la mirada, pero niego en silencio con la cabeza. Jasmine elige una habitación pequeña al final del pasillo, así que yo opto por quedarme con la que está más lejos de la suya.

Por primera vez desde que llegamos a Italia, me apetece estar solo.

Me encanta el verano. Por muchas razones distintas: el sol, el mar, los partidos de vóley en la playa y, por supuesto…

Las barbacoas.

—Estaba dando un paseo por la calle, tan tranquilo, cuando de repente giro la cabeza… y ahí, delante de mí, veo una tela inmensa, extendida entre varios árboles, llena de arañas que parecían flotar en el aire como por arte de magia.

Jasmine se estremece de asco al escuchar la historia de Ezra; le dan escalofríos solo de pensarlo. Está sentada en la silla como una niña, con una pierna colgada por encima del reposabrazos y la otra doblada bajo la barbilla. Clémence está demasiado ocupada cortando los tomates para la ensalada de pasta como para interesarse por las anécdotas del primo de su marido. Yo, por mi parte, escucho a medias mientras aso las costillas de cerdo junto a Kai.

Cocinar se supone que debería relajarme un poco. Todavía me cuesta dejarme llevar, pero admito que el olor de las bruschettas y del tomino* que preparo a la parrilla me reconforta.

—Qué horror… Creo que Australia es uno de esos lugares que más me gustaría visitar, pero me dan demasiado miedo las arañas —admite Jasmine.

—Lo entiendo. Yo solo estuve una semanita.

Ella le pregunta a qué países ha viajado y tengo la desgracia de contarlos: veinticinco. Este tío es un verdadero nómada, aunque diga que le encanta su casa en la Toscana.

—Me encanta viajar, pero mi corazón está aquí. Aunque a veces me vaya durante meses, me gusta tener un lugar al que volver cuando lo necesito… Un refugio solo para mí.

Le doy la vuelta a la carne, con una mano en el bolsillo. La noche ya ha caído sobre la ciudad, y la terraza en la que cenamos esta noche está iluminada por tan solo unos farolillos. Kai ha puesto un altavoz que reproduce una melodía suave de fondo. Apenas la oigo mientras Ezra le pregunta a Jasmine cuál será su próximo viaje.

—Probablemente Asia —responde tras pensárselo—. Empezaré por Vietnam. Hace mucho que no voy y… me gustaría seguir los pasos de mi padre cuando era joven.

—Yo hice lo mismo a los dieciocho —explica Ezra con una sonrisa cómplice—. Mis abuelos vivían en Kioto, en Japón, antes de tener a mi madre. Siempre hablaban de ello con tanta dulzura y nostalgia que tuve que ir y verlo con mis propios ojos.

—¿Y bien? ¿No te decepcionó?

Sonríe y sacude la cabeza.

—Te encantaría.

Puedo ver cómo Jasmine se guarda la nota mental de ir a Japón en cuanto pueda. Desgraciadamente, contemplarla me da mucha ternura. Las personas siempre parecen más bellas cuando hablan de lo que les apasiona.

Cuando Jasmine habla de viajar, todo el rostro se le ilumina. No estoy seguro de que se dé cuenta de la sonrisa que le flota en los labios, ni de cómo le brillan los ojos.

«Es preciosa».

No es la primera vez que lo noto, claro. Ya era así de adolescente. Un día me propuso recorrer Europa en tren, con una mochila. Y, por querer hacerla feliz, me convencí de que sería capaz. Más aún: de que me gustaría.

«Me engañé a mí mismo».

—¡Venga, a cenar!

Kai y yo llevamos las brochetas y los scampi† al ajillo. Clémence y Jasmine colocan la ensalada y las rodajas de melón fresco. Todos nos sentamos, hambrientos, y el ambiente se aligera a medida que vamos comiendo.

Jasmine se sienta justo enfrente de mí. No puedo evitar mirarla mientras come, aunque me ignore. Asumo que mi reacción la ha herido.

—¿Jugamos a verdad o reto?

Kai y yo gruñimos de aburrimiento al oír la propuesta de Ezra.

—Ya no tenemos doce años, y esto no es la fiesta de fin de curso… —se burla el recién casado.

—¿Tenéis alguna propuesta mejor? —pregunta su primo, y solo obtiene un silencio monumental por respuesta—. Vale, Clem, empiezas tú. Pero cuenta algo picante, claro, que si no, no tiene gracia. Quiero un secreto, un drama, algo vergonzoso.

No es buena idea. Lo noto enseguida, simplemente porque no estamos de humor. Hay demasiada tensión, demasiado rencor, demasiadas medias verdades entre nosotros esta noche.

~~Esto va a estallar.~~

—Kai —elige Clémence con una ceja arqueada que no augura nada bueno—. ¿Has soñado alguna vez con hacer el amor con una estrella? Si es así, ¿con quién?

Todas las miradas se giran hacia él, a la espera de su confesión. Todos sabemos la respuesta. La verdadera pregunta es: ¿se atreverá a decir la verdad delante de su mujer, que no es precisamente famosa por ser muy amplia de miras?

—Tú eres mi estrella —declara al besarla en la boca—. Y lo hemos hecho hace apenas diez minutos, en los baños…

Ezra, Jasmine y yo soltamos un «Ugh» de asco colectivo. Al principio pienso que Clémence se quedará impasible ante este intento de adulación, pero sonríe al aceptar la respuesta.

—Andréa. Cuéntanos algo que nadie sepa.

Es una pregunta difícil. Hay muchas cosas que oculto a los demás; considero que soy bastante reservado. Pero Jasmine lo sabe todo. Todas las anécdotas que me pasan por la cabeza, ella ya las conoce.

«Todas, salvo una».

—El día después de mi ruptura con Jazz volví al piso para disculparme y suplicarle que me perdonara. Ella no lo sabe porque

no llegué a llamar a la puerta. Me quedé delante durante dos horas, y luego me fui.

Todos se giran con brusquedad hacia mí, pero yo solo me fijo en ella. Cruzo la mirada con Jasmine por primera vez desde nuestra pelea de ayer.

Nadie se atreve a hablar, pero sé que todos se preguntan por qué me di media vuelta.

—Me dio miedo y regresé a Gordes —termino, mientras me encojo de hombros—. Fin de la historia.

El impacto en su rostro me retuerce el estómago. Me avergüenza, porque ahora entiendo que nuestra relación habría tomado un rumbo muy distinto si hubiera tenido el valor de llamar al timbre.

O quizá hubiéramos perdido aún más años hasta llegar a darnos cuenta de que yo quiero hijos y ella no.

—Ezra, te toca. ¿Cuál es el mayor error que has cometido?

Ezra suspira con aire pensativo, y mastica la pasta fría con lentitud. Algo me arde por dentro y no consigo identificar qué es. ¿Frustración… o ira?

Ya no tengo ganas de jugar a este juego estúpido. Quiero enfrentarme a Jasmine y sonsacarle la verdad, saber por qué no me lo contó antes.

«No tiene derecho a hacerme esto, joder, no después de que yo planificara toda mi vida en torno a ella».

—Intentar meterme en una caja que mi familia y la sociedad habían predeterminado para mí.

Frunzo el ceño. Quiero pedirle detalles, porque no entiendo a qué se refiere, pero la reacción de Jasmine reclama mi atención. Asiente en silencio, y eso basta para avivar mi irritación.

—A Jazz —exclamo con frialdad—. Hazle una pregunta, aunque no estoy seguro de que diga lo que piensa de verdad… Es lo que suele hacer, por lo visto.

Mi ex deja caer el tenedor sobre la mesa, con los labios apretados. He sido ruin, lo sé.

—Vaya. ¿En serio, Andréa? —replica—. ¿Quieres tener esta conversación ahora, delante de todos?

—Se me han acabado las ideas, Jazz. Te niegas a hablar conmigo; me obligas a ponerte contra las cuerdas.

Nuestros amigos se encogen en las sillas, y no levantan la mirada del plato. Ezra suspira, y deja los cubiertos con fastidio. Clémence, por su parte, arde en silencio ante nuestra actitud infantil.

—Necesito saberlo —añado, pese a sus miradas fulminantes—. ¿Por qué no quieres tener hijos?

Supongo que no pensaba que fuera capaz de ser tan directo, porque el asombro se le refleja en los rasgos. De pronto se ruboriza, lo cual me hace lamentar haber sido tan brusco.

—Eso es privado —me corta Ezra con voz seca—. Deberíais hablarlo a solas, cara a cara…

No le escucho. Desafío a Jasmine con la mirada, y ella traga saliva en silencio. Considero que tengo derecho a una explicación, ¿no?

«Joder, ¡ayer mismo admitió que todavía me quiere!». Y en la misma frase dijo que nuestro amor era imposible. Necesito saber por qué.

—Porque no, no hay más.

—Pero ¿quién en su sano juicio podría detestar a los niños? Son sinónimo de felicidad, de risas, de esperanza. Ayúdame a entenderlo, por favor, porque me estoy volviendo loco…

—¡Yo no he dicho que deteste a los niños! —exclama, frustrada—. Algunas mujeres se sienten realizadas al dar vida, otras no. Punto. Eso no significa que sea una bruja malvada que desayuna bebés.

No estoy insinuando eso. Solo intento comprender qué les reprocha. Quiero saber si son mis hijos en particular los que no quiere.

~~¿Qué he hecho mal, exactamente?~~

—¿Y por eso la dejaste? —se indigna de repente Clémence—. Tenemos veinticinco años, ¿no podías darle tiempo para cambiar de opinión?

—No es una cuestión de edad, Clem —suspira Jasmine—. De todas formas, no puedo tenerlos, aunque quisiera. Tema zanjado.

Su amiga deja escapar un resoplido de incredulidad, como si acabara de anunciarle una sentencia de muerte.

Mi madre reaccionó igual cuando le hablé de la endometriosis de Jasmine, hace tres años.

—Joder, Jasmine, ¡lo siento muchísimo! ¿Qué vas a hacer? ¿Por qué no me lo contaste? No puedo ni imaginar por lo que has pasado… Que te arrebaten eso que nos hace mujeres es terrible.

Ezra le lanza una mirada asesina a Clémence, pero ella no se da cuenta. Jasmine se muerde el labio, incómoda. Creo ver una lágrima que amenaza con caerle por el rostro, pero parpadea y desaparece.

«Mierda». Ya está, me siento culpable.

—No estoy triste, Clem. Y mi capacidad para procrear no es lo que me convierte en mujer.

—Claro, claro. Además, se ha avanzado mucho en ese tema, podrás…

—Por enésima vez, no quiero tener hijos. ¿Vale? ¿Todo el mundo lo ha entendido o hace falta que me lo tatúe en la frente?

Clémence parece a punto de replicar, pero Kai le agarra la mano para impedírselo. Aun así, ella murmura con tristeza:

—Pero… te vas a sentir muy sola. No vas a tener familia cuando envejezcas. ¿Quién cuidará de ti cuando no te puedas valer por ti misma?

Esta vez, es Ezra quien responde:

—Los hijos no se tienen para evitar la soledad, y mucho menos para que nos cuiden en el futuro. No se trae al mundo a seres humanos para que tengan una deuda eterna con nosotros; es muy cruel.

—Y yo no estaré sola —añade Jasmine—. Tengo amigos. Mi familia sois vosotros. Querré y mimaré a vuestros hijos.

Comprendo las palabras que pronuncia y, sin embargo, no consigo entender el sentido. Tengo un cacao mental.

Evidentemente, vivir solo los dos sería un sueño al que apenas me atrevo a aspirar. Es lo que siempre he querido: tenerla solo para mí. Pero ¿sería suficiente? He crecido en una familia numerosa. Sé lo importante que es tener hermanos, y la felicidad que supuso para mis padres tenernos.

«Yo quiero eso también».

~~¿O solo me he forzado a creerlo por la presión social?~~

—Me parece egoísta —rezonga Clémence—. Si todo el mundo hiciera como tú, nos extinguiríamos.

—Si todo el mundo hiciera como yo, también habría menos idiotas —contraataca Jasmine, claramente dolida—. ¿Sabes qué es realmente egoísta, Clem? Tener hijos y luego no ocuparse de ellos. Traer bebés al mundo cuando no lo han pedido. Obligarlos a vivir en un planeta que hemos destrozado y que está condenado a morir en un futuro cercano.

Jasmine se levanta de la mesa y lanza la servilleta de papel sobre el plato medio vacío. Quiero disculparme por haber sacado el tema delante de todos, pero ella ni siquiera me presta atención.

—Estoy harta de que se me señale con el dedo porque no hago lo mismo que vosotros. Cuando un hombre dice que no quiere tener hijos, todo el mundo lo ve normal, pero cuando lo dice una mujer, es una abominación para su sexo.

Se dirige una última vez a su amiga de la infancia antes de encerrarse en su habitación el resto de la noche:

—No entiendo por qué debería obligarme a encajar en un molde y joderme la vida solo para complacer a gente como tú.

* Queso típico italiano.
† Gambas grandes o langostinos fritos.

Capítulo 13

Jasmine

Gaiole in Chianti, Italia

Ya llevamos tres días en Gaiole in Chianti. Tres días de tensión, de silencios y de sonrisas hipócritas. Los primos, Kai y Ezra, intentan aligerar el ambiente, pero es inútil.

Clémence sigue enfadada porque perdí los papeles. Andréa me ignora porque está dolido.

Y yo… intento entender cómo he acabado por convertirme en la mala de la historia.

Paso los días junto a la piscina, leyendo o tomando el sol. A veces cojo una bici para dar una vuelta por los pueblos cercanos.

Por la noche, me quedo dormida poco antes de que empiece a amanecer. Me cuesta conciliar el sueño por culpa del calor, que deja las sábanas húmedas y pegajosas.

Cuando bajo al salón a primera hora de la tarde, me sorprende el silencio. Voy hasta la terraza, descalza. Solo está allí Ezra, nadando con una técnica perfecta en la piscina. Sus movimientos elegantes agitan el agua, y ese sonido se mezcla con el canto de los pájaros.

—¿Dónde están los demás?

Me acerco lo suficiente como para agacharme sobre el borde y rodearme las piernas con los brazos.

Desde aquella noche de la barbacoa, Ezra ha sido el único que me ha apoyado. Sé que no nos conocemos desde hace mucho, pero tengo la clara impresión de que poco a poco nos estamos haciendo muy buenos amigos.

—Han ido a hacer la compra —me explica cuando saca la cabeza a la superficie—. Andréa quería proponerte ir, pero estabas durmiendo la siesta. Ha preferido no despertarte.

Eso sí que es propio de él. Dejo escapar un pequeño suspiro, que no pasa desapercibido, porque Ezra se apoya de repente en el borde, a mi lado, y me salpica.

—La guerra fría ya ha durado suficiente, ¿no crees?

—Díselo a ellos…

Él asiente con gesto triste y luego se sienta a mi izquierda. Me empapa el vestido blanco, pero no me aparto. Ni siquiera cuando se pasa la mano por el pelo negro para secárselo un poco.

—Clémence fue injusta y estuvo fuera de lugar, te lo concedo. Kai no deja de decirle que venga a disculparse.

Me alivia escuchar que alguien está de mi lado en este asunto. Ahora todo el mundo sabe por qué Andréa me dejó, aunque la realidad es aún más compleja. Clémence reaccionó justo como temía que lo hiciera… igual que mi madre y la madre de Andréa hace tres años: con lástima. Como si mi vida hubiese terminado, como si… de repente no fuera una mujer completa.

«Parece que nuestra capacidad —y nuestro deseo— de procrear es lo que nos define».

Andréa tiene derecho a sentirse traicionado por mi confesión, pero es injusto que me haga cargar con esta culpa por una simple elección de vida distinta de la suya.

—Podría proponerte que nades conmigo, pero ya estuve a punto de ahogarte una vez —bromea Ezra—. ¿Y si nos largamos de aquí?

Lo miro, intrigada. No quiero seguir dándole vueltas a todo. Salir es una buena idea.

—¿Qué tienes en mente?

—¿Te gustan los caballos?

Debe de ver cómo se me ilumina la mirada, porque sonríe y me dice que vaya a prepararme.

Caminamos por los olivares, uno al lado del otro, bajo un sol imponente. Solo llevo un vestido blanco sencillo y unas sandalias, además de un sombrero de paja con lazo.

El lugar es tan hermoso que parece sacado de Call Me By Your Name. La brisa estival me acaricia los brazos desnudos y las flores de tallo largo me rozan las pantorrillas a medida que avanzamos.

—¿Puedo hacerte una pregunta? —Le miro con desconfianza, lo que le arranca una risa—. Puedes decidir no contestar, claro. Solo quería saber: ¿por qué decidiste ser wedding planner?

No me lo esperaba. Me tomo un tiempo para pensarlo, e intento ser lo más sincera posible.

—Me gusta el amor —digo al fin—. Y me gusta ver a la gente quererse. Cuando vienen a hacerme un encargo, siempre los veo felices. Y mi papel consiste en hacerlos aún más felices. Les regalo un día mágico que recordarán toda la vida. Eso me encanta.

—Ahora lo entiendo mejor. ¿Y tú, querrías casarte?

Me encojo de hombros, porque en realidad no lo sé. De niña, para mí era un sueño. Quería un vestido blanco, un arco de flores radiantes, un marido cariñoso…

Un poco como lo que tienen Nolia y Camille.

Hoy ya no estoy tan segura. Tal vez me esté volviendo cada vez más cínica, pero empiezo a preguntarme qué aporta en realidad el matrimonio a una relación. No quiero que me encadene, ni que me limite.

—Supongo que para ti debe de ser tu peor pesadilla —bromeo, y le doy un codazo en señal de camaradería.

—¿Qué te hace pensar eso?

Ezra entrecierra los ojos, y se lleva una mano a la frente para protegerse del sol. Tropiezo con una rama y él me sujeta del brazo en un acto reflejo.

—¡Oh, vamos! Estoy segura de que nunca te has enamorado. Estás demasiado ocupado ligando con todo lo que se mueve. ¿Y sabes qué? No te juzgo. Tienes todo el derecho del mundo a hacer eso.

Sigue un breve silencio antes de que responda:

—Al contrario de lo que te imaginas, no soy un playboy. Ligo, sí. Mucho. Simplemente porque quiero tener todas las cartas a mi favor.

—¿Cómo?

Llegamos por fin al pueblo cuando sus ojos negros, muy serios, se cruzan con los míos. Estoy tan sorprendida que retrocedo un paso sin querer.

—Busco a la indicada. Quizá no exista, quizá estemos destinados a enamorarnos varias veces en la vida porque el ser humano nunca está satisfecho… pero yo lo intento de todos modos.

—O quizá tienes demasiadas expectativas. Algún día deberías darle una oportunidad a alguna de tus conquistas. Para ver lo que te pierdes.

No responde, pero noto que medita seriamente mi consejo. Me sorprende escucharlo decir algo así.

«Busco a la indicada».

Me gustaría advertirle de que tenga cuidado, que a veces la encuentras y ni siquiera eso basta… Yo creía que Andréa y yo íbamos a durar toda la vida.

Incluso hoy sigo pensando que un día, cuando seamos viejos y nuestra vida haya pasado, nos volveremos a encontrar.

—Ahora que lo pienso, ni siquiera sé a qué te dedicas.

Pone una media sonrisa, y se le marca un hoyuelo que no había notado hasta ahora.

—Soy arquitecto paisajista. Diseño jardines y zonas verdes para hoteles y villas de lujo.

Curiosamente, me parece que le pega mucho. Le pregunto si siempre había querido dedicarse a eso, y me explica que empezó con el diseño de interiores. Con los años, y sobre todo gracias a viajar, descubrió que le encantaba la naturaleza.

—Viajar me ha ayudado mucho —me cuenta cuando llegamos frente a las caballerizas—. Procuro inspirarme todo lo que puedo en los lugares que visito.

—Al final, nuestro trabajo no es tan distinto. Creamos pequeños paraísos, una especie de burbujas de felicidad para la gente. Los hacemos soñar.

—Tienes razón. ¡Bravo por nosotros!

Chocamos la mano, y me animo bastante.

Ezra abre la puerta del lugar y un olor a heno invade el ambiente. Explica en italiano que queremos salir a dar un paseo con dos caballos, mientras yo me mantengo un poco apartada.

Tras veinte minutos de preparativos, ya estoy lista para montar a una yegua con el pelaje color caramelo. Llevo puesto el pantalón que muy amablemente me han prestado para evitar que se me quemen los muslos por el roce con el cuero de la silla.

—Se llama Valencia —me informa Ezra mientras me ayuda a subir —. La señora me ha dicho que es la yegua más dulce y amable que tienen.

—Mmh. Tampoco es que pueda saber si me mientes, de todas formas.

—Exacto —sonríe, y me da una palmadita en el muslo—. Limítate a no hacer movimientos bruscos y háblale si lo crees necesario. Ella lo entenderá.

No me dan miedo los caballos. Adoro a los animales, a todos por igual. De niña lloraba cada vez que me encontraba un caracol muerto en la acera. Siempre suplicaba a mi madre que me dejara coleccionar los insectos que me encontraba en el bosque, aunque nunca me lo permitió.

Aun así, me alegra tener a Ezra a mi lado para que se asegure de que no me mate. El muy cabrón se sube al caballo con la gracia de un príncipe y la soltura de un jinete entrenado. Su animal tiene un pelaje tan negro como el cabello de mi amigo. Dios los cría y ellos se juntan.

—Te presento a Caspian —dice mientras nuestros caballos se frotan la cabeza en un extraño saludo—. Odio los cotilleos, pero me da la impresión de que estos dos no se aburren en las cuadras…

—¿Hasta ellos follan más que yo? —me quejo en voz alta.

Ezra estalla en carcajadas, y me dice que soy un caso perdido.

Partimos despacio, y seguimos el camino marcado. Mi amigo cabalga a mi lado, pero es él quien guía.

Los cascos golpean suavemente el suelo mientras nos internamos en el campo italiano. Me aferro con fuerza a las riendas, y siento

debajo de mí el ritmo constante de la yegua con una mezcla de miedo y emoción que aumenta a cada paso.

A nuestro alrededor, las suaves colinas se extienden hasta donde alcanza la vista, cubiertas de viñedos dorados y de campos de trigo que se mecen con la suave brisa estival. Los cipreses se alzan orgullosos hacia el cielo azul, y dan un toque de verticalidad al horizonte infinito.

—Lo siento, por lo de la otra noche.

Me giro hacia Ezra sin comprender. Tras diez minutos de silencio en los que disfruto del paisaje, ha sido él quien ha roto el hielo.

—No has hecho nada. ¿Por qué te disculpas?

—Si puede ayudarte a sentirte mejor… pienso como tú. Respecto a lo de los hijos.

Oh. No logro esconder la sorpresa, ni el alivio. Claro, no tiene nada de raro. Muchos jóvenes de nuestra generación llegan a la misma conclusión, y por fin se atreven a asumirlo. Pero en mi entorno cercano, tengo la impresión de ser la única. Para ser del todo sincera, ni siquiera lo sé, simplemente porque nunca se habla de ello.

—¿Por qué? —pregunto.

—Tengo cinco hermanos, uno de ellos discapacitado. Mis padres tuvieron que dedicarle todos sus esfuerzos, y me dejaron a mí la carga de los otros cuatro.

«¿Y quién se ocupaba de ti?», me entran ganas de soltar.

Es curioso, porque Andréa también viene de una familia numerosa. Y, sin embargo, piensa todo lo contrario… quizá porque es el pequeño. Sus padres le dieron un modelo a seguir, un ejemplo de matrimonio feliz que él quiere imitar a toda costa.

—Ya he tenido hijos —continúa Ezra—. Cuatro. Ahora que soy adulto, no querría repetirlo. Quiero vivir por mí. Viajar, conocer mundo, probarlo todo sin tener que limitarme.

Yo soy hija única, pero entiendo lo que siente. Supongo que Clémence tiene razón: soy una egoísta. Demasiado como para querer poner mi vida en pausa.

Aunque una vocecita me dice que no es egoísta escogerse a una misma de vez en cuando.

«Vivimos para nosotros, no para los demás».

—Me encantan los bebés —le explico mientras miro al frente—. Muchísimo, de hecho. Pero… tengo la impresión de que la gente confunde «tener un bebé» con «tener un hijo». Un bebé solo dura unos tres años. Un hijo, toda la vida. Y no quiero ser responsable de alguien hasta que me muera.

Ser madre es demasiado duro. Porque seamos honestos: no es lo mismo que para los hombres. Siempre es más difícil. Son ellas quienes dan a luz. Ellas las que amamantan. Ellas las que dejan a un lado su carrera. Escuchan la palabra «mamá» a todas horas.

Cuando ya tienes cierta edad y dices que no tienes hijos, la gente te mira con lástima. Dan por hecho que tienes un problema, porque ni se les pasa por la cabeza que sea una elección.

Un hombre sigue siendo un hombre, haga lo que haga. Una mujer que ha parido, en cambio, se convierte de pronto en «mamá» para siempre.

«Yo no quiero eso».

~~Me da miedo perderme.~~

—Simplemente, es demasiado duro —suspiro para terminar—. Te preocupas por el bebé durante los primeros años de vida. Luego tienes que ocuparte de la escuela, asegurarte de que tenga amigos, vigilar que no sufra acoso, ayudarle con los deberes, inculcarle el feminismo, evitar que sea racista y homófobo…

Sé que no tengo tanta empatía. Me angustiaría demasiado. Tendría la sensación constante de hacerlo mal.

—Y después, de pronto tienes un adolescente, y te odia. Y tú tienes que garantizarle un futuro. ¡Eso no se acaba nunca! Tengo la sensación de que en cuanto seas madre, cada decisión que tomes, incluso como mujer, estará calculada en función de tus hijos. Yo no quiero eso. Quiero seguir perteneciéndome. ¿De verdad es tan egoísta como dice Clémence?

Ezra asiente durante todo el monólogo; me reconforta darme cuenta de que lo entiende. No me juzga, al contrario.

—No. Por desgracia, mucha gente no lo entiende —responde con decepción—. Porque la mayoría sigue convencida de que vivimos para los demás y no para nosotros mismos.

Supongo que tiene razón, aunque admito que, al oírme hablar, se pueda dar la razón a Clémence. Da la impresión de que solo pienso en mí.

No es cierto. También pienso en lo que puedo dar a un hijo, y la verdad es que para él tampoco sería justo. No quiero traer al mundo a un ser humano para que no sea feliz.

—¿Por qué se considera menos egoísta tener hijos para satisfacer tus propias ganas, sin pensar nunca en lo que vivirán después? —me pregunto, ya más calmada—. En lo difícil que será para ellos…

—Sobre todo cuando luego nos echan en cara ser desagradecidos, porque ellos nos hicieron el favor de concebirnos sin que se lo tuviéramos que pedir. —Ezra sonríe con tristeza, y adivino que alude a su propia situación. ¿Les guarda rencor a sus padres por haberlo traído al mundo?—. Pero tienes derecho a ser feliz a tu manera, Jasmine. Encontrarás a alguien que piense como tú, te lo prometo.

Me doy cuenta de que me he puesto a llorar al ver la mirada compasiva que me lanza. Me disculpo mientras me seco las lágrimas, y me río de mi propia estupidez.

—Has sido sincera con Andréa. Ahora le toca a él tomar una decisión. Dale tiempo.

Ni él ni yo decimos una palabra más después de eso. Nos limitamos a trotar a caballo, mientras disfrutamos del silencio y del viento en el pelo.

El perfume embriagador de las flores silvestres y de la hierba recién cortada flota en el aire; me inunda los sentidos y me despierta una profunda gratitud por la belleza natural que nos rodea.

A medida que avanzamos, voy perdiendo el miedo y me dejo llevar por la magia de este paseo por la Toscana.

«Espero que Ezra tenga razón».

Capítulo 14

Andréa

Gaiole in Chianti, Italia

—Me voy a cagar encima —suelta Kai, doblado por la angustia.

—Encantador —comenta su mujer, con la nariz arrugada—. Si pudieras esperar hasta el viaje en avión, me harías un favor.

Es nuestro último día en Chianti. Para la ocasión, Clémence ha decidido darle a su marido su regalo de boda: un salto en paracaídas. Según ella, lleva años suplicándole hacerlo.

Pero ahora que ha llegado el momento, ahí está, presa del pánico. Ezra se burla de su primo, y yo habría hecho lo mismo si no estuviera tan preocupado por Jasmine.

El cielo incendia el horizonte con una paleta de colores incandescentes mientras seguimos en la pista. Aprovecho para sacarme un selfi, señalando con timidez el mono que llevo puesto. Se lo mando a Zélie, que responde con una sucesión de mayúsculas sin sentido: «AZEROIGUHJFDKLMZOEFIJGRFH», y luego: «¡Te deseo una feliz muerte! ¿Me puedo quedar con tu puesto?».

Contesto: «Jamás, Judas», antes de guardar el móvil.

Jasmine, a mi lado, también lleva puesto el equipo de paracaidismo: un mono ajustado que resalta con elegancia y gracia

sus curvas. Su rostro, a pesar de estar teñido de una mezcla de nerviosismo y excitación, ilumina el crepúsculo con su belleza.

—¿Estás segura de que quieres hacerlo?

Mi ex me lanza una mirada sorprendida, seguramente porque no hemos hablado desde nuestra disputa en la mesa. Hace ya varios días que me evita, y lo entiendo.

Cuando Kai preguntó quién quería acompañarlo a hacer esa locura, no me sorprendió ver que Ezra levantaba la mano. Lo que no esperaba era que Jasmine también quisiera.

—Sí, ¿por qué?

—Es peligroso, Jazz… ¿Y si sale mal?

—Si tanto te asusta, quizá deberías abstenerte —propone con una sonrisa gélida.

Con esas palabras, se marcha con Clémence para dejarle el bolso. Las oigo hablar en voz baja y luego disculparse mutuamente por la discusión. La conversación termina con un abrazo que me provoca celos.

«Todavía no ha acabado la guerra fría, entonces. ¡Recibido!».

Estos últimos días le he dado vueltas a nuestra discrepancia.

Cuanto más pasa el tiempo, más culpable me siento.

He sido un imbécil. No tengo derecho a juzgarla por sus elecciones vitales. No son peores que las mías, solo diferentes. Sus palabras me persiguen día y noche.

«No entiendo por qué debería obligarme a encajar en un molde y joderme la vida solo para complacer a gente como tú».

Estoy completamente desubicado, y me duele. Tengo la sensación de que la he perdido, porque me aterra huir otra vez y arrepentirme el resto de mi vida.

«¿Cómo podría elegir un futuro que ni siquiera existe por encima de algo que tengo justo delante?».

Podría sobrevivir sin hijos, mientras tuviera a Jasmine. Pero tenerlos con otra mujer que no fuera ella…

—¡Hasta luego! —nos despide Clémence cuando llega el momento de montar—. ¡Kai, intenta no cagarte cuando estés en el aire!

Él fulmina a su mujer con la mirada, mientras ella se aleja con una sonrisa orgullosa.

Pasamos por todas las fases de la preparación, con las instrucciones que nos repiten los instructores experimentados que velan por nuestra seguridad. El arnés está bien ajustado, y el paracaídas, minuciosamente revisado.

Todo está listo. Me tiemblan ligeramente las manos por la ansiedad mientras subimos al avión.

Jasmine entra la primera. Cuando le rozo el dorso de la mano, no se aparta, como habría pensado. Dejo que ese contacto me electrice, con el corazón oprimido.

—Jazz.

No dice nada, pero se sienta a mi lado. Uno de los monitores nos asegura, con Kai y Ezra en frente. No tengo tiempo de ponerme nervioso, porque lo único en lo que pienso es en hacer las paces con Jasmine.

—Por si me muero ahora mismo, quiero que sepas que lo siento… por lo del otro día. No debería haber sacado la conversación.

Soy consciente de que los demás nos oyen. A decir verdad, no me importa. No tengo nada que ocultar.

Kai asegura que no me voy a morir, pero Ezra le tapa la boca con la mano.

—¿Entonces por qué lo hiciste? —responde Jasmine.

—Porque no sabía cómo contener la rabia, ni cómo sacarla… Supongo que hay cosas que nunca cambian, ¿eh? —bromeo con una leve risa.

La tensión se palpa en el aire. El ruido ensordecedor de los motores llena la cabina, y pronto el avión despega. Nuestra mirada se pierde en el horizonte que se extiende sin fin.

—Al contrario —me corrige ella, con los ojos cerrados—. Diría que has madurado mucho. Tu reacción del otro día… no me gusta, pero es humana.

«Oh. No esperaba que me dijera eso».

Jasmine me aprieta los dedos con una fuerza inesperada; me clava la mirada con una intensidad perturbadora. Intuyo que empieza a asustarse.

Resisto la tentación de decirle: «¡Te lo dije!». En su lugar, le dedico una sonrisa tranquilizadora y trato de transmitirle todo mi

valor, aunque sé que las palabras no bastan para apaciguar sus temores.

—Entiendo por qué no quieres tener hijos.

Se pone rígida, igual que yo. La verdad es que he tenido mucho tiempo para pensarlo bien. Comprendo sus razones: las que me ha dado y las que se oculta a sí misma.

«No puedo culparla».

—¿De verdad? —susurra.

Asiento en silencio. Jasmine se relaja un poco, y siento tal alivio que también lo noto en el cuerpo. Se me relajan los hombros, y empiezo a respirar con calma.

Las vibraciones del aparato me recorren, y siento el corazón desbocado dentro del pecho.

—¿Sabes qué fue lo que más me dolió cuando me dejaste?

Niego con la cabeza, sin estar seguro de querer oírlo. Tres años después, Jasmine me mira con tristeza y confiesa:

—Perder tu amistad.

Es como un puñetazo directo al corazón. La herida late y sangra, una y otra vez, hasta dejarme completamente vacío.

—Antes de ser mi primer amor, eras mi mejor amigo. Y creo que, de haber podido elegir, es lo último que habría querido perder. Pero de un día para otro, lo perdí todo.

—Jazz…

—Ya no tenía a nadie a quien contarle mi día, a nadie que me consolara cuando estaba mal, a nadie con quien hacer maratones de The Walking Dead. Y sé que suena estúpido, pero eso fue lo que más me entristeció. Porque estaba dispuesta a aceptar que nuestro amor no era incondicional, pero pensaba que nuestra amistad sí duraría para siempre.

Tiene razón: la dejé tirada. Porque tuve miedo, porque estaba destrozado; la abandoné, junto con todo lo que habíamos construido juntos.

Ahora que lo dice, eso fue también lo que más eché de menos: nuestra amistad.

Quiera o no, Jasmine es mi mejor amiga. La única persona a la que puedo confiárselo todo. La que me entiende mejor que nadie y

con la que puedo reírme de cualquier cosa. Creo que eso es lo más difícil de encontrar, y lo más valioso del mundo: un alma gemela.

—Lo siento, Jazz. No sé qué más decir, porque no quiero que parezca que pongo excusas. No las hay. Pero quiero que sepas que todo este tiempo no he pensado en nadie más que en ti. Dejarte fue un error. El castigo ha consistido en que tu recuerdo me atormentara. Yo…

Nos interrumpe uno de los paracaidistas, que nos explica lo que viene a continuación. Todos lo escuchamos, en tensión.

Kai saltará primero. Nuestro amigo empieza a prepararse, así que me vuelvo hacia Jasmine.

—No había terminado de hablar. ¿Por dónde iba?

—Decías lo mucho que ocupo tus pensamientos, bla, bla, bla… —se burla.

Ni siquiera puedo negarlo, porque es la verdad. Puede reírse todo lo que quiera, no me avergüenza. No quiero fingir que he pasado página. Si quería que lo hiciera, tendría que haberla amado un poco menos.

—Lo que intento decirte es que yo también echo de menos a mi mejor amiga.

Por fin empieza a tomarme en serio. No sé lo que piensa ni si me cree al pie de la letra, pero al menos he conseguido captar su atención.

—Jamás creí que existiera algo capaz de separarnos —prosigo sin soltarle la mano—. Hace tres años… en vez de apoyarnos, nos enfrentamos. Cada uno gestionó la situación a su manera, pero por separado. Me arrepiento de eso.

—¿Y ahora? ¿Qué queda?

—Amor. Siempre.

Le veo en los ojos que siente lo mismo. Me sigue queriendo, lo confesó ella misma. Sin embargo, lo nuestro no puede funcionar, porque uno de los dos tendría que sacrificarse para que saliera bien.

—Todo sigue igual —murmura.

Quiero decirle que aún somos jóvenes, que no podemos tener claro lo que queremos para toda la vida. También quiero decirle que

no tenemos por qué tomar decisiones ahora, que deberíamos disfrutar de lo que tenemos.

«Quiero suplicarle que se quede, porque no deseo vivir sin ella».

—Quiero recuperar a mi mejor amiga. Es lo único que te pido por ahora. ¿Crees que sería posible?

Ella parece reflexionarlo seriamente, pero ya sé cuál será su respuesta. No puede negármelo; eso no.

—Nos lo habíamos prometido, ¿no? —añado con una débil sonrisa nostálgica.

De repente, volvemos a tener dieciocho años. Acabamos de mudarnos a París y quizá acabo de pedirle matrimonio. Estoy tocando mi sueño con la punta de los dedos, sin saber que voy a mandarlo todo a la mierda unos años después, al romper aquella promesa.

—Es cierto —asiente mientras levanta el meñique—. Esta vez, para siempre. Prométemelo, Andréa.

Me siento tan aliviado que me cuesta menos respirar. Es lo único que quería, desde el principio: recuperarla a toda costa. Unimos el dedo meñique, y después el pulgar por encima. Esta vez no pienso romper la promesa.

«Esta vez, lucharé hasta el final».

—Te lo prometo. Mejores amigos… para siempre.

«Y algo más».

No lo digo en voz alta para no asustarla, pero lo pienso con fuerza mientras apoya la cabeza en mi hombro. La puerta del avión se abre de golpe y una ráfaga de viento pone fin a nuestra conversación.

—Sin querer interrumpir vuestro momento hiperemocionante —grita Kai por encima del ruido, listo para saltar—, ¿alguien puede rezar por mí?

Ninguno tiene tiempo de contestar. De pronto, él y el instructor al que va sujeto se lanzan al vacío. Solo oímos su grito, engullido por la fuerza del viento, mientras caen en picado.

—¡Joder! —maldice Jasmine, temblando todavía más, justo cuando se acerca su turno—. ¿Por qué os habré dejado convencerme de hacer esto?

Ezra le dedica una sonrisa espléndida, sin el menor atisbo de miedo. Le pregunto si ya lo ha hecho antes, pero niega con la cabeza.

—Pero tengo ganas, nada más.

—Estás como una cabra —exclamo, mientras aparto la vista de la puerta abierta.

Jasmine inspira hondo, con los ojos cerrados. Intenta concentrarse, y lo entiendo: yo mismo siento unas ganas tremendas de dar marcha atrás.

—A mí esto me parece terapéutico, ¿no os pasa? —pregunta Ezra, que se coloca en posición—. En sentido metafórico, lanzarse al vacío significa enfrentarse a lo desconocido. Y lo desconocido da miedo.

Jasmine abre los ojos de nuevo. Lo observa con curiosidad. Comprendo demasiado tarde que esas palabras le llegan muy hondo, aunque no me sorprende.

—Saltar es arriesgarse a no saber qué pasará al llegar a tierra —continúa—. Pero confiar y dejarse caer es también soltar lastre. Es como librarse de toda la presión que cargamos sobre los hombros.

Jasmine asiente en silencio a mi lado. Yo me quedo dándole vueltas a lo que querría dejar atrás: los errores, el remordimiento, los traumas.

—No tienes por qué hacerlo, Jazz.

Ella me mira con el ceño fruncido. Puede intentar ocultármelo cuanto quiera, pero la conozco lo suficiente para saber que está asustada. Igual que con la moto acuática en Positano, me niego a que se obligue a hacer algo que no tiene ganas de hacer.

—Pero quiero —replica.

—¿De verdad? Porque hace tres años te habrías reído en mi cara si te hubiese propuesto algo así.

—Ya no soy la misma, Andréa.

No es la primera vez que me lo dice, y no dejo de odiar esa frase. Como si Jasmine intentara hacer de menos lo que fuimos, lo que sé de ella. Como si yo ya no tuviera lugar en la vida de la mujer en la que se ha convertido.

—¿Y si te desmayas? —insisto, con la voz elevada por encima del viento—. ¿Y si vomitas?

—No va a morirse —interviene Ezra, preparado para saltar.

—Jasmine es frágil. Podría sufrir un ataque de pánico y…

—Jasmine es valiente.

Ahora mira fijamente a mi ex, con más intensidad que nunca.

—Eres capaz de hacerlo. No dejes que el miedo te paralice: lánzate sin mirar atrás.

Estoy a punto de ponerlo en su sitio, pero en ese instante de duda veo una chispa de determinación encenderse en los ojos de Jasmine, como si el coraje le iluminara el rostro. Va a hacerlo, en ese momento me doy cuenta. Y me callo, porque temo que si digo algo sea para intentar disuadirla otra vez. Ezra tiene razón: debo dejar de sobreprotegerla.

Él se lanza por fin, y suelta un grito de emoción que se pierde entre las nubes. Ahora le toca a mi ex.

—¿Lista?

Jasmine asiente, rígida como un palo. Nos miramos un instante. Se hace un silencio cargado de emoción. El viento sigue rugiendo dentro de la cabina y el corazón me late a toda velocidad. La miro una última vez, le dedico una sonrisa llena de confianza y apoyo y la veo lanzarse al vacío sin la menor vacilación.

—¡Ahora nosotros! —grita el paracaidista que me acompaña—. ¿Estás bien? ¡Estás pálido!

Asiento frenéticamente, temeroso de echarme atrás. Nos colocamos en posición mientras pienso en todas las cosas que quiero dejar atrás con este salto.

Lo desconocido asusta, pero ya no tengo miedo porque tengo a Jasmine a mi lado.

—¡Vamos!

En cuanto me lanzo al vacío, una oleada de euforia me sacude, mezclada con un punto de aprensión que me oprime el pecho. El viento me ruge al oído y me azota la piel mientras caigo en picado por el aire.

«¡Joder, joder, joder!».

El paisaje pasa a una velocidad vertiginosa, en un mosaico de colores y formas que se funden en un torbellino de movimiento. Las

colinas del Chianti se extienden hasta el infinito, con el contorno difuminado a la luz del crepúsculo.

No siento la cara por el viento, pero la sensación de libertad absoluta al contemplar aquella vista hace que me estremezca. Me siento vivo; vibro al ritmo de los elementos, liberado de cualquier atadura terrenal.

Cada partícula de mi ser se enciende con la pura emoción de esta experiencia que me transporta más allá de los límites de la realidad. Y mientras me dejo llevar por la caída interminable, siento que algo profundo se desata dentro de mí. Todo lo que cargaba, los tormentos y los traumas… se disuelve en la nada, arrastrado por la fuerza del viento.

El tiempo parece suspenderse y, durante un breve instante, estoy en perfecta armonía con el universo. Es una sensación indescriptible, una mezcla embriagadora de alegría y gratitud que me invade de pies a cabeza.

Cuando empiezo a acercarme al suelo, con el paracaídas ya desplegado, sé que este día se me quedará grabado en la memoria para siempre.

«Ha llegado el momento de ser valiente».

Antes

Andréa

París, Francia

Si tuviera que decidir cuál es el infierno en la Tierra, diría que París. Los trabajadores con prisa que resoplan al adelantarte, los carteristas, los que te empujan porque se te ha olvidado mantenerte a la derecha en las escaleras mecánicas, la lluvia…

Por no hablar de los pisos minúsculos, insalubres y carísimos.

«Odio esta ciudad».

Nunca lo admitiría en voz alta porque Jasmine parece estar un poco más feliz aquí cada día, pero en realidad mi mayor deseo es marcharme.

Cuando acabé bachillerato, aprobado por los pelos, me aceptaron en una universidad a las afueras de París. Perfecto para mudarme con la mujer de mi vida y seguirla en sus proyectos más locos.

Vivimos juntos en un pequeño estudio del distrito xviii. El día a día con ella es un auténtico paraíso, aunque no pueda con su desorden.

Al convivir con Jasmine tengo la sensación de redescubrirla: es más sociable de lo que pensaba, así que siempre intenta arrastrarme para tomar algo con gente que me importa una mierda. También es

algo derrochadora. No tiene delirios de grandeza, pero le gusta salir, hacer cosas, ir a conciertos.

Aun así, nuestra casa es un pequeño paraíso.

Cocinar con ella, ducharme con ella, dormir con ella, despertarme con ella… me da la felicidad absoluta. Nunca discutimos. Le encanta la carrera que ha elegido, e incluso ha hecho nuevas amigas.

«Somos muy felices».

~~O, al menos, ella lo es.~~

No debe enterarse de que le miento, bajo ningún concepto. No pienso confesarle que en cuanto pongo un pie fuera del piso se me revuelve el estómago, que la ansiedad me impide respirar, y que solo pienso en salir corriendo muy muy lejos de aquí. Echo de menos la vida en Gordes: mi familia, mis amigos, el sol. La única persona que conozco aquí, aparte de ella, es mi primo Tristan; es profesor de instituto.

«Y ya que he sacado el tema de los estudios: lo peor es la universidad». La detesto. Todo. Las clases, los profesores, los alumnos, el sitio en el que estudio. Lo odio tanto que ya ni voy. Estoy sacando muy malas notas. No entiendo lo que hacemos ni lo que dicen. No me atrevo a levantar la mano por miedo a parecer idiota.

~~Si lo hago, la gente se dará cuenta de que no pinto nada aquí.~~

Así que falto a clase. De todas formas, no hay ningún tipo de control. Por la noche, cuando Jasmine me pregunta cómo me ha ido el día, le miento. Me siento culpable, pero me daría aún más vergüenza decirle la verdad, sobre todo después del esfuerzo que ha hecho para que estudiara.

«No quiero que se arrepienta de estar con un imbécil».

Además, me gusta verla tan feliz. Me odiaría a mí mismo si estropeara la dicha que merece y por la que se esfuerza tanto.

—Se supone que mañana me ingresan la nómina. ¿Vamos a hacer la compra?

Vuelvo la cabeza hacia Jasmine, con la boca llena de Doritos. Es lo único que nos queda en el piso. Estamos demasiado tiesos como para pedir comida a domicilio.

Pero a mí no me molesta. Nos apañamos con lo poco que tenemos. Al menos, nos entretenemos con Netflix. Es lo que nos podemos permitir, con dos sueldos de camarero a media jornada.

—A mí me pagan en dos días. Ya te lo devolveré.

Ella pone los ojos en blanco, medio tumbada sobre mí en el sofá cama. Estamos viendo una serie de ficción histórica, en pijama, y ya ha pasado la medianoche. La ventana está abierta a la calle por el calor.

—No hace falta. Lo mío es tuyo.

Me besa en la boca para impedir que replique, y sonríe con malicia. Yo me quedo mirándola, como fulminado por la pura evidencia.

«Lo mío es tuyo».

De golpe, un destello del futuro se impone ante mí con fuerza. Nos imagino a Jasmine y a mí dentro de diez años: ella es wedding planner, y yo soy chef. Nos hemos casado en una playa privada. Tenemos dos hijos preciosos, un niño y una niña, e insisto en tener un tercero.

Vivimos en el sur, en una casa enorme con terraza de invierno y piscina. Somos felices, igual que ahora. Y la simple idea de imaginar ese escenario no me angustia. Al contrario, me calma. Porque, joder, no veo otro futuro posible para nosotros.

—Jazz.

Ella termina de masticar los Doritos antes de gruñir un «¿Mmh?» distraído. Ni pienso en lo que digo. Me lanzo, con una sonrisa en los labios.

—Dime… Si te pidiera matrimonio, ¿me dirías que sí?

En su defensa, he de decir que no se atraganta por la sorpresa. Jasmine frunce el ceño, como si le molestara que la hubiera interrumpido en mitad de la serie.

—¿Cómo dices?

—En plan… si solo me quedara un día de vida. ¿Me harías el enorme favor de convertirme en un hombre honrado? ¿Aceptarías ser mi mujer?

Mi novia pone una mueca cómica y me lanza una mirada cargada de compasión.

—¿Un solo día? Guau, qué faena. Lo siento por ti. ¿Qué te pasa?

He ahí la razón por la que estoy locamente enamorado de esta chica. Es rara, está trastornada, es divertida…

—Imagina que tengo una enfermedad rara. Me estoy muriendo, literalmente. Entonces… ¿lo harías?

Jasmine se lame los dedos y se quita los restos de sal que le quedaban pegados; hace como que se lo piensa. Esta vez, se gira hacia mí y se olvida de la serie, lo cual me enorgullece.

—No sé yo. ¿Eres rico?

—No mucho.

—Hm.

—¿Y bien? —insisto, molesto por que me haga sufrir tanto. No tienes mucho tiempo para pensarlo.

Jasmine guarda silencio unos instantes antes de sentenciar:

—No, imagina que es contagioso, eso seguro…

—Responde de una maldita vez, Jasmine —gruño, mientras hundo la cara en su suave cuello.

Escucho su risa cristalina. Le acaricio las caderas bajo la fina tela de la camiseta y le doy un beso detrás de la oreja.

—Si eso te hace feliz, entonces sí —concede al fin—. Y, por supuesto, con la condición de que sigamos siendo amigos para siempre, pase lo que pase. ¿Lo prometes?

Sonrío, triunfante. Ha dicho que sí.

—Lo prometo. Amigos para toda la vida.

La beso en los labios, dos veces, antes de que me aparte con gesto un tanto alarmado.

—Espera. No te mueres de verdad, ¿no?

—Quién sabe… quizá ahora sí.

—¿Solo para asegurarte de que me case contigo? Eres idiota —suspira, y me acaricia el pelo con ternura—. Ahí la tienes, toma tu enfermedad.

—Si eso es lo que un hombre tiene que hacer para…

—Te quiero —me corta, y me toma el rostro entre las manos—. Así que te lo ruego: no te mueras todavía.

Asiento sin dudar. Algún día, Jasmine será mi mujer. Algún día se llamará Jasmine Moretti.

—Vale. Lo intentaré…

Ella vuelve a besarme, rozando su lengua con la mía, y puedo saborear los Doritos en sus labios. La agarro por los muslos para sentarla sobre mis rodillas. Hacer el amor en el sofá: lo que más me gusta.

—… si nos casamos —remato entre dos besos.

Ella sonríe, se quita la camiseta por encima de la cabeza y ya pierdo la concentración.

—Estoy casi segura de que eso tiene un nombre: chantaje.

Pongo los ojos en blanco, como si no fuera más que un detalle.

—Bonita palabra la que acabas de soltar. ¿Tienes más de esas?

—Solo me queda una.

Se hace un silencio. Luego Jasmine se inclina hacia mí para susurrarme al oído:

—Sí.

Agosto

Capítulo 15

Jasmine

En algún punto de la carretera, Italia

Andréa y yo hemos vuelto a ser amigos.

Clémence también se ha disculpado, cosa que aprecio mucho. Sé que Kai y Ezra la han convencido para que lo haga aun cuando ella no piensa que haya dicho algo malo, pero eso no importa.

Me siento mejor. Ahora soy consciente de cuánto necesitaba recuperar a Andréa. No he sido feliz durante todo este tiempo. Tenerlo de nuevo a mi lado, día y noche, pero sin poder compartir nada único con él… era un suplicio todavía más doloroso.

Pero ya se ha acabado. Hemos hecho las paces.

Mejores amigos para toda la vida, pase lo que pase.

Ezra se burla de mí porque nos dirigimos precisamente a Venecia, la ciudad más romántica que se le ocurre. Le repito que no es lo que parece, que Andréa y yo hemos dejado atrás la idea de volver a estar juntos, pero él pone los ojos en blanco y se pone a tocar un violín imaginario.

A primera hora de la mañana tomamos el coche de alquiler, listos para cuatro horas de trayecto. Andréa conduce y yo me pongo de copiloto, aunque él insiste en que soy un GPS de pacotilla.

—Te he visto perderte hasta en un centro comercial, Jazz. Tuve que solicitar un anuncio por megafonía para encontrarte. La gente se puso nerviosa porque pensaba que había perdido a mi hija de tres años.

Le lanzo un papel a la cara, lo que hace reír a los demás.

—¡En mi defensa, todas las plantas eran iguales!

Andréa sacude la cabeza en silencio, para responder a la pregunta que flota en el aire. Aun así, yo le doy las indicaciones con el móvil en la mano, y durante la primera hora voy comprobando la ruta. Kai y Ezra improvisan un karaoke y se desgañitan con «Ma philosophie» de Amel Bent, como buenos zillennials que son. Clémence reparte patatas fritas mientras les grita que bajen la voz, y de repente noto un humo extraño que sale del capó.

—Andréa, mira.

—Lo he visto —responde con el ceño fruncido—. Mierda.

Sigue conduciendo unos metros más, hasta que salimos de la autopista hacia una carretera secundaria más aislada, en mitad del campo. Cuando se oye una pequeña explosión, todos empezamos a maldecir.

Andréa reduce la velocidad para apartarse a la derecha y detenerse en el arcén. Yo salgo con él para hacerme una idea de los daños. Cuando abre el capó, una gran nube gris nos ciega. Toso un par de veces, así que él me tiende un pañuelo.

—Aléjate un poco —murmura—. Ponte un chaleco reflectante de los que están en el maletero. Es peligroso.

Obedezco mientras los chicos intentan enterarse de qué pasa. Clémence se aparta del coche, al teléfono con la compañía de alquiler. Resulta que el humo viene de un problema en el motor. Creo entender que se trata de un fallo en el sistema de combustión por la suciedad acumulada, lo que nos impide volver a arrancar el coche sin correr riesgos.

Un mecánico viene a recogerlo y Clémence tiene que firmar unos papeles. El hombre nos propone acercarnos en su vehículo.

—Eso sí, solo tengo dos asientos delante…

Todos nos miramos en silencio. Ya hemos perdido dos horas con la avería y yo preferiría llegar a Venecia antes de que acabase la

tarde.

—Id vosotros —propongo a Kai y a Clémence—. Adelantaos y recoged las llaves del alojamiento a la hora del check-in. Nosotros no tardaremos mucho más.

—Sí, nos unimos en cuanto podamos —añade Ezra.

Clémence nos pregunta, preocupada, cómo pensamos arreglárnoslas. Andréa le contesta que haremos autostop, convencido de que un alma caritativa se detendrá a ayudarnos.

Yo no estoy tan segura, pero me callo para tranquilizar a mi amiga, que acepta con la condición de que tengamos cuidado con el calor; yo se lo prometo. La pareja se marcha entonces, dejándonos atrás.

Cuando desaparecen de nuestra vista, Ezra suspira.

—Sin querer ser aguafiestas, pero lo vamos a tener crudo. ¿Quién coge autostopistas en 2024?

—Desde luego, las mujeres no. No quieren arriesgarse a que las maten, y lo entiendo —dice Andréa.

—Será una aventura —respondo con una sonrisa que pretende ser optimista—. ¿Alguien ha cogido agua?

Andréa levanta su botella antes de tendérmela, pero decido no bebérmela todavía. Nunca he hecho autostop. Es algo que solo he visto en las películas.

La idea resulta divertida al principio. Caminamos en fila india por el arcén, con el pulgar izquierdo levantado. Apenas pasan coches por aquí, tan pocos que solo vemos tres en una hora.

Me he olvidado el sombrero en el coche de alquiler y me doy cuenta cuando ya es tarde. Andréa, que se da cuenta de todo lo que siento, enseguida se quita la camiseta para ponérmela a modo de velo improvisado alrededor de la cabeza.

—Preciosa —comenta Ezra al tomar una foto en la que, lo sé, saldré muy poco favorecida.

Lo ignoro y se lo agradezco a mi ex con una sonrisa.

Por fin un coche se detiene; el conductor es un tío con barba y mirada lasciva. Me inclino hacia la ventanilla abierta, poco convencida pero muy desesperada.

—Solo tengo un sitio libre —responde.

Dirijo una mirada al asiento trasero, incómoda. Está hecho un desastre, pero sería sencillo despejarlo un poco. Estoy a punto de decirle que es una pena cuando añade:

—¿Y esos quiénes son?

No lo entiendo de inmediato, hasta que siento dos presencias justo detrás de mí.

—Su novio —responden Ezra y Andréa al mismo tiempo.

Su pose amenazante queda enseguida en ridículo cuando pongo los ojos en blanco ante esa reacción de macho alfa.

«En el fondo, quizá debería irme con él y dejarlos a ellos dos que se las arreglasen solos…».

Pero no me apetece demasiado acabar descuartizada en un maletero ni encerrada en un sótano, así que lo rechazo. El hombre arranca a toda prisa y desaparece, no sin antes llamarme guarra.

—Vaya. Qué majo. ¿Y por qué tengo que ser yo la guarra?

—Así es como se les llama a las mujeres que se acuestan con varios hombres, todo el mundo lo sabe —se burla Ezra—. ¿No lo sabías?

Me cruzo de brazos y camino entre los dos. No pasa ni una sola persona, y empiezo a perder la esperanza.

—¡Es tan reduccionista! —protesto, lo que parece divertirles—. ¿Qué sabrá él? ¡A lo mejor somos un trío! ¡Quizá estoy enamorada de los dos a la vez! Eso no me convertiría en una guarra.

Andréa arquea una ceja con gesto reprobador.

—Pero es solo una hipótesis, ¿verdad?

«Idiota». Suspiro mientras Ezra suelta una risita divertida.

—No pienso ni responder a esa pregunta.

No pensaba iniciar un debate, pero los chicos se ponen a hablar de poliamor y de libertinaje. Uno se muestra escéptico, el otro opina que cada uno puede vivir como quiera. Yo los escucho sin intervenir. La charla termina cuando un coche pasa a toda velocidad… y empieza a frenar unos cincuenta metros más adelante antes de detenerse. A estas alturas, estoy dispuesta a abandonar a mis compañeros solo para marcharme de aquí. Me duelen las piernas y tengo un hambre atroz.

—¡Hola! —exclamo en cuanto el joven baja la ventanilla al llegar hasta él—. Gracias por parar. Ya estábamos perdiendo la esperanza.

No parece muy mayor; de veintiocho años como mucho. Tiene los ojos claros y una barba incipiente, y lleva el rostro al descubierto. A decir verdad, me parece de lo más simpático.

—¿Adónde vais?

—A Venecia. Pero aunque solo pudiera acercarnos un poco sería…

—Casualmente, yo también voy para allá.

Abro la boca, sorprendida por la coincidencia. Venecia no parece estar precisamente cerca, por lo que me alivia saber que va hacia allí. Le pregunto si podemos subir los tres, y vacila un segundo al ver a mis dos compañeros. Le prometo que son inofensivos, y finalmente acepta.

—Esto no me gusta nada —me advierte Andréa mientras nos acomodamos en el asiento trasero—. Tiene mala pinta.

—No podemos ponernos exquisitos. Además, ¿qué podría hacernos? Somos tres contra uno.

No puede negar lo evidente, aunque le veo en la cara que sigue alerta. Ezra ocupa el asiento delantero, en silencio. Yo soy la única que parece cómoda.

—Me llamo Jeff, por cierto.

—Jasmine —respondo, y le presento a los chicos—. Nuestros amigos nos esperan antes de que anochezca. Se nos ha averiado el coche por el camino.

Él parece compadecerse sinceramente y arranca con mala cara.

—Vaya… Qué mala suerte. Me alegro de poder ayudaros.

—Nos has salvado la vida. Nadie para, y los que paran siempre tienen malas intenciones.

—Mi psiquiatra dice que necesito abrirme a nuevas relaciones —suelta de pronto, sin apartar la vista de la carretera.

Me sobresalto un poco, igual que Andréa, que gira el rostro hacia mí con una lentitud dramática. Le hago entender en silencio que eso no significa nada: ir al psiquiatra no quiere decir necesariamente que uno esté trastornado ni que sea peligroso, ni mucho menos.

—Es… una buena idea. —Sonrío, e intento cambiar de tema—. ¿Y qué vas a hacer en Venecia?

Andréa me pellizca el muslo para que cierre el pico, pero le doy un manotazo para que me suelte. Jeff no responde de inmediato. Cambia de emisora de radio y luego vuelve a mirarnos por el retrovisor, como cada cinco segundos.

—Estoy huyendo —dice por fin—. Estaba harto de que todo el mundo intentara controlarme.

—¡Amén! —exclama Ezra—. La familia no siempre es fácil… ¿Vivías con tus padres?

Jeff sacude la cabeza.

—En el hospital psiquiátrico de Volterra.

Me quedo rígida, y un escalofrío me recorre todo el cuerpo. Creo haber oído mal, pero de pronto Ezra y Andréa se giran otra vez lentamente hacia mí. Me daría risa si no estuviera cagada de miedo.

—Vamos a morir por tu culpa —murmura Andréa.

Quiero decirle que nadie va a morir, que Jeff seguramente esté de broma, pero volvemos a cruzar la mirada por el retrovisor y me pongo muy nerviosa.

—¿Po… por qué estabas allí?

—Tenía alucinaciones y paranoia —responde mientras aumenta la velocidad—. Pero ya no tengo nada. Ya estoy curado.

—Oh… genial —me alegro mientras intento disimular que estoy temblando—. ¿Por eso te han dejado irte?

—Ellos no querían. Me he escapado.

Vale, Andréa tiene razón: vamos a morir. Los tres vamos a acabar en un sótano, cosidos unos a otros, en ropa interior, como en aquella peli de terror que me traumatizó cuando tenía diez años.

—Llama a la poli —susurra Andréa disimuladamente—. Yo no tengo batería.

La mano me tiembla al sacar el móvil del bolsillo. Este me vibra entre los dedos: un nuevo mensaje… ¡de Ezra!

Ezra: El manicomio de Volterra cerró en los años setenta. En la actualidad está en ruinas, y seguramente haya espíritus.

—¿Qué haces? —me interpela Jeff—. ¿Con quién hablas?

Doy un respingo y se me cae el teléfono al suelo.

—N… nada. Avisaba a nuestros amigos de que ya vamos de camino —improviso mientras intento recuperar el móvil.

Ha desaparecido bajo el asiento del conductor, y eso me hace entrar en pánico. Ezra mantiene la vista fija al frente, pero lo veo tenso y pienso que está preparado para lo que pueda pasar.

Andréa me coge la mano sin decir nada. Quiere tranquilizarme, y aunque sé que también desconfía, el contacto me calma un poco.

Jeff vuelve a entablar conversación, y comprendo que no necesita interlocutor. Habla solo. Lo que dice no siempre tiene sentido, pero al menos avanza en dirección correcta.

Ezra lo comprueba con el GPS de su reloj inteligente. Cuando llevamos dos horas de viaje —hasta nos ofrece unos caramelos—, Andréa le pide parar para hacer pis. Jeff se niega al principio, y le dice que puede aguantarse, pero yo le digo que tengo la regla.

—Créeme, de verdad necesito ir… Si no, no me hago responsable de la tapicería de este coche.

Jeff resopla antes de obedecer. Andréa me susurra al oído:

—Recupera tu móvil y no me sueltes la mano.

Cuando el coche se detiene en un área de servicio, aprovecho para coger el teléfono. Salimos y prometemos no tardar.

—Caminad con normalidad —nos aconseja Ezra—. Nos está mirando.

—Jazz, nunca más te sigo a ningún sitio.

—No es culpa mía. ¡Parecía majo!

Desaparecemos tras las puertas batientes. Una vez fuera de su vista, echamos a correr hasta los baños y nos encerramos en un cubículo.

Decidimos esperar lo suficiente para que Jeff nos abandone allí.

Los chicos intentan culparme de nuestro casi asesinato. A mí me cuesta encontrar una justificación convincente. Estamos los tres apiñados en un retrete estrecho.

—La próxima vez os dejo hacer autostop a vosotros solos. Desagradecidos.

—¿Quieres que te demos las gracias por casi vivir el remake de El silencio de los corderos?

—Creo que prefería al cerdo machista que te ha llamado guarra… Aunque pensándolo mejor —rectifica Andréa mientras sacude la cabeza—, retiro lo dicho. Me quedo con Jeff. Al menos él nos ha dado caramelos.

—La verdad es que era simpático, en el fondo —confirma Ezra—. Raro, pero simpático.

Nos quedamos escondidos un buen rato. Cuando por fin salimos para asegurarnos de que se ha ido sin nosotros, me mantengo en guardia. Su coche ha desaparecido del lugar donde estaba aparcado, así que me giro hacia los chicos para anunciarles la buena noticia.

Pero al darme la vuelta, me topo de frente con Jeff. Me sobresalto y suelto un gritito, atónita, mientras él me tiende unos sándwiches.

—Tardabais mucho, así que os he comprado algo para picar.

Ezra y Andréa niegan con la cabeza en silencio, y me suplican con la mirada que huya, pero de pronto me siento culpable. Jeff no parece mala persona… No me gusta dar la espalda a alguien que se ofrece a ayudarme.

—Oh, muchas gracias. —Sonrío al aceptar el sándwich—. Muy amable.

—¿Nos vamos?

Asiento, para desesperación de mis compañeros, que me siguen hacia el coche con resignación, como si estuviera firmando su sentencia de muerte.

Esta vez Ezra se sube atrás con nosotros, y yo ocupo el asiento del medio. Jeff monopoliza la conversación y, aunque parece trastornado, en ningún momento se pone agresivo.

Los chicos terminan por bajar la guardia, tanto que, cuando llegamos a Venecia al caer la noche, los dos se han quedado dormidos sobre mis hombros…

… con mis manos entrelazadas con las suyas.

Capítulo 16

Andréa

Venecia, Italia

Venecia, la ciudad del amor y la belleza; puro romanticismo… Por fin estoy aquí, acompañado de la mujer de mi vida, la única a la que he amado, aunque ya ni siquiera sea mía.

«Lo sé, le he prometido que seríamos amigos».

No era mentira, de verdad que me encantaría. Pero es Jasmine… no puedo conformarme con tan poco. Esto no debería haber acabado así. Yo había planeado que pasáramos toda la vida juntos. Ella aceptó casarse conmigo, joder.

Si tuviera que elegir entre ella y unos hijos que todavía no existen… parece que la elegiría a ella.

~~Y es la decisión más difícil que he tenido que tomar en la vida.~~

—Es precioso. Parece el decorado de una película.

Deambulamos por los callejones laberínticos de la ciudad flotante, y me dejo cautivar por la atmósfera envolvente que impregna cada rincón de esta urbe ancestral.

Es realmente única. Los canales sinuosos brillan con los reflejos del sol, mientras que las fachadas coloridas de los palacios y de las casas le dan un toque de vida al paisaje. El eco lejano de los pasos

de los transeúntes resuena entre los muros centenarios, y el aroma de los gelati me acaricia el olfato.

Envidio a las parejas que navegan en vaporetto por el Gran Canal. Por eso me alegra en secreto que Clémence proponga dar un paseo en góndola.

—Quiero hacerme una foto pasando bajo el Puente de los Suspiros —explica con una sonrisa—. ¡Es tan romántico!

—En realidad, no mucho —la interrumpe Ezra, y se mete las manos en los bolsillos—. Las dos ventanas unían antes la sala de interrogatorios del Palacio Ducal con la prisión. Ese puente lo cruzaban los condenados que, según la leyenda, lanzaban un suspiro de tristeza al contemplar la ciudad por última vez antes de volver a su celda.

Hago una mueca al mismo tiempo que Clémence, que parece decepcionada por el descubrimiento. Kai reprende suavemente a Ezra por haber roto la magia, y Jasmine ríe cuando le pellizco el brazo.

—¿Y qué? —replica él—. La foto será igual de bonita, no sé qué más da eso.

Clémence y Kai deciden ir de todas formas, y nos quedamos a solas los tres… los tres solteros. Nos miramos en silencio, con una pregunta en el aire. Ezra termina por suspirar; tras bajar la vista al suelo, dice:

—Os espero en una terraza. Necesito tomarme algo fresco. Y con alcohol, si puede ser.

Jasmine quiere seguirlo, pero él desaparece antes de que pueda convencerlo de quedarse. Me mira con los ojos entornados, y se cruza de brazos.

—Lo has hecho adrede, confiesa.

—¿Has oído que yo le dijera algo? —me defiendo con las manos levantadas—. Soy inocente hasta que se demuestre lo contrario. ¿Conoces la presunción de inocencia?

Ella sacude la cabeza, con exasperación, pero sé que no está enfadada. Si lo estuviera, no se quedaría conmigo.

La ayudo a subir a la góndola, de la mano. Un escalofrío eléctrico me recorre el brazo. Me contengo para que no lo note, aunque me

resulta casi imposible.

—Habíamos planeado venir aquí los dos —dice al sentarse a mi lado en la barca.

Asiento; lo recuerdo como si fuera ayer.

—Para nuestra luna de miel… Querías venir en febrero para poder ir al Carnaval de Venecia, aunque odiaras las bodas en invierno.

—Al final, tendremos algo parecido esta noche. —Se alegra, aludiendo al baile de máscaras al que hemos planeado asistir—. Ya verás cuando te enseñe mi disfraz, ¡te va a dejar con la boca abierta!

Mientras avanzamos en silencio sobre las aguas tranquilas de Venecia, envueltos en la bruma de la mañana, no puedo evitar asombrarme, sentir una oleada de calma. Las fachadas antiguas de los palacios venecianos se alzan majestuosas a nuestro alrededor, iluminadas por los primeros rayos del sol.

El murmullo de los gondoleros y el chapoteo del casco de la embarcación contra el agua crean una sinfonía apacible que parece suspender el tiempo. Es como si nos hubieran transportado a otro mundo, o quizá a nuestro propio pasado, que redescubrimos a través de los recuerdos compartidos.

—Y pensar que deberíamos haber sido nosotros… —suspira ella, con los ojos clavados en nuestros dos amigos, a quienes divisamos un poco más allá.

Es cierto. Todo el mundo esperaba que fuésemos los primeros: los primeros en irnos a vivir juntos, los primeros en casarnos, los primeros en tener un hijo…

«Pero no los primeros en romper».

—¿No lo piensas a veces cuando estás trabajando? —le pregunto con auténtica curiosidad.

Jasmine sonríe con tristeza sin atreverse a mirarme, mientras nos rozamos con la pierna. Si yo organizara bodas todos los días, creo que acabaría por deprimirme.

—A veces sí. Mucho, al principio. Pero… ya ni siquiera sé si quiero casarme.

Frunzo el ceño, decepcionado. Amo a Jasmine de todo corazón, eso no ha cambiado, pero no puedo evitar darme cuenta de que…

ya no es la misma. Pensaba que estábamos en sintonía, pero han bastado tres años para que cada uno haya evolucionado por su lado. Ahora somos dos ramas de un mismo árbol que crecen en direcciones opuestas, destinadas a mirar las dos al cielo sin llegar a cruzarse nunca.

—¿Por qué?

—El matrimonio no es más que un trozo de papel —murmura—. Me da miedo… que me quite la libertad. No entiendo por qué la sociedad nos empuja a fusionarnos en uno solo, y menos aún a jurar amor hasta que «la muerte nos separe».

—No tiene nada que ver. No es un pacto con el diablo.

Ella se encoge de hombros.

—En realidad, creo que me gusta la idea del matrimonio por la ceremonia, por la fiesta, por lo que representa: intercambiar votos de amor. Pero mientras dure; no tiene por qué significar «toda la vida». Y está bien.

Curiosa filosofía para una mujer cuyo trabajo es organizar bodas, pero bueno. ¿Ya pensaba así cuando estábamos juntos? ¿De verdad miré para otro lado porque no quería verlo, porque no la escuchaba lo suficiente… o cambió de idea después de la ruptura?

Si es esto último, la culpa es solo mía.

—¿Estás pensando en nosotros?

—No rompimos porque dejáramos de querernos, Andréa, y lo sabemos los dos.

«Precisamente por eso duele tanto. Si no te quisiera, no sería tan doloroso».

No sé qué responder a eso. Dejamos que el gondolero nos lleve por la ciudad en silencio. Seguimos con las manos entrelazadas, y ninguno de los dos se aparta. Le acaricio la piel suave con el pulgar, con movimientos circulares, como a ella le gusta. La veo cerrar los ojos, y un escalofrío le recorre los hombros.

En este instante mágico, es como si me transportara a un mundo de romance y poesía, donde la góndola parece danzar al ritmo de nuestro corazón.

—Es cierto. Lo nuestro es diferente.

Lo pensaba cuando dije que quería que fuéramos amigos, y podrá parecer que me estoy agarrando a los recuerdos, pero me da igual. Me agarro a lo que conseguimos construir juntos. Sería un desperdicio tirarlo todo por la borda. Así que me reto a reconstruirlo todo, a reparar lo nuestro, hasta que vuelva a confiar en mí.

Estoy arriesgando mi propio futuro, estoy poniendo el corazón sobre la mesa en la partida de póquer de la vida, sin ninguna seguridad.

Pero confío. Si alguien sabe cómo cuidarlo, esa es Jasmine. Sé que lo haría bien.

—¿Y bien? —nos pregunta Ezra, que ya se ha tomado una cerveza y nos espera en la terraza de una pizzería—. ¿Qué tal ese paseo de tortolitos?

Tal vez esté loco, pero noto que dirige la pregunta a Jasmine. Seguramente sea casualidad, pero un mal presentimiento me revuelve el estómago.

—Está un poco sobrevalorado —responde mi ex—. ¡Tú eres el italiano! Guíanos.

—Técnicamente, Andréa es italiano —replica Ezra—. Yo solo vivo aquí.

—A eso me refiero. Tú sabes más que él.

Le lanzo una mirada fulminante que ella ignora. Ezra acaba por rendirse. Esta es la última ciudad que visitaremos antes de quedarnos en su pueblo; entiendo que tenga ganas de volver.

Aun así, se esfuerza por hacernos de guía el resto del día. Comemos una deliciosa lasaña en un restaurante, y me apunto la receta para intentar replicarla.

Italia es el paraíso de cualquier cocinero. En Francia, tenemos la suerte de contar con una gastronomía rica, pero debo reconocer que la materia prima italiana es extraordinaria.

Ezra nos cuenta algo de la historia de Venecia, pero a su manera. Jasmine y yo nos quedamos al final del grupo, y evitamos cruzar la mirada, aunque no paramos de rozarnos sin querer con los dedos.

Cuando el sol comienza a ponerse, Kai pregunta dónde es el baile de esta noche.

—En un teatro con azotea y vistas al Gran Canal —responde Ezra —. Va a ser increíble.

Jasmine parece dar saltos de impaciencia, mientras ensalza las virtudes de su atuendo secreto. Verla tan ilusionada me hace feliz.

—Vamos. Hoy tengo ganas de divertirme.

«Decidido: esta noche me lanzo».

El apartamento que hemos alquilado está lleno de actividad mientras nos preparamos, cada uno por su lado.

Jasmine y Clémence se maquillan en el cuarto de baño mientras Ezra me aconseja sobre la máscara que se supone que debo llevar.

—¿Es obligatorio? —murmuro.

—Es un baile «de máscaras». ¿Tú qué crees, Andréa? Anda, pon en movimiento esas dos neuronas que tienes, por favor.

Le saco el dedo, pero no parece indignarse demasiado. Me explica la importancia del antifaz, sobre todo en el Carnaval de Venecia, y lo que simboliza.

—Se supone que disimula el género, la identidad, la clase social. El carnaval es un lugar mágico, allí existe la ilusión de que todo puede suceder. Es como una especie de burbuja.

No entiendo por qué organizan este tipo de fiestas en verano cuando el Carnaval de Venecia suele celebrarse el martes de Carnaval, en febrero, pero dejo de hacer preguntas.

—¿Y tú se supone que vas disfrazado de…?

Ezra ya está listo, vestido con un traje negro de tres piezas. Lleva la media melena peinada hacia atrás, y el rostro cubierto con una máscara dorada que apenas le oculta parte de la cara.

—Del Fantasma de la Ópera —responde como si fuera evidente.

Asiento con la cabeza, y finjo saber de qué habla, aunque no tengo ni idea. Supongo que será un personaje de alguna película muy famosa.

—Toma —dice, mientras me tiende un objeto blanco—. Es una máscara Volto, que suele llevarse con una capa con capucha.

Esta es ovalada, y me encaja a la perfección. La zona de los ojos está cubierta de negro, igual que la boca. Unas motas doradas de purpurina lo adornan todo, y le dan un aspecto más festivo.

Si te soy sincero, no sé si voy a aguantar mucho tiempo con eso puesto.

—¡Estamos listas!

Me quedo boquiabierto ante el atuendo de Jasmine, cuya imagen, casi irreal, eclipsa el resto de la habitación. Está plantada delante de mí con un vestido amarillo con plumas verdes en las caderas. Lleva ceñido a la fina cintura un corsé dorado que parece… hecho de un millar de joyas. También lleva una peluca blanca al estilo francés y un antifaz que apenas logra ocultarle el rostro. Está hecho de tiras de pedrería, y parece tan delicado que amenaza con romperse en cualquier momento.

—Long live the queen —murmura Ezra al tomarle la mano—. «Madame, la monarquía está salvada».*

Miro cómo le besa los dedos a Jasmine, pasmado ante el espectáculo que ofrece. Ella sonríe a Ezra, que hace ademán de arrodillarse ante ella.

—¿Cómo has conseguido meter eso en la maleta? —pregunto, confuso—. Es… bastante voluminoso.

Jasmine me explica que, tras alquilar el atuendo por internet para esta noche, pudo elegir recogerlo allí mismo. Le sonrío, hipnotizado por su majestuosa belleza.

—¿María Antonieta, en serio? —me burlo, sin embargo.

—A mí no me sorprende tanto esa elección —responde Ezra—. Ella tampoco se conformaba con lo que se esperaba de ella para encajar, ni se preocupaba demasiado por lo que pensaran los demás.

Jasmine se encoge de hombros antes de citar una frase que encierra un significado mucho más profundo de lo que parece:

—«Ellos podrán ser mis verdugos, pero jamás serán mis jueces».†

*Lo que dijo el conde de Mirabeau a la reina María Antonieta en 1790.

† María Antonieta al enterarse de que será juzgada por el Tribunal Revolucionario, 1793.

Capítulo 17

Jasmine

Venecia, Italia

Esta noche represento a una mujer poderosa, con una personalidad opuesta a la mía: frívola e ingenua, aunque, al igual que yo, también fuera una derrochadora.

Debo admitir que es divertido poder fingir por una noche. Nunca he pretendido llamar la atención, pero esta noche me gusta sentir las miradas sobre mí. Sobre todo una, que parece espiar cada uno de mis movimientos con una sensualidad muy particular.

Andréa ha asegurado que quiere ser mi amigo, pero en su mirada puedo ver que miente. Está tramando algo, y me da miedo sentir esa esperanza. Me aterra imaginar un posible futuro a su lado… si cambia de idea. Jamás le pedí que sacrificara sus deseos, sencillamente porque no sería justo. Ninguno de los dos debería hacerlo. Pero… la parte egoísta de mi corazón se deja llevar por el curso de los acontecimientos.

Andréa ya es mayorcito para saber lo que quiere de verdad. Yo no lo obligo a nada, nunca lo he hecho.

—¿Entonces? —me pregunta en un murmullo—. ¿Es tan increíble como lo imaginabas?

Al llegar al baile de máscaras, me he quedado deslumbrada de inmediato por el esplendor que me rodea. El teatro veneciano ha sido transformado en un lugar de ensueño, adornado con lámparas de araña resplandecientes y guirnaldas de flores radiantes. Los invitados, ataviados con trajes fastuosos y máscaras exquisitas, deambulan con gracia por la sala, y componen un cuadro colorido y con mucho movimiento.

La música embriagadora que flota en el aire, una mezcla de melodías alegres y ritmos hipnóticos, invita a bailar. En mitad de este torbellino de belleza y misterio, me siento en un mundo de fantasía, donde cada instante rebosa magia y asombro.

—Es aún mejor —respondo.

Mi imponente vestido se desliza por el suelo brillante, y gira en torno a mis pies a cada paso. A diferencia de la mía, las máscaras de los demás invitados ocultan por completo o en parte sus rostros. Es a la vez algo mágico… e inquietante.

Ezra se nos acerca con unas copas de vino.

—Estás realmente guapo esta noche —lo halago al tomar la que me tiende.

Alza una ceja, sorprendido por el comentario. Sin embargo, lo pienso de veras. Claro que Ezra ya de por sí es muy atractivo, lo lleva en la sangre. Kai también lo es, así que supongo que es cosa de familia.

El disfraz del Fantasma de la Ópera le confiere un aura a la vez seductora y peligrosa, como un demonio al que una estaría tentada de venderle el alma.

—Muchas gracias, Su Majestad. Ese era el efecto que buscaba.

El único ojo que tiene visible parece brillar al contemplarme, aunque no sabría decir de qué manera. Un escalofrío me recorre al verlo seguir con la mirada la mano de Andréa, que acaba de posarse en mi cintura.

Ezra esboza una media sonrisa, y luego brinda con nosotros.

—Voy a dar una vuelta en busca de calor humano… o de un corazón disponible. Me da igual… lo que encuentre primero. Disculpadme.

Inclina la cabeza a modo de saludo antes de desaparecer, completamente metido en el papel. Andréa lo observa alejarse, con el hombro peligrosamente cerca del mío.

—Le gustas.

Me pongo tensa, y siento cómo se me encienden las mejillas. Se equivoca, por supuesto. Ezra no tiene tiempo de enamorarse de una mujer como yo, y de todos modos tampoco se lo deseo. No estoy emocionalmente disponible. Se merece algo mejor.

—¿Perdona? ¿Y qué te hace pensar eso?

—Porque te mira de la misma forma que yo —explica Andréa, mientras se vuelve hacia mí—. Le gustas, y mucho.

—Qué tontería. Ezra y yo somos amigos. No vayas a estropearlo todo con tus celos infundados —le advierto, alzando un dedo acusador—. Ya sabes que no me gusta nada.

Andréa sonríe, y niega con la cabeza, como si yo fuera demasiado ingenua para escucharle.

—Nosotros también éramos amigos. Y eso no me impidió acostarme contigo.

Mantengo la atención fija en Ezra, que coquetea con una chica pelirroja muy guapa. Ya no se fija en mí, señal de que Andréa está equivocado.

—Con Ezra es distinto —lo tranquilizo.

—No te preocupes, no pienso montar un escándalo —me promete Andréa—. Yo ya era amigo de Ezra antes de conocerte. No le guardo rencor por sentir algo por ti, Jazz. ¿Cómo podría? Mírate. Tiene todo el sentido del mundo.

Una ola de calor me sube hasta el pecho y de pronto lamento no llevar una máscara de verdad para ocultar mis emociones. Odio la facilidad con la que consigue desarmarme. Detesto el impacto que todavía tiene en mí, tres años después de haber roto, y cómo consigue que me haga ilusiones.

—Me estás tirando los tejos —constato mientras saco un abanico del bolsito de mano—. Y sin disimular, además.

—Es cierto. Digamos que tengo muchas esperanzas puestas en esta noche.

«¡Lo sabía!».

—Estás confiado. Demasiado, quizá.

—Tengo motivos para estarlo, Arrietty —responde antes de darme un beso en la mejilla—. Diviértete y no bebas demasiado.

Con esas palabras me abandona para perderse entre la multitud. Aprieto los labios, molesta por que me diga lo que debo o no hacer. Solo por llevarle la contraria, me bebo la copa de vino de un trago.

El alcohol me quema la garganta, pero voy enseguida en busca de otra copa.

«Digamos que tengo muchas esperanzas puestas en esta noche». ¿Qué significa eso exactamente?

Permanezco un buen rato sola, mientras observo el panorama que se desarrolla ante mis ojos. Siento que he aterrizado en otro espacio-tiempo.

Todos juegan su papel: danzan, ríen, cantan, flirtean… Yo bebo mientras los observo vivir y besarse, a veces entre más de dos personas.

Es hermoso. Me siento libre. Libre de hacer lo que quiera, con quien quiera, donde quiera.

—¿Está perdida, mi reina?

Ezra surge de detrás de la columna en la que estoy apoyada, y me da un susto. Parece haber bebido también, a juzgar por el tono burlón y el olor a ponche que desprende al hablar.

—¿O acaso busca a su rey? —me susurra al oído; el aliento le huele a naranja—. Creo que lo he visto en la terraza hace un instante, aunque supongo que ahora debe de estar buscándola a usted también. Parece incapaz de soportar su ausencia más de unos minutos.

Lo fulmino con la mirada, lo que provoca que sonría aún más. Brindamos con las copas medio vacías y nos las terminamos de un trago.

—En realidad, me limito a observar a la gente.

—¿Por qué? Deberían ser ellos quienes te miraran a ti.

Me ruborizo sin querer, lo cual me enfada un poco. ¿Tenía razón Andréa? No. Ezra flirtea con todo el mundo; eso no significa nada. Llevamos con esa dinámica desde el principio.

—No te quedes en la sombra. Era tu sueño, ¿no? —me pregunta mientras me tiende la mano, con la palma hacia arriba—. Participar en el carnaval de Venecia, disfrutar de la fiesta en el anonimato. Aquí nadie te juzgará. Nadie sabe quién eres y a nadie le importa.

Eso es justo lo que busco desesperadamente. Quizá una de las muchas razones por las que me gusta tanto viajar: si no me quedo lo suficiente en un sitio para que me conozcan, nunca llegan a tener expectativas sobre mí.

—Baila conmigo —me invita, ladeando la cabeza sobre el hombro.

No me lo pienso. Le doy la mano; le noto la piel ardiente. Sonríe al retroceder y me arrastra hacia el centro de la pista. Suena «Roaring 20s» de P!ATD y me dejo llevar.

Bailamos sin siquiera tocarnos, cada uno en su propia burbuja. Siento cómo la sonrisa se me ensancha a medida que el corazón empieza a latirme al ritmo de los graves. Estoy feliz.

Apenas soy consciente del paso de las horas, ni de las copas que me siguen apareciendo, una tras otra, entre las manos. Ezra y yo estamos completamente borrachos, lo sé, pero me da igual. Porque me estoy divirtiendo.

Una chica me pisa el vestido y se disculpa entre risas, lo que da pie a una conversación medio en inglés, medio en italiano. Al cabo de unos instantes, ya se ha convertido en mi nueva mejor amiga. No sé cómo se llama, pero me da lo mismo.

«Soy libre».

Ezra y yo estamos bailando un tango torpe, pecho contra pecho, y echo un vistazo a la pelirroja que lo devora con la mirada.

—Creo que has ligado…

Él pone mala cara, sin mucho convencimiento.

—Me lleva siguiendo desde hace dos horas. Este sería el momento perfecto para que hicieras de cockblocker —refunfuña—. No estoy de humor esta noche.

Trago saliva para meterme de lleno en mi papel. Igual que él hizo conmigo en Roma, le devuelvo el favor y pongo en práctica todas las lecciones de seducción que me ha enseñado.

Consciente de la mirada de la joven, hundo la mía, ardiente, en la de Ezra. Al mismo tiempo, levanto la pierna para encajar el muslo en

su cadera. Me agarra por reflejo y me hace girar. Me roza el cuello con la nariz. Desciende lentamente por el pecho y llega hasta los cordones que sostienen el corsé.

Me incorpora suavemente mientras me pego a él con una media sonrisa en los labios.

—¿Qué haces? —murmura con los ojos entornados.

La sonrisa le ha desaparecido, al igual que a su admiradora. Sigo el juego al máximo para disuadirla de quedarse, con la esperanza de que la «competencia» no la vuelva más determinada.

—¿Tú qué crees?

Me giro, pego la espalda contra su pecho, de modo que hunde el rostro en mi cuello. Me acaricia las caderas con los dedos mientras bailamos al mismo compás.

—Jazz…

Noto que la pelirroja guapa por fin ha desistido. Ha desaparecido en dirección al balcón. Sonrío, orgullosa de mí misma, y me aparto para enfrentarme a Ezra.

—¿Entonces? ¿Se me da bien? —pregunto, alegre.

Él frunce el ceño, confuso. Cuando entiende que me refiero a sus lecciones de seducción, deja escapar una risa torpe.

—Bien jugado. Casi me lo he creído…

—No hace falta que me des las gracias, eh.

Cuando un camarero pasa junto a nosotros con la bandeja en la mano, Ezra agarra una copa al vuelo y se la bebe de un trago.

—Lamentablemente, tu rey te ha encontrado —me informa.

Lo entiendo al ver a Andréa caminar hacia nosotros, muy serio. Está enfadado, me doy cuenta enseguida. Sin embargo, se limita a detenerse frente a nosotros y decir:

—Os he buscado por todas partes. Vaya, cada vez que salimos de fiesta, desaparecéis los dos.

Ah, ya veo. No está enfadado… está dolido. Me siento culpable al instante, aunque él ha sido el que me ha dejado sola.

—Es culpa mía —se disculpa Ezra, mientras levanta los brazos—. La he acaparado toda la noche, lo siento. Necesitaba su ayuda, por una vez.

No niego lo que dice, y Andréa parece relajarse un poco; se le iluminan los ojos.

—¿Y? ¿Ha funcionado?

Ezra intenta sonreír, pero parece más bien que hace una mueca.

—¡La alumna supera al maestro! Justo estaba a punto de dejarla. Disfrutad.

Quiero decirle que no tiene por qué irse, pero ya es demasiado tarde. Me siento un poco culpable, como si hubiera hecho algo malo. Sin embargo, soy incapaz de saber el qué.

«¿Me habré pasado?».

—Has bebido demasiado —suspira mi ex, mientras me aparta un mechón detrás de la oreja—. Ven, te acompaño a casa.

—Estoy bien…

—¿De verdad tengo que recordarte sobre quién vomitaste la noche de tu decimonoveno cumpleaños? —bromea—. Sobre mí. Tuve que tirar esa camisa porque el olor no se fue ni con tres lavados.

Lo hago callar con la mano, avergonzada, y eso lo hace reír. Me acuerdo perfectamente: fue el mejor cumpleaños de mi vida, y eso a pesar del vómito, la humillación y la resaca del día siguiente.

Andréa me había organizado una fiesta sorpresa en mi bar favorito. Al volver aquella noche, encontré un enorme oso de peluche en nuestro diminuto salón. Hoy se pudre en el garaje de mis padres, porque no cabe en ningún otro lado… Verlo siempre me pone un poco triste y nostálgica; como ahora.

De pronto, ya no estoy de humor para seguir de fiesta.

—Tienes razón. Volvamos, estoy cansada.

El trayecto de regreso es tranquilo. Compartimos el asiento trasero de un taxi, nos rozamos todo el rato con la mano, pero no llegamos a dárnosla.

La tensión es palpable, o quizá es porque estoy borracha. Siento que estoy a punto de hacer una locura, y es culpa suya. Me sigue observando cuando piensa que no lo estoy viendo, y ya no lo soporto más.

El recuerdo de aquel momento en Roma, en aquella calle desierta, reaparece. Habían pasado tres años. Tras tres largos años

sin sentir su cuerpo, empezaba a olvidar su sabor. Ahora que lo he recuperado, quiero más. Fue demasiado corto, demasiado intenso, demasiado cargado de rabia.

Quiero tomarme mi tiempo. Quiero recorrerle el cuerpo con los labios, acariciar cada rincón de su piel con las manos…

—¿Jazz?

Estamos ante la puerta de mi habitación y Andréa me mira con expectación. Las pupilas le brillan con un hambre que me es familiar. Y a mí me pasa lo mismo. Lo siento en lo más hondo del estómago, y esta vez parece que no va a desvanecerse.

—Buenas noches —susurra con una voz ahogada.

Trago saliva y ruego que dé el primer paso. Lo quiero, lo quiero, lo quiero, con todas mis fuerzas. Quiero recuperar ese calor humano al que estaba acostumbrada, esa sensación de seguridad, ese amor tan puro e inocente.

«Ojalá todo volviera a ser como antes».

Antes de que todo se fuera a la mierda.

Se acerca, tan lentamente que me da tiempo a cerrar los ojos antes de que me bese. Cuando intento profundizar el beso, se aparta y suspira:

—Buenas noches, Jazz.

«¿Eso es todo?».

Carraspeo y entro en mi cuarto; le cierro la puerta en las narices. No estoy segura de lo que siento, ni mucho menos de lo que quiero.

Lo quiero a él. Quiero creerle cuando dice que aún me ama. Quiero tener la esperanza de poder volver a vivir a su lado.

Al salir de la ducha, recibo un mensaje de Ezra:

Ezra: Tú también estabas muy guapa esta noche. Guapa y libre.

No puedo dormirme.

Doy vueltas en la cama, una y otra vez. Tengo calor, demasiado calor. Por más ropa que me quito, capa tras capa, sigo sudorosa y ardiendo. El ruido de la ciudad del amor se cuela por la ventana abierta; es una dulce distracción del ritmo frenético del corazón.

Son las cuatro de la mañana. El apartamento está sumido en la oscuridad y el silencio. Me pregunto si Andréa ya se ha dormido, o si también le está dando vueltas a la cabeza sin poder cerrar los ojos.

Me muero de ganas de estar con él en la penumbra de su habitación. Estoy completamente perdida. Lo deseo, pero tengo miedo. Miedo de lo que eso pueda significar, miedo de volver a sufrir. Miedo de que me hiera.

~~Todavía hay algo de lo que no hemos hablado.~~

«¡Y qué más da!».

Todavía siento los efectos del alcohol, lo que me otorga un valor que sobria no tendría. Me levanto, tan solo con un crop top blanco y un short de algodón. No quiero que los demás me oigan, por eso avanzo hacia su cuarto de puntillas.

Ezra está en el sofá. Distingo su silueta; está profundamente dormido en la oscuridad. Me esfuerzo por no despertarlo al pasar delante de él. El parqué cruje, pero su respiración no se altera.

Estoy a la vez excitada e intimidada cuando giro el pomo. La puerta hace un leve chirrido al abrirse, y me cuelo en la estancia sombría.

Escucho cómo se incorpora en el colchón, así que susurro:

—Perdona. ¿Te he despertado?

Los dos sabemos que no tengo por qué estar aquí. Es muy tarde, voy medio desnuda…

«¿Y si estuviera cometiendo un error?».

Pero ya es demasiado tarde; estoy avanzando a tientas hacia su cama.

—¿Jazz? —susurra él—. ¿Qué…?

Me meto bajo las sábanas con él, y ese simple gesto lo deja sin palabras. Tiene la voz ronca; lo he despertado.

—No me podía dormir —explico, mientras me tumbo a su lado—. ¿Puedo quedarme aquí, solo esta noche?

Sueño con tocarlo, pero no quiero asustarlo, no todavía, no tan deprisa. Deja escapar un «Mmh» casi inaudible, como si no se atreviera a perturbar el silencio que nos envuelve.

Se lo agradezco y le doy la espalda, con el corazón desbocado. Ninguno de los dos habla durante largos minutos. Intento dormirme, pero me resulta imposible calmarme al tenerlo tan cerca.

—¿Puedes abrazarme? —le pregunto en voz baja.

Andréa no se hace de rogar. Se acerca y pega el torso desnudo y ardiente contra mi espalda.

Entrelaza las piernas con las mías, y ese gesto me resulta reconfortante.

Me doy cuenta de que tenía razón: en estos tres años se ha puesto en forma. Tiene los músculos firmes, a pesar de la piel suave y casi sin vello.

Andréa no dice nada, pero siento que el corazón se le acelera contra mi espalda. Cierro los ojos cuando me abraza con fuerza y ternura, aunque el abrazo también es un poco posesivo.

Me pone un brazo en la nuca, como una almohada mullida. Está tan cerca que noto su aliento en el oído, contra mi pelo. Pongo la mano sobre la suya, encima de mi vientre desnudo. Esta inesperada intimidad me tranquiliza un poco.

Una punzada de nostalgia me invade cuando advierto que ya no lleva el perfume de siempre. Ahora tiene otro más maduro, más embriagador todavía: un toque de cedro y sándalo, mezclado con… ¿vainilla?

—Hueles tan bien… —murmuro, y respiro contra su piel.

Andréa no se mueve. Permanece rígido, como si no se atreviera a tocarme. ¿Por miedo a equivocarse, o a dejarse llevar demasiado? Ya me ha besado antes, pero no ha querido ir más lejos.

«¿Quizá teme arrepentirse?».

—¿Esto es real? —me dice en un susurro apenas audible.

No entiendo la pregunta, ni tampoco el extraño tono de voz. La calidez líquida que se me acumula en el vientre se intensifica, y frunzo el ceño.

—¿Cómo?

Mi ex suspira y apoya la frente en el hueco de mi cuello. Me recorre la silueta con la mano hasta agarrarme las caderas, que me acaricia despacio de arriba abajo. Juega con la tela del crop top, bajo la curva de los pechos, como si esperara a que le diera permiso.

—Si esto vuelve a ser un sueño… —continúa en un murmullo—, me voy a poner de muy mal humor.

«¿Sueña conmigo? ¿Desde cuándo?».

Tiemblo contra él, aún más cuando siento su excitación en la parte trasera de los muslos.

—¿Y qué hacemos, en tus sueños?

Estoy jugando con fuego, pero ya he ido demasiado lejos como para dar marcha atrás. La sensación, a la vez familiar y nueva, de su boca sobre mi mandíbula me obliga a girar la cabeza hacia él.

Aunque me tranquiliza reencontrarme con alguien a quien ya amé, cuando lo toco, es como empezar de cero. La verdad es que ha cambiado. Incluso los suspiros de placer que deja escapar contra mi cuello parecen distintos.

Menos automáticos y más… desesperados.

—Exactamente esto —susurra, mientras me besa la piel del cuello, justo bajo el mentón.

Me giro lo justo para quedar boca arriba. No lo veo, pero siento su presencia encima de mí. Siento miedo cuando me roza los labios, como si aún tratara de contenerse.

—¿Y qué más?

Le rodeo el cuello con los brazos justo cuando me besa. Es como si por fin se dejara llevar. Andréa exhala un suspiro contra mis labios, y de pronto solo deseo tenerlo dentro de mí.

Porque, joder, es aún mejor de lo que recordaba.

«¿Era necesario separarnos para poder reencontrar esta llama que parecía apagada?».

Cada caricia de sus labios sobre los míos despierta en mí un fuego que arde con una intensidad indescriptible. Es como si el tiempo mismo se hubiera suspendido, y nos ofreciera este instante precioso en el que nada más importa.

Cuando su lengua se enreda con la mía y penetra en mi boca con avidez, yo también empiezo a gemir.

—Si esto es un sueño, es el mejor de mi vida —suspira, mientras me enreda los dedos en el pelo—. Pareces tan real…

—Lo soy, idiota.

Desliza los dedos por fin bajo mi crop top y me acaricia los pechos desnudos con una ternura de lo más sensual. Se me endurecen los pezones, por primera vez en mucho tiempo.

—Dilo otra vez.

—Idiota.

—Joder, te deseo tanto… —gruñe, mientras me quita la prenda por encima de la cabeza.

Cuando la tira al suelo, no me arrepiento. Sin embargo, me gusta que estemos a oscuras. Eso multiplica las sensaciones, y así no tengo que angustiarme por cómo luce mi cuerpo…

«Esas estrías que ojalá pudiera borrar».

—Si esto es un sueño, entonces ojalá no me despierte nunca —digo.

De inmediato, me cubre los pechos con la boca. No lo veo, pero lo siento. Lo oigo chupar y lamer con calma; el deseo me hace jadear.

Sabe exactamente dónde y cómo tocarme.

Después de tres años, Andréa no lo ha olvidado. Es igual de bueno que antes —incluso mejor—, sencillamente porque me conoce de memoria. Es el único capaz de ponerme en este estado. Da la impresión de que tiene más confianza en sí mismo; antes siempre tenía miedo de hacerme daño. Me gustaba que fuera atento… pero a veces lo único que quería era que tomara el control sin pedir disculpas.

—¿Y ahora qué? —murmuro contra sus labios hinchados.

No responde de inmediato, demasiado ocupado en besarme.

—¿Sabes qué? No digas nada.

Mi cambio de opinión lo desconcierta durante un instante. Me suelta, como si me dejara la oportunidad de escapar, pero le tiro de la nuca para acercarlo a mí.

—Enséñamelo —le ordeno, incapaz de contenerme.

No lo noto aliviado, pero siento su aliento contra la boca antes de que se lance sobre mí. Creo perderlo por un segundo, pero enseguida vuelve a girarme contra él.

Estoy a punto de expresar mi decepción cuando siento que me abre los muslos con las manos.

La oscuridad es a la vez un lamento y una bendición. Cuando un sentido se ve limitado, los demás se agudizan. Estoy a punto de arder cuando me agarra el short con los dedos y tira de él. La braguita se va con la tela rozándome las pantorrillas.

Andréa no me ve, pero parece saber a la perfección dónde debe tocarme. Me besa la oreja mientras me acaricia la cintura hasta las caderas… hasta dejar la mano entre mis piernas.

Maldice en voz baja contra mi hombro cuando descubre la prueba de mi deseo. Su erección me presiona contra las nalgas mientras me acaricia el clítoris con la mano. Despacio. Con ternura.

«Tanto que se vuelve una dulce tortura».

Se me corta el aliento cuando me introduce un dedo.

Andréa se toma su tiempo. Me provoca con esmero; juega con la lengua contra mi cuello. Lo hace tan bien que me olvido de contener los gemidos. A medida que el placer crece, me muevo contra su mano.

Dos dedos.

Lo que hace con ellos es pura obscenidad, o tal vez me da esa impresión por el ruido de la humedad que me llega a los oídos.

Tres dedos.

Me repite lo mucho que le gusta, lo embriagador que es mi olor, lo mucho que desea que esto no sea un sueño. Me acaricia el clítoris con el pulgar mientras me penetra cada vez más rápido.

—Córrete en mis dedos, Jazz —suspira con una voz sexy y autoritaria que me sorprende.

Es tan inesperado que el deseo crece. Curva los dedos en mi interior y, de pronto, ya no puedo más. Gozo y reprimo los gemidos con la boca contra su otro brazo; tengo los ojos cerrados. Me estremezco varias veces bajo la fuerza del orgasmo.

Tengo los muslos empapados, y le he mojado la mano también, pero a él no parece importarle. Al contrario, tengo la sensación de que eso lo excita aún más.

Me besa con ardor, y me atrae hacia él.

—Esto es…

—No ha terminado —me corta, apretándome las nalgas contra su erección—. No he acabado. Aunque sea un sueño, quiero aprovecharlo al máximo antes de despertar. Quiero que te sientes sobre mí. Quiero encender la luz y ver la expresión que pones cuando gozas bajo mi lengua.

Me tapo la cara al oír la crudeza de esas palabras, aunque no pueda verme. ¿Dónde ha aprendido todo eso, y con quién? Nunca había estado tan… seguro durante el sexo. Aunque siempre estuvo muy bien cuando lo hacíamos.

Siempre fue muy romántico. Nunca… tan animal.

Supongo que era porque éramos unos críos. Éramos unos críos.

… Críos. Mierda.

—Espera, para.

Ha sido un error. Joder, ¿qué he hecho?

Andréa piensa en nuestro futuro, pero eso no significa que haya tomado una decisión. Él sigue queriendo tener hijos, lo ha dejado claro. No puedo permitirme ilusionarme así.

—Joder. No deberíamos haber hecho esto —digo, mientras lo aparto con suavidad—. Lo siento. Ha sido culpa mía.

Necesito toda la fuerza del mundo para conseguir liberarme del trono que me conceden sus poderosos muslos. Andréa me deja hacer, aunque sé que está decepcionado. Recojo mi crop top del suelo con las manos temblorosas. Tengo que intentarlo varias veces, a oscuras.

Mi ex permanece en silencio, y sé que no se ha movido ni un milímetro. No pregunta «¿por qué?», pero sé que lo piensa con todas sus fuerzas.

—He bebido demasiado —confieso, mientras me vuelvo a poner el short, que estaba tirado junto a él—. Hagamos como si no hubiera pasado nada, ¿vale? Al menos por ahora.

Se hace el silencio. Luego, escucho una leve risa triste, seguida de:

—Sabía que era demasiado bonito para ser verdad.

Aún cree que es un sueño.

—Es real —insisto, mientras me detengo ante la puerta—. Por enésima vez, no es un sueño.

—Y sin embargo… —susurra en la oscuridad—. Sin embargo, ha acabado igual: siempre te acabas yendo.

Capítulo 18

Andréa

Venecia, Italia

Era demasiado pronto.

No debería haber ido tan lejos anoche. Jasmine no está preparada, todavía no. No quiero forzar las cosas; quiero que esta relación dure toda la vida.

Tengo tiempo. Tengo todo el verano para hacerla cambiar de idea. Quiero que vuelva a confiar en mí.

Los tres días siguientes al baile de máscaras están teñidos de silencio y de un coqueteo apenas disimulado. Jasmine y yo nos sobresaltamos cuando nos rozamos por accidente. A veces la veo estremecerse cuando nota que la miro, durante la cena, delante de todos. Busco sus pies bajo la mesa, y ella no se aparta.

Poco a poco consigo abrirle de nuevo una puerta hacia mí.

Pero es difícil no perder la paciencia cuando el apartamento retumba por la noche bajo los gemidos de placer de Kai y Clémence.

—Me alegro mucho por ellos, pero Kai no deja de ser mi primo —refunfuña Ezra mientras paseamos por la ciudad—. Me entran ganas de arrancarme los tímpanos cada vez que intento dormir.

Mi ex suelta una risita y evita mi mirada a toda costa. Ezra, Jasmine y yo hemos salido a tomar un gelato bajo el sol.

Esta noche vamos a la ópera a escuchar a Beethoven. Según Ezra, es una parada obligatoria en Venecia. Imposible saltársela. A Jasmine, por supuesto, le pareció una idea buenísima. Apostaría a que el teatro de La Fenice estaba en su lista de cosas que ver antes de morir.

Si pudiera, iría a todos los sitios del mundo…

—Empiezo a pensar que nos han invitado a propósito —comenta Jasmine mientras lame un helado de frambuesa.

—¿Con qué objetivo?

Atravesamos juntos el puente de Rialto, y nos abrimos paso como podemos entre los demás turistas.

—¿Para provocarnos? —sugiere Ezra con gesto hosco—. Si es así, es bastante cruel.

—Lo dice el que puede tener a la chica que quiera.

Ezra hace una mueca, y entiendo que he metido la pata.

«A cualquiera no».

Jasmine parece no darse cuenta, porque no ve a Ezra de esa manera. Me avergüenza sentirme aliviado. Es como un hermano para mí, al mismo nivel que Kai.

Quiero que sea feliz…

Pero Jasmine es mi excepción. Ella es mi «prohibido tocar», la única persona a la que no puedo ceder sin luchar con todas mis fuerzas. Él la conoce desde hace apenas unos días; yo la amo desde hace diez años.

—Tengo una idea loca —lanza Jasmine de repente, tras detenerse en medio de la calle. Los dos la miramos a la vez, intrigados. Mi ex sonríe y se muerde el labio, dubitativa—. ¿Prometéis decir que sí?

—En absoluto —respondemos al mismo tiempo. Jasmine es la reina de las ideas disparatadas, bien lo vimos el otro día cuando nos tocó hacer autostop. La conozco lo suficiente como para no aceptar a ciegas.

Ella insiste y promete que será un recuerdo que nos quedará para toda la vida; veo a Ezra a punto de ceder.

—Sé fuerte, hermano.

Ya sé que acabará por aceptar: es muy aventurero. Ezra se lanza a prácticamente todo porque le gusta sentir el subidón, enfrentarse a lo imprevisible, lo desconocido. Estoy convencido de que tiene como regla durante las vacaciones no decir nunca que no, por miedo a perderse algo.

~~Eso lo tienen en común.~~

—¿Qué se te ha ocurrido, Arrietty?

Ezra se gira hacia mí, visiblemente sorprendido, con la ceja arqueada.

Jasmine se limita a señalar con el dedo el otro lado de la calle. Solo distingo una botica, y un…

—¡Vamos a tatuarnos!

Me estremezco de horror. ¿Qué le pasa? Jasmine sabe a la perfección que tengo fobia a las agujas. Siempre iba con ella a donar sangre, y era el único que se desmayaba; y eso que solo le sujetaba la mano.

—Venga, ¡será divertido! —insiste mientras me tira de los dedos, con la expresión iluminada de entusiasmo—. Será un bonito recuerdo, y una aventura que contar a la vuelta. ¿Qué hay más elegante que hacerse un tatuaje en el extranjero?

Jamás he querido tatuarme. Sé que está de moda, pero no le veo la gracia. No quiero envejecer y arrepentirme de las marcas de tinta en la piel arrugada.

Ezra es el primero en aceptar, como suponía.

—Yo me apunto.

—Para ti es fácil, si ya los tienes por todas partes —refunfuño mientras lo fulmino con la mirada.

—En todas no… —sonríe y me guiña un ojo.

Jasmine arquea las cejas, y juraría que se le enrojecen las orejas. Sé que es una idiotez, sé que no debería tatuarme solo por puro ego masculino, y sin embargo, aquí estoy.

—Vale, let's go.

Jasmine deja escapar un grito de alegría que me reconforta por dentro. Solo por eso, supongo que he tomado la decisión correcta.

Cruzo la puerta del estudio de tatuajes con desconfianza. El tatuador nos pregunta si habíamos reservado, y Ezra le explica en

italiano que ha sido una decisión improvisada. Al hombre parece gustarle la idea, porque ordena a una de sus tatuadoras que nos atienda.

—¿Has elegido lo que quieres? —me susurra Jasmine, que aparece por detrás—. ¿Una foto mía, quizá? No. ¿Una foto de tu madre?

Le doy un golpecito en la nariz, molesto. De acuerdo, quiero tatuarme a mi madre. Soy un niño de mamá. ¿Es tan grave?

—Os quiero mucho a las dos, pero no.

Sigo dándole vueltas.

Me sudan las manos por los nervios. Ezra es el primero en tatuarse. Se quita la camisa, y revela su cuerpo ya tatuado. No oigo lo que pide, pero parece señalarse el pectoral.

—No tienes por qué hacerlo —susurra Jasmine mientras me coge la mano—. Estaba de broma. Nadie va a obligarte.

—Quiero hacerlo. Yo también puedo ser imprevisible.

Ella me lanza una mueca divertida. Sabe mejor que nadie que es mentira. Eso no ha cambiado en tres años, me temo. Pero Jasmine siempre me decía que eso no tenía nada de malo, al contrario.

«Nos complementamos bien».

—Elige algo pequeño y simbólico. Así estarás seguro de no arrepentirte nunca. Como… ¿un Calcifer en miniatura? —bromea.

—Venga, sigue soñando.

Me tomo mi tiempo para pensarlo mientras tatúan a Ezra. Jasmine se sienta a su lado para observar el avance de la obra, hipnotizada por la aguja que yo evito mirar a toda costa. El simple sonido basta para ponerme la piel de gallina.

—No duele —me tranquiliza mi amigo cuando termina—. Solo pica un poco.

—El dolor no es lo que me preocupa.

Ahora luce un nuevo dibujo en la piel: lleva la frase «a heart's a heavy burden»* escrita en el pectoral, o más bien sobre el corazón, justo encima del pezón. Sencillo pero eficaz.

—Me suena de algo… ¿De dónde es? —pregunto mientras me estrujo la cabeza, en vano.

Él se encoge de hombros, misterioso.

—De una peli de anime que me gusta.

De repente, siento como una revelación. No necesito pensarlo más, ya sé lo que quiero. Y en cuanto lo sé, me invade una tristeza extraña. Tristeza, pero también calma.

—¿Puedo pasar antes que tú? —le pregunto a Jasmine, que asiente, sorprendida—. Quiero quitármelo de encima cuanto antes.

La tatuadora me invita a sentarme. Me acomodo frente a ella y le tiendo el brazo.

—Quiero un par de acianos.

La reacción de Jasmine es inmediata. Abre la boca, estupefacta, pálida… antes de ponerse a llorar. Hago como si no lo hubiera visto, y me preparo para que me claven la aguja.

La tatuadora trabaja sobre mi bíceps mientras yo aparto la mirada, con todo el cuerpo en tensión. Oigo a Jasmine disculparse y luego marcharse. Cuando le pregunto a Ezra adónde ha ido, inquieto, me responde que está en el baño.

—¿Por qué unos acianos? —me interroga con los ojos entrecerrados—. Es una petición muy concreta.

Entiendo que no ha pasado por alto las lágrimas de Jasmine. Si me dejara llevar, a mí me pasaría lo mismo. Pero mi padre siempre me enseñó a no llorar en público. «Sé fuerte», «no seas una nenaza», eran sus frases favoritas.

—Son mis flores preferidas —admito como única explicación.

Jasmine regresa como si nada cuando termino. Me enderezo para besarle la frente y me aseguro de que esté bien. Ella me evita la mirada y se sienta en la silla.

—¿Y tú qué vas a hacerte? —pregunta la tatuadora. Ezra y yo aguardamos su respuesta, impacientes.

Cuando explica su idea, no me sorprende en absoluto. Incluso me arranca una sonrisa, porque le pega muchísimo.

Jasmine se arremanga el top hasta el pecho, como una especie de sujetador, y deja al descubierto la piel fina de los costados. La observo mientras un pájaro va apareciendo poco a poco en sus costillas. Las alas parecen cobrar vida bajo su seno derecho, y el animal resulta tan realista que parece a punto de alzar el vuelo.

—Una golondrina… por la libertad —susurra.

Ezra no dice nada, pero percibo una emoción extraña que le cruza el rostro. ¿Asombro? ¿Tristeza?

No le pregunto nada.

Una hora después, salimos los tres tatuados y en un silencio extraño. Lo que debía ser una experiencia emocionante ha removido algo en cada uno de nosotros.

Al menos estoy seguro de que jamás me arrepentiré de este tatuaje. No pienso hacerme ninguno más.

Al adentrarme en la ópera La Fenice, mis pasos resuenan sobre el suelo pulido y crean un ritmo que se mezcla con los murmullos de los elegantes asistentes.

El ambiente está cargado de una expectación eléctrica; cada detalle del fastuoso decorado rezuma sofisticación y misterio. El olor embriagador de la madera encerada y de los ramos de flores inunda el aire, mientras las luces iluminan rostros sonrientes y ropas deslumbrantes.

Siento que aquí desentono.

Ezra nos había advertido que con un atuendo correcto y sencillo bastaba, pero las chicas han insistido en arreglarse. Clémence quería a toda costa llevar uno de sus vestidos de diseño, para salir bien en los vídeos de Instagram.

—¿Me haces una foto? —me pide Jasmine, mientras me tiende su móvil.

—¿Tú también te apuntas a eso? ¿Quieres ser influencer?

Ella frunce el ceño antes de reír, incrédula.

—Para nada. Solo me gustaría imprimir álbumes de fotos de todos mis viajes. Para hojearlos a veces, cuando me apetezca. Espero conservarlos hasta que sea vieja…

«Y enseñárselos a tus hijos». Casi se me escapa esa frase, pero me contengo en el último momento.

—Haré lo que pueda —prometo, al coger el móvil—. Aunque tú siempre sales bien en las fotos.

Jasmine está deslumbrantemente guapa esta noche. Lleva un vestido verde manzana de seda, ceñido al cuerpo, que resalta cada una de sus curvas, con unos tirantes hechos de flores de tela rosas y malvas. Estas se extienden hasta el busto, coronado por un escote en forma de corazón.

Las fotos salen bien, aunque nunca tanto como la realidad. Jasmine parece, sin embargo, contenta con el resultado, y eso es lo que importa. Tengo que cerrar los ojos cuando me roza al darme las gracias, hipnotizado por su perfume de naranja.

—Jazz, espera.

La agarro de la mano, lo que la sorprende.

—¿Te quieres sentar a mi lado?

Duda, pero adivino que ella también lo desea. La tentación es demasiado fuerte, y ya casi he perdido la paciencia. Desde la noche del baile de máscaras, las cosas han cambiado. Ambos hemos entendido que era imposible ser solo amigos.

—¿Te da miedo aburrirte?

—Pues claro. Por eso me gustaría tener cerca al verdadero espectáculo de la noche… Tú.

Mi atrevimiento me hace ganar puntos, porque se ríe suavemente antes de susurrarme al oído:

—Se te da muy mal ligar, Andréa Moretti.

—Y sin embargo parece que funciona.

Me lanza una mirada fulminante antes de unirse a nuestros amigos, que entran en la sala.

Me detengo un instante para admirar el esplendor que me rodea, maravillado por la grandeza de aquel lugar emblemático. Las lámparas majestuosas, los frescos delicados y las columnas imponentes crean un decorado digno de un cuento de hadas, donde realidad y sueño parecen confundirse.

La gente se mueve con gracia y seguridad, mientras intercambia saludos corteses y miradas cómplices, como si cada uno fuera el héroe de su propia historia en este teatro de la vida.

Jasmine se sienta a mi lado sin decir nada, en el extremo de la fila. Cuando las luces se apagan y quedamos sumidos en la oscuridad, el corazón me late más rápido. Soy demasiado consciente de su cuerpo junto a mí, de cómo se le acelera el pulso cuando le agarro la mano.

Nadie nos presta atención. Todo el mundo está concentrado en el escenario, desde donde resuena una música poderosa. Yo finjo escuchar también, pero tengo todos los sentidos volcados en Jasmine.

—¿Me guardas rencor por lo de ayer? —pregunto en voz baja.

—No —me tranquiliza—. Solo pienso que fue un error.

Cuando intento saber por qué, se me queda mirando el brazo, donde están tatuados los acianos, y se le endurece la expresión.

—Mientras ninguno de los dos cambie de opinión… lo nuestro será imposible.

* 'El corazón es una carga pesada', en inglés.

Capítulo 19

Jasmine

Monticchiello, Italia

Al haberse averiado el coche de alquiler, decidimos seguir en transporte público. El seguro se encargará de recogerlo una vez reparado.

Clémence quería sustituirlo, pero Ezra propuso que cogiéramos un autobús hasta Monticchiello.

—Bienvenidos a mi casa —exclama él.

«Ya estamos llegando». Existen lugares que te absorben el alma y se niegan a dejarte marchar. Solo lo había sentido una vez antes, en Vietnam, la tierra de mi familia paterna. Pero mientras el autobús serpentea por las colinas del Val d'Orcia, quedo cautivada por la belleza deslumbrante que desfila ante mis ojos.

A través de la ventanilla contemplo el paisaje, hermoso y sobrecogedor: campos dorados de trigo que se mecen con suavidad al ritmo del viento, cipreses solitarios que se alzan orgullosos contra el cielo azul intenso, y viñedos interminables que se extienden hasta perderse de vista, salpicados por pintorescos pueblos medievales que surgen entre las montañas lejanas.

La luz ámbar del sol baña cada rincón de esta tierra ancestral y crea juegos de sombras y resplandores que añaden una profundidad mágica a la naturaleza.

—Parece… perdido en medio de la nada —comenta Kai al bajar del autobús, con la nariz apretada.

—Precisamente por eso me vine aquí a vivir, imbécil. Me gusta la ciudad, pero prefiero el silencio y los campos que se extienden por el horizonte…

Yo también. Inspiro profundamente el aire puro y fragante del campo toscano, saturado de aromas sutiles de flores silvestres y hierbas aromáticas que tapizan los senderos.

Mientras me impregno de la serenidad y de la belleza de este paisaje, me invade una intensa sensación de paz y bienestar. No puedo evitar pensar que podría vivir en este paraíso terrenal, rodeada de esta magnífica naturaleza preservada.

El valle de Orcia parece un lugar donde el tiempo se detiene, donde cada instante es una invitación a la contemplación.

—Oh, creo que aquí voy a ser feliz…

—Arrietty no puede dejar de ser Arrietty —sonríe Andréa.

Ezra recoge las maletas y nos invita a seguirlo.

—Mi villa está un poco más allá, pero podemos ir andando. Luego iremos en mi coche a hacer la compra antes de que cierre todo.

—¿Tienes una villa?

Kai pone los ojos en blanco y me explica que el término «villa» significa cosas distintas dependiendo del país. Ezra replica que la envidia no le sienta bien, y eso me hace reír. Supongo que es lógico, es arquitecto.

Caminamos por el pueblo de Monticchiello, que será nuestro último destino del viaje. Ezra es tan generoso que nos ha invitado a todos a quedarnos en su casa durante las próximas semanas.

—Ya hemos llegado.

Levanto el rostro, jadeante por las subidas y bajadas del camino. La villa que se alza ante nosotros es impresionante. La fachada cuenta con doce ventanas distribuidas en dos pisos; toda ella está cubierta de hiedra, enganchada a la piedra de un color beige majestuoso.

Un porche exterior sostenido por vigas de madera cobija un gran sofá, una mesa y unas tumbonas.

—¿Todo esto es tuyo? —pregunta Andréa, abarcando el paisaje con la mirada.

Ezra asiente.

—Son 1,7 hectáreas de jardín privado. Planté árboles frutales, olivos… incluso hay cipreses allí al fondo. La piscina está más abajo, luego os la enseño.

Tengo que contenerme para no abrir la boca de asombro.

—¿La has construido tú?

—Sí. Me llevó varios años, pero sabía exactamente lo que quería.

Lo entiendo. Es su oficio, al fin y al cabo. Yo también querría comprar una casa algún día, pero aún no sé dónde. Espero viajar lo suficiente para descubrir qué lugar me gusta más.

«De momento debo admitir que la Toscana me ha robado el corazón».

—Poneos cómodos, estáis en vuestra casa —nos da la bienvenida Ezra al abrir la puerta principal—. Menos tú, Kai.

—Demasiado tarde, cabrón.

La casa de Ezra es tan increíble que me enamoro a primera vista.

El vestíbulo es amplio y luminoso; parece sacado de una revista de decoración. El salón con dos ambientes es espacioso y cuenta con chimeneas de mármol, perfectas para relajarse junto al fuego en invierno. El elegante comedor puede acoger cenas especiales y se abre a la cocina. Esta tiene una gran isla central y ventanales que dan a la parte trasera de la villa.

—Hay cinco dormitorios y dos baños —nos informa Ezra al pie de la escalera—. Uno con ducha italiana, el otro con bañera. Yo duermo en el primero a la derecha. Apañaos con el resto.

Kai y Andréa se precipitan hacia la planta de arriba. Los dos idiotas se pelean en la escalera, cada uno empeñado en quedarse con el mejor cuarto. El primero defiende que tiene derecho a la habitación más grande porque está de luna de miel. El segundo lo manda a la mierda sin molestarse en dar argumentos.

—Chicas. ¿Os sirvo algo de beber? —propone Ezra mientras se dirige a la cocina.

—Me vendría bien —acepta Clémence, y se deja caer en uno de los sofás—. Este trayecto en autobús me ha dejado muerta.

Rechazo la oferta y abro el ventanal para aventurarme más allá.

El sol me lame la piel nada más salir.

«Oh… guau».

Me cuesta creer que esta sea la vista que Ezra contempla cada mañana al despertar. Lo admito: me da un poco de envidia. Solo se ven campos infinitos y, más allá, un cielo bañado en una luz dorada.

Me quito los zapatos para sentir la hierba bajo los pies, tranquila. Encuentro unos escalones irregulares que llevan a la piscina. Está excavada en la piedra, rodeada de plantas de romero, y ofrece una vista impresionante sobre el monte Amiata.

Me siento para mojarme los pies, con los ojos cerrados.

No sé cuánto tiempo permanezco allí, en silencio. ¿Una hora, quizá dos?

Cuando Clémence me propone ir a hacer la compra, reparo en la sonrisa tonta que tengo.

Hay una anciana en el salón de Ezra.

Clémence y yo acabamos de volver, y no encontramos a los chicos por ninguna parte. Solo hay una mujer mayor, sentada en el sofá con una taza de té entre las manos.

—Ehm… ¿Buenos días?

Clémence se inclina hacia mí y susurra: «Dime que tú también la ves». Le lanzo una mirada fulminante antes de presentarme, con los brazos cargados de bolsas de papel.

—¿Es usted amiga de Ezra?

—Su vecina —responde con un marcado acento italiano—. Le he cuidado las plantas mientras estaba fuera.

No sé dónde vive, porque la villa de Ezra parece aislada de cualquier otra casa, pero asiento con una sonrisa. Clémence me tira

del brazo para que la ayude a guardar la compra, y nos vamos a la cocina.

Kai y Andréa entran por la puerta de cristal, muertos de risa, en bañador. Tienen el pelo empapado y salpican las baldosas.

—Os aviso de que os va a tocar limpiarlo —amenaza Clémence.

—Sí, cariño —promete Kai tras darle un beso en la sien—. Nos hemos dado un chapuzón y el agua está perfecta. Tenéis que probarla.

Andréa me pregunta si todo ha ido bien, y justo en ese momento Ezra baja las escaleras. Le tiende una chaqueta negra a la anciana, con una sonrisa en los labios.

—Tenga, es lo único que tengo. Espero que le sirva a su hijo.

—Tiene su edad, debería irle bien. Gracias, caro.*

—Os presento a todos a Ginevra. Mi abuela del alma.

Noto el cariño con el que la mira, y me enternece. Imagino que la vida aquí debe de ser bastante solitaria. Kai vive en Francia, como la mayoría de sus allegados, y su familia lejana reside en Japón.

«¿Por qué decidió marcharse tan lejos?».

Nos sentamos todos alrededor de la mesa para tomar un tentempié, y Ezra nos cuenta cómo conoció a Ginevra y a su marido. Parece ayudarlos bastante a menudo, ya sea con la casa, el coche o con la compra.

—¿Haces chapuzas para los demás? —se sorprende Kai.

—Y no solo nos ayuda a nosotros —responde Ginevra en lugar de Ezra—. Le echa una mano a todo el pueblo. Aquí hay muchos ancianos como nosotros… Los jóvenes solo vienen de vacaciones.

Ezra parece un poco incómodo por el rumbo de la conversación. Kai lo mira con aire burlón, mientras yo recuerdo lo que su primo me dijo aquel día en la playa:

«Mi nombre significa, literalmente, ‹ayuda›. Supongo que mi destino es ayudar a los que lo necesitan».

Imagino que Ezra no tuvo más remedio que ser un niño salvador, al tener en cuenta lo que ya me contó de su familia. No sabe actuar de otra manera.

—Es un buen chico —lo halaga ella, mientras le da una palmadita en la mejilla como a un niño—. Aunque no sabe decir que no.

—¿Cómo podría negarte algo cuando me miras así? —bromea él.

Ella suspira, y nos mira con hastío.

—Además, es un gran seductor.

—Eso ya lo hemos comprobado —confirmo yo, incapaz de contener una sonrisa.

Ezra presenta a Kai como su primo y a Clémence como su cuñada. Ginevra los felicita antes de girarse hacia Andréa y hacia mí. No dice nada, pero distingo que se le arruga un poco la frente.

La tensión es tal que hasta Ezra la percibe.

—¿Todo bien, Gin?

—Vosotros dos. —Me pongo rígida cuando nos señala con el dedo y pone una mirada curiosa—. Habrá que limpiar enseguida este mal aire. Es irrespirable.

—¿Perdón…?

Ezra carraspea antes de explicarnos que Ginevra es… médium. Estoy a punto de echarme a reír, pero mi amigo parece decirlo totalmente en serio.

—Puede notar el aura, y siente cosas que nadie se atreve a decir en voz alta. Es bastante… increíble.

—Acojonante, querrás decir —comenta Kai.

Ginevra me escruta de pies a cabeza en silencio, antes de pasar a Andréa. Este se ha cerrado de inmediato como una ostra.

«No me gusta nada esto».

—¡Siempre he soñado con visitar a una vidente! —se entusiasma Clémence mientras se inclina hacia la anciana—. ¿Puede probar conmigo?

Ezra le lanza una mirada fulminante, pero Ginevra le coge la mano a mi amiga. Nadie más dice nada mientras le clava los ojos, negros como la noche, a Clémence. Contengo la respiración; me niego a creer en ello.

—Veo… un secreto —declara Ginevra—. Escondéis algo a vuestros seres queridos. Los dos.

Todas las miradas se vuelven hacia Clémence y Kai, que han dejado de sonreír. El corazón me late desbocado ante la prueba evidente de que todo esto es real.

—Es un secreto feliz —añade la anciana—. Veo… un bebé. No… Dos bebés.

Clémence retira la mano de golpe, atónita.

Yo no reacciono. Me quedo rígida ante la noticia.

—¿Cómo lo ha sabido? —murmura Kai, aterrorizado.

Ezra le pregunta si es cierto, y Clémence se tapa la cara con las manos. Cuando vuelve a mostrarla, irradia felicidad.

—No quería decíroslo tan pronto, pero… estoy embarazada.

«Oh».

Mi primer reflejo es mirar a Ezra, que hace exactamente lo mismo. Se supone que debería estar feliz por Clémence; cualquiera saltaría de alegría y correría a abrazar a su amiga.

Y es lo que quiero hacer. Estoy feliz por ella. Pero mi cuerpo se niega a reaccionar, y me limito a quedarme sentada, mientras Ezra y Andréa felicitan a los recién casados.

«Van a ser padres. Van a tener un hijo».

En silencio, me limpio una lágrima solitaria, aunque Andréa lo ve y me posa una mano tranquilizadora en la nuca.

—Enhorabuena —digo con una sonrisa al ponerme también en pie —. Vais a ser muy felices.

«Lo espero de corazón».

—¡Esperad un momento! —exclama Clémence—. ¡Ha dicho dos bebés! ¿Vamos a tener gemelos?

Me vuelvo hacia Ginevra en busca de confirmación, pero ella me observa detenidamente al responder:

—No.

Clémence parece decepcionada.

—No entiendo…

—El segundo es suyo —revela Ginevra, mientras me señala.

El mundo se me viene abajo. Estoy en estado de shock, a punto de desmayarme o de romper a llorar.

Soy incapaz de apartar la vista de Ginevra mientras todos me miran con los ojos muy abiertos. Se hace un silencio absoluto. Me pongo a temblar mientras intento responder con la voz rota:

—Yo… yo no estoy embarazada.

Clémence me llama, Andréa propone cambiar de tema, y yo sigo allí, a punto de vomitar sobre la alfombra.

—Veo un bebé aferrado a ti —añade Ginevra.

«No. No, no, no. Eso es imposible».

~~No puede saberlo.~~

Imágenes que había enterrado con todas mis fuerzas me golpean de lleno, tres años después. Intento apartarlas, pero ya es demasiado tarde.

Tras tres años de negación, tres años fingiendo, la herida se ha reabierto… y no estoy segura de ser lo bastante fuerte para afrontarlo.

—Yo… No es…

Soy incapaz de hablar, sencillamente porque ya no tengo fuerzas para mentir. Quizá también se deba a las lágrimas que me asfixian y me nublan la vista.

La desesperación me vence y me disculpo en voz baja, con la mirada clavada en el suelo.

Oigo a Andréa llamarme, pero ya me he marchado.

Abro las puertas acristaladas que dan al jardín… y echo a correr.

* Término cariñoso en italiano que significa ‹querido›.

Antes

Jasmine

París, Francia

Dos rayas.

Sigo mirando fijamente el test de embarazo que tengo en la mano, desconcertada. Efectivamente, una segunda raya empieza a aparecer… igual que en los tres tests anteriores, que ahora están en la papelera del cuarto de baño.

Es cierto que Andréa y yo dejamos de hacerlo con preservativo, pero yo tomo la píldora anticonceptiva a rajatabla. Tengo mucho cuidado. Siempre soy prudente, sobre todo desde que me diagnosticaron endometriosis el año pasado.

La ginecóloga me había advertido, sin embargo, de que tendría problemas de fertilidad, cosa que me tranquilizó de inmediato. Pensaba que no tendría que preocuparme por esa posibilidad.

«¿Cómo es posible, joder?».

Las lágrimas me nublan los ojos y suelto una maldición. No estaba previsto. No puedo tenerlo… ¿o sí? Solo tenemos veinte años. Todavía estamos en la universidad, y pagamos el alquiler con trabajos a media jornada.

¿Cómo se supone que vamos a ocuparnos de un bebé? ¿Tendríamos que dejar los estudios? ¿Echar a perder mi futuro? ¿Quedarme en casa todo el día, levantarme cada dos horas por la noche?

«Antes prefiero morir».

De inmediato siento remordimientos por ese pensamiento egoísta. No es contra él, en particular. Simplemente… soy demasiado joven para tener hijos.

~~Ni siquiera sé si los querré algún día.~~

Entierro este secreto en lo más hondo de mí, porque aún no estoy preparada para afrontarlo.

«Voy a abortar». No pasa nada, le ocurre a muchas personas. Mi madre abortó nada más y nada menos que seis veces, antes y después de tenerme a mí.

Una vocecilla perversa me acusa de asesinato, pero soy lo bastante razonable como para saber que, en este punto del embarazo, el feto no es más que una pepita de sandía.

—¿Jazz?

Doy un respingo al oír la puerta del piso cerrarse de golpe, y después el ruido de unas llaves al caer sobre la mesa.

—¡Estoy en el baño! —grito de vuelta.

Me apresuro a hacer desaparecer las pruebas. Meto papel en la papelera para tapar los tests y rocío la habitación con ambientador para disimular el olor a vómito.

Salgo del baño tras respirar hondo. Andréa me sorprende con un abrazo por la cintura y hunde el rostro en mi cuello.

—Joder, cuánto te he echado de menos hoy.

Le abrazo yo también, aliviada por su presencia. He sido tonta al pensar, aunque solo fuera un segundo, que estaba sola en esto. Somos un equipo. Sea lo que sea lo que decida hacer, sé que me apoyará.

—¿Qué tal el día? —pregunto mientras me besa distraídamente la oreja.

—Aburrido. ¿Y el tuyo?

Siempre la misma respuesta, como si odiara vivir aquí. A veces me lo pregunto. Al contrario que yo, a Andréa no le gusta salir. Sabía

que era casero, pero ¿tanto…?

No sé si prefiere quedarse en el piso porque no le gusta conocer gente o porque siempre está muy preocupado por el dinero.

—Un poco movido.

No sé cómo abordar el tema. Más que nada, temo su reacción. ¿Se enfadará? A día de hoy Andréa gestiona mucho mejor la ira, pero si piensa que lo he hecho a propósito para tenderle una trampa…

«No. Es un buen tío. Todo saldrá bien».

—¿Qué ha pasado? —se preocupa de repente.

Me suelta para mirarme de frente y me pone las manos a ambos lados de la cara. Noto cómo busca alguna señal en mi rostro, una respuesta, pero no encuentra nada.

—Llevo todo el día enferma…

—Ya estabas pachucha ayer. Creo que deberías ir al médico —me aconseja Andréa, mientras me pone una mano en la frente—. No tienes fiebre, eso es bueno.

Sonrío. Es encantador. Me gusta mucho cómo cuida de mí. Andréa es el novio perfecto… y estoy convencida de que será un buen marido.

«Y también un buen padre».

Solo que… ahora no es el momento. No hasta que lo haya pensado de verdad.

—Andréa.

—¿Mmh?

Trago saliva, muerta de miedo. Hay mil maneras de contarlo: algunas mujeres imprimen su primera ecografía, otras tienden el test positivo en el que han meado.

Yo… me lanzo, sin más.

—Creo que estoy embarazada.

Espero a que la información le cale en el cerebro. Tarda unos segundos. El pliegue de preocupación en la frente le desaparece de inmediato, y abre mucho los ojos.

—¿Q… qué? —balbucea, mientras me clava la mirada en el vientre plano—. ¿Cómo que embarazada? No, quiero decir: ¿cómo que «crees»?

—En realidad, estoy bastante segura. Me he hecho cuatro tests distintos y todos han dado positivo.

—Joder.

Asiento, e intento apoyarlo. Andréa se lleva las manos a la cabeza, atónito. No dice nada más y empiezo a entrar en pánico. Sé que es absurdo, pero me da miedo que me deje, y que me culpe.

—Lo siento —me apresuro a decir antes de insultarme en silencio por haber dicho eso—. Bueno, al fin y al cabo estábamos los dos. No es del todo culpa mía.

—Por supuesto que no. No se me ha pasado por la cabeza, ni por un segundo…

—No sé qué ha pasado.

—Jazz…

—Pero estamos de acuerdo en que somos demasiado jóvenes. No lo habíamos planeado, y además no tenemos sitio. Mañana mismo pediré cita y…

—¡Jasmine Pham!

Me callo, ruborizada. Me doy cuenta de que Andréa no se ha contagiado de mi estado de pánico; al contrario. Tiene los ojos llenos de lágrimas, y me miran con amor y gratitud.

Con su sonrisa, ilumina París mucho mejor que la Torre Eiffel.

—Vamos a tener un bebé —susurra, con las manos sobre mi vientre—. No es una mala noticia, ni de lejos. ¿Por qué iba a serlo?

Ah, ya entiendo. Está feliz. Peor aún: quiere que lo tengamos.

No sé por qué me sorprende. Lo conozco mejor que a nadie. Andréa sueña con una familia construida a imagen y semejanza de la de sus padres.

De todos modos, me desconcierta la facilidad y la rapidez con la que acepta la situación. ¿No debería hacerse preguntas prácticas?

—¿Porque tenemos veinte años? —propongo, dudosa—. ¿Porque no tenemos dinero y no hemos terminado los estudios?

~~Porque tengo demasiados proyectos, demasiados sueños aún por cumplir.~~

—Eso son detalles.

—No estoy de acuerdo… Andréa, esto es serio.

«Estamos hablando de un bebé, de un ser humano de verdad».

Se da cuenta enseguida de que no estoy tan entusiasmada como él con esta idea, y la sonrisa se le borra. Me rompe un poco el corazón, porque nunca he querido ser el motivo de su tristeza. Pero esta situación me supera. Las palabras de mi madre y de mis tías se me repiten en bucle en la cabeza: «De verdad, no tienes instinto maternal».

Durante mucho tiempo, ese comentario me dolió. ¿Cómo se suponía que iba a tener instinto maternal si ni siquiera era madre? Si aún era una niña.

La verdad es que nadie sabe ser madre antes de serlo. El instinto maternal no es más que una ficción.

—Me lo tomo muy en serio —me tranquiliza Andréa.

Se recompone y me propone que nos sentemos a hablar; eso es lo que hacemos.

—Entiendo que te dé miedo —empieza, mientras me acaricia la mano—. Yo también estoy aterrado. Y, al mismo tiempo… joder, era lo que necesitaba; algo a lo que agarrarme.

Frunzo el ceño. No sé a qué se refiere. Sé que a veces se arrepiente de haber dejado a su familia, que la echa de menos, pero hemos conseguido construir una vida que nos gusta. Un bebé no debería cargar con esa responsabilidad. No se tienen hijos para que te hagan sentir mejor o te levanten el ánimo. Se deben tener cuando uno está seguro de poder darles tiempo, amor y seguridad material y económica.

Yo aún no estoy en ese punto.

—Te quiero, Arrietty. Te quiero con locura, y eso no va a cambiar.

—Genial, pero el amor no sirve para pagar los pañales. Tener un bebé significa no poder hacer viajes durante varios años. Olvídate de la vuelta al mundo, del road trip por América Latina, de las aventuras sin preocuparte por el día de mañana.

Nada volverá a ser como antes.

—Mis padres podrían ayudarnos un poco al principio —propone Andréa—. Yo podría dejar la universidad y buscarme un trabajo de verdad.

Os mantendré, te lo prometo.

Le digo que no con la cabeza, porque me niego a que arruine sus estudios por esto. Pero entiendo, por su sonrisa de alivio, que era lo que quería desde el principio: una excusa para poder dejar de estudiar.

«Odia su vida aquí».

Me culpo por no haberlo visto antes. Todo esto es culpa mía, y él no se atrevió a decírmelo. Fingió, durante dos largos años, para hacerme feliz.

Igual que yo dejé de lado por un tiempo mi sueño de viajar porque él lo detesta.

—¿Te imaginas? —añade con una sonrisa soñadora—. Una niña o un niño que tenga tus mismos ojos… Podríamos comprar una casa cuando volvamos a Gordes, con un gran jardín. Te gustan los perros, podríamos adoptar uno cuando nazca el bebé; así crecerían juntos.

Lo imagino, en efecto. La imagen va tomando forma en mi mente a medida que me la describe, y me debato entre la angustia… y la alegría.

Porque puedo verle en los ojos lo feliz que le hace. Es su objetivo en la vida, lo que siempre ha soñado. Y todo lo que Andréa desea, yo también lo quiero. Ahora somos nosotros dos contra el mundo entero.

«O más bien tres».

Por instinto, me pongo la mano sobre el vientre. No siento nada, pero aún es demasiado pronto.

Quizá tenga razón… La imagen de un niño que se le parece me invade la mente, y me derrito. Una casa en Gordes tampoco está tan mal…

Siempre podré viajar después. En cuanto a la universidad, ya me las apañaré.

—Creo… que me gustaría —murmuro.

Estoy locamente enamorada de Andréa Moretti. Eso es lo más importante para mí. Quiero que seamos felices. Tal vez este embarazo sea una señal. Quiero darnos una oportunidad y creer en ello.

—¿De verdad?

Asiento con una sonrisa, de repente emocionada con la idea de tener este bebé. Lo estamos haciendo de verdad. Vamos a tener una familia.

Andréa me besa en los labios con locura. Le devuelvo el beso entre risas, como anestesiada.

—Tengo que decírselo a mi madre —exclama.

—Ehm… ¿Y si esperamos a la primera cita?

Aún es demasiado pronto…

No quiero enfrentarme a todo tan de golpe. Quiero quedarme en esta burbuja que hemos creado y en la que ahora somos tres.

—Me has hecho el hombre más feliz del mundo, Jasmine Pham —sonríe, mientras apoya su frente contra la mía—. Te lo voy a devolver durante toda la vida… Te lo prometo.

Lo hago callar con un beso, invadida por una sensación de emoción y de esperanza. Entierro las dudas en lo más profundo de mí, como siempre he hecho…

… temiendo el día en que todo estalle.

Capítulo 20

Andréa

Monticchiello, Italia

Jasmine ha desaparecido.

La vecina de Ezra se ha marchado a su casa después del desastre que ha provocado sin querer, no sin antes disculparse. Clémence está en shock, Kai no dice nada, y Ezra me pregunta si no debería salir corriendo en busca de mi ex.

—Pronto anochecerá —añade mientras vuelve a mirar por la cristalera—. Hace una hora que se ha ido. Podría haberse perdido, o haberse hecho daño.

Niego con la cabeza, sentado en el sofá. Siento como si tuviera una flecha clavada en el pecho. Me cuesta respirar, el corazón me duele, pero resisto.

«Veo un bebé aferrado a ti».

Creí que iba a ponerme a llorar al instante. Ese bebé…

Nuestro bebé…

—Está bien —lo tranquilizo con voz cansada—. Solo necesita estar sola. Volverá cuando se sienta preparada.

Ezra asiente y confía en mí. Propone empezar a preparar la cena, pero me levanto.

—Déjame hacerla a mí. Necesito… distraerme.

Cocinar siempre me ayuda en este tipo de situaciones. Ezra lo percibe, por eso me da permiso para usar su cocina.

—No entiendo qué significa —interviene Clémence, al girarse hacia mí—. Andréa, explícanoslo.

La ignoro y me limito a elegir las verduras adecuadas. Pienso qué puedo preparar con lo que hay y opto por unos rigatoni con calabacín y parmesano.

—No tiene por qué hacerlo —responde Kai por mí—. Es su vida privada.

—¡Pero somos sus amigos! —insiste ella—. Todos sufrimos con su ruptura. De la noche a la mañana tuvimos que ir con cuidado y, sobre todo, tomar partido, sin ni siquiera saber el motivo.

Me pongo a cocinar en silencio mientras Clémence sigue intentando sonsacarme algo. Kai y Ezra guardan silencio porque ya lo han entendido.

Se compadecen.

Al ver mi reflejo en la cristalera, me quedo mirando el tatuaje aún fresco que tengo en el brazo. Un par de acianos.

Aciano.

Mi flor favorita, para siempre.

—Ahí está —murmura Ezra cuando la pasta está terminando de cocerse.

A través de la ventana distinguimos a Jasmine. Camina despacio por el campo, con la cabeza gacha. No le veo bien la cara, pero sé perfectamente lo que siente.

Compartimos el mismo dolor, el mismo duelo.

~~Aunque no lo hayamos vivido de la misma manera.~~

—No se lo mencionéis —les ruego mientras termino de poner la mesa—. Haced como si nada, salvo que saque ella el tema.

Todos asienten en silencio. Kai pregunta quién ha visto la última temporada de Alice in Borderland, lo que abre un nuevo tema de conversación.

Por dentro me estoy muriendo, pero me preparo para fingir. Por ella. Por nosotros.

Cuando Jasmine cruza la cristalera y entra en la casa, noto cómo la atmósfera cambia. Todos se tensan, y la expresión compasiva de Clémence no ayuda. Kai la reprende con la mirada, pero Jasmine ni siquiera los ve.

—He preparado la cena —anuncio, mientras le señalo la cazuela —. Llegas justo a tiempo. ¿Nos sentamos?

Parece abatida. Tiene los ojos rojos e hinchados; ha estado llorando sin parar. Aun así, me regala una sonrisa radiante.

—Genial, me muero de hambre. Voy a lavarme las manos.

Se mete en el baño bajo nuestra mirada inquieta. Soy consciente de que nuestro pasado acaba de enturbiar el ambiente y me disculpo con los demás.

Ezra me manda a la mierda, y Clémence lamenta no haber podido ser un apoyo para su amiga.

Me gustaría decirle que eso era lo único que yo deseaba: hablarlo. Contárselo a alguien, compartir nuestro dolor. Pero Jasmine, la reina de la negación, se negó a hacerlo.

«No quiero tener que explicarlo, una y otra vez».

«No necesito su compasión. No quiero… recordarlo».

Así que eligió olvidar. Hasta darse cuenta de que era imposible… y de que tendríamos que vivir siempre con la herida que dejó esa pérdida.

—¿Es normal que me hayas puesto un cuchillo de untar? —se queja Kai, mientras levanta el objeto en cuestión.

Jasmine se sienta a mi lado y despliega la servilleta, mientras yo contesto:

—Oh, perdón, pensaba que los cubiertos iban en función de la edad mental de cada uno.

Me dedica un corte de mangas que le devuelvo, seguido de un corazón con los dedos. Clémence suelta una risita y me dice que estoy resentido con su marido porque se quedó con la mejor habitación de la casa.

Ezra le pregunta de cuál se trata.

—La que está a la izquierda del baño, con vistas a la piscina.

Su primo frunce el ceño antes de llevarse un poco de pasta a la boca. Kai nos mira a uno y a otro, suspicaz.

—¿Qué pasa? ¿Cuál es el problema?

—Nada, nada. Solo… no te sorprendas si notas una presencia durante la noche.

Se hace el silencio. Todos lo observamos sin decir palabra. Kai le dice que solo está intentando asustarlo, pero Ezra se queda muy serio.

—Ah, no, pero que no cunda el pánico, ¿eh? Es muy maja. No es maquiavélica ni nada por el estilo.

—¿Pero quién?

—Arabella. ¿No os lo había dicho? —se extraña—. Juraría que sí.

Kai deja escapar una leve queja.

—Te lo ruego, dime que es el nombre de tu perra.

—No. Es posible que la casa esté encantada.

Jasmine parece interesarse por fin en la conversación. Kai ordena a su primo que deje de mentir mientras Clémence le suplica que dé más detalles. Yo, por mi parte, le pregunto cómo podría estar embrujada su casa si la había mandado construir él mismo.

—Porque se construyó sobre un antiguo cementerio —explica con la boca llena—. Por eso nadie quería comprar este terreno.

Entrecierro los ojos, poco convencido. No logro saber si habla en serio o si se está inventando semejante trola para divertirnos… o mejor aún: para distraernos.

Sonrío en secreto. «Es mi amigo por algo».

—Prometido, no es peligrosa. Creo que más bien busca un poco de compañía…

—¿Y cómo sabes su nombre? —pregunta Jasmine.

Ezra le sostiene la mirada antes de encogerse de hombros, visiblemente satisfecho de haber captado su atención.

—Se lo puse yo, en honor a los Arctic Monkeys. Es su canción favorita.

—¿Y qué hace exactamente? —pregunta Clémence, mientras da un sorbo de agua—. ¿Mueve los muebles? ¿Da portazos? ¡Me parece fascinante!

Ezra se recuesta en la silla, sube una rodilla y responde:

—A veces, me deja palabras en el espejo empañado cuando salgo de la ducha. El otro día, me estaba cepillando los dientes cuando

escribió: «Sexsi»: S, E, X, S, I.

—Vale, ya te estás riendo de mí —refunfuña Kai.

Intercambio una sonrisa con Jasmine, lo que me anima a añadir:

—Seguro que es disléxica, como yo. No está bien que te burles de ella, Kai. No somos menos inteligentes que tú, ¿sabes?…

Jasmine estalla en carcajadas sin poder controlarse, y yo lo cuento como una victoria. Le hago una seña a Ezra para que continúe. Él sigue con gusto:

—A veces solo se pone a tararear. Hay noches que me despierta con su dulce voz.

—¿Qué canta? —susurra Clémence, que parece creérselo demasiado.

—Muchas canciones de Maître Gims. Pero también La Goffa Lolita, su favorita.

Me parto de risa con una servilleta en la cara. Jasmine me sigue poco después y le reprocha a Ezra que intente hacerles creer esas tonterías.

Él alza las manos con gesto inocente.

—Bah, si ni siquiera me lo he llegado a creer —dice Kai, terminando su plato—. Que venga Arabella, la recibiré como se…

En ese mismo instante, se escucha un sonoro «boom». Todos, salvo Ezra, soltamos un grito de terror. Al girarme, veo que la maleta de Kai acaba de caerse… sin motivo alguno.

Todos nos giramos lentamente hacia él; está pálido.

—La has enfadado —murmura Ezra.

Me sé de uno que no va a pegar ojo esta noche.

Mi habitación es pequeña, pero perfecta. Tengo que admitir que Ezra tiene buen gusto. Todo es bonito, moderno y auténtico a la vez.

Después de una ducha caliente de cuarenta minutos, con mil pensamientos intrusivos a la vez en la mente, por fin me meto en la cama.

La ventana está abierta y deja que la luz de la luna ilumine la habitación oscura. Me pregunto cómo estará Jasmine. Me habría gustado tranquilizarla, abrazarla, pero sabía que era mejor dejarla tranquila.

Si no está preparada para enfrentarse a ello, nadie conseguirá jamás obligarla.

Cojo el móvil, con la intención de desearle al menos buenas noches.

Andréa: «Si Arabella te visita, proponle cantar Sapés comme jamais a dúo».

Casi al instante, escucho un suave ruido al otro lado de la puerta. Me pongo rígido, con la idea tonta de que también he conseguido molestar al fantasma imaginario.

Pero cuando voy a abrir, veo aparecer el rostro de Jasmine.

—No me sé la letra —dice para justificar su presencia.

«Traducción: necesito estar contigo esta noche».

—¿Quieres dormir conmigo?

Ella asiente, de modo que abro la puerta más para invitarla a entrar. No se hace de rogar y se acurruca entre las mantas. Sonrío al ver que ha ocupado automáticamente el lado derecho, aunque sea el que está al lado de la puerta, sencillamente porque es el suyo.

—¿Estamos de acuerdo en que era una tontería? —pregunta mientras me tumbo con ella—. Si es así, Ezra miente mejor de lo que pensaba. ¡Qué sabandija! Casi consigue engañarme.

Podría parecer que Jasmine está bien. Sonríe, hace bromas, se ríe. En resumen, salva las apariencias. Pero por dentro, ni me atrevo a imaginar la guerra que libra consigo misma.

—Creo que se estaba riendo de nosotros, en efecto. Pero más vale prevenir que curar, ¿no?

Ella asiente sin decir nada. Le deseo buenas noches, tumbado frente a ella, y cierro los ojos. Tenerla cerca, como antes, me electriza por completo. Había echado mucho de menos esta cercanía, esta sensación de familiaridad y de consuelo.

Permanecemos así un buen rato. Al principio creo que se ha dormido, pero de pronto rompe el silencio:

—He plantado acianos en mi jardín, ¿sabes?

El dolor regresa, esta vez como un puñetazo en el vientre tan violento que me deja sin aire.

—¿Crecen bien?

—Sí. Son jóvenes, pero están sanos… Los cuido.

¡Y eso que en su día se le morían hasta los cactus! Me gustaría poder reírme de ello, pero es demasiado. Le respondo que debería mandarme fotos cuando vuelva a casa.

Asiente en silencio y temo que no se atreva. Tomo su comentario como una señal de que está lista para hablar, para abrirse en canal. Decido entonces lanzarme, con el corazón acelerado:

—¿Piensas en él, a veces?

Una pausa. Un suspiro.

—Todo el tiempo.

Es una pregunta estúpida. Aun así, siento un extraño alivio al escuchar su respuesta. Creía que me estaba volviendo loco, pero me doy cuenta de que estamos en la misma situación. Ella seguramente más que yo, después de lo que pasó…

«Comprendo que ya no quiera tener hijos después de aquello».

¿Cómo podría reprochárselo? El trauma es real y nuestra ruptura no hizo más que empeorarlo. Y todo porque no supimos gestionar el duelo. Tenía razón, aquel día. Éramos demasiado jóvenes, no estábamos preparados. ¿Pero quién iba a imaginar que acabaría así?

—A veces… pienso que me guardas rencor —confiesa en voz muy baja—. Que me consideras responsable.

—Jazz… Jamás.

—Me dejaste unos meses después —me recuerda con amargura. «Imbécil, imbécil, imbécil»—. Y aún me culpo por ello. Nunca quise…

—No te preocupes, lo sé —la interrumpo.

—Creo que nos pasa a los dos lo mismo —ríe con tristeza—. Yo me siento culpable, pero me niego a remendar los errores. Así que prefiero acusar a los demás.

Cierro los ojos para rechazar la tristeza, pero esta encuentra un resquicio por el que colarse. Busco la mano de Jasmine en la

oscuridad y ella la aprieta en respuesta.

—Nada fue culpa tuya —la tranquilizo—. Lo siento si te hice sentir lo contrario.

—Creo que necesito un abrazo.

—A sus órdenes.

Me acerco para estrecharla. Jasmine se entrega a mi abrazo, con la cabeza cómodamente apoyada contra mi pecho. Aspiro el aroma limpio de su cabello mientras le acaricio la espalda con ternura.

«Me gustaría quedarme así para siempre».

No quiero volver a pelearme con ella, no quiero volver a ver la decepción ni el rencor en sus ojos.

—Jazz. Te dejé porque tenía miedo. Pero también… porque sentía que si no lo hacía yo, lo harías tú.

Ella levanta la cabeza hacia mí, boquiabierta.

—¿Qué te hace pensar eso?

—Por entonces, discutíamos constantemente —le recuerdo—. Me reprochabas muchas cosas, a veces con razón —admito—. Te encerrabas en el silencio muy a menudo. Así que empecé a pensar… que te habías cansado, pero que no te atrevías a irte, quizá por miedo a hacerme daño.

Es la verdad. Nunca me sentí a su altura, pero en los últimos tiempos era peor aún. Tenía siempre la impresión de hacer algo mal. Mi madre intervino en cuanto supo lo de la infertilidad de Jasmine… y quiso meter baza.

«Por mi bien».

Hoy me doy cuenta de que ella es la única persona que necesito para vivir.

Mi primer amor… y el último.

—Sufría mucho —explica ella en un susurro de dolor—. Igual que tú con la ira, yo no supe sacarlo de la manera adecuada. Lo siento.

Le doy un beso en la sien, señal de que todo está perdonado, y ella me frota la nariz contra el torso desnudo en respuesta.

Después hablamos de todo y de nada. Le cuento cómo conseguí un trabajo en un restaurante de lujo en Niza y cuánto le agradezco a Zélie su amistad.

Me pregunta por ella, así que se lo cuento todo: nuestras carcajadas detrás de los fogones, nuestros afterworks a las dos de la mañana, o nuestros concursos de baile improvisados las noches de cierre, cuando había que barrer y hacer inventario.

—Parece divertida —sonríe Jasmine.

—Nos reímos mucho, es verdad… Gracias a ella me siento menos solo en el trabajo.

Después me confiesa que nunca consiguió salir con otro hombre. Me explica que incluso probó con las aplicaciones de citas, antes de arrastrar a su prima Lily a la aventura. Me habla de sus mejores amigas y de su nueva vida como wedding planner.

Ya son las cuatro de la mañana cuando le pregunto qué es lo que le desagrada tanto de tener hijos.

—Respeto muchísimo a las personas que los quieren tener —responde con voz suave—. Simplemente… no son para mí. Creo que siempre lo supe, en el fondo, pero me engañaba a mí misma.

—¿Por qué?

Suspira.

—Porque me hicieron creer que no era normal. Porque crecí con la idea de que ser mujer significaba querer formar una familia, y que lo contrario no era más que puro egoísmo.

No digo nada, porque la entiendo. Ya no le guardo rencor. Ella misma no estaba segura, ya que todo el mundo no deja de repetirle que cambiará de opinión algún día, cuando conozca a «la persona adecuada».

Pero yo era la persona adecuada.

«Si las cosas no hubieran acabado así… ¿se habría arrepentido? ¿Habría querido ser madre?».

—Lo intenté —añade con la mirada gacha—. Por ti. Porque sabía que, si podía amar a un bebé, sería al tuyo.

No le pregunto si lo ama, porque ya conozco la respuesta. Dudar de su amor por nuestro hijo sería insultarla.

Solo que… si hubiera tenido la oportunidad de crecer, no sé si Jasmine habría sido feliz. Una madre cariñosa, sí, pero probablemente no una mujer realizada.

Quizá incluso habríamos acabado por separarnos.

«Las hipótesis son infinitas. Nunca lo sabremos».

La verdad es que quiero volver a empezar. Todo el mundo tiene derecho a una segunda oportunidad, ¿no?

«Incluso nosotros».

—Solo te necesito a ti, Jasmine Pham. Siempre ha sido así, y tuve que perderte para recordarlo. Te hice daño una vez, y ya fue demasiado. No habrá una próxima.

Ella parece incapaz de respirar. Sabe, igual que yo, lo que intento decirle.

—Me niego a que te sacrifiques por mí —susurra, mientras llora suavemente—. Nunca me lo perdonaría. ¿Y si un día te despertaras y te arrepintieras de haber echado tu vida a perder por mi culpa? ¿Y si acabaras por odiarme?

Le acaricio la mejilla con el pulgar, con una sonrisa en los labios.

—Ya tenemos un hijo, Jazz. Con eso me basta.

Ella aparta la mirada para secarse otra lágrima. Siempre hablamos de él en presente, porque sigue ahí, en nuestro corazón. Hablar en pasado sería… devastador.

—¿Estás seguro, entonces?

La hago callar con un beso en los labios y le hundo la mano en el pelo rubio. En un primer momento parece sorprendida, pero se aferra a mis hombros para besarme más profundamente.

—Di que sí, y ya está.

Sus ojos me suplican que no la decepcione cuando susurra:

—Sí.

Capítulo 21

Jasmine

Monticchiello, Italia

—He vuelto con Andréa.

Un estruendo de gritos resuena a través del teléfono, tanto que tengo que taparme los oídos. Hago una mueca, algo incómoda ante la expresión atónita de mis mejores amigas.

Yo misma apenas puedo creer que sea verdad. Ya han pasado dos días y todo sigue igual. Tanto que empiezo a preguntarme si no habré imaginado aquel momento la otra noche, en la cama.

—¡Rebobina! —me suplica Camelia, mientras se recoge el pelo rojo en una coleta alta—. ¿Qué ha pasado desde la última vez? ¿No decías que querías liarte con otros tíos?

—Odio ser esa persona, pero: «¡Te lo dije!» —exclama Lily antes de reflexionar unos segundos—. No, en realidad retiro lo dicho: me encanta ser esa persona.

—¿Estás segura de la decisión? —se preocupa Nolia, que parece estar haciendo horas extra en la floristería.

No puedo evitar sonreír, porque cada una reacciona exactamente como esperaba. No tenía previsto confesarlo tan pronto, sobre todo después de pedirle a Andréa que lo mantuviéramos en secreto.

No quiero precipitarme ni que Clémence me dé una charla. Pero no puedo ocultarles nada a mis amigas del alma. Necesito su opinión más que la de nadie. Así que les explico lo que ha pasado últimamente, aunque omito las revelaciones de la otra noche. Aún no estoy preparada para eso. En cambio, sí les confieso que no quiero tener hijos…

Y eso no parece sorprenderlas demasiado.

—Personalmente, nunca te he imaginado con ese tipo de vida —admite Nolia—. El marido, los bebés, la casa grande… Pfff.

—Es verdad —añade mi prima Lily—. Yo más bien te veo como la tía guay, rica y trotamundos.

Sonrío divertida, porque es exactamente la vida con la que sueño. La gente siempre saca conclusiones fáciles. No querer hijos no significa que no te gusten los niños. Me encantan… en casa de los demás.

Considero a Nazeena, la hija de Nolia, como mi sobrina. Hablo mucho con ella por teléfono —bueno, más bien hablo sola mientras ella balbucea—, y le hago muchos regalos sin motivo alguno.

Pero al final del día, no soy su madre. Y me basta con eso.

—Sabes, yo tampoco tengo muchas ganas de tener hijos —añade Camelia, mientras se encoge de hombros—. No quiero cerrar esa puerta por si cambio de opinión, pero de momento no me interesa. Lou está de acuerdo.

Oírla decirlo me llena de un extraño alivio, como si el hecho de no estar sola legitimara de algún modo mi opinión.

—Siempre nos han hecho creer que, como mujeres, teníamos un deber —se queja Nolia—. El de procrear, preferiblemente antes de los treinta. Si no, nos juzgan… Pero creo que las cosas están empezando a cambiar, en nuestra generación y en la siguiente.

Asiento con la cabeza. Tiene razón, y de hecho es contra lo que lucho a diario. Sé que lo pasó muy mal tras el parto de Nazeena, así que le pregunto si estaría dispuesta a tener más hijos.

La sonrisilla que pone lo dice todo.

—Creo… que me gustaría tener un segundo, dentro de unos años —confiesa—. Pero no se lo digáis a Cam. Todavía está en periodo de prueba.

—Pff… —se burla Camelia, que pone los ojos en blanco—. Ya estás completamente pillada. Te doy menos de cinco años para que le dejes hacerte un montón de bebés regordetes.

Nolia ríe con suavidad sin negar los hechos. Imagino que está enamorada de verdad de su marido, y eso a pesar del contexto en el que se prometieron.

—Entonces… ¿Andréa está de acuerdo con no tener hijos? ¿Está seguro? —pregunta Lily.

Asiento y les explico que ha reflexionado mucho. Ha decidido elegirme a mí. Mentiría si dijera que no me asusta. Espero que esté tomando la decisión correcta y que nunca le falte nada a mi lado. En cualquier caso, pienso hacer todo lo posible.

De repente, alguien llama a la puerta de mi habitación.

Andréa asoma la cabeza para sonreírme:

—¿Lista para tu primera clase?

Lanzo un enorme suspiro, con los hombros hundidos. No me encuentro muy bien hoy. Me duele la tripa, la espalda, el pecho… Pero había prometido intentarlo y quiero pasar tiempo a solas con él.

—Andréa va a enseñarme a nadar —confieso a mis mejores amigas—. Deseadme suerte.

Me animan antes de saludar a Andréa, que se hace el tímido detrás de mí.

Tras colgar, bajo por la escalera tras Andréa. Me toma de la mano a escondidas y sonrío con entusiasmo.

Somos como dos adolescentes que se esconden de sus padres.

«Ridículo… pero tierno».

—Deja de mirarme así —le advierto cuando ya estamos al lado de la piscina—. No me dejas concentrarme.

—Es difícil hacer otra cosa, Arrietty.

Dejo escapar una sonrisa juguetona mientras me desabrocho el vestido. Se abre por delante y me deja al descubierto el escote del bañador. Es de color negro oscuro, un color que no suelo llevar pero que me resalta el pelo claro.

Por primera vez en mucho tiempo, llevo bikini. Las estrías quedan a la vista, pero no siento la necesidad de esconderlas.

—Lo haces a propósito —me acusa él, mientras se deleita con el espectáculo—. No es justo.

Estamos solos en la casa. Clémence y Kai han salido de excursión y Ezra tenía que hacer un recado urgente en el pueblo.

Por eso me permito dejar caer el vestido al suelo, formando un círculo a mis pies. Me acerco a Andréa, le paso una mano suave por el pecho y murmuro:

—¿Duermes en mi cuarto esta noche?

Andréa traga saliva, con la mirada encendida por una sed que muere por saciar. Estoy ahí, medio desnuda frente a él, mientras le acaricio el torso musculado.

—También podemos posponer la clase de natación —propone, mientras me roza con la nariz.

Niego con la cabeza al tiempo que retrocedo y agarro el churro de espuma que se encontró en el garaje.

—¡Estoy lista para nadar, profesor!

Él ríe suavemente antes de sacarme una foto con el móvil. Pienso que es para burlarse de mí, pero me asegura que salgo muy guapa. Le sigo al agua, de pronto angustiada por lo que viene. Andréa me tranquiliza al decirme que hago pie hasta cierto punto y que, en cualquier caso, jamás me dejará ahogarme.

Le confieso que la piscina me da menos miedo que el mar, por la talasofobia.

—Tienes que aprender a respirar —me indica—. Sincronizar la respiración con los movimientos. Debes soltar todo el aire de los pulmones una vez bajo el agua e inspirar en cuanto vuelvas a la superficie.

Escucho con atención todos sus consejos mientras floto, con su mano sosteniéndome del vientre al borde del agua.

—Desde aquí, la vista es impresionante —comenta—. ¿Te han crecido las tetas?

—Concéntrate.

—Si no querías distraerme, deberías haber escogido otro bañador. ¡Soy un hombre! —se queja Andréa mientras yo pataleo para avanzar.

Me siento como un cachorro en el agua, pero funciona. Andréa no se burla. Al contrario, tiene una paciencia infinita.

Intento ignorar la sensación de sus manos por el cuerpo, pero se vuelve cada vez más difícil, sobre todo cuando me da algunas palmadas juguetonas en el culo.

Cuando me felicita por haber aguantado varios segundos bajo el agua y haber avanzado de un punto A a un punto B, le enrosco los brazos en torno al cuello.

—Eso merece una recompensa, ¿no crees?

De forma natural, me pone las manos en las caderas, y luego me alza sin esfuerzo. Le envuelvo la cintura con las piernas como un koala, con una gran sonrisa en los labios, y aprieto el pecho contra el suyo.

Encontrarme tan cerca de él, literal y metafóricamente, es embriagador. Es como ver por sexta vez tu serie favorita.

Reconfortante.

—Si supieras cuánto lo he echado de menos —suspira, mientras me da un beso en los labios—. Esto. Tu cuerpo, tu boca, tu voz…

—¿Es tan bueno como en tus sueños?

Sonríe, divertido.

—La realidad siempre es mejor.

Hundo las manos en su pelo corto para profundizar el beso, obedeciendo a una necesidad primaria y salvaje. Quiero recuperar lo que sentí en la oscuridad de su cuarto, en Venecia, cuando su mano tocaba el piano entre mis muslos.

—No será jamás igual en ningún otro sitio —añade al sentarme en el borde de la piscina—. Tú eres mi persona, Jazz. Para siempre.

Tirito, con el corazón a punto de estallar. Prefiero esta promesa de eternidad a la que se pronuncia ante el altar, aunque me guste imaginarme vestida de blanco…

Tengo tantas ganas de estar con él que incluso duele. Casi me olvido del vientre, que parece lanzarme punzadas horribles. Necesito que esté en mí, ahora mismo.

Le susurro que vayamos arriba, y lo hace sin dudar demasiado. Andréa me alza en brazos sin dejar de besarme. Rio cuando resbala en el suelo mojado por el agua que nos gotea del cuerpo.

—Intentemos no partirnos el cuello antes de llegar arriba, ¿vale?

Está a punto de contestar cuando oigo la puerta cerrarse de golpe. Me sobresalto, giro la cabeza hacia la entrada.

Ezra está de pie en el vestíbulo, con los ojos clavados en nosotros.

Mierda. Aparto a Andréa, con el corazón desbocado. No quería que lo supieran los demás, no tan pronto. ¡Nos han pillado con las manos en la masa, como a dos principiantes!

—Oh, has vuelto —suelta Andréa para intentar disipar la incomodidad.

Ezra aparta la mirada, con el rostro neutro, y asiente despacio.

—Sí, he tardado menos de lo previsto… ¿Clem y Kai siguen fuera?

Asentimos sin decir nada, avergonzados. Espero que nuestro amigo añada algo, pero parece ignorar lo evidente. Deja sus cosas en el sofá y se sirve algo de beber sin prestarnos atención.

Andréa me hace una mueca, en silencio. Supongo que nuestra sesión de mimos tendrá que esperar a esta noche. En cualquier caso, me encuentro demasiado mal como para echar un polvo… Los chicos entablan una conversación que apenas escucho; estoy doblada de dolor. Es un dolor que conozco, pero que me parece improbable: el de la regla.

Se siente como contracciones, cuchilladas y descargas eléctricas que me asaltan por delante y por detrás.

«Imposible. Lleva meses sin bajarme».

La amenorrea secundaria es uno de los síntomas de la endometriosis que sufro, así que debo soportar reglas irregulares y a veces ausentes. Nunca sé cuándo volverá.

La última vez que me bajó por sorpresa, me dolió tanto que no podía ni andar. El dolor era tan fuerte que tuve que arrastrarme por el suelo del apartamento para llamar a los bomberos, que además se negaron a ayudarme con la excusa de que «exageraba».

Aquel día tuve una hemorragia.

—¿… bien?

Alzo hacia los chicos una mirada vidriosa: me observan con preocupación. No he escuchado el inicio de la frase.

—Creo que voy a tener que tumbarme —susurro a pesar del dolor —. Me duele la barriga.

Andréa lo entiende al instante y pregunta a Ezra si tiene alguna pastilla. Nuestro anfitrión responde:

—En el baño…

Andréa me aconseja que suba a mi cuarto, y promete llevarme lo necesario.

Parte con paso decidido, y eso me resulta adorable. Estoy a punto de obedecer cuando el dolor me golpea al pie de la escalera. Me agacho con un gruñido, convencida de que voy a desmayarme.

—Voy a perder el conocimiento —gimo, y me caigo al suelo.

De pronto siento que alguien me sujeta con la mano. Abro los ojos justo a tiempo para ver a Ezra envolverme la cintura con su propia camisa. No lo entiendo enseguida, pero me mira los muslos, y así me doy cuenta de lo que yo no había notado aún.

«Sangre».

Me arden las mejillas de vergüenza. Mierda. ¿Cómo es posible? ¿Por qué me vuelve ahora? No tengo nada a mano y Clémence no lo necesita porque está embarazada…

—Apóyate en mí.

Ezra me toma en brazos antes de que pueda responder. Sube la escalera sin quejarse por mi peso y me lleva hasta mi habitación.

—¿Quieres darte una ducha? —me pregunta con ternura después de dejarme en el suelo.

—Ya me apaño, gracias. Te lavaré la camisa…

Ni me atrevo a mirarlo a los ojos de la vergüenza. Sin embargo, no parece afectado en absoluto.

Asiente sin decir nada y me deja sola; cierra la puerta tras él.

Me doy una ducha caliente que parece durar una eternidad. Cuando regreso a la habitación envuelta en un albornoz, encuentro una bolsa de plástico sobre la mesilla.

Dentro hay tampones, compresas y una bolsa de agua caliente.

Sonrío, enternecida por el detalle. Me recuerda a los días en que no podía moverme de la cama, en nuestro piso de París. Andréa estaba acostumbrado a mis reglas dolorosas. Siempre estaba allí

para cuidarme y comprar todo lo que se me antojara, incluso aunque fueran las tres de la madrugada.

«Durante el embarazo lo pasé peor».

—¿Te encuentras mejor? —pregunta al aparecer—. Ezra ha pasado por la farmacia. Creo que ha comprado de todo, presa del pánico.

«Qué tierno». Me tiende una pastilla y un vaso de agua, que trago sin discutir.

—No mucho. Intentaré echarme una siesta…

Me tumbo con la bolsa caliente apoyada sobre el bajo vientre.

—¿Puedo quedarme? Al menos hasta que te duermas.

Asiento con una sonrisa. No me atrevía a pedírselo, pero parece saber lo que necesito sin que tenga que decirlo.

Se tumba a mi lado, y me aprieta la espalda con el torso. Me acaricia el pelo con los dedos mientras intento dormir, arrullada por el contacto.

Me cuesta conciliar el sueño porque el sol entra por la ventana sin cortinas. Pero al cabo de media hora, el dolor me vence… y me quedo dormida.

Cuando vuelvo a abrir los ojos, el sol se está poniendo sobre la Toscana. Estoy sola, señal de que Andréa ha ido a reunirse con los demás.

Me doy cuenta de que el agua de la bolsa sigue extrañamente caliente, cuando debería haberse quedado tibia, y además…

«¿Qué es eso?».

Parece que hay tres hojas de periódico pegadas con cinta adhesiva a la ventana, para impedir que los rayos del sol me deslumbren. Andréa debió de ocuparse de ello, al igual que supongo que volvió a llenar la bolsa de agua caliente.

Me incorporo y me froto los ojos, agradecida por la atención. En ese mismo momento, la puerta chirría.

—Oh, estás despierta —susurra Ezra, que se detiene en seco.

—¿Qué hora es?

Mira su reloj.

—Casi las diez.

Suspiro mientras se sienta a mi lado en la cama. Me pregunta si aún me duele, pero niego con la cabeza.

—¿Dónde están los demás?

—Echando una partida de cartas en el jardín. Kai acusa a Andréa de hacer trampas y Clémence friega los platos mientras se queja de que hacen demasiado ruido.

Quiero preguntarle qué hace aquí, conmigo, en vez de divertirse con ellos. Por desgracia, evita mi mirada. El malestar es palpable, y sé que tiene que ver con Andréa.

«Me juzga. Piensa que no he tomado la decisión correcta, estoy segura».

—Con respecto a lo de antes… —empiezo sin saber cómo abordar el tema—. ¿Podrías guardar el secreto durante un poco más de tiempo?

Ezra promete mantener la boca cerrada, y me dice que no es su problema. Luego me pregunta si hemos vuelto de forma oficial. Asiento con una pequeña sonrisa. No reacciona como esperaba, pues se queda congelado con una expresión neutra, casi fría.

—Genial. Me alegro por vosotros.

«Mentiroso».

—¿Pero…?

Ezra suspira y se pasa una mano por el pelo. Siento que tiene algo en el pecho, algo que le pesa, pero le cuesta sacarlo.

—No es cosa mía…

—Di lo que tengas que decir.

—… pero creo que es un error —termina sin necesidad de que le insista—. No funcionó la primera vez, y no funcionará mejor ahora.

Abro mucho la boca, herida. Quería su opinión, y la he tenido. Sabía que no me gustaría, pero reconozco que, aun así, me siento decepcionada.

«No, estoy enfadada».

Porque está juzgando algo que no conoce. Porque él fue el primero en apoyarme desde el principio, el único en aconsejarme, y ahora cambia de opinión.

—¿Cómo puedes estar tan seguro? —replico con frialdad—. No sabes nada de nuestra relación.

—Sé que no queréis las mismas cosas, y con eso me basta para hacerme una idea.

«Es falso». No conoce a Andréa como yo, ni nuestra pareja, ni el amor que nos tenemos. Mucho menos lo que compartimos.

Sobrevivimos, joder. Afrontamos nuestras dificultades, enfrentamos los obstáculos. Hemos demostrado que el amor es más fuerte, y sé que suena cursi, pero es la verdad.

No amaré a nadie como amo a Andréa. Él es testigo de mi amor, y yo del suyo.

—Si sabías que estaba condenado al fracaso desde el principio, ¿por qué intentaste empujarnos el uno hacia el otro?

—Eso fue antes de saber que… —empieza, sin llegar a terminar la frase—. Olvídalo.

—Dices todo esto porque estás celoso.

No era lo que quería decir exactamente. Me muerdo la lengua, arrepentida de mis palabras, pero ya no hay vuelta atrás. Incluso Ezra parece desconcertado por mi comentario. Da un paso atrás, con el ceño fruncido.

—¿Perdona?

—Sueñas con lo que tenemos Andréa y yo. Lo buscas a la desesperada, en vano, así que lo proyectas.

El silencio es tan denso que me siento avergonzada de haber dicho algo así. Ezra y yo nos desafiamos con la mirada un buen rato, y un destello de decepción le brilla en las pupilas.

«Verlo así me duele más de lo que pensaba».

Finalmente, mi amigo se levanta y se dirige hacia la puerta.

—Ahí te equivocas, Jazz —declara, y se vuelve una última vez—. Yo sueño con el gran amor. El de verdad. No con el primer amor cómodo y familiar al que vuelves corriendo porque es lo fácil, porque te da miedo acabar sola o no volver a encontrar a alguien que te quiera tanto.

Cada una de sus palabras me golpea de lleno. Me contengo para no llorar, con los puños apretados contra el colchón.

—Espero que encuentres lo que buscas, Jazz —remata con una voz más suave—. Y espero, por ti, que sea Andréa.

Cuando cierra la puerta me doy cuenta de lo que llevaba en las manos al entrar y que ha dejado tirado sobre la cama.

Un rollo de cinta adhesiva… y papel de periódico.

Capítulo 22

Andréa

Monticchiello, Italia

Jasmine duerme conmigo todas las noches desde hace una semana.

Tengo la sensación de volver a respirar.

Recuperarla es como una bocanada de aire fresco, como ponerme una venda sobre el corazón roto. Es como si la Tierra por fin girara en el sentido correcto.

Clémence y Kai parecen no haberse dado cuenta de nuestro acercamiento. En cuanto a Ezra, actúa como si no supiera nada. Cuando he intentado hablar con él, me ha dado una palmada en el hombro con una leve sonrisa.

—Os deseo lo mejor.

Sin embargo, él y Jasmine ya no se hablan. He notado que ella lo evita como a la peste. Debieron de discutir, pero soy lo bastante listo como para no preguntar.

«Lo importante es que todo vaya bien entre nosotros».

Pasamos los días junto a la piscina, damos paseos en bici por el pueblo, caminamos por el mercado, pintamos en el taller de Ezra… o nos besamos en cada rincón escondido que encontramos.

Por su condición, Jasmine sufrió lo indecible durante siete días. Pero esta mañana se ha despertado con una sonrisa inmensa y muchas ganas de aventura.

—¿Y si vamos a recoger fruta? —propone al amanecer.

Con un vestido fluido que le cae sobre los muslos y un sombrero de paja, nos sonríe con determinación. Clémence gruñe perezosa, y Kai responde que ya tiene planes. Es mentira, seguro.

Ezra finge no haber oído nada, y sigue ayudándome en la cocina. Dejo la sartén con huevos revueltos sobre la mesa e invito a Jasmine a sentarse.

—Come algo primero. Te acompaño a recoger lo que quieras en cuanto tengas algo en el estómago.

Se sienta a desayunar con nosotros. Nunca la había visto con tanto apetito, señal de que esta última semana la ha dejado agotada.

—Hay melocotoneros y cerezos cerca —nos informa Ezra mientras mastica su granola—. Creo que la fruta ya debe de estar madura.

—¿Desde cuándo aguantáis más de cinco minutos juntos sin pelearos? —pregunta de pronto Clémence—. ¿Me he perdido algo?

Jasmine se pone tensa a mi lado. Yo mantengo un aspecto despreocupado:

—Querías que hiciéramos un esfuerzo, ¿no? Pues nos hemos reconciliado. Así que alégrate.

—Mejor así —se alegra Kai, que le posa una mano en el vientre a Clémence—. La tensión no es buena para el bebé.

Ah. Es cierto que nunca volvimos a hablar de esa buena noticia. Jasmine también parece darse cuenta, porque la veo ensombrecerse. La conozco: debe de sentirse culpable.

—¿De cuánto estás? —pregunta en voz baja.

Clémence la mira sorprendida, sin saber cómo reaccionar.

—De tres meses. Salgo de cuentas a mediados de enero.

—Un pequeño Capricornio —sonríe Jasmine—. Qué bien. ¡Tu madre debe de estar en una nube!

Su amiga suelta un suspiro de alivio, encantada de poder hablar de ello sin que resulte incómodo. Una vez empieza, ya no se detiene: cuenta cómo lo descubrió y cómo se lo anunció a sus

padres. Jasmine se contiene y sonríe todo el tiempo. La creo cuando dice que se alegra por ellos, pero también sé lo duro que es.

Es duro alegrarse por los demás cuando tienen lo que tú tenías, lo que tanto deseabas… y lo que te arrebataron.

—¿Habéis pensado en el nombre? —les pregunta.

—Todavía no. Tampoco queremos saber el sexo antes del parto —confiesa Kai mientras recoge la mesa—. Su cuarto probablemente será amarillo…

Clémence aprovecha que él está de espaldas para negar con la cabeza y susurrar: «Será lila, aunque él crea lo contrario. Tendré la última palabra, como siempre».

Ezra sonríe, divertido. Todos saben quién gana siempre en esa pareja, y no es precisamente Kai. Él tampoco parece quejarse demasiado, dicho sea de paso.

—Venga, vamos —anuncio mientras empujo la silla—. Os haré una tarta de cereza cuando volvamos.

Jasmine asiente, coge el bolso y una cesta de mimbre. Yo hago lo mismo y me pongo además una gorra para protegerme del sol.

Salimos por la parte trasera de la casa, y caminamos en silencio hacia los árboles frutales.

—¿Estás bien? —pregunto al girarme hacia ella.

—¿Y tú?

Hago una mueca sin contestar. Avanzamos unos metros más hasta que, de pronto, me confiesa sin rodeos:

—Hace tres años, me llevé un verdadero susto.

Le pregunto qué quiere decir con eso. Jasmine mantiene los ojos fijos al frente mientras explica:

—Tuve depresión.

Tropiezo sin querer, atónito ante semejante confesión.

—No lo entendí de inmediato, porque miraba para otro lado —continúa—. Me había convencido a mí misma de que estaba bien, igual que a los demás… pero eso no duró mucho.

Estoy en shock. Cuando perdimos a nuestro hijo, notaba que ella se apagaba día tras día. Ninguno de los dos estaba bien. Pero jamás pensé que había llegado a tener depresión.

—Nuestra ruptura me rompió algo por dentro —dice en voz baja —. Después de perder al bebé, también te perdí a ti. Mi subconsciente me hizo creer que me habíais abandonado porque no era lo bastante buena, porque te había decepcionado.

Joder. No me atrevo ni a mirarla a los ojos de la vergüenza que siento. Fui egoísta. Solo pensé en mí y en mi dolor.

Nunca se lo confesaré… pero en algún momento llegué a guardarle rencor. No por lo que pasó, porque no tuvo culpa de nada, sino por cómo reaccionó ante todo aquello.

Por una parte, aunque ahora me avergüenzo, me decía que a ella le daba igual. Como no mostraba el sufrimiento con la misma transparencia que yo, como no hacía el esfuerzo de hablar conmigo de ello, creí… que la muerte de nuestro bebé apenas le importaba.

«Fue un error, ahora me doy cuenta».

Todo este tiempo, Jasmine cargaba con el duelo y la negación en silencio. Fingir le ayudaba a mantenerse en pie.

—Lily, Camelia y Nolia fueron un apoyo enorme —continúa con una sonrisa enternecida—. Remonté poco a poco. Dejé de esconder lo que sentía de verdad. Aprendí a perdonarme… a ser más honesta, también. Primero conmigo misma. Aunque a veces es fácil volver a las viejas costumbres —admite—. Ya lo has visto.

—Sanar lleva tiempo… —confirmo, y le doy la mano—. Perdona por no haber sabido ver tu dolor. Lamento que no nos entendiéramos.

Esta vez me mira con los ojos brillantes. Le doy un abrazo. Ella me rodea la cintura con las manos, y yo le doy un beso en la parte superior de la cabeza.

—Vamos a ser unos tíos superguays —ríe al apartarse—. Pero estoy de acuerdo con Clémence, espero que no le pinten la habitación de amarillo.

—No es tan feo… Podría haber sido verde.

Abre mucho la boca, indignada.

—¡Adoro el verde! ¡Es mi color favorito!

Me contengo para no decirle que lo sé perfectamente. Además, es el color que mejor le sienta, sobre todo desde que se tiñó de rubia.

Jasmine me pregunta por qué la miro así.

—Acabo de darme cuenta de que pareces una ninfa.

Sonríe ante el cumplido.

—¿Como Macris?

Alzo una ceja, pues ese nombre no me suena de nada. Me explica que fue una ninfa famosa por su idilio con la diosa Deméter, que se enamoró de ella.

—Sigue hablando de mitología, me pone…

Deslizo la boca por su cuello, que ella ladea para darme mejor acceso.

—Afrodita habría nacido del mar fecundado por el pene del dios Urano, que Cronos le había cortado…

—Vale, acabas de cargarte la atmósfera.

Estalla en carcajadas y echa a correr hasta los árboles frutales, que se extienden ante nosotros. La sigo y empezamos a recoger melocotones. Están bien maduros, muy jugosos.

Jasmine se mancha el vestido de flores al morder uno; el jugo le resbala por el cuello… hasta el pecho. Lo detengo con la lengua, y me pongo a jugar con los finos tirantes.

Poco a poco, llenamos las cestas de fruta fresca. La tarea resulta más larga y fatigante de lo previsto, así que hacemos una pausa cuando llevamos dos horas.

Me dejo caer en la hierba y me tumbo de espaldas, con los ojos cerrados. Oigo a Jasmine hacer lo mismo, y luego apoyarme la cabeza sobre el vientre.

Cuando abro los ojos, la veo morder un melocotón. El jugo pegajoso y dulce le hace brillar la boca, y desgraciadamente me excita.

—Jazz.

—¿Mmh?

Gira la cabeza justo cuando entierro los dedos en su pelo para atraerla hacia mí. Le doy un beso muy intenso en los labios. Cuando los abre, por fin juntamos las lenguas.

Su olor es divino. La saboreo tanto como el fruto al que le ha robado el sabor, como un adicto con mono. Sé de antemano que el tesoro entre sus muslos es igual de delicioso, y estoy deseando probarlo de nuevo.

Nos incorporamos los dos, sentados entre las hierbas silvestres. Recorro con la boca su cuello, siguiendo la forma de su clavícula con los labios. Sé perfectamente lo que le gusta y lo que la hace estremecerse. Sé qué sonido emite al gemir, y los juramentos que se le escapan cuando tiene un orgasmo.

«No tiene sorpresas para mí».

Y aun así… joder, eso es lo que me gusta.

El tirante izquierdo es el primero en caer. Sé de sobra que no tiene puesto el sujetador, porque nunca lleva. Lo confirmo cuando el tirante derecho también se desliza, y revela la curva de sus pechos desnudos.

—Los echaba tanto de menos… —susurro mientras los acaricio con reverencia.

El corazón me late con fuerza. Más aún cuando le beso con ternura cada una de las estrías. No desaparecieron tras el embarazo y sé que ella las odiaba.

Le levanto el vestido sobre los muslos, y le dejo a la vista unas braguitas blancas de encaje. Las marcas rosadas se extienden como ramas finas por los pechos, las caderas, el ombligo… A mí me parecen hermosas.

—Deja de mirarlas así —murmura mientras intenta bajarse el vestido.

—La única que las odia eres tú, Jasmine. No deberías.

—Me han destrozado el cuerpo…

—Son la prueba de que diste vida —la interrumpo, y le beso la superficie plana del vientre desnudo—. Este cuerpo absolutamente divino me dio un hijo, así que respétalo.

El rostro se le suaviza. Me deja hacer, y yo continúo recorriendo su cuerpo con la lengua.

Me susurra que deberíamos parar, que estamos en medio de la nada, que cualquiera podría vernos. Alzo la cabeza para mirar alrededor.

—Estamos rodeados de árboles, Jazz. Aquí solo estamos tú y yo.

Duda, se muerde el labio, y vuelve a besarme. La domino con mi cuerpo, y me tumbo encima de ella sobre la hierba.

Le toco el centro húmedo bajo la tela del vestido. Se me escapa un gemido de excitación al comprobar que ya está empapada. La acaricio con una lentitud que sé que la tortura. Jasmine arquea la cadera contra mi mano; está colgada con los brazos de mi cuello.

Sus gemidos se intensifican a medida que la toco con más dedos, aunque sé que se perderán en la inmensidad de los campos. Solo los frutos y yo somos testigos.

Cojo un melocotón y le doy un mordisco; me mira con las pupilas dilatadas. Se lo ofrezco, pero ella niega con la cabeza.

—Por favor… Andréa…

Le quito las braguitas con una mano, en cuclillas. Abre los muslos, para recibirme tras una larga ausencia. La vista vale más que todos los cuadros del Louvre: Jasmine con las mejillas encendidas, el pelo rubio esparcido por la hierba, el vestido de flores arrugado en la cintura, los pechos desnudos, las piernas abiertas… y la cesta de fruta volcada por sus movimientos, con las cerezas rodando hasta ella.

—Esto se merecería una foto —digo, mientras le encajo una de las piernas contra mi cadera—. Eres lo más hermoso que he visto nunca… y eres mía.

Aprieto la mitad de melocotón que aún tengo en la mano. El jugo se le escurre por los muslos a Jasmine, hasta el lugar donde hace un instante la estaba tocando. Ella deja escapar un suspiro sorprendido, probablemente por la sensación fría. Cuando me inclino para probarla, un gemido se le escapa, sin poder controlarlo.

Me deleito con el azúcar líquido en la lengua, la cual explora cada repliegue de Jasmine con un hambre desenfrenada. Me tira del pelo a medida que el placer aumenta.

Cuando los muslos le empiezan a temblar, no aguanto más. Me enderezo, y la privo del orgasmo, lo que me vale una mirada de indignación. No le doy tiempo a protestar. La levanto para sentarla sobre mis rodillas. Es más rápida que yo con las manos, y me baja el pantalón corto.

Un instante después, entro en ella con lentitud.

—Oh… joder —gime Jasmine, mientras apoya la frente contra la mía.

Escondo las manos temblorosas en su pelo mientras me cabalga. Tras tres años, había perdido la esperanza de volver a este paraíso.

Casi olvido lo que estoy haciendo, demasiado absorto en admirar su rostro bañado por el sol. Cuando mi nombre se desliza entre sus labios entreabiertos, le hundo los dedos en las caderas para penetrarla más hondo.

—Te quiero, Andréa —gime entre besos.

—Yo más.

Le como los pechos mientras se mueve sobre mí; el vestido cubre el lugar donde nuestros cuerpos se encuentran. Me clava las uñas en la espalda y los omóplatos mientras acelero las embestidas. Me avergüenza no durar tanto como quisiera.

Gimo contra su boca cuando me corro, lo que desencadena su propio orgasmo.

—Gracias… —murmura Jasmine, y apoya la mejilla sobre mi hombro.

La abrazo.

—Esta vez es de verdad —le prometo, mientras le beso bajo la oreja.

Capítulo 23

Jasmine

Bagno Vignoni, Italia

En las colinas verdes de Siena, a menos de diez minutos en coche de casa de Ezra, se encuentra Bagno Vignoni: un pueblo conocido desde la Antigüedad por sus aguas termales.

Allí vamos hoy, y tengo muchísimas ganas. Empezamos con una pequeña visita a pie; disfrutamos de las casas de piedra, los balcones llenos de flores y las tiendas de artesanía locales.

Cuando llegamos a la Piazza delle Sorgenti, descubrimos el famoso estanque de cincuenta por treinta metros, cuyas aguas fluyen a cincuenta y dos grados. Esas aguas calientes y humeantes provienen de capas subterráneas de origen volcánico.

Según Ezra, las termas de Bagno Vignoni ya eran conocidas en época de los etruscos, y más tarde en el Imperio romano.

—Lorenzo de Médici «el Magnífico» también disfrutó de sus efectos —nos explica mientras nos dirigimos al estanque termal.

Andréa camina detrás de mí; juguetea con las manos, me roza las caderas y luego las nalgas en cuanto los demás apartan la vista.

Le dejo hacer, no sin una sonrisa divertida. Todo va perfectamente entre nosotros. Tenía dudas, lo admito, pero Andréa

las ha disipado todas en un abrir y cerrar de ojos.

He recuperado a mi mejor amigo. Ya no discutimos, tenemos sexo al aire libre y encuentros secretos cuando todos están dormidos. ¿Qué más podría pedir?

—¡Ya estamos!

La vista es absolutamente increíble. Estamos frente a una poza natural de agua caliente de un azul lechoso, coronada por cascadas que caen de un acantilado que parece de cristal.

Desde lo alto del pueblo, vemos cómo el agua brota en el centro de la piscina.

A petición de Ezra, seguimos el curso del agua hasta la poza. Se supone que está caliente, a juzgar por las volutas de vapor que se elevan de ella.

—No estoy segura de que pueda —afirma Clémence, que se mira de reojo el vientre apenas abultado.

—Puedes, siempre que el agua no pase de treinta y siete grados —la tranquilizo—. No te preocupes.

Me pregunta cómo lo sé, hasta que lo recuerda. Le sonrío con torpeza al explicarle que he leído mucho sobre el tema. Se me queda mirando las estrías, que hoy no me he molestado en esconder.

Llevo un bikini negro, con un pareo beige anudado a las caderas.

—Vale, de acuerdo —se resigna, y deja las cosas junto a las nuestras—. Confío en ti.

Los chicos son los primeros en meterse, no sin antes aprovechar para echarse una mascarilla de arcilla natural en la cara. Kai toma las manos de Clémence, y la veo reír de alegría.

Un cuerpo tatuado pasa junto a mí y atrae mi mirada.

«Ezra».

Pierdo automáticamente la sonrisa. Para ser sincera, todo es perfecto… salvo mi relación con él. Me arrepiento de haberme enfadado solo porque no estuviera de acuerdo conmigo.

Echo de menos reírme con él. Extraño su sonrisa.

También aquellas miradas cómplices.

Pero sobre todo, echo de menos nuestra amistad.

Pero se niega a hablarme, así que supongo que no está preparado para ningún tipo de confrontación.

—¿Vienes?

Acepto la mano que me tiende Andréa y meto un pie en el agua caliente. Nado con él hasta un rincón tranquilo y desierto, donde nos acomodamos sin prisas.

Es tan relajante que temo quedarme dormida sin querer. La cascada calcificada ofrece una vista sorprendente, junto al camino de tierra que hemos tomado desde Bagno Vignoni.

Nos quedamos allí mucho tiempo.

—¿Cuántos tienes en total? —pregunta Andréa, mientras le señala los tatuajes a Ezra.

—Veinticinco.

—¿Y qué significan?

Yo no digo nada, pero agradezco que mis amigos hagan la pregunta. También me lo he preguntado muchas veces, sin atreverme nunca a hacerlo.

Observo muchos motivos distintos: flores, una araña, el busto griego, una mariposa, citas aquí y allá…

—Me tatúo cada vez que viajo —explica Ezra—. Un tatuaje por cada país. Algunos tienen significado, otros no. Lo hago sobre todo por tener un recuerdo.

Me gusta la idea. Y debo admitir que le quedan bien. Ezra tiene un físico excelente y una personalidad encantadora. Ahora lo conozco lo suficiente para saber que es un ángel… Pero los tatuajes y los músculos le hacen parecer un chico malo y, sin duda, eso atrae mucho a las mujeres.

Cuando el cielo empieza a nublarse, tengo un mal presentimiento. Y se confirma enseguida, porque siento una gota que me cae sobre la nariz.

Un segundo después, empieza a caer una lluvia torrencial. Levanto la cara al cielo, con los ojos cerrados.

El contraste del agua fría con el calor de las termas es una bendición. Clémence se apresura a salir y a secarse con la toalla, y pronto no nos queda otra que marcharnos. Me decepciona no haber podido quedarme más tiempo, pero decidimos ir a darnos un masaje

en uno de los hoteles cercanos. Los chicos se van juntos al baño turco; Clémence y yo nos quedamos solas.

Vestidas únicamente con una toalla blanca, estamos tumbadas boca abajo, con la cabeza vuelta la una hacia la otra.

—Después de meses de estrés, entre la boda y el embarazo, admito que esto sienta genial —suspira mi amiga. Comparto ese sentimiento. Organicé su boda, así que puedo hacerme una ligera idea. En cuanto al embarazo… también sé lo que es.

—¿Por qué nunca nos dijiste nada?

No sé qué responder de inmediato. Me tomo un momento para pensar en mis próximas palabras.

—Tenía miedo… miedo de ponerle palabras. Miedo de hacerlo más real de lo que ya era.

Clémence asiente con tristeza, como si lo entendiera. Sé que no me guarda rencor, ni mucho menos. Igual que mis mejores amigas lo comprenderán también. No sé por qué se lo oculto todavía, después de tantos años.

Tengo miedo de que Nolia se sienta culpable de haber dado a luz a Nazeena sin ni siquiera querer tenerla, poco después de que yo perdiera a mi propio bebé.

Tengo miedo de que Camelia no sepa qué decir.

Tengo miedo de que Lily intente compensar de más el no haber sabido apoyarme cuando la necesité.

—¿Qué pasó? —susurra Clémence.

Dudo apenas un segundo antes de contárselo todo. Es la primera vez que me abro así con alguien aparte de mis padres. Pensaba que me dolería, pero siento todo lo contrario.

«Me noto… en paz. Aliviada».

Clémence llora a lágrima viva cuando termino de contárselo. Quiero consolarla, lo que me resulta un tanto irónico dada la situación, pero se levanta de golpe. Apenas tengo tiempo de incorporarme antes de que me abrace y me estreche con ternura.

—Entiendo que estés aterrada ante la idea de volver a intentarlo —solloza contra mi mejilla—. Es terrible. Nadie debería tener que vivir algo así.

Acepto su abrazo, conmovida.

—En algún momento te reconciliarás, y estarás lista de nuevo. Lo creo firmemente.

Me quedo rígida entre sus brazos. No me sorprende demasiado, pero aun así me decepciona. Siempre es igual. Es lo que me dijo mi madre el mismo día del funeral del bebé. Es lo que también pensaba Andréa hasta hace poco. Todos creen que es un capricho mío. Que estoy traumatizada por mi primer embarazo, pero que algún día, con el tiempo, lo superaré.

La verdad, y lo que no consigo que entiendan, es que nunca quise tener hijos… ~~Incluso antes de tener uno.~~

Cuando regresamos, al caer la tarde, todos están agotados. Andréa propone cenar crêpes, y Clémence y Kai suben a ducharse primero.

Estoy sentada con las piernas cruzadas en el sofá, ocupada en hacer friendship bracelets, gracias a Taylor Swift.

—¿Qué haces? —me pregunta Andréa desde la cocina.

Compré un juego de cuentas hace dos días para hacerles pulseras a todos. Tal vez sea una tontería, sobre todo a mi edad, pero me gusta la idea de que algo nos una. Un recuerdo de este verano inolvidable.

«Es más simbólico que otra cosa».

—Estoy terminando las pulseras.

A Clémence y Kai ya les he dado la suya esta mañana. Ahora estoy acabando la de Andréa, así que me levanto para enseñársela.

—¡Tachán! La he hecho roja, como te prometí.

Le ayudo a ponérsela en la muñeca, orgullosa de mi obra. Las cuentas son de varios tonos cálidos, y hay tres con forma de corazón: una para él, otra para mí y otra para Aciano. En el centro, he escrito su nombre, igual que en las otras.

—Es preciosa —sonríe al darme las gracias con un beso en la sien —. ¿Para qué es?

Me encojo de hombros, con timidez.

—Solo quería que todos tuviéramos la misma. No tiene ninguna utilidad en particular.

—Si aparezco en el trabajo con esto en la muñeca, los chicos se van a reír de mí.

Sé que lo dice en broma, pero no puedo evitar soltar un suspiro. Sé muy bien lo que piensa de mis hobbies inútiles, pero por un instante lo había olvidado.

—Pues quítatela, si eres demasiado viril para llevar una pulserita. Haz con ella lo que quieras.

Me besa en la sien y me dice que era broma; luego me da las gracias con una sonrisa.

—Zélie dice que Taylor Swift es… ¿Cómo lo dice ella? Ah, sí: «Una pick me que adora hacerse la víctima».

Lo fulmino con la mirada, indignada por semejante acusación, y vuelvo a sentarme en el sofá.

—Lárgate, antes de que te ate a una silla para explicarte a la fuerza, punto por punto, por qué esa es la imagen que el mundo intenta atribuirle, de forma equivocada.

Mi novio pone cara de dolor y permanece en silencio, mientras hace rápidamente el gesto de sellarse los labios.

Ahora tengo que terminar la pulsera de Ezra. No me atrevo a preguntarle cuál es su color favorito, ya que sigue enfadado conmigo. Así que decido que la suya será azul noche, como las plumas de Howl cuando se transforma en pájaro.

Uso la última letra R que me queda para escribir EZRA, que encaja perfectamente. Una vez acabada, se la tiendo a través de la mesa baja. Está sentado en el sillón, concentrado en leer un libro.

Alza los ojos hacia mí, sorprendido.

—Toma… Espero que te guste el azul.

Examina la pulsera de arriba abajo, con el rostro impenetrable. Luego se la pone en la muñeca, con el fantasma de una leve sonrisa en los labios.

—Gracias.

Asiento sin añadir nada. Me pregunta dónde está la mía, y le digo que ya la haré otro día. Mientras me estiro, noto que el cielo se oscurece a gran velocidad al otro lado del ventanal.

—Parece que va a llover durante toda la noche.

Ezra se levanta para asomarse, con la mano extendida.

—Tiene pinta de que va a haber truenos.

—¿Tormenta? —hago una mueca.

Andréa me guiña un ojo para tranquilizarme. Sabe que odio las tormentas. Me alegra que se una a mí esta noche, porque no creo que sea capaz de dormir tranquila en esas condiciones.

Como para confirmar las palabras de Ezra, un rayo desgarra el cielo con un estruendo atronador. Yo me encojo en el sofá, lo que divierte a mi novio.

—Vamos a morir todos.

—Estamos seguros aquí —me tranquiliza él—. No tenemos de qué preocuparnos.

Asiento con la cabeza antes de girarme hacia Ezra con la esperanza de que lo confirme. No estoy segura de que haya oído una sola palabra de nuestra conversación. O quizá sí, porque mientras mira el suelo murmura:

—No es la tormenta lo que me asusta…

Me levanto para acercarme a ellos, presa de un mal presentimiento que no sabría explicar.

«Algo no va bien».

Me tambaleo un poco, como sacudida. Por el rabillo del ojo, veo oscilar el jarrón sobre la chimenea; luego se desliza muy despacio.

—¿Habéis notado eso? —pregunta Ezra un poco asustado.

El corazón se me acelera ante su expresión de angustia. Por primera vez en días, cruzamos una mirada cargada de emoción. Abre la boca para añadir algo y me tiende la mano… Pero justo en ese momento se va la luz, y la oscuridad nos envuelve por completo.

No me da tiempo a gritar de estupor cuando escucho un terrible estruendo a mis pies.

—¡Jasmine!

—¡Rápido, debajo de la mesa!

No sé quién grita qué. Estoy paralizada por el miedo, incapaz de moverme a pesar de los objetos que se estrellan contra el suelo a mi alrededor en un estrépito ensordecedor.

Los muebles vibran por todos lados y las luces parpadean sobre nuestra cabeza. Las sacudidas se intensifican, y me hacen tambalearme.

—¡Terremoto! —ruge alguien desde el piso de arriba.

Me agarran del brazo y me sacan de mi ensimismamiento. Creo que es Ezra. Él y Andréa me aprietan cada uno de un lado, acurrucados bajo la mesa. Me rodean y me protegen la cabeza con las manos. Están tan cerca que siento su respiración entrecortada contra la cara.

Tiemblo como una hoja, al menos tanto como la tierra a nuestros pies.

—Va a pasar, todo va a pasar —nos tranquiliza Ezra por encima del estruendo—. Se va a detener.

Parece convencido, pero ni siquiera eso logra calmarme. Nunca había experimentado un seísmo hasta ahora.

«Vamos a morir».

Esa es la sensación, como si se tratara de una escena de película apocalíptica. Y, sin embargo, solo dura unos segundos.

—Jazz, respira. No es lo bastante fuerte como para ser peligroso. Todo está bien.

Lo intento, pero resulta difícil.

Cuando la tierra deja de sacudirse, Ezra nos aconseja no movernos durante unos minutos, por si acaso. Aprovecho entonces para levantar la cabeza. Los dos chicos me miran con inquietud y miedo, pero no estoy herida, al contrario que…

—Estás sangrando.

Andréa se lleva un dedo a la sien, sorprendido.

—Oh… Una botella de aceite se ha caído del cajón y me ha dado en la cabeza, pero estoy bien, no te preocupes.

Me acaricia el rostro para convencerme. Ezra entiende el mensaje y me suelta; se aparta todo lo que puede debajo de la mesa.

—¿Esto pasa a menudo? —pregunta mi novio—. ¿Hay terremotos en Italia?

Ezra niega con la cabeza.

—El último fue en septiembre, creo… pero son extremadamente raros, sobre todo los de esta magnitud. Diría que hemos superado la

escala cinco.

—Sin embargo, supiste al instante qué era y qué hacer.

Un velo sombrío le cubre la cara cuando murmura:

—He vivido varios en Japón…

Esperamos todavía unos minutos antes de salir de debajo de la mesa. Comprobamos los daños con alivio: hay algunos objetos rotos, pero nada grave. Lo peor ya ha pasado.

Kai y Clémence bajan corriendo, envueltos en toallas. Ella parece haber llorado, pero su marido le agarra la mano con firmeza.

—¿Estáis todos bien?

—Sí —confirma él—. Solo nos hemos asustado…

«No sois los únicos».

Ezra enciende la tele para ver qué dicen en las noticias, mientras nosotros limpiamos los pequeños destrozos. Tenía razón: aparentemente ha sido un seísmo de magnitud cinco, sin muertos ni heridos graves por el momento.

Cenamos en un ambiente un tanto sombrío. Clémence no deja de acariciarse el vientre, mientras insiste en lo afortunada que es.

—¡Imaginad si me hubiera caído! Podría haber tenido un aborto espontáneo y haber perdido el bebé.

—Cariño, todos estamos bien —la reconforta Kai, en vano.

Clémence no le escucha, enredada en un escenario que solo existe en su cabeza. Empieza a llorar, con la mirada perdida.

—Si pasara, no podría soportar la culpa. Creo que me su…

—Cállate.

La voz furiosa de Ezra resuena como un latigazo, y nos deja a todos en silencio. Se lo agradezco, pero ya es tarde.

«Me suicidaría». Eso era lo que iba a decir.

—¿Qué coño te pasa? —le grita Ezra a la mujer de su primo—. ¿Cómo puedes decir algo así?

—Pe… Perdón…

Nadie añade nada más. Yo me limito a sonreír con calma, porque no le guardo rencor.

«Yo también lo he pensado».

Luego uno se da cuenta de que la Tierra sigue girando.

Antes

Andréa

París, Francia

—¿Mattéo?

Jasmine arruga la nariz para mostrar desacuerdo. Suspiro, porque ya es el sexto nombre que rechaza sin dar ningún argumento.

—¿Ezio?

—¿Por qué tiene que terminar en O? —se queja desde el sofá, con las manos sobre el vientre abultado.

Falta poco más de un mes para que nazca nuestro bebé.

Será niño, como su papá. Llevamos semanas discutiendo sobre el nombre, sin lograr ponernos de acuerdo.

—Son nombres italianos —explico mientras le tiendo un plato de verduras al vapor—. No es culpa mía que todos acaben en O. ¿Prefieres Giuseppe?

Me da un manotazo en la cabeza cuando me tumbo a su lado, con la mejilla sobre su vientre.

—¿Estás loco? ¿Quieres que se rían de él en el patio del colegio?

Le acaricio la piel tensa, a la espera de que dé una patadita para anunciar su presencia. No es precisamente tímido: da patadas desde

hace meses, lo que ha sacado de quicio a su madre en más de una ocasión. Parece tener tanta prisa por salir como yo por conocerlo.

—¿Y por qué no Dino, ya puestos? —bromea mientras levanta el peluche que le compramos.

Es un pequeño dinosaurio amarillo, adorable. Cuando nací, mi madre me regaló un muñeco de peluche para que me ayudara a dormir mejor. Me negaba a irme a la cama sin él hasta bastante mayor. Todavía hoy sigue guardado en una caja en casa de mis padres.

Quiero que mi hijo también tenga algo así: un amigo en quien confiar por la noche.

—Bromas aparte, un nombre de flor sería bonito —propongo entonces—. Como su madre.

Jasmine se queda pensativa, señal de que la idea no le disgusta. Seguimos buscando durante largos minutos, hasta que encontramos un nombre que nos convence a los dos.

«Aciano».

Jasmine insiste en que lleve además un segundo nombre vietnamita, y elegimos ponerle el de su abuelo: Sinh.

—Aciano Sinh Moretti… Tu madre se va a poner como loca —suspira Jasmine, con los ojos en blanco—. Por cierto, ha vuelto a llamar hoy. Quiere que vayamos a verlos en cuanto se levante el confinamiento.

—Bien. Nos vendrá bien un poco de aire fresco.

La verdad es que el embarazo ha sido… difícil. Jasmine no se encuentra bien. Está siempre enferma, siempre de mal humor. Creo que tiene miedo, aunque lo oculte.

La llegada del Covid no ha ayudado. Llevamos semanas encerrados en nuestro pequeño estudio, y tropezamos uno con otro a cada paso. Al menos, eso ha facilitado las cosas a la hora de ocultar el embarazo a nuestros amigos… Jasmine quería darles la sorpresa y llamarlos a todos por FaceTime desde el hospital, con el bebé en brazos. Guardar el secreto es un suplicio, pero me aguanto.

«A veces… solo a veces… ~~me da la sensación de que solo a mí me alegra el embarazo~~».

Y luego me siento culpable por pensar semejante cosa.

—Hace rato que no lo siento —murmura de pronto, con una arruga de preocupación en la frente—. Me inquieta.

La beso en los labios para tranquilizarla. Tiende a asustarse en cuanto algo no sale exactamente como había imaginado.

—Te preocupas por nada. Seguro que está dormido. Tú deberías hacer lo mismo.

Asiente con la cabeza, distraída. Sé que eso no bastará para que se quede tranquila, pero tampoco podemos asustarnos por cada mínima cosa. Mucho menos en tiempos de Covid, cuando los hospitales están desbordados por la gran cantidad de contagios.

—Ya casi se acaba —le susurro al oído mientras intenta dormir—. Pronto estará aquí con nosotros. Vamos a pasar el mejor verano de nuestra vida, los tres juntos. Te lo prometo, Jazz.

Ella sigue rígida; me aprieta las manos. Yo me duermo antes que ella.

Me despierto con sangre en las sábanas. Aún es de noche, pero distingo sin problema la silueta de Jasmine sentada en el colchón.

La manta está arrugada a la altura del tobillo, como si la hubiera apartado con los pies.

—¿Jazz?

Veo enseguida la sangre. Le empapa el interior de los muslos y mancha las sábanas.

Tardo en reaccionar. Estoy en shock y me siento atrapado en una pesadilla. Los sollozos desgarrados de Jasmine me devuelven a la realidad, mientras le tiembla todo el cuerpo. Se acaricia el vientre redondo con las manos ensangrentadas, en un gesto desesperado, y murmura cosas ininteligibles.

—Oh, Dios mío, Jasmine —resoplo, y salto de la cama—. ¿Qué está pasando? ¿Estás bien?

Enciendo la luz. Error. La escena se vuelve todavía más aterradora. Siento el corazón en la garganta, pero trago saliva y me

enfrento a ello.

Jasmine parece incapaz de reaccionar; imagino que está en estado de shock. La agarro por los hombros para obligarla a mirarme a los ojos, e intento mantener la serenidad en la voz.

—Cariño, voy a llamar a urgencias, ¿de acuerdo? Todo va a salir bien. Aguanta, y dime cómo te sientes.

«Ella me mira, pero no estoy seguro de que me vea».

La ambulancia llega enseguida. Apenas entiendo lo que está pasando. Nos suben y los médicos se acercan a Jasmine lo más rápido posible.

Me siento… inútil. Impotente.

«Muerto de miedo».

—La placenta se ha desprendido —me informa un médico con gesto sombrío.

—¿Qué significa exactamente?

—Un desprendimiento de placenta puede provocar complicaciones graves, ya que reduce el aporte de nutrientes y de oxígeno al bebé.

Entiendo todas las palabras, pero juntas solo forman frases vacías. Le pido que me explique con claridad qué significa, para saber lo que viene.

Su expresión grave me rompe el corazón.

—Haremos todo lo posible por salvar a la madre y al bebé.

«Oh».

Luego me explica que no tienen más opción que provocarle el parto a Jasmine, pero apenas lo oigo después de la bomba que acaba de soltar.

Me tambaleo, y debo apoyarme en la pared. Me ofrecen agua, pero no consigo tragar nada. Las lágrimas me corren por las mejillas mientras me repito las frases de anoche.

«Me preocupa».

«Te preocupas por nada».

Ella lo había notado. Jasmine había sentido que algo iba mal, y yo la ignoré. Es culpa mía. Si nuestro bebé muere, será únicamente por mi culpa.

«Y si muere Jasmine… Joder». ~~No me repondré jamás~~.

Las horas que siguen son las más largas y horribles de mi vida. Espero en un pasillo del hospital, abatido.

En alguna de esas habitaciones, el amor de mi vida está trayendo a nuestro hijo al mundo. Debe de estar asustada. Debe de estar sufriendo. Y yo no puedo hacer nada para ayudarla.

Paso muchísimo tiempo sin noticias.

Por fin se me acerca una enfermera, con el rostro neutro.

—¿Cómo están? —me apresuro a preguntar.

Abre la boca una vez, luego la cierra. El corazón se me hunde en el pecho. Ya sé lo que va a decir.

—Hemos hecho todo lo que estaba en nuestra mano… —me anuncia en voz baja.

Me falta el aire. Me doblo en dos, e intento respirar en vano. «¿Cuál de los dos?», me susurra una vocecita en la cabeza. «¿Cuál de los dos no ha sobrevivido?».

—Por desgracia, la situación ya estaba demasiado avanzada. Lamento tener que decirle que el bebé ha fallecido…

Es como si me arrancaran la mitad del alma. Me desplomo en una silla, y me echo a llorar con la cara hundida entre las manos. Tiemblo sin control, incapaz de pronunciar las palabras que querría decir.

La enfermera me habla del apoyo psicológico que ofrece el hospital, pero me da igual. Apenas consigo preguntarle si puedo verlos, a Jasmine y a… él.

—Aún no. La señora Pham tiene que dar a luz.

La miro, atónito.

—¿Todavía no ha salido?

Ella niega con la cabeza, y se disculpa antes de marcharse a toda prisa.

Me quedo ahí, paralizado. Nuestro bebé ha muerto antes de ver el mundo. Y Jasmine debe parirlo sabiendo que está…

«Joder». Me cubro la boca con una mano para contener un sollozo. Imagino la pesadilla que tiene que ser para ella, y me odio por no poder ocupar su lugar.

Tras dos horas más de tortura, me anuncian que mi hijo ha nacido. Me autorizan a ver a Jasmine. Sigo a la enfermera en

silencio, como un zombi.

Mi novia yace en la cama del hospital, con el rostro lleno de lágrimas. Sostiene entre los brazos un cuerpecito envuelto en una manta, que no hace nada de ruido. Lo acuna contra el pecho, mientras solloza, y sus gemidos suenan como los de un animal moribundo.

—Lo siento, lo siento, lo siento —murmura contra la diminuta frente.

La vista se me nubla, pero hago un esfuerzo por acercarme. Algo se me quiebra por dentro cuando poso los ojos en mi hijo.

La mano me tiembla al acariciarle la cabeza minúscula. Tiene los ojos cerrados y no le aprieta a su madre el dedo.

—Aciano —susurro con una sonrisa forzada—. Se parece a ti.

Jasmine deja escapar un gemido de dolor que termina de destrozarme. Le doy un beso en la frente y le digo que la quiero, porque no sé qué otra cosa decir.

No puedo prometerle que todo irá bien, porque sería una mentira. De todos modos, no me oye. Jasmine abraza al bebé como si quisiera devolverlo al vientre, donde estaba caliente y seguro. Llora hasta quedarse sin lágrimas.

Cuando se lo quitan, se apaga de agotamiento en mis brazos.

«En ese instante, sé que ya nada volverá a ser igual».

Los ataúdes de bebé son la cosa más triste que he visto en mi vida.

El entierro es breve pero doloroso. Solo estamos Jasmine y yo en el cementerio, porque nadie ha podido viajar por el confinamiento, y porque muy poca gente está al tanto. Conseguimos un permiso para ir hasta Gordes para la ocasión, porque no queríamos enterrar a nuestro hijo en París.

Llueve, como no podría ser de otra manera.

Digo unas palabras, pero Jasmine se niega a hablar. Aún no ha salido de la fase de mutismo.

«No sé cómo ayudarla».

Antes de que la tierra cubra el ataúd de Aciano, Jasmine se acerca al hoyo para dejar caer algunas cosas. Un paquete de sobres cerrados con sus iniciales: JP, de Jasmine Pham.

Son cartas que le escribió durante el embarazo. Se había propuesto que pudiera abrirlas el día que cumpliera dieciocho años. Su objetivo era continuar hasta que fuera mayor de edad…

«Jamás las leerá».

«Jamás sabrá lo que su madre pensaba de él, ni cuánto lo quería».

Yo añado encima su peluche de nacimiento, el que habíamos comprado para que lo guardara durante toda la vida. Permanecemos en el cementerio hasta poder depositar el ramo de acianos sobre su lápida.

Jasmine no pronuncia ni una palabra en toda la semana siguiente. Solo la oigo hablar en sueños… cuando llora y pide perdón.

Capítulo 24

Andréa

Monticchiello, Italia

—¿Vosotros os acostáis, no?

Me atraganto con el agua, completamente desprevenido. Kai se seca la cara mientras sonríe, orgulloso de haber acertado. No me lo esperaba, y menos aún en pleno desayuno.

Por suerte, las chicas están fuera; leen tumbadas en las hamacas.

—Lo sabía —se burla mi amigo.

Me vuelvo hacia Ezra para acusarle con un dedo amenazante.

—¡Se lo has dicho!

—¿Tú lo sabías? —se indigna Kai, mientras mira fijamente a su primo—. ¿Por qué se lo contaste a él y no a mí?

«Mierda». Ezra niega con la cabeza y aplaude mi estupidez, antes de responder para quitar hierro al asunto:

—Porque le caigo mejor. Está clarísimo.

—Nos pilló —admito con un suspiro. Es un pequeño matiz.

Kai pone los ojos en blanco y farfulla:

—De todos modos, no sois muy discretos… —Le pregunto qué quiere decir con eso, confundido. Yo pensaba que habíamos sido cuidadosos—. Digamos que las paredes de esta casa son muy finas.

Observo cómo Ezra aparta la mirada con incomodidad mientras gruñe:

—Lo confirmo.

—Menos mal que Clémence tiene el sueño pesado —añade Kai—. De todos modos, ronca tan fuerte que sería incapaz de oír nada, aunque quisiera.

Frunzo el ceño y me disculpo por las molestias, aunque a Kai parece divertirle. Incluso me felicita, aunque esperaba un poco más de entusiasmo por su parte.

—Me alegro por vosotros. Pero intentad hacer menos ruido… Me debéis unas cuantas horas de sueño.

—Lo prometo.

Ezra menciona entonces un camping en el bosque, cerca de su casa, en Lamporecchio. Propone que vayamos pronto, una idea que apruebo con entusiasmo.

Cuando Kai se va a duchar, aprovecho que estamos solos para lanzarme:

—¿Jazz y tú habéis discutido?

Se detiene en seco. Solo un instante, pero lo suficiente para que lo note. Ezra se recompone enseguida, y me regala una sonrisa tranquila.

—No, ¿por qué lo dices?

«Vale, ya lo pillo». Entiendo que no esté listo para hablar de ello, pero detesto la frialdad que se ha instalado entre nosotros desde que nos pilló besándonos. No quiero arruinar mi amistad con Ezra solo porque esté pillado de mi novia.

—Dilo, tío. Puedo soportarlo.

—No sé de qué hablas…

—Te gusta. ¿Verdad?

Cruzamos la mirada; está atónito. ¿De verdad pensaba que lo había disimulado? Ante Jasmine quizá, pero yo me he dado cuenta. Sé perfectamente lo que siente un hombre cuando está locamente enamorado de ella. Yo lo he estado durante diez años. Él la conoce desde hace un mes.

—Es… interesante —dice, y escoge con cuidado las palabras.

Le lanzo una mirada que significa «Deja de tomarme el pelo», y Ezra responde con un suspiro. Se cubre el rostro con las manos, avergonzado.

—Lo siento. Lo he intentado, lo juro. Pero es que ella es tan…

—Lo sé.

Oírle decir eso en voz alta me duele un poco, pero agradezco la sinceridad. No quiero que haya tensión entre nosotros.

—Puedes darme un puñetazo, si quieres —propone, y me ofrece la mejilla—. Me lo merezco.

—¿Por qué iba a hacer eso? Nadie puede controlar lo que siente.

Ezra parece sorprendido por mi reacción pacífica. Lo entiendo. De más joven, me habría lanzado a su cuello. A Jasmine no le gustaba nada eso: en cuanto un tío la miraba un poco más de la cuenta, podía estar segura de que iba a acabar en pelea. Yo no quería que saliera sin mí.

Actualmente ya no me afecta. «Ya he ganado».

—Lo único que te pido… es que hagas las paces con ella —añado mientras seco los platos limpios—. No sé qué ha pasado, pero he notado un cambio. Y creo que echa de menos tu amistad.

Aprieta los labios, con la mirada perdida hacia la cristalera, donde las chicas están absortas en la lectura.

—Es recíproco —admite mi amigo.

—Entonces pídele perdón y pasad página.

Ezra se queda pensativo un buen rato, hasta que acaba por asentir. También me promete intentar pasar página.

Le deseo suerte, aunque sé muy bien que no será fácil.

Jasmine es imposible de olvidar… y también de dejar de amar.

Jasmine está tejiendo junto a la piscina mientras escucha música.

Me siento a su lado para observarla, sorprendido de que todavía tenga ese extraño pasatiempo. Ya a los quince años, tejía y cosía su propia ropa. Siempre me pareció que tenía un estilo raro, demasiado

excéntrico para mi gusto, pero me encantaba que le diera igual. Era tierno e infantil.

—¿Qué haces?

—Estoy haciendo unas faldas para Clémence y para mí —responde con una sonrisa orgullosa.

Le pregunto si es para algún evento en especial, pero niega con la cabeza. Cuando me muestra su obra, en busca de mi opinión, me tomo mi tiempo antes de decir algo.

La falda es de un azul cielo precioso, acampanada, con la cintura ajustada. Le ha añadido unas pequeñas margaritas que le dan un aspecto de fantasía.

—Es… adorable. Me recuerda a tu chaleco de setas, en el instituto.

Al parecer se me da fatal mentir, porque Jasmine se ofende y pone morros.

—Vale, no te gusta nada. ¡Y eso que me dijiste que te gustaba el chaleco el día que nos conocimos!

Suelto una carcajada, sorprendido de que aún se acuerde. Para mí era un detalle anecdótico.

—Lo dije porque me gustabas tú, Jazz. Habría dicho cualquier cosa con tal de que quisieras volver a verme.

Se queda boquiabierta. Está claro que jamás se le había pasado por la cabeza. Le pregunto si la he molestado o preocupado, pero niega con la cabeza y asegura que no importa.

La observo tejer mientras escuchamos música. Reconozco las canciones de Victorious, aquella serie horrible que me obligaba a ver de adolescentes. Aguantaba solo por Ariana Grande, lo admito.

—¿Jugamos a un juego? —propone Jasmine de pronto—. Dijimos que empezábamos de cero, así que más vale que hagamos como si acabáramos de conocernos.

Acepto, porque me parece una muy buena idea. El error que cometimos al principio fue fingir, ocultar lo que sentíamos de verdad para no hacer daño al otro.

Es hora de ser honestos.

—¿Mar o montaña?

Cuenta hasta tres antes de que contestemos al unísono:

—Montaña.

—¡Mar!

Pongo los ojos en blanco, nada sorprendido. Prefiero Saboya en invierno, con la tierra cubierta de nieve y una fondue para cenar. Jasmine, en cambio, podría pasarse la vida con los pies en la arena.

—¿Próximo viaje? —pregunta, mientras deja a un lado la falda y las agujas.

Me tomo un rato para pensarlo. Nunca me ha entusiasmado viajar, pero sé que es lo que me espera con Jasmine.

—Eh… no sé. ¿Portugal?

Zélie dice que es precioso, y que está «muy infravalorado». Yo siempre le respondo que no es objetiva, porque es portuguesa.

Jasmine parece un poco decepcionada con mi respuesta. Argumenta que está demasiado cerca y que no es lo bastante exótico. Cuando le pregunto qué países quiere ver, me suelta toda una lista:

—Japón, Nepal, Egipto, Indonesia, Croacia, Finlandia, Brasil, Perú…

—Son demasiados. Viajar cuesta dinero.

—Pero el dinero está para gastarlo, ¿no?

Se me había olvidado lo mucho que le gusta gastar. El dinero nunca le dura mucho tiempo en la cuenta, quizá porque es hija única. Yo, en cambio, siempre he sido muy prudente; desde niño aprendí a conformarme con lo necesario.

—Para comprar una casa, sí —respondo—. Luego un coche. Y después, para viajar.

Jasmine se queda callada un momento. Frunce el ceño, como siempre hace cuando no está de acuerdo conmigo.

—Tenemos veinticinco años, no cincuenta —contraataca—. Aún nos queda tiempo antes de atarnos a una casa y no hacer nada. Quiero aprovechar ahora, mientras pueda.

Entiendo su punto de vista, aunque no lo comparta. Como no sé qué decir, me quedo callado. Jasmine cambia de tema y lanza otra pregunta.

Jugamos así unos minutos más, pero nuestras diferencias acaban por cansarla. Se da cuenta, igual que yo, de que hemos cambiado

mucho.

«O quizá seguimos siendo los mismos… solo que ahora hemos dejado de fingir».

Nos desafiamos con la mirada, sorprendidos por ese descubrimiento. Me doy cuenta de que antes yo idolatraba demasiado a Jasmine. La tenía en un pedestal, intocable. Nunca me sentía suficiente. Estaba convencido de que jamás podría encontrar a otra persona como ella.

Hoy… la sigo queriendo igual, pero de otra manera. Supongo que así es la vida. Los obstáculos nos obligan a cambiar, a endurecernos, a ver lo peor de nosotros mismos y del otro.

—Para ti, ¿qué es el amor? —lanza de repente Jasmine.

Me sorprende la pregunta. La respuesta es evidente.

—Tú.

—Pero dilo en otras palabras —insiste.

—Un hombro en el que apoyarse. Una mejor amiga. Una aliada con quien afrontar los momentos difíciles. El amor es… una vida tranquila y cómoda.

Jasmine me observa en silencio, pensativa. Siento que me está sometiendo a un examen, cuando se suponía que esto era solo un juego para pasar el rato.

Le devuelvo la pregunta, y se encoge de hombros.

—Me doy cuenta… de que no estoy muy segura, en realidad.

«Oh».

—Creo que cada uno tiene una forma distinta de amar. Depende de las personas de las que nos enamoramos, pero también de lo que nos aporten. Creo… —añade con un suspiro— que el amor es egoísta y cambiante. O quizá sea el ser humano quien lo moldea a su imagen.

La verdad es que yo tampoco lo sé. Mi único ejemplo son mis padres. Solo he conocido a Jasmine. No me imagino con otra persona, sencillamente… porque nunca se me ha pasado por la cabeza.

Mis padres se casaron con su primer amor. Era lo que yo deseaba para nosotros, para Jazz y para mí.

Pero la vida no es como en los sueños, y pronto comprendí que era demasiado idealista por mi parte. Incluso ahora, todavía intento forzar a Jasmine a entrar en ese molde perfecto que imaginé para los dos.

~~Pero ella ya no es la misma.~~

Y yo tampoco lo soy.

—¡Si haces eso, me divorcio en el acto!

Vuelvo la cabeza hacia Clémence, que llega corriendo hasta la piscina. Kai la sigue de cerca, con la manguera en la mano.

—No creo que sea un motivo válido —se burla él—. Prometiste quererme en la sabiduría y en la tontería.

—¡Mentira! No recuerdo esa frase en nuestros votos…

Demasiado tarde. Kai la salpica con la manguera. Clémence empieza a chillar, con las manos sobre el rostro, mientras Jasmine se apresura a proteger las faldas de ganchillo bajo una manta.

—¡Te voy a matar!

—Primero intenta pillarme, en lugar de hacer promesas que…

No llega a terminar la frase, porque Clémence se lanza sobre él con tanta fuerza que ambos acaban por caer en la piscina. Los observamos pelear bajo el agua hasta que Clémence le reprocha que no piensa en el bebé.

—¡Eres tú la que me ha placado como si estuviéramos en un partido de rugby! —responde él.

Ezra aparece entonces, con gafas de sol y un libro en la mano. Jasmine suelta una risita mientras yo agarro la manguera.

—¿Qué te hace tanta gracia, Arrietty? —la provoco—. ¿Tú también tienes ganas? Eso lo arreglo yo…

Kai gruñe entre dientes al salir por el borde de la piscina.

—Para ya, parece el comienzo de una peli porno cutre.

—Si fuera una peli porno, estaríamos todos desnudos y vosotros —digo mientras señalo a los tres con el dedo— no estaríais aquí.

Kai parece indignado por mi comentario. Empieza a decirme que con esa actitud me voy a perder la mejor noche de mi vida, pero lo que me llama la atención es la mirada de Clémence. Me mira a mí y a Jasmine, con los ojos entrecerrados.

—¿Me he perdido algo?

«Mierda».

—¿Jugamos al escondite por la casa? ¿Os apetece? —propone de repente Ezra.

—Ya no tengo tres años —refunfuña Clémence.

Kai, en cambio, parece encantado con la idea. Jasmine asiente cuando la interrogo con la mirada. Kai propone salir a buscar después de esperar cinco minutos.

—Quien aguante más tiempo escondido gana… una semana sin fregar los platos —anuncia Ezra.

—Dos —añade Jasmine—. Tú tienes ventaja, ya que te conoces la casa de memoria. Y yo odio fregar.

Ezra duda antes de ceder. Kai nos señala con el dedo y nos prohíbe escondernos en pareja. Un instante después, se deja caer en el sofá, se coloca los auriculares y cierra los ojos.

Cada uno sale disparado en busca de un buen escondite. Las chicas suben al piso de arriba, lo que me parece una elección demasiado obvia.

—Buena suerte —me desea Ezra con una sonrisa enigmática.

Un segundo después abre una puerta oculta… en la escalera. Mi reacción parece divertirle. ¡Nunca había reparado en ese escondite secreto!

Se esconde dentro, y la cierra tras de sí.

—¡Quedan dos minutos!

Subo corriendo al piso superior, y casi me choco con Jasmine por el camino.

—¿Has encontrado algo? —le pregunto. Ella niega con la cabeza, decepcionada.

—Te juro que si lavo un plato del cerdo de Kai, voy a…

—Sígueme.

La tomo de la mano para que me acompañe. Bajamos las escaleras y le señalo la puertecita secreta.

Ella frunce el ceño sin entender, pero le susurro:

—Métete ahí dentro.

No solo se librará de fregar durante dos semanas, sino que quizá eso sirva para que Ezra le pida disculpas. Quiero ayudar a que se reconcilien; este es el momento.

—¿Y tú? —murmura ella.

Le respondo que ya le tengo echado el ojo a otro sitio. Jasmine me da las gracias con un beso en los labios antes de abrir la pequeña puerta. Dentro está todo oscuro.

Imagino que no se da cuenta enseguida de la presencia de Ezra. Solo cuando cierra la puerta tras de sí escucho un: «¡Oh! ¿Quién anda ahí?» con sorpresa.

Los dejo hacer su magia y voy a esconderme en una de las habitaciones de arriba.

«Ahora les toca a ellos».

Capítulo 25

Jasmine

Monticchiello, Italia

—¡Oh! ¿Quién anda ahí? —pregunto después de tropezar con un pie.

La oscuridad me engulle y el silencio me envuelve cuando la puerta se cierra tras de mí. Siento una presencia a mi lado… un aliento cerca de la mejilla.

—Soy yo —susurra una voz que reconozco enseguida.

«Ezra».

Me muerdo el labio, incómoda. No hemos vuelto a hablar desde que discutimos. Mantenemos la cordialidad, pero es la primera vez en mucho tiempo que nos quedamos a solas.

A veces pienso en cómo me miraba, angustiado, durante el terremoto… en la forma en que se precipitó para protegerme… en los periódicos pegados a la ventana.

«Todavía le importo, ¿verdad? A pesar de lo que le dije».

—¿Cómo conoces este escondite? —pregunta en voz baja.

Al otro lado de la puerta, escucho a Kai anunciar que ya han pasado los cinco minutos. Sus pasos resuenan sobre nuestra cabeza mientras sube la escalera.

—Andréa me lo ha enseñado.

Creo que Ezra suspira, aunque no estoy del todo segura.

—¿Qué escondes aquí? —le interrogo, sorprendida por la brisa fría que nos alcanza—. ¿Es un refugio de superhéroe? ¿Una batcueva, quizá?

—¿De verdad quieres saberlo?

Pongo los ojos en blanco, aunque él no pueda verlo.

—Si no, no te lo habría preguntado…

—¿Incluso aunque después tenga que matarte?

Dejo escapar una sonrisa apenas perceptible antes de sentir que me coge de la mano. Al principio me sobresalto, pero no me aparto.

—Sígueme y agacha la cabeza —me susurra.

Obedezco, sin ver nada en mitad de la oscuridad. A estas alturas estoy segura de que Kai no nos encontrará jamás. Incluso si, por milagro, descubriera la puerta secreta, sería demasiado cobarde para adentrarse tanto en la oscuridad.

Ezra se abre camino, y me guía por lo que deduzco que es un pasillo de techo muy bajo.

—¿Tienes una ciudad subterránea en el subsuelo de tu casa? —Suelto una risa—. Cuesta creerlo.

—Todavía no has visto lo mejor…

Tras unos segundos más, al fin nos detenemos. Siento algo blando bajo los pies, como una alfombra. Ezra me suelta la mano y escucho un clic. Al instante, un cielo estrellado se despliega sobre mi cabeza.

—A ti, que te encanta viajar… —susurra Ezra—, bienvenida al espacio exterior.

Suelto un suspiro fascinado, con el rostro vuelto hacia arriba. En la penumbra de la sala secreta, el techo se ha transformado en un lienzo celeste hipnótico, iluminado por un millón de estrellas titilantes. Distingo un proyector a nuestros pies y lo entiendo todo de inmediato.

—¿Tienes un planetario en casa? —Sonrío al volverme hacia él—. Es lo más impresionante que he visto en la vida.

Por fin logro distinguirle el rostro, apenas iluminado por la proyección en el techo.

—Puedes tumbarte si quieres —propone mientras se recuesta en el suelo—. El suelo está cubierto de cojines.

Me acomodo a su lado, y juntamos las cabezas. Contemplo el espectáculo.

La Vía Láctea, esa franja luminosa y etérea, se dibuja majestuosa en la oscuridad, como un lazo de plata tejido con delicadeza a través del firmamento. Las constelaciones centelleantes salpican el paisaje cósmico, y forman figuras que parecen danzar y moverse al compás de las estrellas.

—No sabía que te gustaba el espacio.

—Desde pequeño —me confirma en un murmullo—. Durante mucho tiempo, soñé con escapar a toda costa. Quería marcharme lo más lejos posible…

No necesita explicármelo; yo ya lo entiendo: esa es la razón por la que le gusta tanto viajar. Al menos, es lo que le impulsó a hacer su primer viaje, estoy convencida.

—Pero a fuerza de viajar por todas partes, llegará un día en que lo habrás visto todo —añado con una sonrisa triste.

—El espacio, en cambio… es inaccesible y misterioso. Me pregunto a menudo cómo debe de ser estar allí arriba.

Las estrellas brillan con intensidad; su resplandor plateado baña la sala con una luz suave. Algunas centellean con fuerza cegadora y parecen vibrar con una energía mística y cautivadora. Otras, más discretas, parecen susurrar secretos antiguos ocultos en las profundidades infinitas del universo.

—¿Crees en los alienígenas? —le pregunto de repente.

Él suelta una risa burlona. Le doy un codazo: finjo ofenderme.

—¿Qué? ¡Es una pregunta legítima! —me defiendo, y vuelvo a fijar la vista en el techo.

—No lo sé. ¿Y tú, crees?

—Por supuesto. ¿Sabes que hay más planetas que estrellas? El ser humano es tan egocéntrico que piensa que, de entre miles de millones de planetas, el nuestro es el único con vida. Me parece… imposible.

Sé que la mayoría de esos planetas son inhabitables para los humanos, pero no sabemos nada de la vida extraterrestre.

Pero claro, la imagen que tenemos —los hombrecillos verdes, E.T., etc.— seguramente dista mucho de la realidad. Estoy convencida de que, muy, muy lejos, otras especies desconocidas han logrado desarrollar vida.

—Tienes razón —admite Ezra, que se cruza de brazos—. Vale, imaginemos: un buen día, la NASA te llama para participar en una misión. Te han elegido, entre otras personas, para embarcar en un cohete rumbo a Marte. El oxígeno ya es respirable y el objetivo es poblar ese planeta. La pregunta es: ¿te vas?

Me tomo mi tiempo para reflexionar bien sobre esa posibilidad.

—No es una decisión fácil. Eso significaría dejarlo todo. Mi casa, el trabajo, mi perro…

—¿Tienes un perro?

—No, pero podría tenerlo.

Él vuelve a reír, pero esta vez no finjo ofenderme. Mientras sopeso los pros y los contras, me pierdo en mis pensamientos. Por un lado, sería la experiencia de mi vida. Ir al espacio, descubrir un nuevo planeta, empezar de cero. Por el otro, significaría renunciar a un día a día que adoro. A mi familia, a mis amigos, a una sociedad cuyos códigos conozco.

—Es horrible y quizá me arrepintiera… pero creo que lo rechazaría. —Suspiro.

—Vaya. Qué decepción.

—Lo sé, lo sé. Entonces, si he entendido bien, ¿tú te tirarías de cabeza?

Se encoge de hombros mientras yo me giro para ponerme boca abajo. Nos miramos fijamente, con mi rostro suspendido sobre el suyo.

La nuez se le mueve bajo la piel fina de la garganta cuando traga saliva.

—Creo que aceptaría… pero que me echaría atrás en el último momento.

—Gallina —me burlo, antes de que me empuje la frente con un dedo—. Podríamos habernos mandado cartas intergalácticas. Quizá para entonces ya habrían inventado un servicio postal entre la Tierra y Marte.

Caigo a su lado, y me froto la frente donde me ha tocado. Ezra niega con la cabeza, incrédulo.

—Eres rarísima, de verdad.

—Te recuerdo que el tema lo has sacado tú.

Guardamos silencio durante largos minutos. Le pregunto si cree que los demás ya se han olvidado de nosotros. Según él, Kai se niega a rendirse por orgullo y por puro ego masculino. También porque odia fregar los platos.

—Mira, ahí puedes ver Orión.

Casi pego un respingo. Ezra me pregunta qué me sorprende tanto y yo me ruborizo por mi estupidez.

«Me estaba hablando de las estrellas, idiota».

—Así se llama el novio de mi prima. Por un segundo he pensado que había aparecido en tu planetario.

—Oh, tiene nombre de constelación… Qué suerte.

Le digo que a mí me gusta el suyo, pero me confiesa que no le convence demasiado. Prefiere su nombre japonés, que pronuncia: Taiyo.

Le pregunto qué significa.

—Sol.

Una sonrisa se me dibuja en los labios, porque él es exactamente eso. Un pequeño sol. De esos que iluminan todo a su paso. De esos que deslumbran cuando se les observa durante demasiado tiempo.

—¿Conoces la leyenda japonesa de los amantes de las estrellas? —murmura entonces—. En mi país, la leyenda de Tanabata se transmite de generación en generación. Simboliza la esperanza y el amor eterno.

Le confieso que nunca la he oído, y le pido que me la cuente. Me encantan los mitos y las leyendas, de cualquier rincón del mundo. Al fin y al cabo, son los que forjan las sociedades y las creencias.

—Es la historia de dos amantes: Orihime, representada por la estrella Vega, y Hikoboshi, representado por la estrella Altair. Orihime era una hábil tejedora y Hikoboshi, un pastor talentoso. Se enamoraron, pero su amor obstaculizó su trabajo.

Dejo que su voz me arrulle, tranquila. Casi me da la impresión de que las estrellas se mueven ante mis ojos.

—Furioso, el padre de Orihime, el dios celeste Tentei, los separó y los colocó a ambos lados de la Vía Láctea.

Ezra me señala con los dedos dos puntos opuestos. No lo digo en voz alta, pero me encanta. Una preciosa historia de amor imposible, de amantes malditos. Me recuerda un poco a la escena teatral que hicimos en el balcón de Roma, cuando fingió que yo era Julieta Capuleto.

—Al oír los llantos de Orihime, unas urracas decidieron ayudar a los amantes. Conmovidas por su tristeza, decidieron construir un puente sobre la Vía Láctea para permitir que Orihime y Hikoboshi se encontraran una vez al año, el 7 de julio.

Une los dos dedos en el centro de la Vía Láctea, y sonrío. Es una historia hermosa, sobre las almas gemelas destinadas a reencontrarse.

—Como ves… El amor a veces es más fuerte que todo lo demás.

Ezra guarda silencio. Recuerdo de pronto que aún no hemos resuelto nuestras diferencias.

Me he dejado llevar por sus bonitas palabras, pero en ningún momento hemos puesto las cartas sobre la mesa.

«Debería disculparme yo primero».

—¿De verdad crees que me estoy equivocando?

Lo digo en un susurro casi inaudible. No era lo que quería preguntar. No me atrevo a mirarlo a la cara mientras él medita la mejor forma de responder.

—No quiero discutir contigo, Jasmine…

—Lo sé.

—Me pediste mi opinión la otra vez, y no te gustó. Así que, si lo que quieres es que te mienta, dímelo ya.

Niego con la cabeza, con los ojos cerrados, desgarrada. Claro que quiero su opinión sincera. Solo tengo que aceptar que sea distinta de la mía.

—Lo siento. Reaccioné mal; me arrepiento.

Me roza los dedos con los suyos. Yo me aferro con fuerza, muda.

—Yo también estuve enamorado —confiesa en la oscuridad—. O bueno, creía que lo estaba. Hasta que entendí que amaba una ilusión. No era justo, ni para ella ni para mí.

—¿Cuánto tiempo estuvisteis juntos?

—De los dieciséis a los veintiún años. —Suspira—. Ahora, con veintiocho, ya sé que solo tenía miedo de estar solo, porque no sabía. Nunca me enseñaron.

No me sorprende demasiado. Tuvo que hacerse cargo de sus hermanos sin tener nunca espacio ni tiempo para sí mismo. Entiendo que quiera tomarse la revancha contra la vida.

—Cuando ella me dejó, lo pasé fatal. Pero después tuve la sensación de volver a respirar. De redescubrirme.

—Entiendo lo que quieres decir, pero mi situación es completamente distinta.

Ezra se levanta primero, y se aparta de mí. Yo hago lo mismo, temerosa de haberle molestado otra vez. Pero sus rasgos muestran más incomodidad que enfado.

—Tienes razón —admite con una sonrisa triste—. Estáis hechos el uno para el otro, como Vega y Altair. Espero que sigáis juntos mucho tiempo, Jazz.

Al principio creo que me miente, pero de pronto me rodea con los brazos. Acepto su abrazo, aliviada por haber hecho las paces.

Al separarnos, me fijo en que aún lleva puesto el brazalete de la amistad que le hice, lo que me reconforta. Los demás habían terminado por quitarse el suyo, pero Ezra no. Cada vez que le miraba la muñeca, ahí estaba. Intuyo que no se lo quita ni para ducharse, porque las cuentas de mala calidad ya empiezan a descascarillarse y a ponerse verdes.

Ezra se da cuenta de lo que estoy mirando y frunce los labios.

—Se me está estropeando, lo siento…

—No importa. No estabas obligado a llevarlo, ¿sabes?

Se encoge de hombros con una sonrisa.

—Claro que sí, es un regalo. Además, me gusta. Se ha convertido en mi talismán.

Le confieso que la moda de los brazaletes de la amistad viene de una canción de Taylor Swift. Me pide que se la ponga y allí estamos, de pie en la oscuridad, moviendo la cabeza al ritmo de You’re On Your Own, Kid.

Cuando llega el estribillo, se me pone la piel de gallina.

«Everything you lose is a step you take
So make the friendship bracelets
Take the moment and taste it
You got no reason to be afraid».

La primera vez que escuché esa canción, lloré con esa parte. Me tocó la fibra sensible, y me hizo pensar cosas que ni siquiera me atrevía a decir en voz alta.

—Ahora lo entiendo mejor —dice Ezra cuando suenan las últimas notas—. ¿Crees que podrías hacerme otro? Te juro que tendré más cuidado con él.

«¿En serio?». Es una tontería, pero que parezca tan sincero me desarma. Asiento con una sonrisa, y le prometo enseñarle a hacerlos.

—Genial. Así podré hacerte uno a ti.

Seguramente lo haya dicho sin pensar, pero a mí me da igual.

En ese momento, recibo un mensaje de Kai en el móvil.

Kai: Me rindo. Salid de vuestro escondite, traidores.

Capítulo 26

Andréa

Lamporecchio, Italia

—¿Sabes montar una tienda de campaña? —me susurra Kai al oído.

Estoy descargando las bolsas y las neveras del maletero, antes de que anochezca. Esta noche hemos cogido el coche para vivir una experiencia nueva: una acampada en plena naturaleza.

—Lee las instrucciones, tío. No tiene mucho misterio, te lo aseguro.

—¡Eso he hecho! Pone «montaje fácil»… y una mierda.

Me detengo para mirarle con los brazos en jarra. Kai lanza la tienda Quechua y esta rebota sin abrirse. Es tan ridículo que casi se me escapa una risa.

En su defensa, desde el primer momento dijo que no quería venir. Cuando Ezra propuso dormir a la intemperie en un bosque de robles, solo las chicas se entusiasmaron. Yo fingí el mismo entusiasmo porque le hacía ilusión a Jasmine, pero la verdad es que me dan miedo los animales salvajes. Y tampoco soy muy fan de los mosquitos.

«Al menos aquí no hay avispas… ¿verdad?».

—Apáñatelas —declaro, y le doy una palmada en el hombro—. Yo tengo que encender un fuego. Cada uno con lo suyo.

Lo dejo entretenido justo cuando Ezra y Clémence regresan con ramas. Jasmine, en cambio, está un poco apartada; habla por teléfono con su madre.

—¿Todavía no has montado las tiendas? —le dice Ezra a su primo. —Deja de hacerte el remolón, idiota.

Le quita lo que tiene entre las manos y lanza la tienda… que se abre al instante. Kai abre los ojos de par en par, entre avergonzado y asombrado.

—¿Cómo coño has hecho eso?

—Dios mío… —suspira Clémence mientras se acaricia el vientre—. Tu padre y yo estamos apañados para el futuro, te lo digo yo…

Solo hay tres tiendas, así que decidimos que Jasmine y yo dormiremos juntos. Clémence ha acabado por entenderlo, aunque no insiste para que se lo contemos abiertamente.

Levantamos el pequeño campamento a base de esfuerzo: tiendas, mantas, almohadas, fuego y una parrilla… Ezra incluso ha traído sillas de pesca, un altavoz y unos farolillos con velas para iluminar el lugar.

Cuando terminamos, debo reconocer que conseguimos darle un aire acogedor y hasta romántico.

—¿No tienes frío? —le pregunto a Jasmine mientras le echo un jersey sobre los hombros—. Está empezando a refrescar.

El ulular de una lechuza resuena entre las ramas. Ezra nos hace señas para que nos reunamos con ellos junto al fuego mientras yo cojo las cestas de comida.

Nos sentamos en las sillas, con las manos extendidas hacia el fuego. Jasmine y Ezra se encargan de la parrilla, y bromean entre ellos. Mi maléfico plan de encerrarlos en un espacio reducido parece haber funcionado, y eso me tranquiliza. Jasmine está más sonriente desde que hicieron las paces.

Clémence y Kai bailan mientras suena en el altavoz la música de su boda. Yo los grabo para el recuerdo y, cuando cae la noche, nos sentamos a cenar.

Kai pega un respingo cada vez que oye el ruido de un pájaro o de una ardilla, lo que provoca la risa general.

—¿No deberíamos contar historias de miedo alrededor del fuego? —propone Jasmine, acurrucada contra mí.

—¡Ni de coña! —exclama Kai con los brazos cruzados—. Ginevra ya me dio bastante miedo, y prefiero no hablar de tu fantasma pervertido.

Ezra alza una ceja, divertido ante la acusación.

—Te pediría que hablaras con más respeto de Arabella, al menos en mi presencia. Hemos pasado muchas cosas juntos, ella y yo.

—Yo tengo una idea mejor —los corta Clémence, y saca una libreta y unos bolígrafos—. ¿Y si cada uno escribe un secreto en un papel, los mezclamos y luego cada uno coge uno al azar?

No creo que sea buena idea. De hecho, lo digo en voz alta, y enseguida me apoyan Kai y Jasmine. Solo Ezra permanece en silencio, como si le diera igual.

—¿Pero qué sentido tiene hacer eso? Solo provocará discusiones… —se queja Kai.

Su mujer arquea una ceja y le pregunta qué demonios puede esconder que no quiera que ella descubra.

Mi amigo balbucea antes de defenderse con vehemencia:

—¡Absolutamente nada! Sabes perfectamente que te lo cuento todo.

«Mentira». Noto que oculta algo. Me gustaría cubrirle, pero Clémence parece empeñada en jugar al juego de los papelitos esta noche. Nadie se atreve a contradecirla.

—De todas formas, no estamos obligados a enseñárselos a los demás. Puede quedar en el anonimato —interviene Ezra para ayudarle.

Clémence corta unas hojas A4 en trozos y nos reparte los bolígrafos. Cada uno escribe su secreto en un rincón. Yo dudo mucho antes de decidir cuál voy a poner. Jasmine ya conoce toda mi vida.

Todos nos miramos en silencio, incómodos. Ezra es el primero en entregar el suyo. Kai hace una mueca al doblar el papel, como si ya se arrepintiera. Yo garabateo algo deprisa, resignado.

—¡Yo saco primero! —decide Clémence con una sonrisa—. Son privilegios de embarazada.

Kai parece al borde del desmayo. Vigila cada movimiento de su mujer mientras esta escoge uno de los papeles. Lo abre, y todos contenemos la respiración.

La sonrisa de emoción se le borra de golpe. Cuando se gira hacia mí con los ojos oscuros, arqueo una ceja, sorprendido.

—Me ha tocado el de Andréa.

—¿Cómo lo sabes? —pregunta Jasmine.

—¡Porque es demasiado obvio! «Estoy enamorado de Jasmine Pham» —lee en voz alta—. Eso no es ningún secreto, señor.

Kai gruñe aburrido y Jasmine sonríe, divertida.

No sé qué decirles… porque yo no he escrito eso. Ese no es mi secreto.

Me fijo en Ezra mientras Clémence se queja de no haber encontrado una verdadera exclusiva. Él se niega a mirarme, con los ojos clavados en el fuego en el centro del corro, y eso es prueba suficiente.

«Es suyo».

Está «enamorado» de Jasmine. Yo pensaba que era solo un simple capricho, no lo tomé en serio porque es Ezra, porque flirtea con todo el mundo a todas horas.

«No le había vuelto a oír decir algo así desde lo de Sandra».

—Te toca, Jazz.

Mi novia se inclina para coger uno de los papeles que quedan, curiosa. Cuando lo abre, su expresión se suaviza. Creo captar una mirada furtiva hacia Ezra. ¿Acaso piensa que es de él?

—Sea quien sea —dice mientras vuelve a doblar el papel entre los dedos—, quiero decirle que no tiene por qué tener miedo. Estoy aquí.

Me quedo de piedra al comprenderlo. Es posible… que haya cogido mi papel. Pero como piensa que el primero era mío, ahora cree que este viene de Ezra.

Recuerdo mi propio secreto, incómodo.

«Tengo miedo de morirme solo».

—Muy bonito, pero, Andréa, ahora te toca a ti —me apremia Clémence—. ¡A ver si sacas un poco de drama!

No dudo mucho antes de obedecer. Cuando lo abro, no hay ninguna duda acerca de la identidad de quien lo escribió.

«Tengo miedo de ser una mala madre».

No puede ser Jasmine, y conozco bastante bien a Clémence para saber que le pega haber puesto eso.

—No lo voy a leer en voz alta —digo—. Es privado.

Mi amiga adivina por mi mirada que me ha tocado su secreto, así que no insiste. Aun así, le susurro un discreto:

—Lo vas a hacer genial.

Recibo a cambio una sonrisa agradecida.

—Cariño, te toca.

Por dentro sé que Kai está rezando por que le toque el suyo. Sea lo que sea lo que haya escrito, ya se arrepiente.

—Me ha salido el mío —asegura cerrando el papel de inmediato—. Aburrido.

Me gustaría creerlo, pero le conozco lo suficiente para saber que está mintiendo. Intenta despistar, porque sabe que Clémence intentará sonsacarle el secreto. Ezra es el último en sacar el papel. Coge el que queda y su expresión, estupefacta, se dirige casi automáticamente hacia su primo.

—No habrás hecho eso… ¿verdad? —Kai se queda de pronto pálido. Ezra suspira, y murmura—: Idiota.

Clémence le pregunta qué pone, pero Kai forcejea para recuperar el papel.

—¡Dámelo! —grita su mujer, mientras le muerde las manos.

Kai también chilla mientras ella escala la silla para alcanzarlo. Intenta meterse el papel en la boca para tragárselo y hacerlo desaparecer, pero el sabor lo asquea y lo escupe al suelo.

Los observamos estupefactos, en un silencio incómodo.

«Si no quería correr el riesgo de que se revelara su secreto… ¿por qué lo escribió?».

Al final, Clémence consigue atrapar el tesoro tan deseado. Lo abre con nerviosismo, y lo lee a toda velocidad.

Se ruboriza de forma exagerada. Nunca la había visto así. La rabia la ahoga tanto que se queda sin aliento cuando se vuelve hacia su marido.

Kai levanta las manos, suplicante.

—Has dimitido… ¿«por un arrebato»?

Uf. Todos nos giramos hacia Kai, boquiabiertos. No me lo esperaba. A Kai le encanta su trabajo, o al menos eso pensaba. Es ingeniero en una de las mejores empresas del país y está a punto de tener un bebé.

«¿Qué demonios se le ha pasado por la cabeza?».

—Puedo explicártelo todo, Clem.

—Nos vais a disculpar —nos dice ella al resto—. Mi querido marido va a «explicarme» por qué acaba de jodernos la vida… en privado. En nuestra tienda Quechua, que ni siquiera ha sido capaz de montar. Para ser ingeniero… ¡es el colmo! ¿Seguro que no te han despedido, idiota?

Ezra le pide que se modere con los insultos, y noto que le ha salido de dentro el papel de primo mayor, pero Clémence no le escucha. Se mete en la tienda y Kai no tarda en seguirla.

—Si no salgo en una hora… iniciad la investigación —susurra antes de cerrar la cremallera tras él.

No sé si se dan cuenta, pero aquello no es una puerta de verdad. Así que oímos toda la pelea con tanta claridad como si no se hubieran movido de allí.

Clémence grita y Kai intenta explicar sus motivos, sin éxito.

Nadie se atreve a abrir la boca mientras Jasmine tuesta nubes ensartadas en varillas de hierro. Nos comemos el postre en silencio, hasta que la situación se vuelve demasiado íntima.

—¿Damos un paseo? —propone Ezra mientras se pone en pie.

—No quería decirlo, pero sí. Esto se está volviendo muy incómodo.

—Me duelen las piernas —se queja Jasmine.

Me agacho para auparla, y ella se sube con una sonrisa. Caminamos por el bosque con una linterna en la mano. Jasmine me da M&M’s mientras la llevo en brazos; le sujeto la cadera con las manos.

Ezra se preocupa por Kai, y acusa a Clémence de ser demasiado dura y autoritaria con él. Jasmine opina que, al contrario, eso parece gustarle a Kai.

—A veces me da la sensación de que ella le corta las alas… que no se atreve a hacer ciertas cosas por miedo a su reacción —explica Ezra—. Eso no me gusta.

—No podemos juzgarlos viendo solo una fracción de su día a día. Si llevan tantos años juntos, será porque la relación funciona.

—No creo que el tiempo garantice una relación sana —la contradice él—. Pero ojalá tengas razón.

Cuando se me cansan los brazos, Ezra toma el relevo y carga a Jasmine a la espalda. Los observo en silencio, y pienso en el secreto de mi amigo. Era consciente de que yo lo descubriría al escribirlo. ¿Esperaba que Jasmine también lo adivinara? ¿Quiere acaso intentar confesarse…?

~~¿Y ella… sentirá lo mismo?~~

Al cruzarnos con un corzo, decidimos volver al campamento. Jasmine me propone irnos a dormir, pero Clémence sale de la tienda llorando. Se lanza a los brazos de mi novia.

—¿Puedo dormir contigo esta noche? Estoy tan enfadada, Jazz…

Ella me lanza una mirada de pena antes de estrechar a su amiga contra el pecho.

—Claro que sí. Todo va a ir bien.

Las chicas desaparecen en la que debía ser mi tienda. Yo me quedo con los chicos junto al fuego, ocupado en reconfortar a Kai, que está abatido.

—Vas a tener que explicárnoslo —suspira Ezra—. ¿Qué coño te ha pasado?

—Sé que es una estupidez, pero… no era feliz.

Ezra y yo intercambiamos una mirada sorprendida. Yo mismo creía que lo era, pero sé que las apariencias a veces engañan.

—Me gusta mi trabajo, ese no es el problema. Todo iba bien. Demasiado bien —añade, con los hombros caídos—. Todo era… previsible. Aburrido. Familiar. La misma rutina, un día tras otro, sin ninguna sorpresa. Me di cuenta de que hacía las cosas por costumbre, y que me quedaba por comodidad.

Frunzo el ceño mientras lo escucho. Entiendo lo que quiere decir. No pensaba compadecerle, pero supongo que sí, porque me ha afectado.

—Así que decidí dejarlo —continúa Kai—. Quiero algo que me suponga un desafío, algo que me haga vibrar. Algo que de verdad me apasione, aunque sea imprevisible y a veces me parezca un rompecabezas.

Ezra guarda silencio durante un buen rato antes de darle una palmada en el hombro y ofrecerle una cerveza.

—Entonces has hecho bien. ¡Brindemos por eso!

—¿Estás de broma? —se indigna Kai—. Clémence me ha amenazado con el divorcio.

—Son palabras vacías. Solo le da miedo el futuro, porque lo has hecho en el peor momento posible. Y no le falta razón cuando dice que eres un idiota.

Sonrío, enternecido por la escena. Brindamos antes de cambiar de tema. Participo en la conversación, aunque tengo la cabeza en otra parte.

Cuando nos metemos en las tiendas, Kai es el primero en quedarse dormido. En la oscuridad, aprovecho la soledad para sacar el trozo de papel que he recogido del suelo, junto a las ramas. El que Kai había leído y que pertenece, sin la menor duda, a Jasmine.

Con la linterna del móvil, ilumino el secreto de mi novia.

«Tengo miedo de no llegar nunca a cumplir mis sueños».

Capítulo 27

Jasmine

Monticchiello, Italia

—No he entendido nada —confiesa Clémence al terminar de ver El castillo ambulante.

Como estaba ocupada en ignorar a su marido, le he propuesto ver una de mis películas favoritas de Ghibli para relajarse un poco. Pero Clémence no ha hecho más que lanzar preguntas durante las dos horas que dura, preguntas para las que ni siquiera yo tenía respuestas.

—Es normal —responde Ezra al pasar por detrás del sofá—. Nadie ha entendido nunca esa película, aunque muchos lo intenten.

Lo fulmino con la mirada, a pesar de que tenga razón. Hay un cierto genio incomprendido detrás de cada película de Ghibli; es parte de su encanto.

—Howl la estaba esperando todo ese tiempo —le explico con los ojos brillantes—. Ella volvió al pasado para decirle que la esperara. ¡Por eso, cuando se encuentran, él le dice: «Te he estado buscando por todas partes»!

Me seco una lágrima de emoción, lo que hace reír a Ezra. Me vuelvo hacia él, herida porque se burla de mi sensibilidad.

—¿No te parece romántico?

La sonrisa se le desvanece y asiente apenas, con la mirada perdida.

—Sí. Pero esperar es duro… Sobre todo, cuando no tienes ninguna certeza de que el afecto sea recíproco.

—¿Y por qué se transforma en pájaro? —pregunta Clémence, con el ceño fruncido—. ¿Y por qué Sophie oscilaba entre su yo viejo y su yo joven?

Empiezo a explicarle las teorías que se han planteado mil veces al respecto, pero parece perderse enseguida porque me corta diciendo que es demasiado complicado.

«Así que resulta un fracaso rotundo».

Le pido a Ezra que me pase el mando a distancia, que está en la repisa de la chimenea. Va desnudo de cintura para arriba; solo lleva un bañador negro.

Por eso me llama tanto la atención su nuevo tatuaje. Releo la frase que ya había visto tantas veces, pero solo ahora me golpea con fuerza.

«A heart's a heavy burden».

'Un corazón es una carga pesada'.

¡Claro! Por eso me resultaba tan familiar esa cita: la ha sacado de El castillo ambulante. Supongo que es su peli favorita de Ghibli… De ahí que le pusiera tan feliz que lo comparara con Howl.

—Ah, por cierto —nos interrumpe Ezra—. Toma.

No entiendo qué quiere decir hasta que me agarra con delicadeza la muñeca entre los dedos. Atónita, reconozco enseguida lo que me está poniendo.

«Un brazalete de la amistad».

Es de color verde manzana, absolutamente precioso, con mi nombre escrito en el centro, rodeado de dos cuentas cuya forma hace que el corazón se me acelere.

Un sol y un pájaro.

—Te dije que lo haría, ¿no? —sonríe con dulzura—. He elegido tu color favorito.

«¿Cómo lo ha sabido?». Nunca se lo he dicho, al menos no directamente a él. No tengo tiempo de darle las gracias porque de

pronto se marcha a hacer sus cosas, no sin antes lanzar a su espalda: «¡Deberías ponerle Totoro!».

Clémence hace una mueca y niega con la cabeza, poco convencida.

—Creo que esos dibujitos japoneses vuestros no son lo mío. Sin ánimo de ofender.

—No pasa nada. Solo intentaba distraerte un poco… ¿Cómo te sientes?

Mi amiga suelta un profundo suspiro y abraza un cojín contra el pecho. Ella y Kai no se han hablado desde aquella noche en el bosque. Le guarda rencor, aunque no sé muy bien por qué exactamente: ¿por haber dimitido, o por haber tomado la decisión sin consultárselo?

—Traicionada —confiesa—. Dice que no era feliz, y eso me rompe el corazón. Si es verdad, no puedo reprocharle que lo haya dejado, ¿no? Quiero que sea feliz. Pero…

—Pero te asusta el futuro.

—Vamos a tener un hijo —dice—. Un bebé cuesta mucho. Sobre todo después de una boda como la nuestra. Si yo estoy de baja por maternidad y él está en paro… ¿cómo nos mantenemos?

Lo entiendo. Lamenta que no pensara en todo eso antes de dimitir. Yo también le habría gritado. Y sin embargo, yo me quedé embarazada cuando Andréa y yo aún estábamos estudiando y no teníamos ni un duro.

—Estoy segura de que todo va a salir bien. Kai terminó la carrera el año pasado y tiene un currículum impecable, encontrará trabajo enseguida.

—Supongo que tienes razón… A veces me pregunto por qué me enamoré de él.

Sonrío al recordar a aquellos dos adolescentes. Era simple: se odiaban. Se peleaban por cualquier cosa, nunca estaban de acuerdo en nada, y siempre acababan por tirarse de los pelos.

—Pero supongo que de eso va el amor —suspira Clémence—. Tiene que ser complicado.

—¿Ah, sí? ¿Y eso desde cuándo? Yo pensaba que precisamente todo se volvía sencillo en cuanto encontrabas a la persona

adecuada.

Clémence estalla en carcajadas, lo que me sorprende. ¿Habré dicho una tontería? No me lo parece. Es lo que mis padres siempre me aseguraron, y la prueba está en que Andréa y yo jamás discutimos antes del aborto.

—En cierta medida, sí —ríe Clémence mientras se seca los ojos—. Pero el amor, sobre todo, está hecho de compromiso, de discusiones y de reconciliaciones. Si no, significa que no merece la pena luchar por tu relación.

—O simplemente quiere decir que no hay ninguna razón para discutir.

Clémence me mira como si no me creyera.

—Entonces, ¿me estás diciendo que en seis años de relación con Andréa nunca tuvisteis un solo desacuerdo? Antes del embarazo, quiero decir. ¿Siempre estabais de acuerdo en todo?

Abro la boca para confirmar, pero las palabras no salen.

—Piensa bien, Jazz.

Eso hago. Hurgo en la memoria en busca de lo que quiere que le diga y, para mi sorpresa, lo encuentro.

Al principio era todo perfecto, quizá porque éramos jóvenes e ingenuos. Era la primera vez que nos enamorábamos, y queríamos hacerlo todo bien. Luego nos hicimos adultos. Al vivir juntos, algunas cosas dejaron de ser tan bonitas.

—No fueron momentos de tensión como tales, ni desacuerdos… Solo diferencias de opinión.

—¿Como cuáles?

—Mi objetivo era dar la vuelta al mundo antes de los veinticinco. Pero tuve que dejar ese sueño de lado porque a Andréa no le gusta viajar. Siempre me decía que sí, y luego siempre se inventaba alguna excusa para cancelarlo a última hora. Al final me di cuenta.

Clémence me pregunta cómo gestionaba aquello. Me encojo de hombros, y le digo que no hablábamos del tema. Le dejaba hacer, y fingía que le creía, porque no quería obligarlo.

—Entonces dejaste tu pasión de lado por él —resume.

—No por él…

—Aun así, ocultaste una parte enorme de ti para complacerle. Vale, ¿qué más?

Suelto un suspiro, algo contrariada. No debí haber sacado el tema. Hemos empezado a hablar de su relación, y ahora resulta que está analizando la mía, aunque Andréa y yo no tenemos ningún problema.

«Al menos… eso pensaba».

—Cuando vivíamos en París… —confieso en un murmullo avergonzado—. Creía que todo iba bien, pero no era más que una ilusión. Él odiaba la uni, odiaba la ciudad, odiaba el piso… Pero se quedó. Porque me quería a mí.

—Entonces sacrificó dos años de su vida para hacer algo que detestaba porque sentía que no era lo suficientemente bueno para ti —resume otra vez Clémence.

—¿Sabes qué? Deberías haber sido psicóloga —comento.

Ella me dedica una sonrisa tímida y agradecida antes de retomar donde se había quedado.

—Si he entendido bien, los dos tenéis miedo de enfrentaros al otro para no romper esa superficie lisa y suave que habéis creado. Pero al hacerlo, sufrís en silencio, cada uno por su lado.

—«Sufrir» es una palabra demasiado fuerte…

—Algún día ya no seréis capaces de fingir para mantener las apariencias, Jazz. Y eso por no sacar el tema de los hijos.

Le pregunto qué quiere decir con eso, y me doy cuenta demasiado tarde de que no aprueba mi decisión de haber vuelto con Andréa. Trato de entender por qué; antes de la ruptura siempre nos había apoyado.

—Solo temo que te aferres a la nostalgia del primer amor… cuando en realidad terminó hace tiempo.

Quiero llevarle la contraria, decirle que se equivoca, pero de pronto el corazón me da un vuelco y me siento herida en lo más hondo.

—Lo amas porque ignoras sus defectos, en vez de amarlo precisamente por ellos —añade—. Y creo que Andréa hace lo mismo, aunque sepa que tú nunca le darás lo que busca.

Me duele, porque estoy convencida de que amo a Andréa, pero también porque en el fondo pienso que tiene razón.

Al igual que no estoy segura de que él pueda darme lo que necesito. Ya no.

No es la primera vez que lo pienso, aunque me dé vergüenza admitirlo. Pero es tan… difícil decir adiós a alguien que has querido. Soltar la mano que has besado tantas veces, sin estar segura de estar tomando la decisión correcta.

«¿De verdad nos hemos estado engañando?».

Estas dos últimas semanas han sido perfectas. Volver a encontrarme con él fue mágico. Sin embargo, la idea de regresar a nuestra vida de antes me da ganas de llorar.

Eso no es normal.

—Pero lo quiero —digo en un susurro entrecortado, con lágrimas en los ojos.

«De eso estoy segura».

Clémence me abraza con compasión.

—Lo sé. Pero… quizá no de la forma en que tú piensas.

He decidido estar sola esta tarde.

Clémence duerme la siesta mientras los chicos juegan al ping-pong en el jardín. Yo, en cambio, me he refugiado en el planetario durante una hora que me ha parecido eterna. La oscuridad y la Vía Láctea infinita me han ayudado a relajarme.

Cuando salgo, decido ir al taller. Hace tiempo que no hago nada con mis propias manos. Antes me encantaba: alfarería, cerámica, ganchillo, pintura…

—¿Has sentido la llamada del arte?

Doy un respingo y me giro de golpe; entonces, reparo en la presencia de Ezra. Lleva un short y un delantal beige sujeto solo por un tirante. Veo que tiene manchas de barro en el torso y en los

hombros, y enseguida me doy cuenta del porqué. Sentado en un taburete, Ezra está trabajando con arcilla.

Su creación gira sobre el torno; la sostiene entre las manos largas, hasta que se agujerea y se desploma… reducida a un montón de barro sin forma.

—Perdón —murmuro, y reprimo la risa—. ¿Te he distraído?

—Por desgracia, no. Se me da terriblemente mal.

Recoge la arcilla y forma de nuevo una bola entre las manos, sin mostrar desánimo pese al fracaso. Yo arrastro una silla para sentarme frente a él mientras contempla la masa informe con un suspiro de abatimiento. Sé lo que se siente, yo también he pasado por eso.

Por eso le digo:

—¿Quieres que te enseñe cómo se hace?

Ezra arquea una ceja; unos mechones de pelo le tapan los ojos. Como tiene las manos manchadas, me inclino para colocárselos detrás de la oreja. Noto cómo se tensa cuando le toco.

—¿Tú sabes hacerlo? —pregunta mientras le quito el delantal.

Le paso la prenda por encima de la cabeza y me la pongo yo, con las piernas abiertas a cada lado de la mesa circular que nos separa.

—Llevo haciéndolo desde que iba al instituto. ¿Qué te parece si hacemos un jarrón?

Él asiente, mientras observa mis movimientos. Cojo la arcilla, me tomo mi tiempo para amasarla bien y la lanzo sobre el torno.

Ezra se ríe un poco cuando le doy una palmada algo lasciva a la masa.

—Deja de ligar conmigo, Sophie…

Me tiende una esponja empapada en agua que exprimo sobre la pequeña montaña de color gris pardo.

—La clave está en tratarla con cariño.

Coloco las manos en forma de cuenco alrededor de la arcilla y luego hago un hueco en el centro con el pulgar. Me gusta la sensación al contacto con los dedos, la destreza que requiere cuando la bola se alarga en un cilindro firme.

Todo el mundo considera esta afición muy sensual, y lo entiendo: más allá de las formas fálicas que hacen reír a los inmaduros, hay

que acariciar la arcilla con las manos, y trabajarla de arriba abajo con lentitud, un poco como en el acto sexual.

Es a la vez íntimo y relajante.

—¿Cómo consigues que los bordes te queden tan simétricos? —murmura Ezra, mientras se inclina para ver mejor.

Le enseño a usar la esponja y los demás utensilios que sirven para alisar la pieza y evitar imperfecciones.

—Toma, prueba.

Ezra entrelaza las manos con las mías, concentrado. Lo guío de forma natural, y entrelazo los dedos con los suyos. Nos rozamos con la mejilla y se nos engancha el pelo por la electricidad mientras trabajamos en silencio.

Solo el canto de los pájaros en la ventana nos interrumpe de vez en cuando.

—No presiones tanto con el dedo —le aconsejo, mientras le cubro las manos con las mías—. Mira… Tienes que ser más ligero, más suave.

Sonríe, y cuando le pregunto qué le hace gracia, sacude la cabeza.

—Nada, iba a soltar una broma subida de tono bastante mala.

Le lanzo una mirada fulminante, lo que solo acentúa su media sonrisa.

—No me creo que consigas ligar así.

—Y sin embargo, ya he demostrado con creces que tengo mucho éxito —dice, para recordarme aquellas clases de seducción. Parece que fue ayer y, a la vez, siento que ha pasado una eternidad. Pensé que era un donjuán, pero hoy… sé que es mucho más que eso.

—Es verdad. Yo soy la prueba viviente, ¿no? —respondo con un tono falsamente coqueto.

Acerca el dedo, cubierto de barro húmedo, para apartarme un mechón de pelo que tengo atrapado entre los labios. Cruzamos la mirada por encima del torno y…

~~¿Me estoy notando el corazón?~~

Trato de acallarlo, pero sigue acelerado por estar tan cerca de Ezra, y no sé muy bien lo que significa.

—No deberías mirarme así —murmura en un ruego—. Es cruel, incluso aunque venga de ti.

Cuando me mira la boca, me sale echarme hacia atrás.

—¿Perdona?

—Ni siquiera te das cuenta de lo que me estás haciendo —suspira, aunque se ríe, y adivino que ya no bromea en absoluto—. No es justo.

Estoy tan estupefacta que no sé qué responder. Parpadeo mientras él me espera, herido.

Así que Andréa tenía razón, al fin y al cabo.

«Ezra… siente algo por mí». ¿Y yo todo este tiempo no he hecho más que coquetear con él porque pensaba que era solo un juego? Imposible.

—Por tu cara, entiendo que tenía razón desde el principio —murmura para sí mismo—. No era más que un sueño, nada más.

Su última frase me sacude como una descarga eléctrica. De repente, sin poder evitarlo, vuelvo a unas semanas antes, a la oscuridad de una habitación en Venecia.

«Si es un sueño, es el mejor hasta ahora».

Ezra se levanta para irse, pero le agarro del brazo. Me tiemblan las manos por el impacto del recuerdo que me atraviesa de lleno.

—Repite lo que acabas de decir.

—¿Por qué?

Le suplico con la mirada, presa del pánico. Me invade un mal presentimiento que no me suelta, y necesito estar segura.

Ezra deja escapar un suspiro resignado, y luego dice:

—A veces sueño… contigo.

«Oh, no. Oh, no, no, no».

Le suelto como si me hubiera quemado, con la mano sobre el corazón. Apenas logro respirar por el shock. Me he equivocado. He cometido una cagada enorme y no sé cómo arreglarla, ni siquiera cómo afrontarla.

«¿Cómo es posible?».

~~El sabor de su lengua, su boca en mis pechos, sus dedos largos entre mis muslos…~~

Su cuerpo me parecía diferente, su voz sonaba tan distinta, y yo no pensé ni un segundo que esa persona… no fuera Andréa.

—¿Eras tú? —murmuro—. Aquella noche, en la habitación de Andréa, en Venecia… ¿eras tú?

Ezra se queda helado, con los ojos muy abiertos. En su mirada descubro esperanza mezclada con una gran desconfianza. Al instante me doy cuenta de que tengo razón y el estómago se me retuerce de angustia.

—¿Entonces fue real? —susurra.

«¿Cómo pude confundirlos?».

Repaso en la cabeza los días siguientes, la reacción de Andréa, sus disculpas…

Se sentía culpable por haberme besado en la puerta de casa, nada más. Era él quien dormía en el sofá, no Ezra. Y yo estaba demasiado borracha para darme cuenta.

—Yo… No, no puede ser… Yo pensaba…

Me callo, incapaz de expresar lo que me pasa por la mente. Pero no hace falta que termine: Ezra lo entiende enseguida. Se viene abajo y traga saliva con dificultad.

—Espera… ¿tú pensabas que era Andréa? ¿Todo este tiempo?

Mi silencio grita la verdad. Quiero preguntarle por qué dormía en una habitación que no era la suya, por qué no me lo dijo antes, pero comprendo que fue mi error, no el suyo.

«Fui yo quien le pidió fingir que no había pasado nada».

Mi amigo parece en shock durante unos segundos.

—¿Lo haces a propósito porque te arrepientes? —me interroga con expresión dolida—. Lo entiendo, Jasmine. Lo has elegido a él. No tengo intención de contárselo a Andréa, y mucho menos de separaros. Pero fingir…

—¡No miento, lo juro! Era la habitación de Andréa. ¿Cómo iba a saber que eras tú?

Ezra me explica que, cuando volvió de la fiesta aquella noche, Andréa se había quedado dormido frente al televisor. No se atrevió a moverlo del sofá, así que se metió en su cama.

Me tapo la cara con las manos, avergonzada por haber cometido semejante error.

—Ezra, yo… No lo sabía. Perdón.

Su risa seca me demuestra que, esta vez, está realmente enfadado. No puedo culparle. Ahora que tengo toda la información, entiendo por qué pensó que yo estaba jugando con él.

Le pedí que fingiera ser mi novio para poner celoso a mi ex, luego que me enseñara a ligar, más tarde me metí en su cama… y, para rematar, volví con Andréa sin dar una sola explicación.

—¿De verdad? —me espeta Ezra, mientras se acerca—. ¿De verdad mis labios sabían igual que los suyos, Jazz? ¿Mis manos entre tus muslos eran igual de suaves? ¿Mi lengua susurraba los mismos secretos que la suya cuando recorría tu piel?

Soy incapaz de calmarme; el corazón me retumba desbocado en el pecho. Le pongo los puños en el torso, incapaz de soportar su cercanía en un momento así.

Me avergüenza darme cuenta de que estoy temblando.

~~Y aún más recordar lo mucho que me gustó, lo distinto y excitante que fue…~~

—Lo siento —repito, mientras miro hacia abajo.

—¿Por qué? ¿Por haberme besado por error o por romperme el corazón?

Le empujo con firmeza, atrapada.

—¿Yo, romperte el corazón? Oh, por favor. Como si a ti te importara. Todo esto te da igual. Saltas de chica en chica con la excusa de que buscas el amor, pero lo único que quieres es fo…

—¡Salto de chica en chica para buscarte a ti! —grita—. ¿Qué te crees, Jasmine? Sí, estoy celoso, claro que estoy celoso. ¡Llevo dos meses viéndote llorar, coquetear, esperarlo a él cuando es evidente que lo vuestro está acabado, pero estás demasiado cagada de miedo para admitirlo!

Sacudo la cabeza, completamente perdida. Quiero decirle que se equivoca, que no está enamorado de mí, que no me conoce. Sobre todo quiero decirle que yo no siento nada por él, pero las palabras se me atascan en la garganta.

—¿Chicos?

Nos giramos los dos hacia Kai, en la entrada del taller, que hace una mueca por habernos interrumpido. El miedo me invade al

instante. ¿Habrá oído algo?

—Ezra, creo que deberías venir a ver quién acaba de llamar a la puerta…

—Ahora no, estoy en plena conversación.

—Pero son tus padres —insiste Kai—. Te esperan en el salón.

Capítulo 28

Andréa

Monticchiello, Italia

El ambiente es frío.

Los padres de Ezra han llegado hace tres horas y seguimos todos reunidos alrededor de la mesa del jardín. Ezra sonríe, pero lo conozco lo suficiente como para saber que no está cómodo. Supongo que habría preferido evitar la visita sorpresa de su familia, que dice haber hecho un desvío antes de llegar a Cinque Terre, ya que Kai estaba aquí.

Él y Clémence siguen sin dirigirse la palabra. Y Jasmine…

«Jasmine está ausente».

¿Habrá pasado algo entre Ezra y ella?

La imagen de ambos, uno frente al otro, con las manos entrelazadas en la arcilla húmeda, me vuelve a la mente. Era como una escena de Ghost, solo que sin la música sensual. No intentaba espiarlos, los he sorprendido por casualidad cuando intentaba quedarme solo para llamar a Zélie. Apenas me he quedado unos segundos, pero han bastado para abrirme los ojos a lo que me negaba a ver hasta entonces.

Sabía que a Ezra le gustaba Jasmine.

Lo que no sabía, en cambio, era que fuese recíproco.

—¿De cuánto tiempo estás embarazada? —pregunta la madre de Ezra a Clémence.

Ella responde con cortesía. Se enfrascan en una charla con Eri, la hermana de Ezra, que ha venido con su hija de cuatro años.

Mientras tanto, sirvo el marisco a los invitados. A mi lado, noto cómo Jasmine busca con angustia la mirada de nuestro anfitrión.

«Definitivamente, ha pasado algo».

Debería enfadarme. Apartarla ahora mismo y pedirle explicaciones. Pegarle un puñetazo a Ezra, acusarlo de querer robarme la novia.

Debería, al menos, sentirme destrozado, ¿no?

Jasmine suspira por otro. Y no por cualquiera. Eso me entristece un poco, sí, pero… ~~no tanto como debería.~~

«¿Será por eso que, inconscientemente, intento empujarlos el uno hacia el otro?».

—¿Habéis pensado en mudaros a una casa grande? —pregunta la madre de Ezra.

Clémence aprieta los labios.

—Por desgracia no, ya que mi marido está en paro.

Kai se revuelve en la silla, incómodo.

—No tiene nada de malo —se defiende—. Estoy en un periodo de transición, oba,† nada más.

—Claro. Ya se lo dirás a tu hijo cuando no tengamos para los pañales, seguro que entiende perfectamente tu situación.

Le hago señas a Ezra para rogarle que haga algo, lo que sea, que aligere la conversación. Se aclara la garganta y sirve una copa a su padre mientras pregunta:

—¿Por qué habéis venido? Creía que odiabais Italia, ya que nunca venís a verme.

Percibo un matiz de rencor en su voz, o de tristeza. No conozco bien su situación familiar, pero Kai siempre me dijo que era complicada.

—Tu primo estaba aquí, así que hemos querido aprovechar —responde su madre, mientras le sonríe a mi amigo—. Eres tú quien

nunca viene a visitarnos… Tu hermano está un poco decepcionado, ¿sabes? Te echa de menos.

—¿Cuál de ellos?

—Ya sabes cuál.

Ezra deja escapar una sonrisa amarga, y murmura entre dientes:

—Como si no tuviera otros tres…

—¿Perdona?

—También echo de menos a Kenji —suspira en vez de repetir—. Lo llamo tantas veces como puedo. ¿Por qué no ha venido con vosotros, por cierto?

Jasmine come en silencio a mi lado, y todos parecen olvidarse de su presencia.

—¡Ah, no! —responde con viveza la madre de Ezra—. Es demasiado complicado, lo dejé con Sana. ¿Te lo imaginas subido a un avión?

Ezra aprieta los dientes y se encoge de hombros. Parece a punto de estallar, y temo que lo haga delante de todos si sus padres siguen.

—No lo sé, puesto que nunca lo ha intentado.

—Le daría demasiado miedo —añade su padre—. No hay que forzarlo. ¿Y si le diera una crisis en pleno vuelo, eh?

Al final, mi amigo se rinde, consciente de que nunca tendrá la última palabra. Su padre insiste en que debería haberse quedado en Francia, más cerca de ellos.

Cuando Ezra les pregunta si tanto lo echan de menos, su madre responde:

—¡Podrías haber pensado en tu hermano! La familia es la familia. Fuiste el único egoísta que se largó en cuanto tuvo la oportunidad.

Esta vez, Ezra se queda inmóvil. Noto cómo el ambiente a nuestro alrededor cambia, una señal de lo que está a punto de suceder. Jasmine lo percibe también, porque abre la boca para elogiar la comida. Lamentablemente, Ezra la corta con voz sombría:

—¿Yo, egoísta? ¿Creéis que no hice lo suficiente por esta familia?

Su padre pone los ojos en blanco, como si su hijo estuviera teniendo una rabieta infantil. Se esfuerza en repetir lo ingratos que

son los hijos, y se apoya en el hecho de que Ezra los abandonó en cuanto tuvo ocasión.

—No es un reproche —asegura su madre—. Ser egoísta no es necesariamente algo malo.

«Sin embargo, suena mucho a reproche», pienso sin atreverme a decirlo en voz alta.

Las palabras de sus padres resultan cuanto menos contradictorias. Ezra deja escapar una mueca fría y triste a la vez, con la mirada perdida en la nada.

—¿Os habéis puesto de acuerdo para arruinarme el día, o qué?

Jasmine hunde los hombros a mi lado, como si se sintiera culpable de algo. Entiendo que la paciencia de Ezra pende de un hilo, un hilo que mi novia ya ha puesto hoy demasiado a prueba.

Es la gota que colma el vaso. Se le junta todo… y estalla.

—He criado a vuestros hijos —suelta alzando la voz—. ¿Eso es ser egoísta?

—¿Perdona? —se ofende su madre, que le exige que se disculpe de inmediato.

—Kenji necesitaba más atención, más esfuerzo, y es normal. Fue duro, todavía lo es, lo sé. Pero teníais más hijos, okāsan.†

Se le quiebra la voz al decir esa última palabra, y lo noto en lo más hondo. Kai le pone una mano en el brazo, en señal de apoyo, pero Ezra ni siquiera parece darse cuenta. Ante nuestra expresión de desolación, abre las compuertas y deja salir todo lo que llevaba dentro:

—Siempre presumes de tener hijos obedientes, discretos, que nunca piden nada, que nunca dan problemas. ¿Sabes por qué? Porque es a mí a quien Eri pide dinero cuando se queda sin un céntimo. Es a mí a quien llama Hiro desde comisaría cuando lo detienen tras una pelea en una discoteca. Es en mi hombro donde llora Yuna cuando su novio la engaña. Incluso ahora, a quinientos treinta y seis kilómetros de distancia, todavía me ocupo de ellos.

Esta vez, sus padres guardan silencio. Algo aturdidos, se limitan a mirarlo mientras digieren lo que acaba de revelar.

Ezra sacude la cabeza, de pronto incómodo por haber hablado de más.

—Nadie se ocupó de mí, y nunca me quejé. Así que sí, perdón si me niego a que me llamen egoísta.

Dicho esto, Ezra se levanta de la mesa y desaparece en el interior de la casa. Nadie se mueve durante unos segundos. Todos estamos atónitos por lo que acaba de ocurrir.

Noto que Jasmine hace ademán de levantarse, pero se lo piensa mejor. Kai se da cuenta y va en su lugar.

—¿Qué? —me suelta ella al ver que la observo.

—Yo no he dicho nada.

Clémence intenta arreglar la situación retomando la conversación con Eri. Los padres no abren la boca, y pienso que se sienten incómodos. La madre reprime las lágrimas y come en silencio. Estoy a punto de hacerle una pregunta cuando noto que alguien me tira de la manga de la camisa. Miro hacia abajo y me encuentro con una cabecita morena.

La sobrina de Ezra me sonríe radiante, vestida con un traje de princesa verde. Creo recordar que se llama Sora.

—Hola —la saludo con torpeza—. ¡Guau! ¿Eres una princesa?

—¡Sí, el sapo!

Se refiere a la película de Tiana y el sapo, lo cual me divierte. Su madre nos explica que le compró el disfraz para su cumpleaños y que desde entonces se niega a quitárselo. Quiere llevarlo al colegio, de compras, a todas partes. Su padre aún protesta, pero Eri la deja hacer.

—Si mi hija quiere ser una princesa, entonces será una princesa —dice, bajo la mirada desaprobadora de sus padres.

—¿Y tu corona dónde está? —pregunto a Sora. Ella parece pensárselo, y escudriña los alrededores.

—Está… ¡en mi casa!

Echo una ojeada en la dirección a la que señala, muy lejos, entre las colinas toscanas.

—Ah, vaya, nos viene un poco mal ir a por ella. Qué pena.

Se encoge de hombros y eso me hace reír. Adorable. Supongo que le caigo bien, porque no se despega de mí en toda la tarde. Eri intenta llamarla, pero le digo que no me molesta. Al contrario, me encantan los niños.

Sora acaba sentada en mis rodillas, ocupada en contarme la última película que ha visto. Creo que intenta resumirme Monstruos S. A. —«el mosssstro verde»—, aunque bien podría ser Shrek…

—Es raro que se encariñe tan rápido con alguien —se sorprende Eri mientras servimos el postre—. Parece que le gustas mucho.

—Estoy acostumbrado, por eso será.

—¿Ah, sí? ¿Tenéis hijos? —sonríe Eri, mientras nos mira a Jasmine y a mí—. ¿Cuántos?

El ambiente cambia a nuestro alrededor. Clémence abre los ojos de par en par y siento que Jasmine se tensa a mi lado. Antes de que pueda contestar, ella dice con suavidad:

—Uno solo.

—¿Un niño o una niña?

—Un niño —susurro, mientras intento controlar el pulso.

—¡Oh, siempre quise tener un pequeñín! —se entusiasma Eri—. ¿Qué edad tiene? ¿No ha venido con vosotros?

«Es demasiado duro». ¿Cómo lo hace la gente, joder?

Por sorprendente que parezca, Jasmine sigue sonriendo al responder:

—Tres años.

No contesta al resto, pero la hermana de Ezra no insiste. Para cambiar de tema, digo que siempre he estado rodeado de críos, al venir de una familia numerosa.

Sora termina por quejarse de que no le presto atención, así que me concentro en escuchar el final de su historia. Ezra aún no ha vuelto. Cuando su primo reaparece, sacude la cabeza discretamente.

—Ezra ha preparado vuestras habitaciones arriba —anuncia—. Se ha ido a dormir temprano, estaba agotado.

Nadie se lo cree, pero nadie lo contradice. Supongo que ha sido un día de mierda para todos. Excepto para Sora, que sigue dedicándome sonrisas radiantes. Me toma de la mano para llevarme al salón, donde saca todos sus juguetes del bolso cambiador. Así me paso la noche: inventando historias con Playmobil mientras los adultos conversan.

«Y, aun así, me encanta».

Sora ríe a carcajadas cada vez que digo una tontería o hago una imitación cutre.

—¿Es una reunión privada o me dejáis sentarme con vosotros?

Levanto los ojos hacia Jasmine y la observo agacharse a nuestro lado. Consulto a Sora con la mirada, quien duda un instante antes de asentir.

—You're in —le susurro al oído a mi novia.

Ella sonríe y hace un gesto de victoria. Sora le da unos personajes y le explica la situación en curso. Yo mismo apenas logro seguir el hilo.

Jugamos tranquilamente, y por un instante me dejo convencer: me imagino que somos nosotros dentro de diez años, con un nuevo bebé.

Entiendo que en realidad nunca abandoné esa idea.

Creía haber pasado el duelo, pero no era más que una trampa que me había puesto yo mismo. Todo este tiempo, en el fondo, esperaba que Jasmine cambiara de opinión… pero eso no ocurrirá.

Al menos, no tengo ninguna certeza.

Y no puedo esperar indefinidamente hasta que sea demasiado tarde. Si lo hiciera, llegaría un día en que acabaría por culparla de haberme jodido la vida.

«Y eso es lo último que quiero».

—¿Crees que podríamos haber sido nosotros? —pregunto en voz baja.

Jasmine sonríe con tristeza. Trato de imaginar cómo sería nuestro hijo hoy. Con el pelo oscuro, seguro. Con los ojos rasgados de su madre, eso espero. Quizá con mi sonrisa burlona.

—Probablemente.

—Pero eso no te da ganas de…

Ella frunce el ceño, y busca las palabras adecuadas para explicar lo que siente.

—No digo que no me hubiera gustado —confiesa en un murmullo —. Si nuestro hijo hubiera estado aquí, lo habría querido más que a nada, más que a nadie. Habría recibido todo el amor del mundo, y más todavía.

—¿Pero?

Se encoge de hombros mientras se enjuga una lágrima que se le escapa.

—Pero yo habría sido una mujer y una esposa infeliz —admite—. No tengo ni las ganas de tener un hijo ni la paciencia necesaria para criarlo. Quizá sea egoísta, pero es mi decisión. Y ahora tienes que respetarla.

Asiento, y le doy la mano.

—Lo he entendido, Jazz. De verdad, esta vez sí.

No se me rompe el corazón. En el fondo, aunque aún no me atreva a decirlo en voz alta, ya he tomado una decisión.

Y cuando la miro esta noche directamente a los ojos…

«Tengo la sensación de que ella también».

* 'Tata', en japonés.
† 'Mamá' en japonés.

Antes

Jasmine

París, Francia

Mi madre piensa que el primer amor dura para siempre. Mi padre opina que existe para servirnos de lección.

Yo solo tengo veintiún años, pero ya sé que los dos tienen razón. El primer amor es eterno porque simboliza algo… pero cuando acaba, duele tanto que nos marca a fuego.

Cuando regreso al piso tras otra jornada deprimente, Andréa me espera de pie en el salón. No me sorprende, sabía que sería así.

Llego tarde y el móvil se me ha quedado sin batería.

—¿Dónde estabas?

No me gusta ese tono acusatorio, ni el gesto furioso que le cambia los rasgos.

—Hola a ti también —replico con sequedad, mientras me quito la chaqueta.

Son las primeras palabras que nos dirigimos en todo el día. Por la mañana, Andréa sale cuando yo todavía duermo. Intuyo que lo hace porque no sabe cómo comportarse a mi lado.

«Nunca había sido así».

Antes… de Aciano.

El corazón me duele, pero no sé cómo decírselo ni cómo mostrárselo. Han pasado ya varios meses desde el día más traumático de mi vida.

Aún sueño con ello todas las noches.

Me veo sola en aquella sala fría. Me veo empujando y gritando como si me fuera a partir en dos. Me veo llorando sin control cuando me anunciaron que era demasiado tarde, que mi bebé había muerto… pero que aún tenía que sacarlo. Que no podía quedarse dentro, a salvo.

El peligro era yo. Mi cuerpo lo rechazaba, mi cuerpo era inhabitable.

Pero, sobre todo, lo recuerdo a él. Su cuerpecito entre mis brazos, con los ojos cerrados.

~~En silencio.~~

A veces, el sueño cambia. A veces soy yo la que muere en su lugar.

~~A veces me despierto y pienso que ojalá fuera real.~~

La psiquiatra dice que es estrés postraumático. También dice que sufro depresión posparto. Sé que tiene razón, pero soy incapaz de contárselo a Andréa. No lo entendería. Él no estuvo conmigo aquella noche, no vio cómo acabé.

—La cena está fría —lanza él cuando abro el frigorífico medio vacío—. Te he esperado, Jasmine.

«Jasmine. No Jazz, ni Arrietty».

Hace mucho que no oigo esos apodos. Últimamente es siempre Jasmine por aquí, Jasmine por allá. Y cada vez que me habla es para reprocharme algo.

No le culpo, yo hago lo mismo.

No me quedan fuerzas para hacer otra cosa. Ni siquiera sé de dónde saco la energía para discutir con él cada noche.

—Te mandé un mensaje para avisarte de que llegaría tarde. No es mi culpa si me dejas en visto.

Le tiembla la mandíbula como si apretara demasiado los dientes. Aparta la mirada para suspirar, y le conozco lo bastante para saber que se está conteniendo. Lleva meses con una rabia acumulada que no llega a estallar.

Yo sé fingir, él sabe tragarse las cosas.

«Somos incapaces de comunicarnos».

Solo ahora me doy cuenta de que nunca habíamos afrontado un problema en nuestra relación. Ni siquiera sé cómo se hace.

—Son las diez —responde Andréa, que me corta el paso hacia el salón—. ¿Quieres que me crea que tenías clase? ¿A estas horas?

Cierro los ojos, agotada. ¿Qué quiere que le diga? ¿Que no quise volver enseguida porque la idea de regresar a este piso mugriento, lleno de las cosas del bebé que aún no hemos tenido el valor de tirar, me superaba?

No quería llorar en la ducha esta noche.

No quería cenar en silencio a su lado.

No quería discutir.

«Pero parece que esto último es inevitable».

—Me he tomado una copa antes de volver. ¿No está permitido?

Le aparto de un empujón, irritada. Andréa me pregunta con quién. No respondo de inmediato, porque me niego a mentirle. Pero sé de sobra cómo reaccionará ante la verdad. Muy mal.

—Con Pierre.

No le veo la cara, porque le doy la espalda mientras me quito los zapatos. Pero de pronto un ruido brutal me hace dar un salto. Me giro a tiempo de verle dar una patada a la mesa baja.

Me quedo inmóvil, petrificada.

—¡Joder, Jasmine! —grita—. ¡Te he pedido una sola cosa, una sola!

Cruzo los brazos, a la defensiva. Andréa es un hombre celoso, con problemas para controlar la ira. Y parece haber empeorado desde… el nacimiento de Aciano.

Me pregunta constantemente dónde estoy, con quién y qué hago.

Hace un mes descubrió que me había acercado a Pierre, un compañero de trabajo. Desde entonces está convencido de que quiere acostarse conmigo.

Por más que le repito que no le engaño, que Pierre no es más que un amigo, se niega a escucharlo. Así que me pidió que lo evitara. Le prometí no volver a verlo a solas fuera del trabajo, para no debilitar aún más nuestra relación.

Pero esta noche ha sido distinto.

—Necesitaba verme —me defiendo—. Solo tomamos una copa y me fui. ¡Deja de montar un drama por todo, joder!

Andréa sacude la cabeza mientras da vueltas por la habitación con los puños apretados.

—¿Necesitaba verte? ¿Para qué, exactamente?

—¡Está pasando un duelo, imbécil! —le suelto con una mirada fulminante—. Acaba de perder a su hermana.

Mi novio se detiene para asimilar la noticia. No se disculpa. No retira lo que ha dicho. En lugar de eso, entrecierra los ojos para preguntarme si le he contado a Pierre lo que nos ha pasado.

Niego con la cabeza, incapaz de abrir la boca.

—Ya basta, teniente Colombo —declaro con frialdad—. No tienes ningún derecho a acusarme sin pruebas solo porque llego un poco tarde. Aún tengo derecho a tener amigos. ¿O mi vida tiene que girar solo en torno a ti, a ti y a ti?

Jamás me había atrevido a hablarle así. Veo que a él también le sorprende, y sin embargo llevamos semanas en ese mismo bucle. Discusión tras discusión. Reproche tras reproche.

«Llevo meses sin sonreír».

Creo que ya no me acuerdo ni de cómo se hace.

—¿Crees que me divierte? —replica Andréa con el mismo tono—. ¿Crees que me gusta esperarte aquí como un imbécil? ¿Torturarme mientras me imagino lo peor?

—Nunca te he dado razones para sospechar de mí, no sé por qué…

—¡Porque ya no me hablas! —ruge de pronto—. Vivo con un puto fantasma. Solo me diriges la palabra para discutir. No aguanto más, Jasmine… Necesito respirar. Tengo que irme.

«Yo también necesito respirar. Yo también quiero irme». Pero estoy atrapada aquí, en una ciudad que apenas conozco, en un máster que no me entusiasma, con una depresión doble y un novio que ya no parece quererme.

Debí seguir mis sueños. Debí marcharme a los dieciocho, debí haber escuchado a mi corazón.

~~Ser libre.~~

—Entonces vete a casa de tu madre —le propongo—. Quédate unos días.

Sé que no hace más que esperar esa oportunidad. No deja de intentar convencerme para ir a casa de sus padres, con la excusa de que están preocupados.

Me contengo de recordarle que sus padres se preocupan por él, no por mí. No lo sabe, pero lo escuché. Hace dos días, mientras hablaba por teléfono con su madre. Hablaban de mí. De mi duelo perinatal. De mi útero. De mi capacidad para hacerlo feliz.

—Jazz… —suspira Andréa, con una mirada de súplica—. Ven conmigo, por favor. Es fin de año… Lo necesitamos.

Detesto que me diga lo que necesito cuando no tiene ni idea. Todo lo que quiero es silencio.

—Lo que no necesito es oír a tu madre repetir que fue culpa mía que perdiera a mi bebé, Andréa.

He hablado con más frialdad de la que pretendía, pero no me disculpo. Tiene que escucharlo, aunque tengamos que discutir por cuarta vez esta semana.

«Déjala mientras seáis jóvenes», le dijo su madre por teléfono. «Vete mientras aún tengas tiempo. Ya nada te une a Jasmine».

Esas frases me taladran la cabeza, crueles pero sinceras. Quise gritar que estaba equivocada, que él y yo estamos unidos para siempre.

«Que mi hijo esté muerto no significa que nunca haya existido».

Andréa y yo seguimos siendo sus padres, le guste o no.

—Nadie piensa eso, ¡eres tú sola la que lo tiene en la cabeza! —me acusa con saña.

—La oí al teléfono; te dijo que era «una señal de la vida», que nunca serías feliz si yo no podía darte hijos. Que «no estoy hecha para eso».

Andréa abre la boca, atónito y con un punto de vergüenza. Mejor. Debería sentirla. Aunque su madre tiene razón en una cosa: no estoy hecha para eso. Nunca lo estuve, y lo intuía; intenté hacérselo entender desde que empecé a dudar.

Me dejé tentar porque lo amo con locura. Porque pensé que nos haría aún más felices. Porque creí lo que todo el mundo me repetía

sin cesar: «Cuando encuentres al adecuado, cambiarás de idea».

Tonterías. Me di cuenta de mi error a los tres meses de embarazo. Me machaqué por pensarlo, mientras la vida de mi hijo crecía dentro de mí.

~~Pero seguía sin querer ser madre.~~

Le quería. Hasta moriría por él.

Así que cuando me desperté con sangre entre las piernas, lo supe. Era responsable. Era culpa mía si el cielo había decidido arrebatármelo. Lo había pensado con demasiada fuerza, y alguien allí arriba me había escuchado.

Pero no podía decirle algo así a Andréa, me negaba a que supiera que soy un monstruo. No podía confesarle el alivio que sentí, en el fondo, cuando me dijeron que no podría volver a tener hijos sin riesgo.

«Nunca más. Nunca más quiero pasar por eso».

Así que pongo buena cara. Finjo que no lloro cada día. Aparento estar bien porque es más fácil fingir que me he curado.

Andréa quiere contárselo a la gente, liberarse.

«Pero si yo lo digo en voz alta, me derrumbo».

—Mi madre no sabe lo que dice —la defiende, mientras se pellizca el puente de la nariz—. Pero… No, nada.

—¿Pero qué? Has empezado; termina.

Evidentemente deseaba soltarlo, porque no necesita que le insista para acabar por confesar:

—No eres la única que lo está pasando mal, Jasmine. Yo también he perdido a un bebé.

Siempre lo mismo. La misma cantinela, una y otra vez, las mismas discusiones con idéntico desenlace. Empiezo a pensar que el amor no siempre basta, porque por mucho que lo ame con locura, solo quiero una cosa: que me deje en paz.

—No sé qué esperas de mí, Andréa.

—¡Quiero que muestres aunque sea un poco de emoción, joder! —ruge tan fuerte que doy un paso atrás—. ¿Por qué soy el único que quiere hablar de ello? ¿Por qué sonríes a todas horas como si todo estuviera bien? ¿Cómo puedes reír, cómo puedes… olvidarlo tan rápido?

Es como una bofetada en la cara, un gancho en el último asalto. Me ha dejado KO con una sola frase y apenas logro respirar tras el impacto.

Olvidarlo, ojalá pudiera. Sueño con ello todas las noches. Si eso me permitiera despertarme sin ganas de tirarme por un puente… Pero no tengo ese lujo.

«¿Cómo puede pensar algo así?».

¿Cómo, después de tantos años juntos, todavía no me conoce lo bastante como para notar que a los demás les miento?

—¿Eso es lo que te molesta? —susurro, y contengo las lágrimas.

—¡Me molestan muchas cosas!

Intenta huir de la conversación hasta la cocina, pero lo sigo de cerca. El corazón me late con fuerza, porque en el fondo sé que no saldremos indemnes de esto.

Por primera vez en mucho tiempo, nos hacemos frente. Nos mostramos tal como somos, aunque la verdad duela.

—Vamos, Andréa, explícame por qué tu duelo es más legítimo que el mío, por qué soy un monstruo por reaccionar distinto, por qué…

—No he dicho eso.

—¡Pero todo en tu actitud lo grita! —exclamo, al fin desbordada —. ¡Me tratas como si estuviera loca, pero eres demasiado cobarde para decir lo que piensas de verdad!

—¿Así que es culpa mía? No quieres que te toque, te apartas cada vez que me acerco… Hablas con todo el mundo menos conmigo. ¡Ese nuevo amiguito, Pierre, sabrá más de nuestra vida y de lo que sientes que yo!

Abro la boca de par en par, herida por que me eche en cara algo así. ¿Se ha puesto alguna vez en mi lugar? ¿Cómo puede pensar en nuestra vida sexual cuando aún estamos pagando los gastos del entierro de nuestro hijo?

—Perdona si no me apetece acostarme contigo después de haber tenido un aborto, Andréa. Supongo que debe de ser durísimo para ti.

Él suelta una risa seca, irritada.

—Me haces quedar como un imbécil…

—Te las arreglas muy bien tú solo para eso, tranquilo.

¿Cómo hemos llegado a este punto? Nunca habíamos discutido ni nos habíamos insultado. Tal vez porque nunca nos habíamos enfrentado a obstáculos de verdad. Pero ya no tenemos quince años. Somos adultos, con vida de adultos y problemas de adultos.

Ya no nos entendemos. Ya no nos escuchamos.

—Ya no es lo mismo —suelta de pronto, con una voz lastimera—. Todo ha cambiado. Ya no puedes…

Retrocedo un paso, boquiabierta.

«Ya no puedes darme lo que quiero».

Eso iba a decir antes de callarse. Lo sé, lo siento, estoy segura. Lo lleva escrito en la cara. Una tristeza infinita me invade al asumir que ya no soy suficiente. Que estoy rota, y eso es lo que nos destruye.

~~Lo que ya nos está destruyendo.~~

—Dame una buena razón para quedarme —me suplica, mientras se acerca, y me pone las manos en las mejillas—. Necesito una chispa de esperanza, aunque sea mínima. Porque no puedo seguir así…

Tirito bajo su proximidad, a la vez emocionada y asustada. Quiero que me toque, pero aún no estoy preparada para soportar su contacto.

Sus palabras me rompen el corazón.

Tardo en darme cuenta de que lloro en silencio. El alma me grita que le dé lo que quiere. Podría decirle «Te quiero» y bastaría. Podría prometerle que voy a mejorar, que solo intento sobrevivir.

Pero recuerdo las palabras de su madre.

Recuerdo su sonrisa radiante cuando le anuncié que estaba embarazada.

Recuerdo sus sueños de tener una familia numerosa… y asumo la verdad: no estoy hecha para él. Jamás podré darle lo que más ansía.

Me culpo por ello, pero le culpo aún más a él por arrinconarme en mi peor momento.

«Dame tiempo», quisiera suplicarle.

Pero no puedo. No tengo fuerzas para luchar más por nada, ya lo he hecho durante bastante tiempo.

En su lugar, digo algo muy distinto.

—No pienso ir a casa de tu madre.

Me mira en silencio, y veo cómo se le empieza a caer un poco la máscara. Sus rasgos se impregnan de un dolor igual al mío, y aprieta los labios.

Cuando alza la mano hacia mí, creo que va a decir que no pasa nada, que iremos en otro momento, que lo mejor sería quedarnos juntos y pedir una pizza para cenar mientras vemos una serie de Netflix.

Pero detiene la mano en seco y se le rompe la voz al decir:

—Se acabó, Jazz… No puedo más. Me rindo. Siento que me estoy muriendo.

Me abandona, igual que nuestro bebé. Porque no soy suficiente. Porque soy incapaz de hacer algo bien. ~~Porque lo he destrozado todo.~~

«De verdad creí que nada nos separaría».

Pero resulta que era muy joven. Y muy ingenua.

Lamento haberlo llevado al límite, pero le reprocho que sea demasiado cobarde para luchar por nosotros.

—¿De verdad? —pregunto en un susurro, mientras lloro a moco tendido—. ¿Vas a rendirte?

Asiente, con los dientes apretados. Intuyo que, esta vez, es el final de verdad, la última discusión, y la idea me aterra.

«¿Quién soy sin Andréa? ¿A dónde voy, sin él?».

Ni siquiera sé si soy capaz de vivir sola, y menos aún en este estado.

—Entonces vete.

De pronto, no soporto verlo. Estoy herida, enfadada, decepcionada. Quiero romperlo todo, llorar hasta quedarme dormida, huir de esta ciudad maldita.

~~Quiero que sufra como sufro yo.~~

Así que me vuelvo como un huracán dentro del estudio y recojo sus cosas para lanzárselas a la cara. Todo: vaqueros, calcetines, cómics… Él no hace nada por evitarlo. Yo lo insulto a gritos, rota por los sollozos que me ahogan.

—¡Vete, si te rindes! ¡Y no vuelvas!

Permanece quieto unos segundos, con los puños apretados. Tengo la mínima esperanza de que cambie de idea, de que diga «Te

quiero», porque siempre es lo que nos decimos tras cada discusión.

«Nunca nos acostábamos enfadados».

Pero cuando Andréa por fin se mueve, es para salir por la puerta del piso sin mirar atrás.

Me derrumbo sobre el parqué.

Sigo acurrucada en la cama cuando Andréa vuelve a primera hora de la mañana. No he pegado ojo.

No me muevo al oírle guardar sus cosas en cajas y bajarlas poco a poco a la calle. Entiendo que no ha cambiado de opinión. Ha venido a recoger la ropa y el resto de sus pertenencias.

Es absurdo, pero de pronto me asaltan preguntas ridículas:

«¿Quién de los dos se quedará la cuenta de Netflix? ¿Quién se quedará con la mesa y la tele? ¿Cómo voy a pagar yo sola el alquiler?».

Me levanto para verle una última vez, con los ojos rojos e hinchados. Hago el esfuerzo de bajar al portal cuando Andréa cierra el maletero con las llaves del coche en la mano.

No se atreve a mirarme de frente cuando murmura:

—Cuídate, Jazz.

No paro de llorar. Sigo llorando cuando arranca… y aun después de que desaparezca al girar la esquina.

Soy completamente consciente de la ruptura cuando me veo sola en el sofá, en mitad de un piso vacío.

—Lo siento.

«Eso es lo que debería haberle dicho».

Capítulo 29

Jasmine

Monticchiello, Italia

Llamo varias veces a la puerta de Ezra.

No me gusta cómo acabó la conversación, que se interrumpió por la llegada de sus padres. Me culpo por haber podido generar semejante malentendido entre nosotros, y por haberlo empeorado sin querer.

«Que no me odie, por favor».

—Ezra.

Su nombre se escucha como un murmullo contra la puerta, pero estoy segura de que me oye.

Ni siquiera sé lo que quiero decirle. Quisiera que supiera que lo adoro.

Quisiera que supiera que estoy a punto de hacer lo más aterrador y liberador que he hecho en la vida.

Quisiera que supiera que…

—Lo siento.

Permanezco largos minutos inmóvil frente a la puerta, a la espera de que se apiade y decida abrirme. Pero termino por recibir un SMS suyo que dice: «Esta noche no, Jazz. Por favor».

Lo entiendo. Solo venía a consolarlo tras la discusión con sus padres. Sé lo difícil que debe de ser para él. No me gusta la idea de que se sienta solo y no deseado por las personas a las que más quiere.

Pero respeto su decisión y doy media vuelta.

Casi todos están ya en la cama. Kai y Clémence friegan juntos los platos. Los escucho hablar en voz baja, así que decido no interrumpirlos mientras hacen las paces.

Andréa barre la terraza, iluminada apenas por la luna llena.

—Vaya noche, ¿eh? —suspiro al acercarme.

—Vaya día, querrás decir…

—Vaya verano, incluso.

Me devuelve la sonrisa. Lo ayudo a recoger lo que queda fuera en silencio antes de preguntarle si tiene sueño.

—No mucho.

—¿Damos un paseo? —le propongo.

Me mira a los ojos antes de asentir con la cabeza. Se lleva una chaqueta, que se coloca sobre el hombro, y adivino enseguida que es para prestármela si me entra frío.

«Andréa es así. Siempre anticipa todas mis necesidades».

Caminamos en la noche, y nos rozamos con el brazo al compás de nuestros pasos sin rumbo. El silencio resulta relajante, y la vista del cielo estrellado aún más. Enseguida busco con la mirada a los amantes, Vega y Altair, en vano.

—¿Te acuerdas de la primera vez que te dije «te quiero»?

Andréa sonríe en la oscuridad, con las manos en los bolsillos.

—Como si fuera ayer… Llevaba dos meses acompañándote a casa cada tarde, después de clase. Cada día tenía la esperanza de darte un beso.

—Todavía no estaba preparada. Ese beso tenías que ganártelo.

La verdad es que me daba muchísimo miedo hacerlo mal.

—Lo sé, lo sé. Una noche, al despedirnos, me mandaste un SMS que decía: «Te quiero, mi Calcifer». Fue muy tierno.

—¡Tenías que haberte visto la cara! —río, mientras recuerdo su gesto atónito y tímido—. Creí que te había roto, o peor, que tú no sentías lo mismo.

—Intentaba decírtelo de vuelta sin tartamudear —explica con un mohín cómico—. Y entonces dijiste: «La próxima vez podrás besarme».

—Pero nunca lo hiciste…

—Estaba muerto de miedo también —suspira Andréa—. Lo del beso en la piscina fue improvisado.

Paramos de caminar y nos sentamos en la hierba. Extiende su chaqueta sobre el suelo, luego me abraza por los hombros. Me pierdo en su calor, y le clavo la mirada.

Estamos tan cerca que nos rozamos con la nariz.

Disfruto de este maravilloso instante mientras dura, porque sé que no será para siempre, como todas las cosas buenas.

—Lo sentía con tanta fuerza —añado con una sonrisa—. Nunca he dejado de quererte, ni siquiera cuando decía que te odiaba.

Él espera, como si ya conociera el resto.

Pensaba que me dolería, como si me partieran en dos el corazón, pero en su lugar siento una calma extrema.

Aun así, las lágrimas me recorren las mejillas y me caen en los labios cuando continúo:

—Siempre te querré, Andréa Moretti. Eres mi primer amor.

«Nos recuerdo a los dos frente a aquella pequeña panadería de barrio, cada uno con media baguette recién hecha en la mano».

—Mi mejor amigo.

«Los dos riendo y besándonos en la piscina de mis padres, despreocupados».

—El padre de mi hijo… —termino mientras él también llora en silencio.

«Los dos en el sofá de nuestro piso; él con el oído sobre mi vientre redondeado».

Diez años de recuerdos. Diez años de amor.

No los borraría por nada del mundo. Le he amado durante todo ese tiempo, incluso en los malos momentos. No me arrepiento de nada.

—Si tuviera que volver a hacerlo, lo haría. Contigo, cada vez.

Asiente sin secarse las lágrimas, y apoya la frente contra la mía. Tengo que armarme de valor varias veces antes de continuar, con un

nudo en la garganta. Esta vez sí siento que se me desgarra el corazón, como si me arrancara la parte que le pertenece para devolvérsela.

—Pero creo que esto se ha terminado.

La vista se me nubla y él me seca las lágrimas con la mano. Asiente en silencio, con una sonrisa triste en los labios. Como si ya lo supiera. Como si él también lo hubiera presentido. La verdad es que siempre fuimos muy diferentes. Entonces, éramos demasiado jóvenes para que nos importara. Pero con los años se nos fue de las manos. Fingimos, y nos olvidamos de nosotros mismos por agradar al otro.

«Y así no se puede vivir».

—No llores —dice, y me da un beso en la frente.

Me gustaría decirle que él también está llorando, pero soy incapaz de pronunciar una palabra. Me disculpo en voz baja. Andréa niega con la cabeza mientras me acaricia las mejillas.

—¿Disculparte por qué? —susurra—. ¿Por haberme convertido en una mejor persona? ¿Por haberme amado como nadie me ha amado jamás? ¿Por haberme hecho padre?

Cierro los ojos. Ya no puedo evitar el llanto; me avergüenza reaccionar así cuando soy yo quien lo está dejando.

—Jazz. Gracias.

Vuelvo a abrir los ojos, sorprendida. Andréa sonríe ampliamente entre sus propias lágrimas, como si lo hubiera liberado de una cadena invisible: la de nuestros recuerdos.

—Mi vida no habría sido la misma sin ti. Si tuviera que elegir, lo repetiría todo a tu lado… Porque no hay nadie más con quien hubiera querido vivir todas esas cosas, las que me hicieron feliz y las que me hicieron sufrir.

Me da un beso dulce y familiar en los labios. Sabe a sal y a nostalgia.

—Un pedazo de mi corazón siempre te pertenecerá… pero tampoco creo que estemos hechos el uno para el otro —añade contra mi boca.

Oírlo decir esas palabras es a la vez dolorosísimo y liberador. Él también lo ha sentido. Volver a estar juntos nos ha servido para

darnos cuenta de que era un error.

«Ya no es lo mismo. Nuestro amor ha cambiado».

Ezra y Clémence tenían razón. Ese amor fue suficiente en su día, pero ya no. Porque era un amor adolescente, un amor lleno de inocencia, de nostalgia y de comodidad.

«Nunca seremos suficiente el uno para el otro».

Necesitábamos darnos una segunda oportunidad para comprender que, en realidad, se había acabado. De lo contrario, nos hubiéramos preguntado durante toda la vida: «¿Y si…?». Ahora ya lo sabemos. Andréa y yo hemos vivido lo que teníamos que vivir juntos.

—No me gusta verte llorar —gruñe mientras me acaricia el pelo—. Y menos aún por mi culpa.

—Estamos rompiendo, idiota. ¿Preferirías que me riera?

—Por supuesto. ¡Al fin te libras de mí!

Le doy un golpe suave en el vientre, lo que le arranca una sonrisa. Misión cumplida para él: ya he parado de llorar.

—Ni de coña. Si crees que voy a desaparecer de tu vida, te vas a llevar un chasco, colega —exclamo mientras lo amenazo con un dedo—. Me hiciste una promesa.

Me mira interrogante, confundido. Así que le tiendo el meñique.

—Mejores amigos para siempre.

—Por supuesto, Arrietty —murmura mientras juntamos los dedos —. Eso no cambiará jamás.

«Al fin y al cabo, estamos unidos para siempre».

—Bueno, aún es pronto para llamarnos todos los días y contarnos nuestras citas, ¿eh? —lo prevengo mientras me pongo en pie—. Voy a necesitar un poco de tiempo para… asimilarlo.

Él me sacude la hierba de los vaqueros y recoge su chaqueta.

—Oh, no te preocupes, yo también. De hecho, ahora mismo me voy a mi cuarto a llorarle por teléfono a mi hermano.

Frunzo el ceño mientras regresamos a la casa.

—Vale, pero no hagas mucho ruido, ¿de acuerdo? Esta noche dormimos juntos —le aclaro ante su expresión desconcertada—, ya no quedan habitaciones libres…

Suelta un enorme suspiro antes de dedicarme una sonrisa hipócrita.

—Genial. Aplazaré mi sesión de terapia, entonces.

—Buena idea.

Nos quedamos en silencio. Caminamos uno al lado del otro, con un peso menos sobre los hombros. Me siento ya más ligera, aunque el pecho todavía me duela. Acabo de decirle adiós a una gran parte de mi vida. Es aterrador. Tengo miedo de haber tomado la decisión equivocada, miedo de no volver a encontrar lo que tuve, miedo de estropear nuestra relación para siempre.

Pero cuando Andréa me da la mano, todas mis dudas se disipan al instante.

—Por cierto… ¿Has podido hablar con Ezra?

Doy un respingo, como si me hubieran pillado in fraganti. Quiero preguntarle por qué, pero su sonrisa divertida me hace entender que ya lo sabe.

—Te lo advertí, ¿verdad?

—Oh, cállate.

—¿Qué? —se defiende antes de empezar a contar con los dedos —. Es arquitecto, así que tiene pasta. Vive en Italia, tu país soñado; no lo niegues, en ningún sitio te he visto más feliz que aquí. Le encanta viajar, como a ti. Y supongo que, objetivamente, no está nada mal…

Suelto un gruñido de frustración y me tapo la cara con las manos. ¿«No está nada mal»? Eso es un eufemismo. En Florencia, unas chicas lo abordaron porque pensaban que era un famoso.

—¡He dicho que es demasiado pronto!

—Vale, vale, tienes razón… —añade, y se pone serio—. A mí también se me hace raro.

Cuando llegamos a la casa, Clémence y Kai están besándose en el sofá. Intercambiamos una mirada cómplice y una sonrisa.

Nuestros dos amigos levantan las manos entrelazadas, radiantes.

—¡Nos hemos reconciliado!

Andréa y yo hacemos lo mismo.

—¡Hemos roto!

Se hace un silencio mientras la sonrisa se les congela. Luego:

—Ya era hora —gruñe Kai.

—Espero que esta vez lo hayas dejado tú —me suelta Clémence —. Sin ánimo de ofender, Andréa.

Mi ex frunce el ceño y ladea la cabeza.

—Un poco sí.

Nos sentamos con ellos en el sofá, Andréa en la esquina, y yo acurrucada en los brazos de Clémence. Les contamos las razones de nuestra decisión, y resulta que están de acuerdo con nosotros.

Todo este tiempo, los demás habían visto lo que nosotros no habíamos sido capaces de admitir.

—Seguimos siendo un grupo unido, ¿verdad? —se inquieta Clémence—. Esta vez no pienso tomar partido.

—Claro que sí —la tranquilizo de inmediato—. No va a cambiar nada, lo prometo.

—Sabes, si no tuviera una hermana, te habría pedido que fueras la madrina de mi bebé.

Abro la boca, entre sorprendida y emocionada. Creo que habría sido demasiada responsabilidad para mí, aunque la habría asumido encantada. La abrazo y le doy las gracias. Andréa se gira hacia Kai, con una enorme sonrisa, pero nuestro amigo hace como que no lo ve.

—Tío —lo llama—. Venga, dilo.

—¿Mmm?

—No tienes hermanos y yo estoy completamente disponible. ¿De verdad me vas a obligar a enviarte el currículum y una carta de motivación?

Kai se frota la nuca, incómodo.

—Tengo primos…

—¿Quieres pedirle a Ezra que sea el padrino? —pregunta Andréa, sorprendido.

Yo me callo, aunque pienso lo mismo. Es un detalle conmovedor, pero no estoy segura de que Ezra quiera, aunque nunca lo admitiría. Ya ha tenido que cuidar de demasiados niños en su vida. Ahora necesita ser libre.

—Tu primo no está mucho en casa —interviene Clémence—. Si nos pasara algo y nuestro bebé tuviera que vivir con su padrino, no

estoy segura de que fuera lo mejor para él…

—¿Tú crees?

—Andréa lleva una vida mucho más estable —añade mi amiga mientras señala a mi ex—. Y además te lo está suplicando con la mirada como un cachorrito.

Capto enseguida lo que hace. Ha visto, igual que yo, que Ezra sería una mala elección.

—Vale, de acuerdo —suspira Kai, mientras se pellizca el puente de la nariz—. Andréa, ¿quieres ser el padrino de nuestro hijo?

Él contiene la sonrisa de oreja a oreja y saca pecho.

—Me lo pensaré.

Yo suelto una carcajada mientras Kai le manda a la mierda.

Capítulo 30

Andréa

Monticchiello, Italia

Me despierto por el sonido de los ronquidos de Jasmine.

Ella duerme medio encima de mí, y acapara toda la manta a pesar del calor sofocante. Los rayos del sol se cuelan por la ventana y, a lo lejos, oigo el canto de un gallo.

Todavía es temprano, así que me tomo mi tiempo para desperezarme con calma. Ayer fue un día duro.

Apenas me lo creo. «Jasmine y yo lo hemos dejado».

De verdad, esta vez.

Hace unas semanas, la idea me habría aterrorizado. Pero ya no tengo miedo de estar solo. Sé que, en alguna parte, alguien me estará esperando.

Algún día, cuando esté preparado.

—Qué madrugador —me saluda Ezra, ya trajinando en la cocina. Parece de buen humor, como si lo de ayer no hubiera pasado. Como Jasmine, es experto en fingir.

—Tenía hambre. ¿Quieres que te ayude?

—Ya casi he terminado —me tranquiliza al tenderme los platos—. Mejor pon la mesa.

«¿Sabe que Jasmine y yo lo hemos dejado?». Quizá debería advertírselo. No es que me apetezca que intente ligar con ella en mis narices, pero pienso marcharme pronto… Ya nada me retiene aquí.

«Tengo ganas de volver a casa».

—¿Sabes a qué hora se van tus padres y tu hermana hoy?

—Al mediodía, después de comer.

—Genial. Mañana deberíamos hacer algo especial para nuestra última noche juntos.

Se interrumpe en seco, sorprendido.

—¿Cómo que «última noche»?

—Creo que me iré este sábado. Perdona por avisar tan tarde —hago una mueca sincera—. Y gracias por dejarme quedarme aquí tanto tiempo… Me lo he pasado muy bien.

Coloco los cubiertos junto a los platos mientras él parpadea en silencio, pensativo. Como imaginaba, pregunta con falsa indiferencia:

—¿Jazz se va contigo, entonces? Lo digo solo para organizarme.

Claro, claro. Para «organizarse».

—No lo sé. Ya no estamos juntos, así que pregúntaselo a ella.

Me cuesta contener la sonrisa cuando escupe el café de vuelta en la taza. Su reacción no tiene precio. Se limpia la boca, con el ceño fruncido.

—Joder. ¿Estás bien? Espera… ¿La has dejado otra vez? —se enfurece, y aprieta los puños—. Tío, ¿qué coño te pasa?

—Tranquilo, colega. Ha sido una decisión mutua.

Aunque, técnicamente, ha sido ella quien lo ha dejado.

Eso parece calmarlo de inmediato.

—Oh. ¿En serio?

Asiento desde el sofá. Está claro que les estoy allanando el terreno. Al final, he sido yo su celestina desde el principio. Se conocieron para darme celos, se acercaron para provocarme y… ahí está el resultado.

—¿Y te ha dicho por qué? —pregunta Ezra.

—Porque nuestro momento ya había pasado… Y no seríamos felices juntos.

—¿Y cómo lo llevas?

Me encojo de hombros, conmovido por que me lo pregunte. Sé que lo dice en serio. Ezra ha tenido muchas ocasiones en este viaje por Italia. Podría haberlo intentado, pero no lo ha hecho.

En el fondo sé que quería darme la oportunidad de ser feliz.

—Estoy bien. Creo que tiene razón. Al final, Jazz y yo sobre todo somos amigos…

No añade nada. No le da tiempo: Eri y Sora se nos unen enseguida. La pequeña se me lanza a los brazos y me suplica que juegue con ella fuera. Le prometo acompañarla si se come todo el desayuno.

Los padres de Ezra acaban por bajar, y luego Jasmine. Me dedica una sonrisa, pero la acuso de haberme dejado sin hueco en la cama.

—Pff. Ya verás cómo lo echas de menos.

—Lo dudo mucho. Pero buen intento.

Ezra le ofrece un zumo de naranja. Ella acepta y le da las gracias, algo tímida.

Cuando Clémence y Kai se dignan a aparecer, ya son más de las doce de la mañana. Ezra propone llevar a su familia hasta la estación más cercana. Tan rápido como llegaron, se marchan.

Estoy a punto de echarme una siesta cuando recibo una llamada.

«Zélie».

No puedo evitar poner una sonrisa boba mientras descuelgo.

—Te dije que no me llamaras, salvo que se quemaran las cocinas.

—¿Y quién te dice que no hay un incendio en las cocinas, si te estoy llamando?

—Tendrías un tono mucho más histérico. Y, para empezar, no habrías dejado que pasara.

Casi oigo la sonrisa en su voz cuando replica:

—¿Estás insinuando que soy una excelente subjefa de cocina?

—Por supuesto, si te formé yo.

—Fanfarrón.

Jasmine arquea una ceja en mi dirección desde el otro extremo del sofá, con cara de «te dije que NADA DE LIGAR».

No estoy ligando… Tenemos esa dinámica, nada más. Me gusta chinchar a Zélie, y a ella le gusta ponerme a prueba. Nada raro entre un chef y su segunda.

—¿Por qué me llamas, Zélie? —le pregunto.

—Tú me llamaste ayer. No pude cogerte el teléfono, pero no me escribiste nada. Y además… me aburría. Necesitaba una excusa para salir cinco minutos de la cocina —confiesa con una sonrisa que puedo notarle en la voz juguetona—. Se creen que estoy al teléfono con el fontanero por una fuga de agua.

—Veo que no dais un palo al agua cuando no estoy.

—Es que sin ti es menos divertido, jefe. ¿Cuándo vuelves, por cierto?

Sacudo la cabeza con un suspiro, nada sorprendido por su táctica. Zélie se escaquea en cuanto puede, siempre con una buena excusa.

—Disfruta de tu libertad, porque pasado mañana ya estoy de vuelta.

—¿En serio? —se sorprende, antes de carraspear—. Vale. Genial. —Me cuesta contener la risa. Me echa de menos—. ¿Y qué hay de tu ex? ¿Habéis conseguido arreglarlo?

—En realidad… no, no del todo. No era buena idea —respondo sin dar más detalles, incómodo por la mirada curiosa de Jasmine.

A Zélie le extraña mi contestación. Me pregunta si estoy bien, pero la tranquilizo enseguida. Al levantar la vista, veo a Jasmine agitar un bloc de notas delante de mí. Ha escrito con rotulador negro:

«INVÍTALA A SALIR».

Niego con la cabeza, y le pido que me deje en paz, pero añade otra cosa en la hoja. Espero algún consejo maestro.

«CRETINO».

Tal y como suponía, a Jasmine no le impresiona lo más mínimo mi mirada de reproche.

—Cuando vuelva, podríamos… tomar algo. Tú y yo —digo al final.

—Sí, claro. Lo comentaré con los demás, a ver quién está libre.

Me llevo los dedos al puente de la nariz, irritado por el malentendido. No tengo ninguna gana de beber con los demás compañeros de trabajo.

—No, me refería a nosotros dos.

Silencio. Hago una mueca, y espero lo peor: un rechazo. Jasmine se levanta para pegar la oreja al teléfono, pero pongo el altavoz.

—¿Como… una cita?

Jasmine asiente con energía y levanta el pulgar.

—Sí. Supongo.

«Joder». No me creo que esté haciendo esto, apenas un día después de haber roto con Jasmine. Ni siquiera ha pasado un día: quince horas, como mucho. Y, aun así, parece encajarlo bien. Supongo que pasar esta noche juntos nos ha venido bien. Estoy orgulloso de ella, de nosotros, por haber dejado de escondernos detrás de un muro de negación.

—Ya era hora —responde Zélie—. Pensaba que me iba a llegar la jubilación antes que esta propuesta, Moretti.

Suelto una carcajada antes de colgar, no sin antes desearle un buen día. Jasmine me choca la mano para felicitarme.

—¿No te parece raro? ¿Que pasemos página tan rápido?

Me asusta la idea de estar aún en shock, de precipitarme en una relación de rebote y pegarme una hostia. Jasmine, en cambio, niega con la cabeza.

—No. ¿Sabes por qué? Porque en realidad ya pasamos página hace tiempo, aunque no nos diésemos cuenta. Lo de este verano ha sido una recaída, alimentada por nuestras inseguridades, y porque nunca habíamos hablado de verdad. Pero la realidad es que ya estamos listos para conocer a otras personas. Hemos tenido tres años para prepararnos, ¿para qué esperar más?

Tiene razón. Si lo pienso bien, esa chispa que creía apagada se reavivó al verla. Había pensado en Jasmine muchas veces durante esos tres años, claro. Pero nunca me impidió comer, dormir ni acostarme con otras mujeres.

—Es verdad. ¿Y eso significa que le vas a dar una oportunidad a Ezra?

Ahora que la he dejado acorralada, Jasmine farfulla una excusa y finge estar ocupada. La sigo por la casa con insistencia.

—¿Por qué no, si ya no tienes miedo? Deja de fingir que me proteges. Os vi haciendo un Patrick Swayze en el taller de cerámica. Fue algo bastante raro de presenciar.

—¡Oh, vete a la mierda!

—No, en serio. Todo estaba demasiado mojado, había demasiados dedos…

—El título de tu sex tape —exclama ella.

Le concedo el punto, porque admito que ha estado bien jugado.

—Esa te la he dejado botando.

—Para tu información, eso no significa que Ezra me interese: yo me vuelvo a Francia y él vive aquí, en Italia.

—¿Y qué? No está tan lejos. ¿Sabes que existe FaceTime, no? Hasta se puede follar a través de una pantalla, hoy en día…

Ella suelta una maldición mientras se tapa los oídos, lo que me divierte enormemente. Está claro que está dispuesta a darme consejos sobre mi vida sentimental, pero se niega a escuchar los míos.

—Se me hace demasiado difícil —dice mientras sube las escaleras —. Todavía me cuesta tragarlo…

—¡El título de tu sex tape! —la interrumpo.

Salgo corriendo antes de que me lance un zapato a la cabeza mientras me grita: «¡Eres un cerdo, de verdad!».

—¡Por vuestra buddymoon! ¡Que ha sido bastante movidita!

—¡Y por vuestro bebé en camino!

Brindamos todos con vino blanco, salvo Clémence, que se queda con su Diabolo de granadina. La víspera de nuestra partida, disfrutamos de la golden hour con un pícnic en el césped.

Ezra ha extendido un enorme mantel blanco sobre el que nos sentamos descalzos. Kai y Clémence han puesto los platos y las bandejas de fruta, queso y embutido que habían preparado. Jasmine se ha encargado del postre y yo he comprado el vino.

Una manera preciosa de cerrar las vacaciones.

—¿Os vais mañana, entonces?

Jasmine y yo asentimos. Clémence y Kai se quedan hasta septiembre, pero Jasmine también está impaciente por volver a su

casa. Ha decidido seguir mi ejemplo y regresar a Gordes.

Me inquieta el momento en que nos separemos, aunque sé que no será más que un hasta luego.

«Nunca un adiós».

—Aprovecho para hacer un brindis —declara Jasmine mientras alza la copa hacia nosotros—. Quería daros las gracias. Este verano ha sido mágico, mucho más de lo que imaginaba. He aprendido mucho sobre mí misma. También sobre los demás. He conocido a nuevas personas —añade mirando a Ezra con una pequeña sonrisa, antes de girarse hacia mí—. Y he redescubierto a otras.

Le dedico un guiño con ternura, y ella me lo devuelve de forma automática. Termina con:

—Espero que sea el inicio de una bonita tradición.

Brindamos por ello y apuramos un buen trago de vino. Clémence, que ya está llorando, hace también un discurso. Kai se anima después, y al final todos tenemos que decir algo.

—Si la NASA me llamara para pedirme ir a poblar Marte, ahora sé que diría que no —afirma Ezra, aunque todos le miren raro—. Aún me quedan demasiados lugares por explorar en la Tierra…

Solo Jasmine sonríe en secreto; los mechones rubios le ocultan los ojos brillantes.

—No sé lo que nos deparará el futuro —empiezo, mientras alzo mi copa, ya casi vacía—. Pero sé que todo irá bien, mientras os tenga a vosotros. Ah, y Ezra: yo seré el padrino del pequeño. Lo siento, esta vez gano yo.

Evidentemente, no lo siento en absoluto. Mi amigo abre la boca, sorprendido, mientras Kai me insulta por soltar la bomba de forma tan insensible.

—Te cedo el puesto con gusto —responde Ezra con una sonrisa educada.

—No, no, no necesito que me lo cedas. Me lo he ganado yo.

—Si tú lo dices.

—Tío, no me jodas, al menos déjame eso…

Jasmine me mete en la boca unos ositos de chocolate para que me calle.

Acabamos la noche riendo, bailando, comiendo y jugando a juegos de mesa. Cuando la oscuridad es ya demasiado densa para distinguirnos bien, Kai propone darnos un baño nocturno en la piscina.

Estamos lo bastante borrachos como para aceptar. Nos desnudamos del todo, muertos de risa. Nadie presta atención a nadie en la penumbra.

Uno a uno, saltamos al agua. Jasmine recuerda demasiado tarde que no sabe nadar, pero Clémence acude a rescatarla.

Es caótico y simbólico a la vez.

Un recuerdo que me quedará grabado en la memoria.

Capítulo 31

Jasmine

Gordes, Francia

Las despedidas siempre son extrañas.

Ezra me abraza y me desea buen viaje.

Clémence y Kai prometen invitarnos a cenar muy pronto.

En el taxi que nos lleva al aeropuerto, Andréa se queda dormido sobre mi hombro. Sé que está cansado, así que no le despierto. Aprovecho para mirar el paisaje que desfila tras la ventanilla y pensar en lo que viene después.

«¿Y ahora qué?».

Es raro, pero no tengo ganas de volver. Ya echo de menos Italia. No quiero volver a la rutina, a mi diminuto piso… y a seguir pagando el alquiler.

Tengo ganas… de irme.

En el fondo, ¿qué me lo impide? Tengo dinero ahorrado. Estoy soltera. Soy joven y estoy sana.

—Te he babeado el hombro —se disculpa Andréa cuando llegamos al aeropuerto.

Mientras saco las maletas del maletero, veo que Ezra me ha mandado un mensaje. Me da un vuelco el corazón, y hasta yo me

sorprendo.

Ezra: Buen regreso a Francia. Que sepas que siempre serás bienvenida en casa… Aunque espero que al fin persigas tus sueños sin miedo.

Ezra: Sin miedo tanto de ti misma como de lo que piensen los demás. Vive tu vida, Jasmine».

Es como si me hubiera leído la mente.

No conozco a Ezra desde hace tanto y, sin embargo, ya me siento muy unida a él. Me ha visto tal y como soy desde el principio. Nos reconocemos el uno en el otro por lo que somos de verdad.

—Bueno. Ha llegado el momento… —declara Andréa cuando llegamos a mi puerta de embarque.

Él toma un avión a Niza, yo a Marsella.

—¿Nos llamaremos? —intento patéticamente.

Se ríe con sorna, y lo entiendo. No sé qué otra cosa decir. Ya nos lo dijimos todo la otra noche, en la campiña toscana.

—Ya te contaré cómo ha ido mi cita con Zélie.

—No hace falta, de verdad.

—¡Si has sido tú quien me ha empujado a hacerlo!

Pongo los ojos en blanco. Algún día ya no me dolerá nada. Algún día conseguiré dejarle marchar sin sentir pena. Pero ese día aún no ha llegado. Aunque intente convencerme de lo contrario.

—Llámame si estás mal, ¿de acuerdo? —me suplica al abrazarme —. Iré a tu casa lo antes posible, lo prometo.

Lo estrecho mientras saboreo su calor, su olor, su presencia.

—Creo… que no me voy a quedar en casa.

Se aparta con una expresión herida.

—¿Ya intentas evitarme?

—Creo que me voy a ir de vacaciones…

—¿Ya? ¡Pero si acabas de volver!

Me encojo de hombros con una sonrisa enigmática. Supongo que ya he tomado una decisión.

—¿Adónde?

—Todavía no lo sé.

—¿Y por cuánto tiempo?

—Tampoco lo sé.

Suelta un enorme suspiro que me divierte. Andréa nunca ha comprendido esta faceta de mí, pero no pasa nada.

—Buen viaje, Jazz. Y cuídate.

—Tú también, Andy.

Una última mirada. Una última sonrisa.

Nos soltamos la mano y cada uno se va en dirección opuesta. Lucho contra la irreprimible tentación de volver la cabeza para ver si me observa.

Cuando llego frente a la azafata, me siento… vacía. Y sigo sin girarme. Ni cuando me indica que embarque tras comprobar el pasaporte. Ni cuando me tiemblan las manos. Ni cuando me pongo a llorar.

—¿Todo bien, señorita?

Le sonrío al hombre que se sienta a mi lado en el avión.

—Sí, sí, todo bien.

Esta vez no miro atrás. Me lanzo al vacío. Dejo el pasado donde está…

… y mantengo la mirada fija en el futuro.

Nada más llegar a casa me pongo a hacer limpieza general.

Limpio a fondo el piso. Pongo varias lavadoras, cambio las sábanas, friego la ducha. Ordeno el armario antes de separar lo que me quedo de lo que dono a la beneficencia.

Luego me pongo a comer mientras veo El viaje de Chihiro. Me hace llorar, por supuesto.

A las cinco de la tarde, ya no me queda nada que hacer. Todavía hace calor en Gordes a finales de agosto. Mi madre me llama, pero no cojo el teléfono. No tengo ganas de hablar.

En vez de eso, rebusco debajo de la cama hasta dar con una caja amarilla y redonda. Sentada en el suelo de la habitación, la abro con los dedos temblorosos, y acaricio las letras negras escritas a rotulador.

«Aciano».

La caja de tesoros de mi hijo.

Encuentro el body de recién nacido que le habíamos comprado para la ocasión. Es blanco y beige, con la frase:

«Soy muy mono (lo dicen mamá y papá)» en la parte delantera.

Todavía recuerdo el día que lo elegimos. Me parecía hortera, pero Andréa insistió.

—Vamos, ¡es adorable! —me dijo frente al ordenador.

—No, es arriesgado. Imagina que nuestro bebé es feo. La gente se va a burlar de él con un body así.

Semejante hipótesis le ofendió.

Evidentemente, yo habría querido a mi bebé, sin importarme que fuera feo. Para mí siempre habría sido el más guapo del mundo. Pero tomarle el pelo a Andréa no tenía precio.

—Para empezar, todos los bebés son monos…

—Eso es rotundamente falso. Todo el mundo lo dice, pero es una tontería. ¡Mienten, Andréa!

—Y además —continuó sin hacerme caso—, ¿tú te has mirado? ¿Y a mí? Claro que va a salir guapo. Tiene unos genes increíbles.

Su última frase me convenció, sobre todo porque logró hacerme reír.

Hoy me doy cuenta de que Andréa tenía razón. Aciano era precioso.

El body, por desgracia, le quedaba demasiado grande, así que no se le pudo enterrar con él. Pero yo lo guardé, para siempre.

Al lado encuentro también un chupete, peluches de animales y…

Cartas. Mis cartas. Todas selladas con mis iniciales, JP.

Las que había escrito antes de que naciera están bajo tierra con él, pero estas las escribí después.

Durante mucho tiempo eran parte de mi terapia. Andréa nunca supo que yo le escribía cartas a nuestro bebé que se fue demasiado pronto. Era nuestro pequeño secreto. Nadie las ha visto jamás, ni yo

me he atrevido nunca a releerlas. Aunque recuerdo bien lo que decían.

Cuánto le echaba de menos, por ejemplo. Cuán culpable y arrepentida me sentía.

«Le pedía perdón por ser la peor madre del mundo».

Cuando Andréa me dejó, puse por escrito lo mucho que le echaba de menos. Le preguntaba a Aciano cómo estaba. Le suplicaba que me perdonase.

Me levanto con el paquete de cartas en la mano y me lo meto en el bolso. Me pongo los zapatos, una chaqueta, y salgo.

Paso por la floristería antes de dirigirme al cementerio; todavía hace sol. Me sé el camino de memoria. Todavía me sorprende no haberme cruzado nunca con Andréa aquí antes.

Pero cuando llego ante la tumba de nuestro hijo, hay un ramo de acianos frescos ya colocado. Contengo las lágrimas al depositar el mío justo al lado.

Andréa ha hecho hora y media de viaje para venir también.

Un día, hace dos años, cometí el error de desahogarme con una desconocida en un bar. Su reacción se me quedó grabada para siempre.

—No entiendo por qué te pones así… ¿Cómo puedes echarle de menos si murió antes de nacer? Es como un aborto.

La llamé idiota antes de marcharme, pero su comentario me persiguió mucho tiempo. Llegué a pensar que exageraba, que me recreaba en un dolor que no era legítimo.

«Hay gente con problemas de verdad», me repetía a diario. Padres que crían a sus hijos durante años y los pierden trágicamente.

Nunca sirvió de nada. Porque, aunque no pude vivir con Aciano, lo llevé dentro nueve meses. Fue parte de mí. Imaginé y planifiqué toda una vida a su lado.

«Mi duelo es tan válido como el de cualquier otro».

—Tu papá y yo nos hemos reconciliado.

Me siento en la hierba, con las cartas en la mano. No lloro. Nunca lloro aquí, delante de él. Me lo propuse a mí misma.

Le hablo del verano, de nuestras risas, de nuestras aventuras, del tábano que le picó a Andréa en el culo y del terremoto moderado que nos asustó tanto.

No le hablo de las discusiones ni de las lágrimas.

—Voy a ausentarme un tiempo —confieso en voz alta—. Mamá se irá lejos, pero volverá. Lo prometo.

Se me hace un nudo en la garganta, y de pronto me doy cuenta. Entiendo qué me retiene, entiendo por qué nunca viajo durante demasiado tiempo. Entiendo por qué nunca me he atrevido a seguir mis deseos y dejar Francia… dejar Gordes.

No quiero irme sin él.

Tengo miedo de dejarlo solo sin que nadie venga a visitarlo, salvo su padre. Tengo miedo de que crea que no me importa, de que piense que lo abandono otra vez.

Pero eso es una tontería, ¿verdad? Mi hijo vive en mí. Su recuerdo me acompañará a todas partes, vaya donde vaya. Lo llevo en el corazón, en la mente, en las entrañas.

Abro una carta al azar y empiezo a leerla en voz alta. No sé si me oye desde donde esté, pero me gusta pensar que sí. Me quedo una hora leyéndole.

Cuando termino la última carta, le murmuro un último adiós.

Al cruzar la verja del cementerio, rompo a llorar en silencio.

Me lo permito por última vez.

Esa noche, me acuesto con un solo pensamiento en la cabeza.

«Esta vez, elijo ser feliz».

—¿¡Qué has dicho!? —grita Lily por teléfono.

—¿¡Que vas a qué!? —secunda Nolia con voz ahogada.

Me río sola ante su reacción mientras Camelia parece demasiado impactada como para decir nada. He llamado a mis mejores amigas para que sean las primeras en saber la buena noticia. Ni siquiera se lo he dicho a mi madre aún. Prefiero esperar al último momento

para contárselo, por miedo a que intente hacerme cambiar de idea… o, peor, encerrarme para impedirme coger el avión.

—He dejado el trabajo —respondo a mi prima, antes de decirle a Nolia—: y me voy yo sola a Asia.

Extrañamente, aún no termino de asimilarlo. No tengo ningún remordimiento, al contrario, estoy emocionada con la idea de partir. La gente dirá que estoy loca por haber dejado un trabajo poco después de acabar la universidad, pero me da igual. Trabajos siempre habrá. ¿Quién sabe? Quizá, al volver, monte mi propia empresa de organización de bodas. Tal vez incluso me atreva a ser autónoma.

En fin, las posibilidades son infinitas.

—¿Pero… por cuánto tiempo? —me pregunta Camelia.

—No lo sé, no he sacado el billete de vuelta.

Voy a improvisar e ir viendo día a día.

—Guau. Yo jamás sería capaz de hacer algo así —me aplaude Nolia con fascinación—. Te admiro. Te apoyo al cien por cien.

—Yo también —añade Lily—. Siempre has soñado con hacer esto, así que creo que deberías lanzarte.

Les doy las gracias de todo corazón por los ánimos. Camelia, que no dice nada, se limita a torcer el gesto. Le pregunto qué le pasa y murmura:

—¿Soy la única a la que le preocupa que no te vayamos a ver en mucho tiempo?

Oh. Le sonrío y le prometo que les contaré qué tal muy a menudo, sobre todo porque ya de por sí vivimos bastante lejos unas de otras.

—¡Y además iremos a verla! —se entusiasma Nolia—. Camille nos prestará el jet privado.

Oigo una respuesta apagada al otro lado del teléfono, así que Nolia gira la cabeza para sonreír, supongo que a su marido. Intercambian unas palabras que no oímos, porque ella se ha puesto en silencio, y luego vuelve por fin con nosotras.

—Está de acuerdo.

—¡Yo no había dicho eso! —protesta Camille.

Nolia nos hace señas para que confiemos en ella. Yo les prometo mandar postales, como antes, desde cada país que visite, y por supuesto enviar muchas fotos por el grupo.

Es el comienzo de una nueva aventura. Una aventura en solitario.

La que siempre he soñado. Tengo muchas ganas, y sin embargo siento un peso en el corazón, algo de lo que debo liberarme de una vez por todas.

No podré avanzar nunca mientras no lo haga, mientras no me deshaga de ello.

—Tengo que confesaros algo.

Las chicas reaccionan justo como me lo imaginaba. Lily se queda en shock. Camelia mantiene el tipo. Nolia llora en silencio.

Les cuento todo. El embarazo, la pérdida, el entierro que aún me atormenta por las noches… y luego las discusiones que llevaron a la ruptura.

Mi prima se asegura de que estoy mejor y Nolia no se quita la mano del corazón. Sé que piensa en su propia hija, a la que quiere más que a nada en el mundo.

—Debiste odiarme… —solloza—. Lo siento.

Frunzo el ceño, desconcertada. Cuando le pregunto qué quiere decir con eso, mi amiga responde:

—Tuve un bebé sin ni siquiera quererlo, solo unos meses después de que tú perdieras al tuyo. Es injusto.

Le sonrío para tranquilizarla. En ningún momento he odiado a Nolia; nada es tan sencillo… Así es la vida, y sé que todo ocurre por una razón.

Elijo aceptarlo y seguir adelante.

—No estás sola, Jasmine —me asegura Camelia—. Nunca.

Asiento, y siento cómo me libero de un peso enorme. Ya no hay secretos que me retengan. Ya no tengo miedo. Nunca he sido más sincera en toda mi vida.

Con los demás, pero también conmigo misma. Estoy lista para pasar página.

«Lista para ver lo que me depara el futuro».

Epílogo

Jasmine

Edimburgo, Escocia – once meses más tarde

No he avisado a nadie de que volvía hoy. Lou y Camelia celebran la inauguración de su piso, tras decidir irse a vivir juntos. Para ser más precisa, mi amiga por fin cedió a las súplicas de su novio después de casi tres años.

Lo sé porque sigo las aventuras de Camelia, Lily y Nolia a través de nuestro grupo de WhatsApp, igual que ellas han seguido las mías durante el año que he pasado en Asia.

Un año. O mejor dicho, once meses desde que lo dejé todo por un arrebato para irme a buscarme a mí misma. Me encontré, a mí, y muchas cosas más.

Pero como ya era hora de volver, quería sorprender a mis mejores amigas y aparecer sin que se lo esperaran.

Por eso ahora mismo estoy en el rellano de casa de Camelia y Lou, lista para llamar al timbre.

—¡Voy! —oigo gritar al otro lado.

El corazón me late a toda velocidad. La puerta se abre por fin y aparece mi prima Lily. La sonrisa se le borra de golpe al verme, conmocionada.

—¡Sorpresa! —chillo con los brazos abiertos.

Esperaba gritos de emoción, o un gran abrazo, algo así. Pero desde luego no que se echara a llorar delante de mí.

Elizabeth Pham, a la que solo he visto llorar dos veces en toda mi vida.

—Oh, no, por favor… —le ruego mientras le doy un abrazo—. No llores, Lil.

—Te he echado taaaaanto de menos…

Suelto una risita enternecida. No pensaba que fuera a reaccionar así, pero me reconforta. Yo también la he echado de menos. Más que a nadie.

—¿Quién es? —pregunta una voz en un inglés perfecto—. Oh, hola. ¿No estabas en Filipinas hace como… tres horas?

Sonrío a Lou, que está delante de mí con una camiseta tan negra como sus rizos sedosos.

—Sí —respondo en el mismo idioma—. Bueno, para ser exacta, hace catorce horas.

—Genial. Cam se va a alegrar.

—¿Quién, yo?

Los tres nos giramos hacia Camille, el marido de Nolia. Viste una camisa de un malva casi blanco y lleva a Nazeena en brazos. Me derrito al verla, porque la considero como mi sobrina.

—Oh, pequeñita, ¡has crecido un montón! ¿Le das un beso a la tía Jazz?

Nazeena grita: «¡Sí! ¡Me encantan los besos!» y yo me derrito cuando se me cuelga del cuello para darme un beso en la mejilla. Camille la mira con orgullo.

—Ya habla superbién. Tendrías que verla frente a la tele, es un auténtico espectáculo.

—¿No estabas enfadado conmigo por lo del jet privado? —le pregunto con una ceja arqueada.

Él pone los ojos en blanco con un suspiro resignado.

—Nolia consigue siempre lo que quiere… Por cierto, ¿qué haces aquí?

—Gracias por la cálida bienvenida —digo con ironía mientras dejo a Nazeena en el suelo—. ¿Dónde están las chicas? Quiero darles la

sorpresa.

Camille me señala con el dedo la sala abarrotada de gente y me dice: «Creo que están por ahí». Le doy las gracias por la ayuda tan útil antes de aventurarme entre los invitados, con Lily del brazo.

—Vas a tener que contármelo todo con pelos y señales. Lo sabes, ¿verdad?

—Lil, hemos hablado por teléfono todas las semanas durante un año. Ya lo sabes todo.

«Bueno… casi todo».

Le pregunto por Orion, y este aparece como por arte de magia con dos cervezas en la mano. Parpadea al verme.

—¿Nos conocemos?

Lily lo fulmina con la mirada.

—¿En serio? ¡Es mi prima!

—Es broma, florecilla. La había reconocido, no soy tonto.

En cuanto Lily se distrae un segundo, Orion hace una mueca de disculpa que me arranca una carcajada. En su defensa, he cambiado mucho desde la última vez que nos vimos. Para empezar, ya no llevo el pelo rubio.

He vuelto a mi color natural, el castaño con reflejos avellana.

—¿Cómo te ha ido por Asia? —me pregunta—. Yo he tenido competiciones en Corea del Sur, Japón y China, y me encantaron los tres. Dentro de poco iré con Lily a Vietnam.

—Ha sido increíble —respondo con una sonrisa radiante—. Admito que ya lo echo de menos, aunque estoy feliz de volver a ver caras conocidas.

Lily me aprieta el brazo con las dos manos, con el rostro cubierto por una sombra oscura. Me murmura con voz grave:

—No te vuelvas a ir nunca más. Te agarraré la pierna si hace falta. Me siento sola cuando estás a siete horas de diferencia…

—Yo siempre estoy contigo —le recuerda su novio con una sonrisa hipócrita—. Literalmente, a un metro de ti.

Ella le responde que no es lo mismo, que ahora se pasa todo el tiempo con Jane y Aydan, desde que empezaron un gentlemen’s club.

Los dejo debatir para ir a saludar a las demás. El móvil me vibra, así que tecleo una respuesta rápida. Encuentro a mis amigas con facilidad; están las dos en la cocina. Sacan una pizza del horno, muertas de risa por algo que una de ellas acaba de decir.

Me tomo unos segundos para contemplarlas, invadida por una alegría intensa. Han cambiado tanto en todo este tiempo.

Nolia era una people pleaser sometida a un perverso narcisista.

Camelia estaba atormentada por el recuerdo de sus agresores.

A Lily la cegaba la búsqueda de la perfección, sin darse cuenta de que se estaba perdiendo la vida.

Y yo… yo me aferraba al pasado porque sentía culpa y porque me había acostumbrado; me daba mucho miedo vivir por fin para mí misma.

Hoy, mis mejores amigas están delante de mí, más radiantes que nunca. Son como flores que, bajo el sol del amor, han abierto los pétalos para revelar su belleza interior. Hemos cambiado tanto… Cada una en una punta del mundo, pero siempre de la mano.

—¿Y bien, ni siquiera me esperáis para brindar?

Mis dos amigas se giran hacia mí sin entender.

Un segundo después, Camelia suelta un «¡Hostia!» y Nolia grita mientras se lanza sobre mí con los brazos abiertos.

—¡Dios mío!

Les doy un abrazo, aunque me tambaleo por el peso. Nos ponemos a saltar como niñas, y mejor no digo lo que nos ponemos a gritar.

—¿Qué haces aquí?

—¿Por qué no has avisado?

—¡Estás guapísima!

—¿Lily ya te ha visto? ¡Se va a desmayar!

Me río y respondo las preguntas de una en una. Nolia es la única que llora, aunque intente disimularlo, pero Camelia me mira como si no pudiera creerlo.

—Me alegra que estés aquí —admite en inglés—. De verdad… te hemos echado muchísimo de menos.

Apoyo la cabeza en su hombro, emocionada. No sabría explicar el vínculo que nos une a las cuatro. Las conozco desde hace menos

tiempo que a Clémence —salvo a Lily, claro—, y aun así somos mucho más cercanas.

«Somos almas gemelas. Para mí son las hermanas que nunca tuve».

Sé con certeza que sus hijos serán también un poco míos, que envejeceremos juntas y nos llamaremos siempre.

—Por cierto, enhorabuena. Lleváis dos semanas viviendo juntos y Lou sigue vivo.

—Me debes diez euros, por cierto —me recuerda Nolia, mientras me tiende la mano.

Pongo los ojos en blanco. Pensaba que se habría olvidado de aquella apuesta estúpida. Al fin y al cabo, Nolia no necesita dinero, todo el mundo lo sabe.

—Te haré una transferencia.

—Lo admito, tenía mis dudas —responde Camelia mientras sonríe a su novio en la otra punta de la sala—. Pero prácticamente ya vivíamos juntos, porque se pasaba todo el día en mi casa. Me encanta despertarme a su lado.

Lily y los demás se unen alrededor de la isla central de la cocina, y Orion me sirve un vaso de refresco. Todos me hacen preguntas a las que intento responder, pero el móvil me vuelve a vibrar; me ha llegado un nuevo mensaje.

Decido echar un vistazo.

—Perdón, pero las preguntas tendrán que esperar.

Todos me miran con la misma expresión interrogante. No digo nada más y me doy media vuelta hacia la entrada. Los oigo seguirme, y Lily amenaza con atarme a una silla si pienso marcharme tan pronto.

Cuando abro la puerta, todos se quedan paralizados detrás de mí. Saboreo la cara de confusión que ponen cuando declaro en voz alta:

—Chicos, os presento a Ezra.

Él les dedica una sonrisa tímida, con un ramo de flores. Camelias, para ser exacta. Quería causar buena impresión.

—Hola. Perdón por el retraso, no encontraba sitio para aparcar…

Tiende el ramo a Camelia, que se queda inmóvil. Todos me miran, a la espera de una explicación. Yo hago una mueca nerviosa y le doy

la mano a Ezra.

—Mi novio.

Ya había mencionado a Ezra a las chicas hace un año. Incluso habían hablado con él por FaceTime, pero fue algo anecdótico. No esperaba lo que vendría después.

Tras mi segunda ruptura con Andréa, necesitaba reencontrarme conmigo misma. Me fui sola, con una maleta y algo de dinero en la cuenta. Empecé por visitar Corea del Sur, que me encantó. Luego, al cabo de tres meses, me fui a Japón.

Ezra y yo nos seguíamos en Instagram en ese momento. A veces me respondía a las fotos, y yo a las suyas. Resultó que estábamos en Japón… al mismo tiempo.

Aún recuerdo su mensaje: «¿Salimos a tomar algo?». Dudé, lo confieso. No quería distracciones en mi retiro espiritual; no quería arriesgarme a cometer un error.

«Pero tenía ganas de verlo».

Así que acepté. Cuando lo vi esperándome al final de la calle, tan guapo como siempre, con una camisa oversize abierta sobre el torso, supe que había tomado la decisión correcta.

—Hola, Sophie —me saludó con una media sonrisa.

Me llevó a cenar y luego terminamos en un karaoke japonés. Fue una de las mejores noches de mi vida. Por desgracia, Ezra estaba allí para visitar a su abuela enferma.

Pasamos una semana increíble, y me hizo de guía turístico. Luego lo abracé cuando lloró por la muerte de su abuela. Pasamos juntos la Navidad, en mi pequeño alojamiento temporal. Yo cociné, él compró el postre. Vimos películas de Navidad en el ordenador, tumbados en la cama, aún vestidos. Nos quedamos dormidos y, al despertar, me estaba abrazando.

Para ser sincera, nos fuimos acercando sin darnos mucha cuenta, sin ponerle palabras. Así estuvimos un mes entero.

Ninguno de los dos lo mencionó hasta aquella noche de febrero; estábamos sentados en el suelo del apartamento, borrachos y muertos de risa, mientras jugábamos a un juego de mesa cuyas reglas no entendíamos.

—Era mío, ¿sabes? —suspiró entonces.

—¿El qué?

Me miró directamente a los ojos, con nostalgia en el rostro.

—El secreto que Clémence leyó en voz alta, la noche que acampamos… Era mío.

«Estoy enamorado de Jasmine Pham».

Creí que se me iba a salir el corazón si no lo besaba. Así que le hundí las manos en el pelo, lentamente, y le di un beso en los labios. Una vez que empecé, me resultó imposible detenerme. Su lengua sabía igual que aquella noche en la oscuridad de Venecia. La dulzura con la que me acariciaba mientras me levantaba el vestido por encima de la cabeza. Las promesas que trazaba con los labios, como un camino mágico, sobre el vientre.

«Era adictivo».

A la mañana siguiente de nuestra primera noche juntos, parecíamos dos adolescentes enamorados. Seguimos con nuestra vida como si nada hubiera cambiado. Nunca volvió a su hotel. Se quedó conmigo y viajamos de ciudad en ciudad, haciendo fotos, descubriendo platos nuevos, haciendo el amor en cualquier rincón…

Me di cuenta de que esa era la vida con la que siempre había soñado. Llena de locuras, de imprevistos y de viajes.

Sin embargo, tuvo que regresar a Italia por trabajo… Creí que nuestra burbuja se iba a romper, que su marcha lo arruinaría todo. Pero antes de subir al taxi rumbo al aeropuerto, me besó apasionadamente, con una mano hundida en mi pelo.

—Jazz.

—¿Mmh?

—Te llamaré al aterrizar. No te quedes dormida, ¿de acuerdo? Por favor.

Le pregunté por qué, atónita.

—Para poder darte las buenas noches.

Con esa sola frase todo quedó claro. Nos entendimos sin necesidad de decir nada más. Sentí que estábamos en perfecta sintonía.

«Estaba enamorada».

Joder, Andréa tenía razón.

Cuando lo llamé para contárselo, se rio y me dijo que bastante habíamos tardado.

Después de eso, continué mi viaje sola. Estuve en Tailandia, en Singapur, en China y después en Bali. Ezra volvió a reunirse conmigo en Vietnam, durante unas dos semanas. Esta vez, yo le enseñé a él el país de mis antepasados. Incluso conoció a mi familia, que lo adoró desde el primer momento.

Cuando se marchó, me partió el corazón. Comprendí que empezaba a cansarme de tanto movimiento. Así que, hace diez días, aterricé en Monticchiello sin avisar.

Cuando abrió la puerta, reconocí a Ginevra sentada en el sofá, tomando el té.

—Perdón —dije con una sonrisa enigmática—. Creo que me he perdido…

—Oh, en absoluto —gruñó él antes de abrazarme—. Estás exactamente donde deberías estar. Por fin.

Pasamos la última semana juntos en la campiña toscana antes de venir aquí. No quería acompañarme por miedo a sentirse acoplado a la fiesta, pero yo me sentía preparada. Quería que mis mejores amigas conocieran al hombre al que amo.

—Vale, o sea, te vas un año a Asia y vuelves con un tío —resume Lily cuando estamos todos sentados alrededor de la mesa del salón —. Reconozco que este plot twist no lo había visto venir.

—Es… un poco más complicado.

—Creo que me he perdido un capítulo —interviene Orion antes de susurrarle al oído a Lily—: ¿Es el mismo tío? ¿Con el que estaba

antes? Pensaba que tenía un nombre de chica…

Lily le tapa la boca con la mano para obligarle a callar, y lo fulmina con la mirada. Ezra lo ha oído, como todos nosotros, pero finge que no.

El nombre de Andréa no es un insulto, al contrario. Mi ex y yo hablamos a menudo para ponernos al día, cosa que Ezra acepta sin dificultad. Los dos estamos felices de saber que él y Zélie viven un amor perfecto desde hace ya nueve meses.

—¿Y después? —pregunta mi prima.

Ezra acepta una porción de pizza con una sonrisa mientras yo explico lo que ha pasado en estos últimos meses. Él participa en la conversación con naturalidad, como siempre. Lou no parece entenderlo todo, así que intentamos alternar entre francés e inglés. Camille es el primero en proponer a los chicos ir a la cocina a por una cerveza.

Al final se marchan, y nos dejan a las cuatro a solas. Cuando ya están a una distancia prudencial, Nolia es la primera en soltar:

—Está buenísimo.

—Diez de diez —confirma Lily—. Y ya sabes que a mí casi nunca me gustan.

—Ya pensé que era sexy cuando apareció en la videollamada, pero, vaya, nada que ver con la realidad —comenta Camelia mientras da un sorbo de vino.

Estallo en carcajadas, encantada de ver que les gusta.

—Os recuerdo que todas estáis muy felices en pareja. Vuestros novios están al otro lado de la puerta.

—¿Y qué? Aún tenemos ojos —responde Nolia—. No puedo negar los hechos.

Ezra es increíblemente guapo, siempre lo he dicho. Pero no consiguió conquistarme por eso.

Lily me pregunta si esta vez es el bueno.

—No lo sé, y creo que me da igual. Lo espero de todo corazón. Pero… he dejado de cargarme con esa presión. Intento tomarme la vida como me viene. Lo que pasó con Andréa fue doloroso, pero no lo cambiaría por nada del mundo. Es lo que me ha hecho ser quien soy hoy. Pase lo que pase entre Ezra y yo… sé que nuestra historia

me aportará algo y que saldré más fuerte de ella. También he entendido que no tengo por qué temer a la soledad, sencillamente porque nunca estaré sola. No necesito marido ni hijos para ser feliz.

«Tengo a mis amigas, que son como mi familia».

—Y entonces… —añade Nolia al estrecharme la mano con seriedad—. ¿Encontraste lo que habías ido a buscar?

Asiento mientras todas se sientan a mi lado, sus manos entre las mías.

—Sí. Me di cuenta de que buscaba algo que en realidad ya tenía desde siempre. Me encanta viajar, y pienso seguir haciéndolo… pero mi corazón solo pertenece a un lugar.

Las chicas me miran interrogantes, con curiosidad.

—Donde estéis vosotras.

Me abrazan y disfruto de este instante irrepetible, rodeada de las personas que quiero.

«Por fin me siento completa».

Porque si hay algo que siempre ansío al volver de cada viaje es reencontrarme con ellas.

Capítulo extra

Los amantes ambulantes

Ezra

Kioto, Japón
Febrero de 2025

«Esta vez no es un sueño».

No he pegado ojo en toda la noche para estar seguro, por el miedo de despertarme y descubrir decepcionado que Jasmine no era más que el fruto de mi imaginación desesperada.

Pero es real. Lo sé por los escalofríos que me recorren los brazos, por el aliento adormilado que noto contra el cuello, por el pelo que me hace cosquillas en la barbilla… por los pechos desnudos bajo las sábanas, pegados a mi costado.

La observo dormir. Los rayos del amanecer le iluminan el rostro inocente. El pelo, de nuevo castaño, le acaricia el contorno de las mejillas. Le aparto unos mechones para dejarle al descubierto los ojos cerrados, hipnotizado por su belleza.

Todavía recuerdo la primera vez que la vi con aquel vestido verde manzana bajo el cielo de Positano. Parecía un ángel bañado por la luz.

—¿Me estás mirando dormir? —susurra sin abrir los ojos.

Intento disimular la sonrisa, en vano. Ayer, tras semanas juntos en Japón y meses de añorarla, por fin le confesé lo que sentía.

Me respondió con un beso. El resto se me ha quedado grabado en la memoria para siempre… con la luz encendida, esta vez.

Mis manos apartando su camiseta para desnudarla, a la vez que las suyas me desabrochaban el vaquero. Mis dedos agarrados con firmeza a su pelo, y su aliento de placer contra mi boca. Su lengua murmurando mi nombre cuando estaba dentro de ella, mientras me arañaba la espalda…

Abre los ojos justo en el momento en que le beso con ternura el hueso de la cadera. Yo temía que se arrepintiera al despertar, pero Jasmine me sorprende al girar sobre un costado.

Se me engancha a la cintura con el muslo, y me hace volcar, de modo que acaba medio encima de mí. Me despierta un deseo enorme, como un fuego avivado por el aire.

«No se arrepiente». Esta vez, Jasmine no se disculpa por haberme besado. Y lo más importante: sabía que era yo.

Cuento cada uno de sus lunares, y los sello uno a uno con un beso. Jasmine se deja hacer, desnuda debajo de mí. Le recorro las estrías con la boca, lo que le provoca escalofríos. Sonrío, feliz de ser la causa de tal reacción.

—Recorrerte el cuerpo con la mirada es como observar el techo estrellado de mi planetario…

Me incorporo sobre un codo para alcanzar un bolígrafo que está en la mesilla y lo destapo con los dientes. Jasmine me pregunta qué estoy tramando, pero yo solo le pregunto si confía en mí.

Asiente sin vacilar.

Me tumbo sobre ella para trazar líneas que van de un lunar a otro. Ella ríe, y se queja de que le hace cosquillas.

—Mira, hasta podemos inventar nuevas constelaciones —digo mientras le muestro mi obra.

—Interesante. Me gusta mucho esta de aquí —responde al señalar la que le he dibujado bajo el pecho, a lo largo de las costillas —. ¿Cómo se llama?

Pienso un instante, mientras me mira con atención.

—Los amantes ambulantes.

Deja escapar un gemido de protesta, señal de que entiende la referencia. Una mezcla entre la leyenda de Vega y Altair y El castillo ambulante.

—Son sesenta y uno —digo entonces.

—Te has dejado uno —proclama con una sonrisa secreta.

«Tengo una ligera idea de dónde puede estar». La agarro por la cintura para girarla, con las manos en sus nalgas. Tiene la piel suave, tan sedosa…

Le apoyo la mejilla contra el vientre, y respiro ese maldito olor a naranja. Levanto el rostro para besarle la franja entre los pequeños pechos mientras ella me agarra del pelo.

—¿Por qué te lo has cortado? —protesta en un murmullo.

Le beso un pezón, y lo atrapo entre los labios. Casi puedo oír cómo se le acelera el corazón bajo el seno.

—¿Te gustaba más largo?

—Ya no me puedo agarrar cuando tú… —admite antes de interrumpirse con otro suspiro de placer.

Lo mordisqueo con suavidad, sin hacerle daño, lo justo para excitarla.

—Entonces me lo dejaré largo otra vez.

Recuerdo su sabor en la lengua, y la sed me invade.

«Mejor que cualquier fuente de juventud». Como si estuviera saboreando el sol, al final de un maldito arcoíris.

Querría poder llevarla a Italia, a mi cama, a mi piscina, a mi sofá… a mi sala secreta, donde podríamos hacer el amor bajo las estrellas, literalmente.

—Ezra.

La observo, intrigado. Jasmine me toma el rostro entre las manos, con el aliento entrecortado.

—Me haces sentir viva. Me haces sentir… yo misma.

«Si eso no es una declaración de amor, no sé lo que es».

Dedico más de una hora a mostrarle lo que ella me hace sentir. Venero su cuerpo e intento grabar cada palmo de piel en la memoria. Engullo todos sus suspiros para hacerlos míos y beso cada lugar donde un día pudo hacerse daño, con el deseo de borrar ese dolor.

Siento que se me va a salir el corazón cuando estoy dentro de ella y me duele tener que marcharme pronto sin saber si tendremos un futuro.

—Quédate un poco más —susurra al abrazarme.

Cierro los ojos contra su cuello, desgarrado. Me encantaría, pero no puedo. Ya me he demorado demasiado.

—Vuelve conmigo —le suplico, aun sabiendo que no lo hará.

Gime cuando le toco en un punto sensible y me muerde el hueso del hombro. Sigo entrando y saliendo de ella, mientras hago magia con los dedos entre sus hermosos muslos.

Ninguno de los dos responde al otro.

Su cuerpo tiembla entre mis manos cuando llega al orgasmo, tan fuerte que temo romperla. Ya sé que una sola noche nunca será suficiente, pero me asusta que toda una vida me condene a la dependencia.

«Creo que la aceptaría, si me diera la oportunidad».

—No me lo creo ni por un segundo.

Jasmine niega con la cabeza, con una enorme sonrisa en los labios. Estamos sentados en las sillas del estrecho balcón, en albornoz, desayunando. Hace tres horas que ha amanecido en Kioto.

El paisaje ante nuestros ojos parece sacado de una película: la naturaleza japonesa cubierta por un manto de nieve y nuevos copos que parecen terminar su descenso desenfrenado en los tejados de las casas tradicionales.

—Te lo juro —insisto, mientras bebo un sorbo de café—. Llevaba aparato, tenía acné y un corte de pelo más que cuestionable… Ni te hubieras dignado a mirarme en el instituto.

Jasmine acaba de enseñarme una foto suya a los dieciséis, y entiendo por qué Andréa cayó rendido a sus pies.

Por más que le diga que yo también he cambiado de arriba abajo, ella piensa que finjo modestia.

—Mmh. Le pediré fotos a Kai para que lo confirme. Y para que lo sepas —añade tras darle un mordisco a la tostada—, no te habría hecho caso porque eras un mujeriego, no porque fueras feo. No soy tan superficial.

Me río por lo bajo. ¡Si ella supiera! Yo era un auténtico pringado en el instituto, al menos todos me consideraban así, a diferencia de Kai.

—No soy un mujeriego.

Jasmine abre mucho los ojos, convencida de que niego la evidencia. No voy a mentir y decirle que soy un santo. Sí, me gusta

flirtear cuando estoy soltero. Sí, me he acostado con muchas mujeres. Pero, en realidad, no me acuesto con cualquiera.

—¿Sabes por qué te llamo Sophie? —le pregunto de pronto.

—Porque yo te llamé Howl la primera vez que nos vimos y tu pasatiempo favorito es chincharme —aventura ella haciéndose la lista.

Niego con la cabeza, orgulloso de dejarla con la boca abierta.

—¿Porque es tu peli favorita de Ghibli?

—No solo por eso.

—¿Porque te recuerdo a ella?

Asiento con una sonrisa. No tenía intención de contárselo tan pronto, porque todavía no le hemos dado nombre a lo nuestro. Pero supongo que ha llegado el momento.

—Hace tres años, Ginevra me dijo que iba a conocer a una chica —confieso, mientras me recuesto en la silla—. Conoces su don, ya sabes de lo que es capaz. Así que, claro, me lo creí al instante.

—¿Una chica? ¿Eso es todo?

—Chss, ten paciencia y déjame terminar.

Ella pone mala cara a modo de disculpa, estira las piernas y apoya los pies en mis rodillas como si nada, mientras yo continúo:

—Exactamente, me dijo que iba a «darle mi corazón» a esa chica. Cuando le pedí más detalles, vio tres cosas.

Jasmine entrecierra los ojos, curiosa. Espera que sea una broma, se lo veo en las pupilas oscuras.

—Un nombre de flor —digo, mientras cuento con los dedos.

«Jasmine».

—Una boda.

«Clémence y Kai».

—Y una golondrina.

«Su tatuaje».

A Jasmine se le desvanece la sonrisa y se queda atónita. Puede llamarme loco, pero eso no cambia nada.

Yo me lo creí. ¿Cómo no iba a hacerlo?

—Después de eso, busqué a esa chica como un loco. Ginevra me repetía que era una tontería, que aparecería cuando ella lo decidiera. Aun así, intenté forzar las cosas, sin éxito.

Jasmine me escucha inmóvil, con atención. Sé qué aspecto tiene todo esto. Muy pocos lo creerían. Pero…

—Cuando te vi en la boda, aquel día, me lo pregunté. No estaba seguro, aunque el corazón me latía a toda velocidad a tu lado. Luego, el día que nos tatuamos, me entró el pánico. Pensé: «Es ella de verdad».

Recuerdo haberme quedado en blanco ante la elección de su tatuaje. Tardé unos minutos en recuperar el control.

Cuando comprendí que aún sentía algo por Andréa, me sentí decepcionado. Hice todo lo posible por convencerme de que Ginevra se había equivocado.

Pero, sin quererlo, me encariñé con Jasmine. No porque la anciana me hubiera anunciado su llegada, sino simplemente por lo que era: divertida, dulce y aventurera.

—En la boda, cuando me dijiste «Te he estado buscando por todas partes»… —murmura ella, al encajar las piezas del rompecabezas.

—Era una referencia a Howl y Sophie. Intentaba parecer ingenioso.

—Pero, si lo piensas bien, también era verdad.

Le dedico una pequeña sonrisa que confirma su teoría. Jasmine digiere la información en silencio, atónita. Cuando le pregunto si se lo cree, se encoge de hombros.

—Yo me creo todo lo que pueda decir Ginevra. La he visto en acción, sería absurdo dudar…

—Es tan fascinante como inquietante.

Me quedo mirando la pulsera que no se ha quitado en seis meses, la que le hice el verano pasado. Sonrío al ver la cuenta del sol —yo— y la del pájaro —ella— enfrentadas.

—¿Te dijo cómo terminaba? —pregunta Jasmine.

No se atreve a mirarme a los ojos al hacerlo. Sé lo que quiere saber: si merece la pena lanzarse, si al final va a acabar mal.

—No —confieso, mientras le masajeo la planta de los pies—. Creo que eso nos toca descubrirlo a nosotros.

Le estoy tendiendo una cuerda, a la espera de que la agarre con fuerza. Ella lo entiende, porque me mira fijamente a los ojos y

sonríe.

Un corazón pesa mucho.

Pero, a veces… en momentos como este… merece la pena sentirlo.

Nota de la autora

(¡Atención, *spoilers!)*

Antes de que cerréis este libro para siempre (o hasta que lo releáis), me gustaría pediros un favor.

Como sabéis, el género del New Romance está sujeto a ciertos códigos. El más importante de todos es el del happy ending: los protagonistas deben acabar siempre juntos y felices. Por definición, supongo que Un verano para recordar no es New Romance. Sin embargo, no considero que se trate de un final triste…

Sé que muchos/as lectores/as se sentirán decepcionados/as por el desenlace de Andréa y Jasmine, pero a mí me parece justo, bello y auténtico. Con esta novela he querido contar dos historias de amor a la vez: la de un amor pasado (Andréa) y la de un amor naciente (Ezra).

Andréa y Jasmine vivieron un amor muy intenso, y su ruptura no borra ese hecho. Pero es posible amar varias veces en la vida. El primer amor te marca para siempre, aunque el último amor es el que más importa.

En el fondo, Andréa y Jasmine tan solo se aferraban a la nostalgia de lo que habían tenido en otro tiempo. Tampoco querían lo mismo, así que nunca habrían logrado ser felices juntos.

El favor que os pido es que no le destripéis el libro a nadie.

Lo sé, es mucho pedir, pero lo he escrito con la esperanza de que cada persona se deje llevar por la sorpresa y la emoción. Por eso me gustaría que compartiéramos este secreto entre todos/as.

Cuando alguien os diga: «¿El final es feliz o triste?», dejad que esa persona se haga la pregunta y descubra la respuesta por sí misma. Porque, en el fondo, Un verano para recordar puede entenderse de ambas formas.

Gracias por vuestra confianza.

Con cariño,

Morgane

Agradecimientos

Decir adiós a los personajes siempre es difícil. Porque forman parte de nosotros, porque les hemos dado vida… pero sobre todo porque, a la fuerza, ya son nuestros amigos.

Han pasado ya dos años desde que estas cuatro flores —Camelia, Lily, Magnolia, Jasmine— viven en mi cabeza. Ocupan todo el espacio y se cuelan en mi vida, pero ha llegado la hora de despedirme de ellas. Eso me entristece y, sin embargo, por fin estoy lista para confiároslas.

Este cuarto tomo es muy representativo en esta serie: una rara avis. Es diferente de todo lo que he hecho antes, y al mismo tiempo es cien por cien yo. A pesar de la presión, el cansancio y las dudas, logré superar el reto que me había marcado en 2022: escribir cuatro historias únicas y originales, con mensajes que me salieran del corazón y con personajes con los que resultara fácil identificarse. Novelas escritas para mí, antes que para los demás.

La primera persona a la que quiero dar las gracias es, por supuesto, mi madre. Sé cuánto te has preocupado por mí, así que gracias por haberme apoyado hasta el final sin perder jamás la esperanza. Gracias por darme la vida y por transmitirme tu fuerza de guerrera.

Gracias a mis dos hermanos, Ryan y Naïm. Os quiero como si fuerais mis hijos, como si fuerais trozos de mí misma; daría todo por vosotros. Gracias por escucharme siempre, incluso cuando no os interesa, y por arrancarme una sonrisa en cualquier circunstancia.

Gracias al mejor amigo de todos los tiempos, Johan. ¿Qué haría sin ti? Gracias por ser la increíble persona que eres, gracias por empujarme siempre a mejorar, gracias por hacerme mejor. Espero devolvértelo con creces. Gracias a mis amigas del alma, mis compañeras en las sesiones nocturnas de escritura, mis salvavidas preferidas: Dahlia, Lyly, Delinda, Magali. Esta aventura no tendría

sentido sin vosotras. Dios os puso en mi camino, y siempre se lo agradeceré. Esto es para toda la vida now, bitches.

Gracias a mi team swifties: Alexia, Estelle, Em, Gaëlle, Doriane, Andréa. Formáis parte de ese reducido grupo de personas que me recargan la batería social, en lugar de agotármela, ¡y eso es valiosísimo! Gracias por mostrarme cómo son las amistades femeninas basadas en el apoyo, la solidaridad, la sororidad, sin competencia ni celos. Os quiero.

Gracias a mi amiga más guapa (and wife), Célia, la Jo de mi Tiff: tu Guizmo te quiere más que a nada. Y gracias a Kentin, mi compañero de piso neoyorquino, mi certeza. Gracias por vuestra amistad y por ser tan auténticos, por las risas y los recuerdos preciosos que se me quedarán grabados en la memoria.

Gracias a Lucie, un ángel amable y dulce. Gracias por formar parte de mi vida, por apoyarme, por existir y por ser tú. Gracias a Mimi, mi terroncito de azúcar, por todo el amor y la alegría que compartimos a diario, y más aún.

Gracias a Camille, quien me inspiró a escribir la escena del autoestop. You know why, you crazy (but kind) woman. Gracias por compartir tu talento y tu corazón de oro con los demás.

Gracias a Marine, mi editora; sin ella, tres de estas novelas no habrían tenido la misma calidad. Empezar con una serie a mitad de camino nunca es fácil. ¡Y menos con una autora tan perfeccionista y ansiosa como yo! Así que gracias por tu trabajo increíble y tu confianza ciega. Creo que formamos un gran equipo.

Gracias a Olivia, la mejor jefa de prensa, con la que he compartido los últimos cinco años. Ya no sé ni cuántas firmas y viajes hemos hecho juntas. Gracias por creer en mí, siempre.

Gracias también a todo el equipo de Hugo, que impulsó la serie Estaciones con pasión y sinceridad. ¡Sois los mejores!

Más que a nadie, gracias a vosotras y vosotros: lectoras y lectores. Gracias por seguirme desde hace siete años, por querer descubrir mis historias sin ni siquiera leer la sinopsis, por querer a mis personajes tanto como yo. Gracias por apoyarme cuando yo misma dejo de creer, por devolverme la sonrisa cuando flaqueo, por recordarme por qué escribo. Sois increíbles. Creo sinceramente que

tengo la mejor comunidad posible, y también la más generosa. Os quiero.

Nunca lo hago, pero esta vez quiero darle las gracias a alguien más:

A mí misma.

He pasado dos años encadenándolo todo: la escritura, las giras de firmas, las entrevistas… Dos años haciendo malabares con mil proyectos a la vez. Pero sin dejar de sonreír allá donde iba. Me he levantado cada mañana para trabajar, incluso los fines de semana. He estado noches sin dormir para terminar un capítulo. He aprendido a encajar las críticas cuando lo único que siempre he querido es aportar algo positivo a este mundo.

No ha sido siempre fácil, he flaqueado en algunos momentos. Pero al final lo he conseguido, gracias a la pasión. Gracias a mi entorno, encontré la fuerza para llegar hasta el final. Hoy admiro el fruto de mi trabajo con lágrimas de alegría en los ojos. Estoy tan feliz y orgullosa de cada una de estas cuatro novelas… Las quiero con locura. He contado las historias que quería contar, y espero que cada tomo encuentre a su público, a su manera.

We did it!!

Ahora ha llegado la hora de pasar página… y empezar un nuevo capítulo.

Sobre la autora



Morgane Moncomble es una autora de novela romántica francesa que ha vendido más de un millón de ejemplares y se ha convertido en una de las escritoras más destacadas de su generación. Da vida a personajes profundamente entrañables, enfrentados a problemáticas sociales que llegan directamente al corazón. Sus libros se han traducido a más de diez idiomas.

Chic Editorial te agradece la atención dedicada a
Un verano para recordar, de Morgane Moncomble.
Esperamos que hayas disfrutado de la lectura
y te invitamos a visitarnos
en www.chiceditorial.com,
donde encontrarás más información
sobre nuestras publicaciones.

Si lo deseas, también puedes seguirnos
a través de Facebook, Twitter o Instagram
utilizando tu teléfono móvil
para leer los siguientes códigos QR:



Primera edición: junio de 2026
Título original: *Un été pour te retrouver*

© Hugo Publishing, 2024
© de la traducción, Claudia Casanova, 2026
© de esta edición, Futurbox Project S. L., 2026
Esta edición se ha publicado mediante acuerdo con Hugo Publishing en colaboración con sus agentes, Books And More Agency #BAM, París, Francia, y The Ella Sher Literary Agency.
Todos los derechos reservados, incluido el derecho de reproducción total o parcial de la obra.
Ninguna parte de este libro se podrá utilizar ni reproducir bajo ninguna circunstancia con el propósito de entrenar tecnologías o sistemas de inteligencia artificial. Esta obra queda excluida de la minería de texto y datos (Artículo 4(3) de la Directiva (UE) 2019/790).

Diseño de cubierta: Jeannine Schmelzer
Imágenes de cubierta: Shutterstock - Karlygash | Luba_nn | Niko94 | Mind Pixell
Corrección: Pablo López

Publicado por Chic Editorial
C/ Roger de Flor, n.º 49, escalera B, entresuelo, oficina 10
08013, Barcelona
chic@chiceditorial.com
www.chiceditorial.com

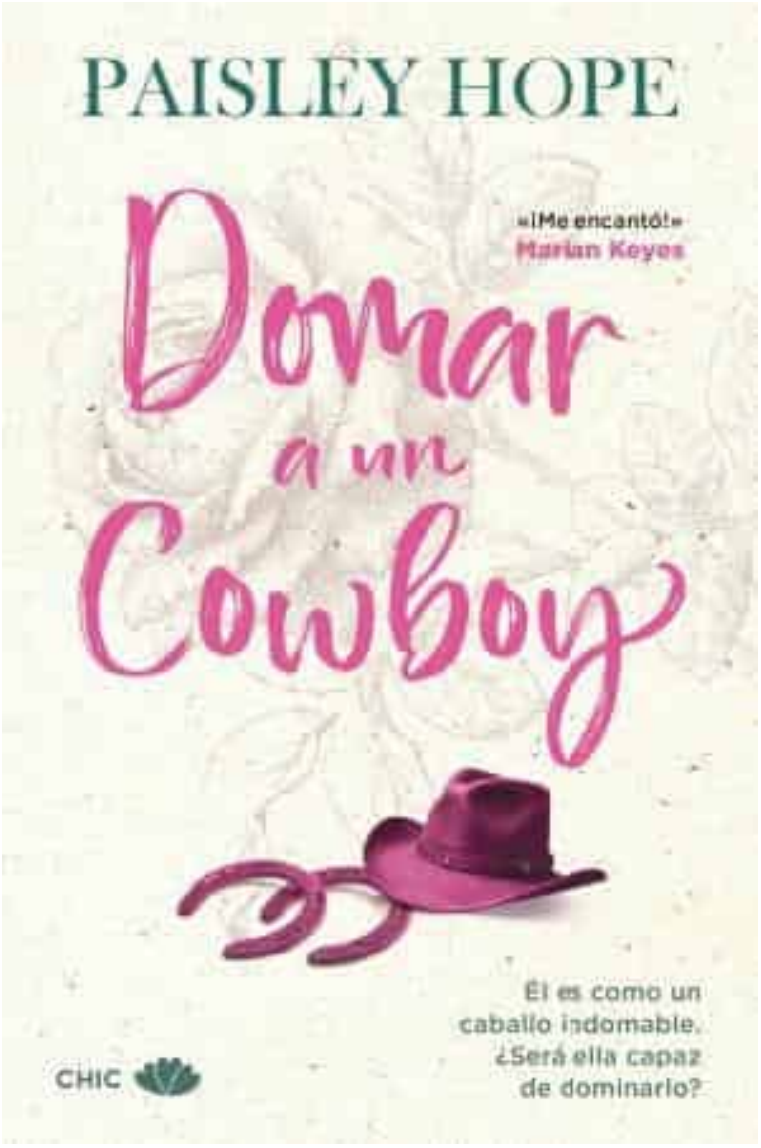
ISBN: 978-84-19702-70-8
THEMA: FRD
Conversión a ebook: Taller de los Libros

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser efectuada con la autorización de los titulares, con excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47).

Índice

Playlist
Antes
Julio
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Antes
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo
Capítulo 10
Antes
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Antes
Agosto
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Antes
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23

Antes
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Antes
Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31
Epílogo
Los amantes ambulantes
Ezra
Nota de la autora
Agradecimientos
Sobre la autora



Domar a un cowboy

Hope, Paisley
9788419702913
336

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

Romance prohibido y vaqueros irresistibles… Viaja al salvaje Oeste con la primera entrega de esta serie romántica *spicy* ambientada en el rancho de Silver Pines, que te dejará sin aliento, de la autora superventas del *Sunday Times* y el *USA Today.*

Él es un exjugador de *hockey* convertido en vaquero.

Ella huye del hombre que le rompió el corazón.

Se suponía que solo tendrían una noche de pasión.

Pero lo que empezó como un juego acabará desatando algo imposible de domar.

«Te lo he dicho mil veces. Tú llevas las riendas, cariño; yo simplemente me dejo llevar».

Un *cowboy* irresistible, una chispa imposible de ignorar

Cecilia «CeCe» Ashby regresa a Laurel Creek, en Kentucky, con el corazón roto y la sensación de que ha perdido años de su vida en una relación tóxica de la que por fin ha conseguido escapar. De vuelta en el rancho de su familia, intenta reencontrarse a sí misma mientras afronta un futuro incierto y una vida distinta de la que había imaginado.

Pero volver a Laurel Creek también significa cruzarse de nuevo con Nash Carter: antigua estrella de *hockey,* héroe local, empresario de éxito y soltero incorregible. Nash siempre ha sido casi un miembro más de la familia Ashby…, y también uno de los chicos que más sacaba de quicio a CeCe durante su adolescencia. Lo que ella no esperaba era que, después de tantos años, aquella rivalidad cargada

de pullas y resentimiento siguiera escondiendo una chispa imposible de ignorar.

Ahora que Nash y CeCe se reencuentran, la atracción entre ellos resulta tan intensa como peligrosa. Y mientras CeCe intenta recuperar las riendas de su vida, descubrirá que algunas personas pueden convertirse en el refugio perfecto.

Una historia de deseo contenido… y un *cowboy* que nunca creyó en el amor.

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)



Única

Tate, Susie
9788419702760
336

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

Cuando alguien te ve tal como eres... todo cambia

Victoria siempre se ha sentido fuera de lugar. En su familia, en la sociedad e incluso en el mundo empresarial, siente que no termina de encajar. Aunque parece perfecta, está acostumbrada a que los demás la vean distante y fría, y a la soledad que eso conlleva. Pero todo cambia cuando aparece él…

Mike es directo, impulsivo y sin filtros. No soporta a la «princesa de hielo», como todos llaman a Vicky, pero cuando empieza a conocerla de verdad, descubre que esconde mucho más de lo que aparenta… y que tal vez no sea tan inmune a ella como creía.

Una comedia romántica sobre ser diferente… y encontrar a alguien que te quiere precisamente por eso

¡La edición en papel incluye un epílogo exclusivo!

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)



Cosas que nunca dejamos atrás

Score, Lucy
9788417972912
528

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

Si hay algo que tiene claro, es que no es su tipo. Para nada.

Knox prefiere vivir su vida tal y como se toma el café: solo. Pero todo cambia cuando llega a su pueblecito un terremoto llamado Naomi, una novia a la fuga en busca de su gemela, de la que lleva años sin saber nada. Lástima que su hermana le robe el coche y el dinero y la deje a cargo de una sobrina que no sabía que existía. Al ver cómo la vida de Naomi se va al traste, Knox decide hacer lo que mejor se le da: sacar a la gente de apuros. Después, volverá a su rutina solitaria… O ese es el plan.

El gran fenómeno del año en BookTok con más de 30 millones de visualizaciones

Lucy Score ha vendido más de 6 millones de ejemplares

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)



Lo que pasa en el lago

Keeland, Vi
9788419702524
342

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

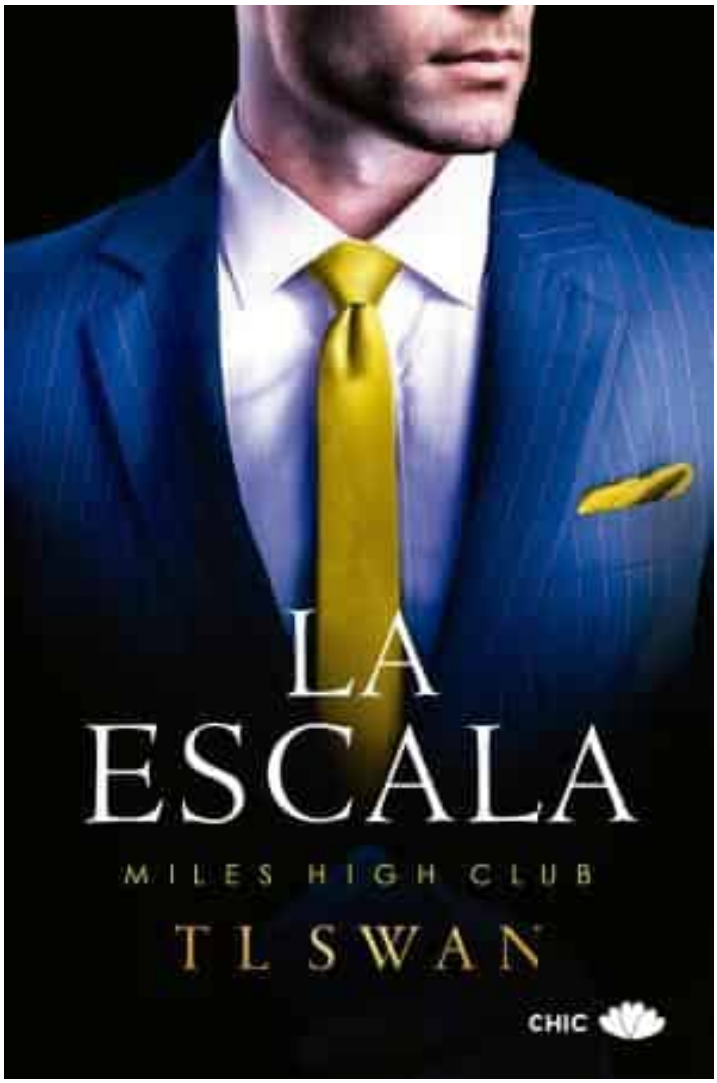
No es tan fácil irse cuando lo que se queda atrás… es tu corazón

Cuando la vida la golpea con fuerza, Josie decide dejar Nueva York durante un tiempo y refugiarse en Laurel Lake, el encantador pueblo de su padre. Allí espera encontrar paz, pero lo que encuentra es a Fox Cassidy: su hosco y atractivo vecino que gruñe más de lo que habla… y que no parece muy contento con su llegada.

Entre miradas intensas, discusiones chispeantes y una atracción que crece día a día, lo que comenzó como una simple escapada se convierte en algo mucho más complicado. Él no es el tipo de hombre del que una chica planea enamorarse. Pero el corazón no siempre obedece a razones…

Una novela adictiva de la autora *best seller* del *New York Times* y el *USA Today.*

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)



La escala

Swan, T L
9788417972394
448

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

Bienvenida a bordo del mejor viaje de tu vida, Emily. Agárrate, vienen turbulencias.

El champán y el servicio fueron impecables. Y el hombre de ojos azules sentado a mi lado fue incluso mejor. Íbamos a Nueva York e hicimos escala en Boston. Disfrutamos de una noche de pasión y nos despedimos para siempre. De eso hace un año. Así que imaginad mi cara al verlo en la oficina en mi primer día de trabajo. Pero, por mucho que lo desee, estoy decidida a no dejarme tentar por los malditos ojos azules de mi jefe.

Descubre el mundo *Miles High Club,* de la autora *best seller* del *Wall Street Journal.*

"Una obra maravillosamente escrita que me ha atrapado por completo. ¡Una lectura obligatoria!"
TDC Book Reviews

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)